UMBERTO ECO

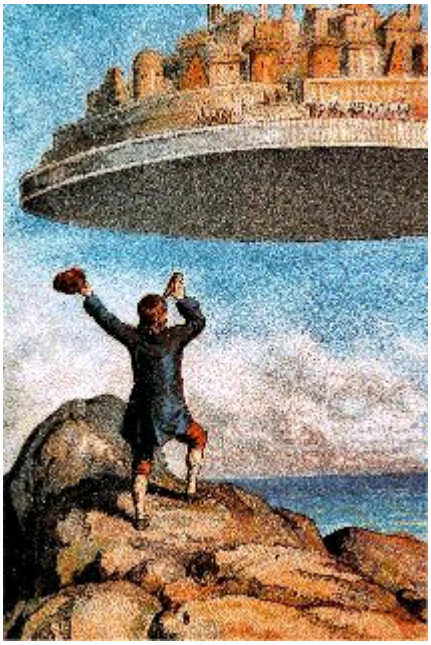
HISTORIA DE LAS TIERRAS Y LOS LUGARES LEGENDARIOS

Annotation

Nuestra imaginación está poblada de tierras y lugares que nunca han existido, de la cabaña de los siete enanitos a las islas visitadas por Gulliver, del templo de los Thugs de Salgari al piso de Sherlock Holmes. Por lo general, sabemos que estos lugares son tan solo producto de la fantasía de un narrador o de un poeta. En cambio, y desde tiempos muy remotos, la humanidad ha fantaseado con lugares que se han considerado reales, como la Atlántida, Mu, Lemuria, las tierras de la reina de Saba, el reino del Preste Juan, las Islas Afortunadas, El Dorado, la última Thule, Hiperbórea y el país de las Hespérides, el lugar donde se conserva el santo Grial, la roca de los asesinos del Viejo de la Montaña, el país de Jauja, las islas de la utopía, la isla de Salomón y la tierra austral, el interior de una tierra hueca y el misterioso reino subterráneo de Agartha. Algunos de estos lugares han dado lugar a fascinantes leyendas y han inspirado algunas de las espléndidas representaciones visuales que aparecen en esta obra, otros han obsesionado la fantasía trastornada de los cazadores de misterios y otros incluso han estimulado viajes y exploraciones. Así, persiguiendo una ilusión, viajeros de todos los países han descubierto otras tierras.

- Umberto Eco
  -
  - PREFACIO
  - 1
  - 2
  - 3
  - 4
  - 5
  - 6
  - 7
  - 8
  - 9
  - 10
  - 11

- 12
- 13
- 14
- 15



Umberto Eco

Historia de las tierras y los lugares legendarios

Nuestra imaginación está poblada de tierras y lugares que nunca han existido, de la cabaña de los siete enanitos a las islas visitadas por Gulliver, del templo de los Thugs de Salgari al piso de Sherlock Holmes.

Por lo general, sabemos que estos espacios son tan solo producto de la fantasía de un narrador o de un poeta. En cambio, y desde tiempos muy remotos, la humanidad ha fantaseado con lugares que se han considerado reales, como la Atlántida, Mu, Lemuria, las tierras de la reina de Saba, el reino del Preste Juan, las Islas Afortunadas, El Dorado, la última Thule, Hiperbórea y el país de las Hespérides, el lugar donde se conserva el santo Grial, la roca de los asesinos del Viejo de la Montaña, el país de Jauja, las islas de la utopía, la isla de Salomón y la tierra austral, y el misterioso reino subterráneo de Agartha.

Muchos de estos lugares han sido el origen de fascinantes leyendas y han inspirado algunas de las espléndidas representaciones visuales que aparecen en esta obra; otros han alimentado la fantasía trastornada de los cazadores de misterios, y los hay que incluso han estimulado viajes y exploraciones. Así, persiguiendo una ilusión, viajeros de todos los países han descubierto otras tierras y ahora el lector podrá vivir estas aventuras de la mano del gran maestro Umberto Eco.

Título original: *Storia delle terre e dei luoghi leggendari*

Umberto Eco, 2013

Traducción: María Pons Irazazábal

Ilustración de cubierta: Thomas Cole, *El viaje de la vida, infancia,* 1842

Gulliver encuentra Laputa, la isla voladora, ilustración de Los viajes de Gulliver , de Jonathan Swift, c. 1910, Leipzig.

PREFACIO

Este libro está dedicado a las tierras y a los lugares legendarios: tierras y lugares porque a veces se trata de auténticos continentes, como la Atlántida, y otras veces de pueblos, castillos o (en el caso de la Baker Street de Sherlock Holmes) viviendas.

Existen muchos diccionarios de lugares fantásticos y ficticios (el más completo es la excelente *Breve guía de lugares imaginarios* de Alberto Manguel y Gianni Guadalupi), pero aquí no vamos a ocuparnos de lugares «inventados», porque en ese caso deberíamos incluir la casa de madame Bovary, la madriguera de Fagin en *Oliver Twist*, o la fortaleza Bastiani de *El desierto de los tártaros*. Se trata de lugares novelescos, que algunos lectores fanáticos intentan en ocasiones identificar con escaso éxito. Otras veces se trata de lugares novelescos inspirados en espacios reales, donde los lectores pretenden descubrir las huellas de los libros que han amado, del mismo modo que los lectores del *Ulises* cada 16 de junio tratan de identificar la casa de Leopold Bloom en Eccles Street, en Dublín, visitan la Torre Martello convertida hoy en un museo dedicado a Joyce, o desean comprar en una determinada farmacia el jabón de limón adquirido por Leopold Bloom en 1904.

Ocurre incluso que algunos lugares ficticios han sido identificados con lugares reales, como la casa de piedra arenisca rojiza de Nero Wolfe en Manhattan.

Paisaje fantástico, en Albrecht Altdorfer, Susana en el baño, 1526, Munich, Alte Pinakothek.

Pero lo que aquí nos interesa son las tierras y los lugares que, ahora o en el pasado, han creado quimeras, utopías e ilusiones, porque mucha gente ha creído realmente que existen o han existido en alguna parte.

Una vez dicho esto, debemos establecer todavía bastantes distinciones. Ha habido leyendas sobre tierras que desde luego ya no existen, pero que no hay que excluir que hayan existido en tiempos muy remotos, como por ejemplo la Atlántida, cuyos últimos restos muchas mentes no delirantes han tratado de identificar. Hay tierras de las que hablan numerosas leyendas y cuya existencia (aunque sea remota) es dudosa, como Shambhala, a la que algunos atribuyen una existencia totalmente «espiritual», y otras que son producto indiscutible de una ficción narrativa, como Shangri-La, pero de la que surgen a menudo imitaciones para turistas contentadizos. Hay tierras cuya existencia solo está atestiguada por fuentes bíblicas, como el Paraíso terrenal o el país de la reina de Saba, aunque son muchos, incluido Cristóbal Colón, quienes

creyendo en ellas se lanzaron al descubrimiento de tierras que existían en realidad. Hay tierras cuya creación es obra de un falso documento, como la tierra del Preste Juan, pero que incitaron a los viajeros a recorrer Asia y África. Hay, por último, tierras que realmente existen todavía hoy, si bien solo en forma de ruinas, pero en torno a las que se ha creado una mitología, como Alamut, sobre la que planea la sombra legendaria de los Asesinos, o como Glastonbury, vinculada ya al mito del Grial, o como Rennes-le-Château o Gisors, que han adquirido un carácter legendario debido a especulaciones comerciales muy recientes.

En resumen, las tierras y los lugares legendarios son de distinto género y solo tienen en común una característica: tanto si dependen de leyendas antiquísimas cuyo origen se pierde en la noche de los tiempos, como si son producto de una invención moderna, han originado flujos de creencias.

Y de la realidad de estas ilusiones es de lo que se ocupa este libro.

Mapa en T, Mapamundi en La Fleur des histoires , 1459-1463, París, Bibliothèque Nationale de France.

1

LA TIERRA PLANA Y LAS ANTÍPODAS

En distintas mitologías, la Tierra adopta formas poéticas, a menudo antropomórficas, como la Gea griega. Según una leyenda oriental, la Tierra se apoyaba sobre el dorso de una ballena, sostenida a su vez por un toro, que descansaba sobre una roca, y esta era sustentada por polvo, bajo el que nadie sabía lo que había, solo el gran mar del infinito. En otras versiones la Tierra se apoyaba sobre el dorso de una **tortuga**.

LA TIERRA PLANA. Cuando se empieza a reflexionar «científicamente» sobre la forma de la Tierra, la opción más realista para los antiguos era creer que se trataba de un disco. Para Homero, el disco estaba rodeado por el Océano y cubierto por el casquete de los cielos, y —según los fragmentos de los **presocráticos**, a veces imprecisos y contradictorios según los testimonios— para Tales era un disco plano; para Anaximandro tenía forma cilíndrica y Anaxímenes hablaba de una superficie plana, rodeada por el Océano, que navegaba sobre una especie de cojín de aire comprimido.

Parece que solo Parménides intuyó la esfericidad de la tierra, y Pitágoras la consideraba esférica por razones místico-matemáticas.

En cambio, las posteriores demostraciones de la redondez de la Tierra se basaban en observaciones empíricas; véanse, a tal efecto, los textos de **Platón y Aristóteles**.

Subsisten dudas sobre la esfericidad en Demócrito y Epicuro, y Lucrecio niega la existencia de las Antípodas, pero en general para toda la Antigüedad posterior la esfericidad de la Tierra no es objeto de discusión. Que la Tierra era redonda lo sabía por supuesto Ptolomeo, pues de no ser así no habría

podido dividirla en trescientos sesenta grados de meridiano; lo sabía también Eratóstenes, quien en el siglo III a. C. había calculado con bastante aproximación la longitud del meridiano terrestre, considerando la distinta inclinación del Sol, a mediodía del solsticio de verano, cuando se reflejaba en el fondo de los pozos de Alejandría y de Siena, en Egipto, cuya distancia entre sí conocía.

A pesar de las numerosas leyendas que todavía circulan por internet, todos los estudiosos de la Edad Media sabían que la Tierra era una esfera. Hasta un estudiante de bachillerato puede deducir fácilmente que, si Dante penetra en el embudo infernal y sale por el lado opuesto viendo estrellas desconocidas al pie de la montaña del Purgatorio, esto significa que sabía perfectamente que la Tierra era redonda. Y de la misma opinión habían sido Orígenes y Ambrosio, Alberto Magno y Tomás de Aquino, Roger Bacon y Juan de Sacrobosco, por citar tan solo algunos nombres.

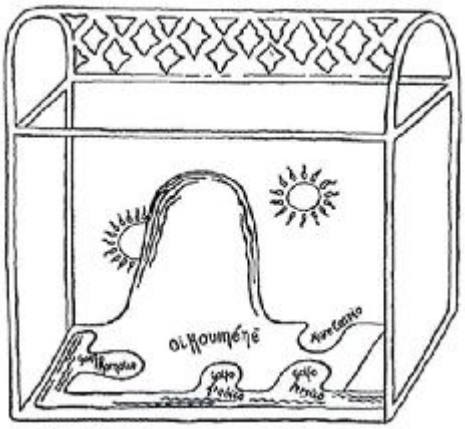
En el siglo VII, Isidoro de Sevilla (que no era precisamente un modelo de precisión científica) calculaba la longitud del ecuador en ochenta mil estadios. Quien se plantea el problema de la longitud del ecuador sin duda sabe y cree que la Tierra es esférica. Por otra parte, la medida de Isidoro, aunque aproximada, no difiere tantísimo de las actuales.

Si esto es así, ¿por qué se ha creído durante tanto tiempo, y todavía hoy lo siguen creyendo muchos, incluso autores de libros muy serios sobre la historia de la ciencia, que el mundo cristiano de los orígenes se había alejado de la astronomía griega y había recuperado la idea de la Tierra plana?

Intenten hacer un experimento y pregunten a una persona incluso culta qué quería demostrar Cristóbal Colón cuando pretendía llegar al este por el oeste, y qué se obstinaban en negar los sabios de Salamanca. La respuesta, en la mayoría de los casos, será que Colón creía que la Tierra era redonda, mientras que los sabios de Salamanca creían que era plana y que tras un breve trecho las tres carabelas se precipitarían en el abismo cósmico.

Sandro Botticelli, El abismo infernal , ilustración para la Divina comedia , c. 1480, Ciudad del Vaticano, Biblioteca Apostólica Vaticana.

El pensamiento laico del siglo XIX, irritado por el hecho de que varias confesiones religiosas se oponían al evolucionismo, atribuyó a todo el pensamiento cristiano (patrístico y escolástico) la idea de que la Tierra era plana. Se trataba de demostrar que, del mismo modo que se habían equivocado respecto a la esfericidad de la Tierra, también las Iglesias podían equivocarse respecto al origen de las especies. Así que se aprovechó el hecho de que un autor cristiano del siglo IV como Lactancio (en *Institutiones divinae*), basándose en que en la Biblia el universo es descrito sobre el modelo del tabernáculo, y por tanto de forma cuadrangular, se opusiera a las teorías paganas de la redondez de la Tierra, porque además no podía aceptar la idea de que existieran las Antípodas, donde los hombres deberían caminar cabeza abajo.

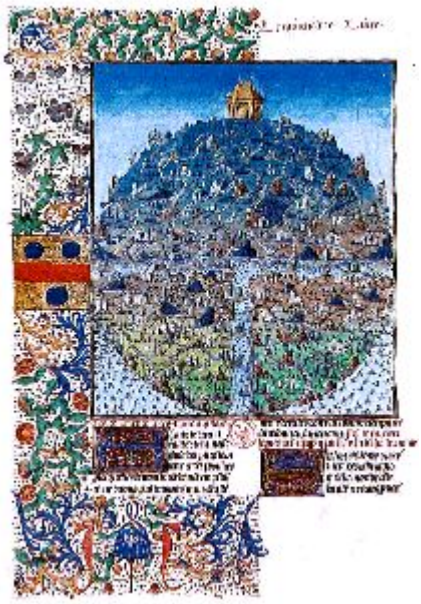


Reconstrucción del cosmos en forma de tabernáculo, en Topographia christiana, de Cosmas Indicopleustes.

Por último, se descubrió que un geógrafo bizantino del siglo VI, **Cosmas Indicopleustes**, en *Topografía cristiana*, inspirándose también en el tabernáculo bíblico, había sostenido que el cosmos era rectangular, con una bóveda que se elevaba sobre la superficie plana de la Tierra.

En el modelo de Cosmas, la bóveda curva permanece oculta a nuestros ojos por el *stereoma*, esto es, por el velo del firmamento. Por debajo se extiende el *ecumene*, es decir, toda la tierra sobre la que habitamos, que se apoya sobre el Océano y asciende por una pendiente imperceptible y continua hacia el noroeste, donde se alza una montaña tan alta que su presencia escapa a nuestra vista y su cima se confunde con las nubes. El Sol, movido por los ángeles —causantes asimismo de las lluvias, los terremotos y todos los demás fenómenos atmosféricos—, por la mañana cruza de este a sur, por delante de la montaña, e ilumina el mundo, y por la tarde sale de nuevo por el oeste y desaparece por detrás de la montaña. La Luna y las estrellas realizan el ciclo inverso.

Como ha demostrado Jeffrey Burton Russell (1991), muchos libros autorizados de historia de la astronomía que todavía se estudian en las escuelas afirman que la Edad Media no tuvo conocimiento de las obras de Ptolomeo (algo que es históricamente falso) y que la teoría de Cosmas fue la que dominó hasta el descubrimiento de América. Sin embargo, el texto de Cosmas, escrito en griego (lengua que en la Edad Media cristiana solo conocían unos pocos traductores interesados en la filosofía aristotélica), no se dio a conocer en el mundo occidental hasta 1706 y se publicó en inglés en 1897. Ningún autor medieval lo conocía.



Tierra en T, en Bartholomaeus Anglicus, De proprietatibus rerum , 1372.

¿Cómo se ha podido sostener que la Edad Media consideraba que la Tierra era un disco plano? En los manuscritos de Isidoro de Sevilla (que, como hemos visto, hablaba del ecuador) aparece el llamado mapa en T, cuya parte superior representa a Asia, arriba, porque, según la leyenda, en Asia se encontraba el Paraíso terrenal, la barra horizontal representa por un lado el mar Negro y por el otro el Nilo, la vertical el Mediterráneo, de modo que el cuadrante inferior izquierdo representa a Europa y el derecho a África. Alrededor se extiende el gran círculo del océano.

La impresión de que la Tierra era vista como un círculo nos la proporcionan asimismo los mapas que aparecen en los comentarios al *Apocalipsis* del Beato de Liébana, un texto escrito en el siglo VIII pero que, ilustrado por los miniaturistas mozárabes en los siglos siguientes, tuvo una gran influencia en el arte de las abadías románicas y de las catedrales góticas, y el modelo se encuentra en muchos otros manuscritos miniados. ¿Cómo era posible que personas que creían que la Tierra era

esférica hicieran mapas donde se veía una Tierra plana? La primera explicación es que nosotros también lo hacemos. Criticar que estos mapas son planos es lo mismo que criticar que nuestros atlas contemporáneos son planos. No era más que una forma ingenua y convencional de proyección cartográfica.

Mapamundi de San Severo, en L'Apocalisse di San Severo, 1086, París, Bibliothèque Nationale de France.

Sin embargo, debemos tener en cuenta otros elementos. El primero nos lo sugiere san Agustín, que tiene bien presente el debate suscitado por Lactancio sobre el cosmos en forma de tabernáculo, pero que al mismo tiempo conoce las opiniones de los antiguos sobre la esfericidad del globo. La conclusión de Agustín es que no hay que dejarse impresionar por la descripción del tabernáculo bíblico, porque ya se sabe que las Sagradas Escrituras hablan a menudo por medio de metáforas, y tal vez la Tierra es esférica. Pero puesto que saber si es esférica o no de nada sirve para lograr la salvación del alma, se puede dejar de lado la cuestión.

Esto no quiere decir, como se ha insinuado a menudo, que no hubiese una astronomía medieval. Entre los siglos XII y XIII, se tradujeron el *Almagesto* de Ptolomeo y luego el *Del cielo* de Aristóteles. Como todos sabemos, una de las materias del Quadrivio que se enseñaba en las escuelas medievales era la astronomía, y del siglo XIII es el *Tractatus de sphaera mundi* de Juan de Sacrobosco que, siguiendo a Ptolomeo, constituiría una autoridad indiscutible durante unos siglos.

Tabula peutingeriana , sección. Copia medieval del siglo XII.

La Edad Media era época de grandes viajes; sin embargo, como los caminos estaban destruidos y había que atravesar bosques y cruzar estrechos confiando en la habilidad de un navegante de la época, era imposible trazar mapas adecuados. Estos eran puramente indicativos, como las instrucciones de la *Guía del peregrino* a Santiago de Compostela, y decían aproximadamente: «Si quieres ir de Roma a Jerusalén avanza hacia el sur y pregunta por el camino». Ahora bien, piensen por un momento en el mapa de las líneas ferroviarias que aparece en los viejos horarios. A partir de aquella serie de nudos, clarísima si hay que tomar un tren de Milán a Livorno (y enterarse de que habrá que pasar por Génova), nadie podría extrapolar con exactitud la forma de Italia. La forma exacta de Italia no le interesa al que tiene que ir a la estación. Los romanos trazaron una red de carreteras que conectaban todas las ciudades del mundo conocido, pero hay que ver de qué modo estaban representadas esas carreteras en la *Tabula peutingeriana*, llamada así por el nombre de quien la redescubrió en el siglo XV. La parte superior representa a Europa y la inferior a África, pero nos encontramos exactamente en la misma situación que con el mapa ferroviario. En este mapa se pueden ver las carreteras, de dónde parten y adonde llegan, pero es imposible adivinar ni la forma de Europa, ni la del Mediterráneo, ni la de África. Sin duda los romanos debían tener conocimientos geográficos bastante más precisos, porque navegaban a lo largo y ancho del Mediterráneo, pero al trazar aquel mapa a los cartógrafos

no les interesaba la distancia entre Marsella y Cartago, sino la información de que había una carretera que unía Marsella y Génova.

Por otra parte, los viajes medievales eran imaginarios. La Edad Media produce enciclopedias, *Imagines mundi*, que tratan sobre todo de satisfacer el gusto por lo maravilloso, hablando de países lejanos e inaccesibles, y todos estos libros están escritos por personas que jamás habían visto los lugares de los que hablaban, porque la fuerza de la tradición contaba entonces más que la experiencia. Un mapa no pretendía representar la forma de la Tierra, sino enumerar las ciudades y pueblos que se podían encontrar.

Mapa de Rudimentum novitiorum , de Lucas Brandis, Lübeck, 1475, Oxford, Oriel College Library.

Además, la representación simbólica era más importante que la representación empírica. En el mapa del *Rudimentum novitiorum* de 1475, lo que preocupaba al miniaturista era representar Jerusalén en el centro de la Tierra, y no cómo se llegaba a Jerusalén. Esto no quita que hubiera mapas de aquel mismo período que representaran ya con bastante exactitud Italia y el Mediterráneo.

Una última consideración: los mapas medievales no tenían una función científica, sino que respondían a la demanda de lo fabuloso por parte del público, del mismo modo que hoy las revistas de papel cuché nos demuestran la existencia de platillos volantes y en la televisión nos cuentan que las pirámides fueron construidas por una civilización extraterrestre. En el mapa de *Las crónicas de Nuremberg*, que data de 1493, junto a una representación cartográficamente aceptable, aparecen representados los misteriosos monstruos que se decía que habitaban aquellos lugares.

El mapa del mundo según Hartmann Schedel, en Liber chronicarum , Nuremberg, 1493.

Por otra parte, la historia de la astronomía es curiosa. Un gran materialista como Epicuro cultivaba una idea que sobrevivió tanto tiempo que en el siglo XVII todavía era discutida por Gassendi, y que en cualquier caso aparece testimoniada por el *De la naturaleza* de Lucrecio: el Sol, la Luna y las estrellas (por muchos motivos muy serios) no pueden ser ni más grandes ni más pequeños de cuanto aparecen a nuestros sentidos. De ahí que Epicuro juzgase que el Sol tenía un diámetro de unos treinta centímetros.

De modo que, si bien algunas culturas antiquísimas creían realmente que la Tierra era plana, muchos contemporáneos nuestros, en contra de lo que afirman nuestros conocimientos históricos actuales, todavía opinan que los antiguos y los

medievales creían que la Tierra era plana. De lo que se deduce que la propensión a las leyendas es más propia de los modernos que de sus antepasados. Por no hablar de los modernos y de los contemporáneos, y son muchos —más de los que se cree (véanse Blavier, 1982, y Justafré, *s.d.*, para una hilarante bibliografía[*])— los que todavía hoy escriben libros contra la hipótesis copernicana o, como sucede en el caso de Voliva, han sostenido que la Tierra es un disco plano.

Antípodas según Crates de Malos, en K. Miller, Mappae mundi, Stuttgart 1895.

LAS ANTÍPODAS. Los **pitagóricos** elaboraron un complejo sistema planetario en el que la Tierra no ocupaba siquiera el centro del universo. También el Sol se hallaba en la periferia, y todas las esferas de los planetas giraban en torno a un fuego central. Además, cada esfera al girar producía un sonido de la gama musical, y para establecer una correspondencia exacta entre fenómenos sonoros y fenómenos astronómicos, se introdujo incluso un planeta inexistente: la Antitierra. Esta Antitierra, invisible desde nuestro hemisferio, solo podía ser vista desde las Antípodas.

En el *Fedón* de Platón, se sugiere que la Tierra es muy grande y que nosotros ocupamos tan solo una pequeña parte, de modo que otros pueblos podrían vivir en otras partes de su superficie. Esta idea la recuperó en el siglo II a. C. Crates de Malos, quien defendía la existencia de dos Tierras habitadas en

el hemisferio norte y dos en el hemisferio sur, separadas por una especie de canales marítimos dispuestos en forma de cruz. Crates suponía que los continentes meridionales estaban habitados pero que no eran accesibles desde nuestras Tierras. En el siglo I d. C., Pomponio Mela aventuraba que la isla de Taprobana (de la que hablaré) representaba una especie de promontorio de la tierra meridional desconocida. También aparecen alusiones a la existencia de las Antípodas en las *Geórgicas* de Virgilio, en la *Farsalia* de Lucano, en el *Astronómica* de **Manilio** y en la *Historia natural* de Plinio.

Al hablar de esta Tierra surgía obviamente el problema de cómo sus habitantes podían vivir con la cabeza abajo y los pies arriba, sin precipitarse en el vacío.[1] A esta hipótesis se opuso ya **Lucrecio**.

Lambert de Saint-Omer, Liber floridus , siglo XI, ms. lat. 8865, fol. 45r, París, Bibliothèque Nationale de France. El globo en la mano del emperador representa un mapa en T.

Los adversarios más decididos de las Antípodas eran, por supuesto, los que negaban la esfericidad del globo, como **Lactancio** y **Cosmas Indicopleustes**. Pero ni siquiera una persona juiciosa como **Agustín** podía soportar la idea de unos hombres cabeza abajo. Porque además, si se presumiera la

existencia de seres humanos en las Antípodas, habría que pensar en criaturas que no descenderían de Adán y que por tanto no habrían sido afectadas por la redención.

Sin embargo, ya en el siglo V d. C., **Macrobio** utilizó argumentos razonables para demostrar que no tenía nada de irracional creer en seres que muy bien podían vivir al otro lado del globo. Y la misma postura comparten **Lucio Ampelio**, **Manilio** y hasta **Pulci** (muy sensible a la polémica planteada) en su *Morgante*.

La desconfianza hacia las Antípodas, y justamente porque no podían explicar la universalidad de la redención, se prolongó incluso después de Macrobio, cuya postura consideró herética el papa Zacarías, que en el año 748 d. C. hablaba de «perversa e inicua doctrina», y en el siglo XII **Mangoldo de Lautenbach** todavía la impugnaba de manera enérgica. Sin embargo, puede decirse que en general la Edad Media aceptaba la idea de las Antípodas, de Guillermo de Conches a Alberto Magno, de Gervasio de Tilbury a Pietro d'Abano y Cecco d'Ascoli hasta (con algunas vacilaciones) Pedro de Ailly, que con su *Imago mundi* inspiraría el viaje de Colón. Y por supuesto creía en las Antípodas Dante Alighieri, ya que precisamente situaba en la otra parte del globo la montaña del Purgatorio, a la que podía subir sin precipitarse cabeza abajo en el vacío, y desde la que accedía al Paraíso terrenal.

Lambert de Saint-Omer, Liber floridus , siglo XI, ms, lat. 8865, fol. 35r, París, Bibliothèque Nationale de France. A la derecha la zona Austral, o sea, las Antípodas.

Las Antípodas fueron utilizadas durante la época romana para justificar la expansión hacia tierras desconocidas, y esta idea reapareció con las exploraciones geográficas de la época moderna. Al menos a partir de Colón ya no se pusieron en duda, porque se empezaron a conocer tierras del hemisferio sur que antes eran consideradas inaccesibles, y de ellas habla Vespucio con la naturalidad de quien las ha visitado. En todo caso empezó a abrirse camino otra idea, que sobrevivió hasta el siglo XVIII: la de una Tierra Austral situada en el extremo sur del globo. Pero de esta hablaré en otro capítulo.

No obstante, incluso cuando las Antípodas son accesibles, sigue persistiendo otro aspecto de la leyenda, de orígenes antiquísimos, y de la que hallamos testimonio en Isidoro de Sevilla (entre muchísimos otros): si bien las Antípodas no albergan seres humanos, son en todo caso la tierra de los monstruos. E incluso después de la Edad Media, los exploradores (incluido **Pigafetta**) siempre estarán preparados

para enfrentarse en sus viajes a los seres espantosos y deformes, o bien bondadosos pero curiosos, de los que hablaba la leyenda, y que todavía hoy, al ser excluidos de la Tierra que hoy conocemos hasta en su último detalle, la narrativa de ciencia ficción sitúa en otros planetas como *bug-eyed-monster*, monstruos de ojos de insecto, o como el entrañable ET.

Monstruos marinos de Cosmographia, de Sebastian Münster, Basilea, 1550.

LA TORTUGA

STEPHEN HAWKING

Historia del tiempo. Del big bang a los agujeros negros (1988)

Un conocido científico (algunos dicen que fue Bertrand Russell) daba una vez una conferencia sobre astronomía. En ella describía cómo la Tierra giraba alrededor del Sol y cómo este, a su vez, giraba alrededor del centro de una vasta colección de estrellas conocida como nuestra galaxia.

Al final de la charla, una simpática señora ya de edad se levantó y le dijo desde el fondo de la sala: «Lo que nos ha contado usted no son más que tonterías. El mundo es en realidad una plataforma plana sustentada por el caparazón de una tortuga gigante». El científico sonrió ampliamente antes de replicarle: «¿Y en qué se apoya la tortuga?». «Es usted muy inteligente, joven, muy inteligente —dijo la señora—. ¡Pero hay infinitas tortugas una debajo de otra!»

LA TIERRA PLANA DE LOS PRESOCRÁTICOS

ARISTÓTELES (siglo IV a. C.)

Del cielo, 294a

Otros creen que [la Tierra] es plana y tiene la forma de un tambor, y aducen como prueba que, cuando el Sol se pone o sale, la parte que es ocultada por la Tierra tiene un perfil rectilíneo y no curvo, mientras que si la Tierra fuese esférica, la secante debería ser curva.

[…] Otros afirman que descansa sobre el agua. Esta es la versión más antigua que se nos ha transmitido, formulada, según dicen, por Tales de Mileto. En su opinión, la Tierra se mantiene en reposo porque flota, como si fuera un madero o algo semejante; pues ninguna de estas cosas se mantiene en el aire en virtud de su propia naturaleza, pero sí en el agua.

HIPÓLITO (siglos II-III)

Refutatio, I, 6

[Para Anaximandro] la Tierra está suspendida y no está sostenida por nada. […] Es hueca y redonda y semejante a una columna de piedra; nosotros vivimos en una de sus dos caras, y la otra se halla en la parte opuesta.

HIPÓLITO (siglos II-III)

Refutatio, I, 7

La Tierra es plana y cabalga sobre el aire. De modo semejante el Sol, la Luna y los demás astros ígneos cabalgan en el aire porque también son planos. […] Anaxímenes dice que los astros no se mueven debajo de la Tierra, como han supuesto otros, sino alrededor de ella, como gira el gorro de

fieltro alrededor de nuestra cabeza. […] El Sol no se oculta por estar debajo de la Tierra sino porque lo cubren las partes más elevadas de la Tierra.

LA TIERRA ESFÉRICA

PLATÓN (siglos V-IV a. C.)

Fedón, 99c y 109a

El uno implantando un torbellino en torno a la tierra hace que así se mantenga la tierra bajo el cielo, en tanto que otro, como a una ancha artesa le pone por debajo como apoyo el aire. […]

Estoy convencido yo, lo primero, de que, si está en medio del cielo siendo esférica, para nada necesita del aire ni de ningún soporte semejante para no caer, sino que es suficiente para sostenerla la homogeneidad del cielo en sí idéntica en todas direcciones y el equilibrio de la tierra misma. Pues un objeto situado en el centro de un medio homogéneo no podrá inclinarse más ni menos hacia ningún lado, sino que, manteniéndose equilibrado, permanecerá inmóvil.

ARISTÓTELES (siglo IV a. C.)

Del cielo, II, 14, 298a

Además, por la forma como aparecen los astros no solo resulta patente que la Tierra es esférica, sino también que su tamaño no es grande; en efecto, realizando un pequeño desplazamiento hacia el mediodía o hacia la Osa, surge ante nuestra vista un círculo de horizonte distinto, de modo que los astros situados sobre nuestra cabeza cambian considerablemente y hacia la Osa y hacia el mediodía no aparecen ya los mismos cuando uno se desplaza; pues en Egipto y en las inmediaciones de Chipre se ven ciertos astros, mientras que en las regiones situadas hacia la Osa ya no se ven, y los astros que en las regiones situadas hacia la Osa

aparecen todo el tiempo se ponen, en cambio, en aquellos lugares.

De modo que no solo es evidente a partir de estas observaciones que la figura de la Tierra es redonda, sino también que dicha figura es la de una esfera no muy grande; pues, si no, no haría patentes tan deprisa aquellos cambios al desplazarse uno tan poca distancia.

Tierra esférica en una representación de Dios que mide el mundo con un compás, en una Bible moralisée , c. 1250.

DIÓGENES LAERCIO (siglos II-III)

Vidas de filósofos ilustres (IX, 21)

Parménides fue el primero que demostró que la Tierra es esférica y que está situada en el medio.

DIÓGENES LAERCIO (siglos II-III)

Vidas de filósofos ilustres (VIII, 24-25)

Alejandro en las *Sucesiones de los filósofos* dice haber hallado en los escritos pitagóricos también las cosas siguientes

[…] el mundo [es] animado, intelectual, esférico, que abraza en medio a la Tierra, también esférica y habitada en todo su alrededor. Que hay antípodas, nosotros debajo y ellos encima.

EL MUNDO ES UN TABERNÁCULO

COSMAS INDICOPLEUSTES (siglo VI)

Topografía cristiana (III, 1 y 53)

Cosmas Indicopleustes, El cosmos rectangular, ms. plut. 9.28, c.95v, Florencia, Biblioteca Medicea Laurenziana.

Después del Diluvio, en tiempos de la construcción de la torre [de Babel], que constituía un desafío a Dios, cuando los hombres, una vez llegados a gran altura, empezaron a observar continuadamente los astros, por primera vez concibieron la idea errónea de que el cielo era esférico. […] Entonces Dios ordenó a Moisés construir el Tabernáculo según el modelo que había visto en el Sinaí, un tabernáculo que sería la imagen del mundo entero. Moisés lo construyó, tratando de imitar al máximo la forma del mundo, y le dio una longitud de treinta codos y una anchura de diez. Entonces, interponiendo un velo en el centro del Tabernáculo, lo dividió en dos

compartimientos, de los cuales el primero fue llamado el Santo y el segundo detrás del velo el Santo de los Santos. El tabernáculo exterior, según el Apóstol divino, era la imagen del mundo visible, desde la Tierra hasta el firmamento. Allí estaba la mesa, y sobre ella había doce panes; sobre la mesa, símbolo de la Tierra, había todo tipo de frutos, uno por cada uno de los meses del año. Alrededor de la mesa había una moldura labrada que representaba el mar que se llama Océano, y alrededor del Océano había a su vez un borde de un palmo de ancho, que representa la tierra más allá del Océano, en cuya parte oriental se encuentra el Paraíso y donde las extremidades del primer cielo, en forma de bóveda, por todas partes se apoyan en las extremidades de la Tierra. Y finalmente Moisés puso en la parte sur un candelabro que iluminaba la Tierra del sur al norte, y puso en él siete lámparas para indicar la semana, y estas lámparas simbolizan todas las luminarias del cielo.

LA TIERRA PLANA DE VOLIVA

L. SPRAGUE DE CAMP Y WILLY LEY

Las tierras legendarias (1952)

Si los pensadores del período anterior a los grandes viajes de descubrimiento podían tener algún argumento a su favor —por lo general, la autoridad de las Sagradas Escrituras, o más bien la interpretación que de ellas daban—, los intentos posteriores de revivir el concepto de un mundo plano murieron al nacer. El más reciente, y sin duda el más famoso, fue el llevado a cabo entre 1906 y 1942 por Wilbur Glen Voliva, jefe de la Iglesia cristiana católica apostólica de Zion, en Illinois.

El fundador de esta secta fue un menudo e inquieto escocés, un tal John Alexander Dowie, que renunció a su

ministerio de pastor congregacionista en Australia para fundar una asociación para la renovación de la fe. En 1888 partió hacia Inglaterra para implantar una sucursal en aquel país pero, al pasar por Estados Unidos, percibió el olor de prados más verdes y fundó de inmediato una iglesia en Chicago.

Perseguido, se vio obligado a replegarse hacia Zion, a unos sesenta kilómetros más al norte, donde reinó sin oposición durante casi cuatro lustros, gracias a sus dotes de «consejero de almas», unidas a la habilidad comercial y a la firme oposición a todas las formas de vicio, entre las que se incluía el humo, las ostras, la medicina y los seguros de vida.

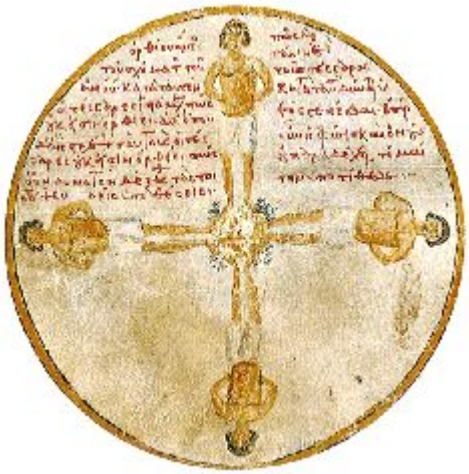
El declive de Dowie comenzó cuando se autoproclamó Elias III (es decir, la segunda encarnación de Elias, el profeta; Juan Bautista habría sido la primera), e intentó el asalto a Nueva York. Con este fin, se lanzó sobre la pecaminosa metrópoli junto con sus seguidores apretujados en ocho trenes, y alquiló durante una semana el Madison Square Garden. Los neoyorquinos acudieron en masa a ver al hombre del milagro, pero ante sus ojos apareció una especie de Papá Noel que vociferaba sartas de improperios con un fuerte acento irlandés. Acabaron aburriéndose y se marcharon, dejando plantado al profeta que seguía profiriendo amenazas e insultos.

Pero su destino se lo marcó Dowie con la venta de «acciones» (en realidad obligaciones al diez por ciento de interés), destinada a su vez al pago de intereses sobre acciones ya vendidas. Como era inevitable, quedó atrapado en las leyes de la matemática. Wilbin Voliva, al que Dowie había nombrado imprudentemente su apoderado, mientras él se encontraba en México para comprar una propiedad a la que pretendía retirarse, aprovechó su poder para organizar una rebelión entre los dirigentes de la secta, y de un solo golpe arrebató a Dowie el poder y el dinero. Al poco tiempo Elias III subió al cielo.

Voliva, el sucesor, era un hombre de austera belleza y espesas cejas que, tras haber comenzado su carrera como aprendiz en una fábrica de Indiana y convertirse luego en ministro de la Iglesia, colgó los hábitos y se entregó al dowieísmo. Bajo su férula, se dio una nueva vuelta de tuerca a

las ya siniestras y rigurosísimas leyes de la comunidad de Zion, por las que quien fuera sorprendido fumando o mascando chicle por las calles embarradas de la pequeña ciudad se exponía a acabar en la cárcel. Una vez consumado su golpe de Estado, Voliva se dispuso a reorganizar las maltrechas finanzas de la comunidad, y lo hizo tan bien que hacia 1930 el beneficio de las empresas industriales de Zion, que incluían, además de la fábrica de encajes creada por Dowie, una fábrica de barnices, otra de golosinas y otras más, ascendía a seis millones de dólares anuales. […]

En la cosmogonía de Voliva, aparecía el concepto de una Tierra en forma de disco, con el polo norte situado en el centro y a cuyo alrededor se levantaba un muro de hielo. Los que circunnavegaban la Tierra (y el propio Voliva lo hizo varias veces) avanzaban en círculo en torno al centro del disco. Cuando se le preguntaba qué diablos había más allá del muro de hielo que correspondía a la Antártida de los réprobos, Voliva respondía que «no hace falta saberlo»; si se le hacía observar que, según su concepción, el círculo polar antártico (y con él la línea costera del continente antártico) tendría unos sesenta y ocho mil kilómetros, mientras que los que habían circunnavegado la Antártida habían registrado distancias bastante más modestas, Voliva simplemente cambiaba de tema.



Las Antípodas según Cosmas Indicopleustes.

LAS ANTÍPODAS

ARISTÓTELES (siglo IV a. C.)

Metafísica, I, 986a

Basándose en que el número diez parece ser perfecto y abarcar la naturaleza toda de los números, afirman también que son diez los cuerpos que se mueven en el firmamento, y puesto que son visibles solamente nueve, hacen de la antitierra el décimo.

ARISTÓTELES (siglo IV a. C.)

Del cielo, II, 13, 293a

[Los pitagóricos] afirman que en el centro hay fuego y que la tierra, que es uno de los astros, al desplazarse en círculo alrededor del centro, produce la noche y el día. Además postulan otra tierra opuesta a esta, que designan con el nombre de antitierra.

MARCO MANILIO (siglos I a. C.-I d. C.)

Astronómica, 1, 236-246, 377-381

En torno a la Tierra varias estirpes de hombres y de animales

viven, y los pájaros del cielo. Una parte se eleva hasta las Osas

y la otra parte habitable se extiende hacia las regiones australes:

se halla bajo nuestros pies, pero a ellos les parece estar encima

porque su suelo disimula su curvatura

y la superficie del globo se eleva y desciende a la vez.

Cuando el Sol, en el ocaso para nosotros, mira esta región

allí el nuevo día despierta a las ciudades dormidas

y con la luz devuelve a aquellas tierras actividades y fatigas;

nosotros estamos inmersos en la noche y abandonamos nuestros miembros al sueño:

a unos y a otros el mar separa y une con sus olas.

[…]

Debajo de estas [las constelaciones australes] yace otra parte del mundo, inalcanzable para nosotros

y desconocidas estirpes de hombres, y reinos jamás hollados

que reciben la luz de nuestro mismo Sol

y sombras opuestas a las nuestras, con astros que se ponen por la izquierda

y surgen por la derecha, en un cielo inverso al nuestro.

LUCRECIO (siglo I a. C.)

De la naturaleza, I, 1052 y ss.

A este propósito, guárdate bien de creer, Memmio, que todas las cosas tiendan hacia lo que llaman el centro del mundo, y que gracias a ello el universo se sostiene sin ayuda de choques externos, y que ninguna parte de él, ni de arriba ni de abajo, puede escaparse en ninguna dirección, puesto que todo tiende hacia el centro (si realmente crees que hay algo que pueda apoyarse en sí mismo), y que los cuerpos pesados que están en la parte inferior de la tierra tienden todos hacia arriba y descansan al revés, colgados de la tierra, como las imágenes que vemos reflejarse en el agua. Del mismo modo pretenden que los animales andan cabeza abajo, y tan imposible les es caer desde el suelo a las regiones celestes que están más abajo, como a nuestros cuerpos volar por sí mismos hacia los templos del cielo; y que cuando ellos contemplan el sol, nosotros vemos los astros nocturnos, que alternan con nosotros en el cambio de las estaciones, y que sus noches corresponden a nuestros días. Pero esto son quimeras que el

vano error hace imaginar a los necios porque han adoptado una teoría absurda.

LACTANCIO (siglos III-IV)

Divinae institutiones, III, 24

¿Y qué decir de quien piensa que existen antípodas opuestas al lugar donde ponemos los pies? ¿Dicen algo convincente o hay alguien tan insensato que crea que existen hombres con los pies más arriba que su cabeza? ¿O que las cosas que entre nosotros están boca arriba allí cuelgan? ¿Que allá los cereales y los árboles crecen hacia abajo? ¿Que lluvia, nieve y granizo caen de abajo arriba? Y se ha dicho que los jardines colgantes son una de las siete maravillas del mundo, ¿y esos filósofos imaginan campos colgantes, mares colgantes, ciudades y montañas colgantes?

¿Qué razonamiento les ha inducido a creer en las Antípodas? Y sin embargo, han visto que el curso de las estrellas va hacia el este, y que el Sol y la Luna se ponen siempre por un lado y salen por el otro. Pero como no saben qué ley regula su curso, ni cómo vuelven de oeste a este, han supuesto que los cielos penden en todas direcciones […] y creyeron que el mundo es redondo como una pelota, y que los cielos giran de acuerdo con el movimiento de los cuerpos celestes; y así el Sol y las estrellas por la rapidez del movimiento de la Tierra retrocederían hacia el este.

COSMAS INDICOPLEUSTES (siglo VI)

Topografía cristiana, I, 14-20

Así rivalizan en evitar que alguien los supere en su descaro o, mejor aún, en su impiedad, ya que no se ruborizan al afirmar que existen hombres que viven en la otra parte de la tierra (esférica). Y cuando un objetor perplejo les pregunta si el Sol va sin propósito por debajo de la Tierra, responden de inmediato y sin preocuparse del ridículo que en la otra parte existen antictonianos con la cabeza hacia abajo, y ríos que van al revés que los ríos de aquí. Y se esfuerzan en ponerlo todo del revés en lugar de seguir las doctrinas de la verdad que muestran la vanidad de los sofismas, y que son fáciles de

comprender y llenas de temor de Dios, y procuran la salvación a quienes reverentemente las consultan. […]

Si uno quisiera rebatir mejor el asunto de los antípodas lo desenmascararía de inmediato como viejas fábulas de mujeres. Supongamos que los pies de un hombre sean opuestos a los pies de otro hombre, y que sus dos pies los sostengan a ambos sobre la tierra, en el agua, en el aire, o donde queráis, ¿cómo sería posible que estos dos hombres se mantuvieran ambos de pie? ¿Cómo podría ser que uno estuviera viviendo según la naturaleza y el otro (con la cabeza hacia abajo) contra la naturaleza? Como además, cuando llueve lo hace sobre ambos, ¿es posible decir que la lluvia cae sobre los dos y no que cae hacia abajo sobre el uno o que cae hacia arriba sobre el otro, o que llueve hacia ellos o contra ellos o lejos de ellos? Pero el considerar que hay antípodas nos obliga a pensar también que existe la antilluvia, y cualquiera podrá con una buena razón reírse de estas teorías ridículas, que sostienen cosas incongruentes, desordenadas y contrarias a la naturaleza.

Agustín discute la existencia de las Antípodas, en De civitate Dei , ms. fr. 8, fol. 163v, Nantes, Bibliothèque Municipale.

SAN AGUSTÍN (siglo I a. C.)

La ciudad de Dios, XVI, 9

En cuanto a las leyendas relativas a las Antípodas, esto es, a los hombres de la otra parte de la Tierra donde el Sol nace cuando se pone respecto de nosotros, y que se hallan en posición exactamente antitética respecto a la nuestra, de ningún modo se pueden creer.

Estas cosas no proceden de ningún conocimiento histórico, sino que son meras conjeturas de la mente. Porque como la Tierra está suspensa dentro de la bóveda celeste, en el mundo lo que está debajo encaja con lo que está en medio, y por eso piensan que la otra parte de la Tierra que está debajo de nosotros también puede estar poblada de hombres. Pero no reparan en que, aun en la hipótesis de que el mundo tenga forma esférica y pueda ser demostrado apoyándose en algún principio, de ello no se sigue forzosamente que la parte inferior haya de estar libre de la masa de las aguas, y si lo estuviese, eso no significa que deba estar habitada. Ahora bien, puesto que la Escritura, en la que se fundamenta la fe en los hechos que describe sobre el cumplimiento de sus profecías, no miente en absoluto, es sin duda absurdo afirmar que algunos hombres pudieron navegar y llegar de esta parte a aquella, tras haber superado la inmensidad del Océano, trasplantando también allá el linaje humano que proviene de un solo hombre.

Ilustración en Macrobio, Comentario al Somnium Scipionis, 1526. Más allá del Océano aparece la tierra de las Antípodas, «para nosotros incógnitas».

MACROBIO

Comentario al Somnium Scipionis, II, 5, 23-26

Este mismo razonamiento no nos permite dudar de que, también en esa parte de la superficie terrestre que creemos que está debajo de nosotros, todo el perímetro de las zonas que de aquel lado son templadas no deba considerarse templado con el mismo trazado; y, por consiguiente, que existan allí abajo dos zonas, distantes entre sí e igualmente habitadas.

Y si hay alguien que prefiera oponerse a esta convicción, que nos diga qué es lo que le hace rechazar nuestra afirmación. En efecto, si la vida nos resulta posible en esta parte de la tierra en la que habitamos porque, pisando el suelo, vemos el cielo sobre nuestras cabezas, porque el sol sale y se pone para nosotros, porque gozamos del aire que nos rodea y lo respiramos inhalándolo, ¿por qué no creer que existen allí abajo otros habitantes que siempre tienen a su disposición las mismas condiciones?

Realmente hay que considerar que los llamados habitantes de allá abajo aspiran el mismo aire, porque el mismo clima templado reina en sus zonas en toda la extensión de la misma circunferencia: tienen el mismo sol, del que se dirá que para ellos se pone cuando sale para nosotros y que saldrá cuando debe ponerse para ellos; como nosotros, pisarán el suelo y sobre su cabeza verán también el cielo; y no temerán caer de la tierra al cielo, porque nunca nada puede caer hacia arriba. En efecto, si entre nosotros consideramos abajo donde

está la tierra y arriba donde está el cielo (cosa que solo el decirla nos resulta ridícula), también para ellos arriba será aquello hacia lo que desde abajo levantan los ojos, y nunca podrán caer a las regiones que están sobre ellos. Incluso afirmaría que los menos instruidos entre ellos saben lo mismo a propósito de nosotros y no pueden creer que podamos vivir en el lugar donde estamos, convencidos de que si alguien intentara mantenerse en pie en la región que hay debajo de ellos acabaría cayendo. Sin embargo, ninguno de nosotros ha temido nunca caer al cielo: por tanto, ninguno de ellos caerá hacia arriba; porque hacia la tierra «son atraídos todos los graves, por una fuerza que les es propia».

LUCIO AMPELIO (siglo III d. C.)

Liber memorialis, VI

El globo terrestre está debajo del cielo y se divide en cuatro regiones habitadas. En la primera vivimos nosotros, en la segunda —la opuesta— los habitantes se llaman antíctonos.

Las otras dos regiones son opuestas a las dos primeras y sus habitantes se llaman antípodas.

LUIGI PULCI (1432-1484)

Morgante, XXV, 230-233

Rinaldo pues, reconocido el lugar,
porque otra vez lo había distinguido,
dice a Astarot: «Vamos a hablar
para qué este límite ha servido».
Dijo Astarot: «Por un error de tiempo atrás,
durante siglos no bien conocido,
a estas “de Hércules columnas” las llamaron
y allende muchos la muerte encontraron».

Has de saber que esta opinión es vana,
porque más lejos navegar se puede,
y así el agua por doquier es plana,
aunque de rueda la tierra forma tiene.
Más fuerte era entonces la gente humana,
tal que rubor en las mejillas siente
Hércules por haber puesto estas señales,
porque de allá traspasarán las naves.
Y se puede bajar al otro hemisferio,
ya que en el centro toda cosa reprime,
así que la tierra por divino misterio
suspendida está entre estrellas sublimes,
y allí abajo hay ciudades, castillos e imperio;
que no conocieron aquellas gentes antes:
mira que el sol a caminar se apresta
adonde yo te digo, que allá abajo se espera.
[…]
Antípodas se llama aquella gente;
adora al sol a Júpiter y a Marte,
y plantas y animales también tienen,
y grandes batallas entre sí emprenden.
Dijo Rinaldo: «Ya que en eso estamos,
dime, Astarot, todavía otra cosa:
si estos son de la estirpe de Adán;
y ya que cosas vanas adoran,
si como nosotros se pueden salvar».
Dijo Astarot: «No lo intentes ahora,
porque no puedo decir más de eso,

y tú preguntas como un hombre necio.
¿Así que habría sido partidario
en esta parte vuestro Redentor,
de que Adán aquí fuese creado,
y crucificado Él por vuestro amor?
Sabe que todos por la cruz fueron salvados;
y al verdadero quizá, tras largo error,
adoraréis todos en concordia,
y obtendréis así misericordia».

Maestro de las metopas, Las Antípodas , relieve, Módena, Museo Lapidario del Duomo.

MANGOLDO DE LAUTENBACH (1040-¿1119?)

Opusculum contra Wolfelmum Coloniensem, 1103 (*Patrologia latina* 155, col. 153-155)

Una vez que se acepta la idea de que existen cuatro zonas habitadas por los hombres, ninguna de las cuales tiene por naturaleza la posibilidad de comunicar con la otra, dime de

qué modo puede ser verdadero lo que afirma según razón la santa Iglesia apostólica, esto es, que el Salvador […] vino para salvar a todo el género humano, si excluimos esas razas que Macrobio afirma que existen más allá de las zonas que nosotros habitamos […] a las que no ha llegado la noticia de esa salvación.

ANTONIO PIGAFETTA

Relatione del primo viaggio intorno al mondo (1524)

Dijo nuestro viejo piloto de Maluco que cerca de aquí había una isla, llamada Arucheto, cuyos hombres y mujeres no miden más de un codo y tienen las orejas tan grandes como ellos: con una se hacen la cama y con la otra se cubren, van rapados y totalmente desnudos; corren mucho, tienen la voz muy fina; viven en cuevas bajo tierra y comen pescado y una cosa que nace entre el árbol y la corteza, que es blanca y redonda como un confite, llamada «ambulon»; pero debido a las grandes corrientes de agua y los muchos bajíos, no fuimos.

Jean Fouquet, La construcción del templo de Jerusalén, en Antiquités Judaiques, c. 1470, ms. fr. 247, fol. 153v, París, Bibliothèque Nationale de France. El templo se visualiza como una catedral gótica.

2

LAS TIERRAS DE LA BIBLIA

LAS TRIBUS DISPERSAS. No hay nada que nos resulte más conocido que la geografía de la Palestina bíblica y de las tierras circundantes. Jericó y Belén todavía existen, así como el Sinaí, el lago de Tiberíades y el mar Rojo, que atravesaron Moisés y su pueblo. Sin embargo, en el relato bíblico se nombran algunos lugares cuya geografía hunde sus raíces en la leyenda.

Christian Adrichom, Las doce tribus de Israel , 1628.

Veamos la historia de las doce tribus de Israel. Conocemos perfectamente sus nombres: eran las tribus de Rubén, Simeón, Leví, Judá, Dan, Neftalí, Gad, Aser, Isacar, Zabulón, José y Benjamín. Cuando el pueblo de Israel, guiado por Josué, se estableció de nuevo en tierras de Israel (c. 1200 a. C.), el país se dividió en once partes y en cada una de ellas se afincó una tribu. A la tribu de Leví, cuyos miembros se dedicaban al sacerdocio, no se le asignó ningún territorio.

La tribu de Judá, la más numerosa, ocupó la parte meridional del país, y hubo dos reinos: el de Judá y el de

Israel, habitado por diez de las tribus originarias. Pero el reino de Israel fue conquistado por los asirios en 721 a. C., y sus habitantes fueron deportados a otras regiones del imperio, donde los habitantes de las diez tribus se mezclaron poco a poco con los nativos y se perdió cualquier rastro seguro. Para muchos judíos, la reintegración de esos correligionarios perdidos es un proyecto que está por realizar, un ideal vinculado a la espera de la era mesiánica.

Tintoretto, Los judíos en el desierto, siglo XVI, Venecia, presbiterio de la basílica de San Giorgio Maggiore.

Según una tradición, las tribus dispersas no habrían podido regresar a Israel porque el Señor había cercado su camino con un río legendario, el Sambatión. Durante toda la semana, las aguas del Sambatión entraban en efervescencia, enormes rocas surgían del fondo y se alzaban por los aires para caer después sobre quien buscaba un vado. Solo el sábado el Sambatión estaba tranquilo, pero ningún judío habría violado el día del sábado intentando atravesar aquella corriente de agua ahora en calma. Otra tradición afirmaba que el Sambatión era un río compuesto tan solo de rocas y arena, un caos estruendoso de piedras y tierra que fluía sin parar, y quienes contemplaban aquel espectáculo desde las orillas tenían que cubrirse el rostro para no quedar marcados.

Durante la Edad Media, las noticias sobre las tribus dispersas nos las proporciona un viajero judío del siglo IX, Eldad ha-Dani, para quien las diez tribus se hallaban más allá

de los ríos de Abisinia, o justamente en las márgenes del Sambatión. En 1165, Benjamín de Tudela, al describir uno de sus viajes a Persia y a la península Arábiga, cuenta que se encontró con algunas tribus de origen judío. Pero las tribus perdidas se han buscado en otros lugares más insólitos. Por ejemplo, en el siglo XVI Bartolomé de las Casas, al defender a los indígenas de América de las vejaciones de los conquistadores españoles, los presentaba como descendientes de las diez tribus perdidas; también en el siglo XVI, la realización de la era mesiánica y por tanto el retorno de las diez tribus perdidas fue anunciado por los seguidores de una singular figura de místico, profeta y cabalista, Shabbatai Zevi, que habría atravesado finalmente el Sambatión. Por desgracia, el anuncio de Zevi no tuvo mucho efecto porque poco después decidió hacerse musulmán y perdió credibilidad ante la comunidad judía.

Las tribus dispersas han sido identificadas a veces en Cachemira, basándose en posibles etimologías judías de algunos nombres de localidades o de grupos tribales, entre los tártaros de Asia central, en el Cáucaso, en Afganistán y en el imperio de los jázaros (que era un reino turco cuyos habitantes se convirtieron al judaismo en el siglo VIII). Por no citar otras identificaciones que implicaban a los zulús, a los japoneses, a los malayos, etc.

La hipótesis más extravagante que asoció las diez tribus a las islas Británicas a partir del siglo XVIII es obra de Richard Brothers (1757-1824), un falso profeta que pasó muchos años en un hospital psiquiátrico y que (definiéndose a sí mismo como sobrino de Dios) fundó un movimiento milenarista. Para Brothers, los descendientes de las tribus dispersas eran los habitantes de las islas Británicas. En el siglo siguiente un irlandés, John Wilson, fundó el movimiento del British Israelism, según el cual los judíos que sobrevivieron a las deportaciones emigraron de Asia central al mar Negro y luego a Inglaterra (donde la familia real sería descendiente de la estirpe de David); en este proceso adquirieron los cabellos rubios y los ojos azules y hay quien, con total desprecio hacia las ciencias etimológicas, interpretó *saxons* como *Isaac's sons*. El movimiento gozó de cierta difusión en los países de habla

inglesa donde todavía hoy existen algunos seguidores y aparecen publicaciones que defienden esa descendencia.

Como siempre, las leyendas se construyen sobre un fondo de verdad histórica. No es en absoluto descabellado que debido a las deportaciones y diásporas se hubieran formado entre Asia y África bolsas de población de origen judío. Se conocen tribus de judíos etíopes, los *falashas*, los «exiliados», que según una de sus tradiciones fueron deportados a Abisinia tras la destrucción del templo de Salomón, y hoy muchos han sido acogidos en Israel como descendientes de la tribu de Dan. Pero si bien los *falashas* existen en realidad, las leyendas que los relacionan con la búsqueda del Arca de la Alianza, que estaría guardada en Axum, en Etiopía, son totalmente absurdas.

Piero della Francesca, Encuentro de Salomón y la reina de Saba , 1452-1466, Arezzo, basílica de San Francesco.

SALOMÓN, LA REINA DE SABA, OPHIR, EL TEMPLO. Cuenta la Biblia que la **reina de Saba** fue a conocer a Salomón, atraída por la fama de su sabiduría y la suntuosidad de su palacio; entre las numerosas obras maestras inspiradas en aquella visita se conserva el famoso fresco de Piero della Francesca en Arezzo. Sabemos dónde estaba Salomón: en Jerusalén. Pero ¿de dónde procedía la reina? En esta cuestión la leyenda prevalece sobre la historia y, en cuanto a la historia, el documento más completo que tenemos es el Antiguo Testamento, el Libro de los Reyes.

Más tarde se supo que los árabes la conocían como la reina Bilqis y los etíopes la llamaban Makeda; existe una versión persa de la historia y también la encontramos mencionada en el Corán. Pero es en Etiopía donde es considerada un mito nacional; de hecho, aparece citada en el Kebra Nagast (Libro de la Gloria de los Reyes), escrito precisamente en Etiopía en el siglo XIV.

Aunque la Biblia habla con entusiasmo de aquella visita, no nos dice si entre Salomón y la reina hubo algo más que una mera relación diplomática; en cambio, en el Kebra Nagast se dice, por un lado, que después de la visita la reina decidió que ya no adoraría al Sol sino al Dios de Israel; y, por el otro, que tuvieron una intensa relación amorosa de la que nació Menelik, cuyo nombre significa algo así como «hijo del hombre sabio», fundador de una dinastía salomónica; de ahí el símbolo del león de Judá que caracterizaba al imperio etíope, y el sello de Salomón que todavía aparece en el centro de la bandera actual, como reivindicación orgullosa de una descendencia directa del gran rey. Naturalmente, puesto que en las leyendas bíblicas (como nos muestran también las películas de Indiana Jones) no puede faltar nunca el Arca de la Alianza, esta habría llegado a Axum tras varias peripecias, ya que Menelik visitó en una ocasión a su padre y se la sustrajo, dejando en su lugar una copia de madera.

Banderas del antiguo Imperio etíope con el león de Judá y la nueva bandera con el sello de Salomón.

Tratemos de sacar algunas conclusiones: según una tradición, la reina procedía de Etiopía, pero Saba se hallaba en el punto en que se cruzaban las caravanas que transportaban incienso en dirección al mar Rojo, en la Arabia Felix, que

corresponde más o menos al actual Yemen; esto nos indica que la propia noción de Etiopía era en aquella época un tanto confusa (precisamente, como veremos, a una Etiopía asimismo legendaria fue trasladado, desde Extremo Oriente, el reino del Preste Juan). Ahora bien, el hecho de que Etiopía haya dado lugar a tantas leyendas nos indica que debía de ser un reino más bien rico y poderoso.

Sin embargo, en el Segundo Libro de las Crónicas (9), al narrar el episodio de la reina de Saba se dice, a propósito de los regalos que esta le había ofrecido a Salomón, que «los hombres de Hiram y los de Salomón cargaban oro de Ofhir». ¿Dónde estaba Ofir u Ophir? Aparece citado varias veces en la Biblia y era sin duda un puerto. Tres fuentes preislámicas, árabes y etíopes refieren que la reina de Saba lo había anexionado a su reino y lo había construido con piedras de oro, metal precioso que abundaba en los montes circundantes. Flavio Josefo en *Antigüedades judías* (I, 6) situaba Ofir en Afganistán; Tomé Lopes, compañero de Vasco da Gama, planteó la hipótesis de que fuera el antiguo nombre de Zimbabue, que era el principal centro del comercio del oro en el Renacimiento, pero sus ruinas se remontan tan solo a la Edad Media. En 1568, Álvaro de Mendaña —del que hablaré a propósito de las tierras australes—, cuando descubrió las islas Salomón, dijo que había encontrado Ofir; Milton, *El paraíso perdido* (11, 399-401), habla de Mozambique; el teólogo Benito Arias Montano (en el siglo XVI) propuso el Perú; y en el siglo XIX varios estudiosos identificaron Ofir con Abhira, en la desembocadura del Indo, en el actual Pakistán. Otros lo trasladaban a Yemen, con lo que se volvía a Saba sin haber concluido nada.

Cuando en 1970 Israel ocupó Sharm el-Sheij en el Sinaí (en la actualidad un floreciente centro turístico egipcio), lo bautizó con el nombre de Ofira, que significa «hacia Ofir», ya que se veía en ese lugar una de las vías que siguió la flota de Salomón para cargar las riquezas de las que habla la Biblia. Encontramos Ofir en la novela *Las minas del rey Salomón*, de Rider Haggard, salvo que en ese libro se sitúa en Sudáfrica, y en Ofir está inspirada la misteriosa Opar, ciudad de la selva africana que aparece en las historias de Tarzán.

Por tanto, el país de la reina de Saba se desvanece en la confusa geografía del mito y resulta inencontrable, como muchas de las islas perdidas de las que se ocupará este libro.

Salomón deslumbró a la reina de Saba con el esplendor del templo de Jerusalén, conocido comúnmente como Primer Templo, que el rey había mandado construir en el siglo X a. C. y que fue destruido por Nabucodonosor II en 586 a. C. El Segundo Templo fue erigido al regreso del exilio babilónico, a partir de 536 a. C., y luego fue ampliado por Herodes el Grande hacia 19 a. C. y destruido por Tito en el año 70 d. C. Pero el objeto de tantas leyendas y nostalgias fue sin duda el Primer Templo.

Rafael, Visión de Ezequiel , c. 1518, Florencia, Galleria Palatina, Palazzo Pitti.

Del Primer Templo tenemos dos descripciones en la Biblia, en el Libro de los Reyes (I 6) y en la visión de Ezequiel (40-41). La descripción del **Libro de los Reyes** es más precisa que la de Ezequiel, y describe el templo ateniéndose a unas

medidas en principio comprensibles. No ocurre así con la descripción de **Ezequiel**, que sin embargo, y precisamente a causa de su aparente incoherencia, ha inducido durante siglos a los exégetas a realizar los más atrevidos ejercicios de interpretación visual.

Es interesante comprobar los esfuerzos que realizan los alegoristas medievales para ver el Templo tal como aparece en la visión de Ezequiel; para ello intentan incluso facilitar instrucciones con vistas a una reconstrucción ideal. Sin duda, habría bastado leer el texto como relato de una visión, justamente el recuerdo de un sueño, donde las formas aparecen, se deforman y se desvanecen, y desde el punto de vista literario sería incluso interesante imaginar que el profeta escribió bajo la influencia de alguna sustancia alucinógena. Por otra parte, el mismo Ezequiel no dice que ha visto una construcción real, sino un «quasi aedificium». La propia tradición judía admitía la imposibilidad de realizar una lectura arquitectónica coherente, y en el siglo XII Rabbi Salomón ben Isaac reconocía que era imposible entender alguna cosa sobre la disposición de las cámaras septentrionales —dónde empezaban por el oeste y hasta dónde se extendían por el este, y dónde empezaban por el interior y hasta dónde se extendían en el exterior (cf. Rosenau, 1979)—; los Padres de la Iglesia decían que, por ejemplo, si se querían interpretar las medidas del edificio en términos físicos, las puertas deberían haber sido más anchas que las paredes.

Sin embargo, para los medievales era necesario interpretar a Ezequiel de manera literal, porque era comúnmente aceptado el principio exegético (de origen agustiniano) de que, cuando en las Escrituras se hallaban expresiones en apariencia demasiado detalladas y fundamentalmente inútiles, como por ejemplo números y medidas, había que entrever un sentido alegórico. Así pues, que un báculo fuera de seis codos no era solo una afirmación verbal, sino un hecho que se había comprobado y que Dios había dispuesto así para que nosotros pudiésemos interpretarlo alegóricamente. Por tanto, el templo debía poder ser reconstruido en términos reales, de lo contrario significaría que la Escritura nos había mentido.

Ahora bien, con un metro en la mano, una tabla de conversión de medidas y el texto bíblico a la vista intenten reconstruir una maqueta del templo. Los autores medievales que lo intentaron no disponían, entre otras cosas, de una tabla de conversión de medidas, sin contar con las deformaciones de los datos causadas por las múltiples traducciones, y transcripciones de traducciones. Pero incluso un arquitecto de hoy tendría dificultades para convertir esas instrucciones verbales en un proyecto diseñado.

Ricardo de San Víctor, en *In visionem Ezechielis*, para poder dar forma visible al «quasi» edificio del profeta, se esfuerza por rehacer cálculos y proponer de nuevo planos y cortes transversales, decidiendo que, cuando dos medidas no coinciden, una debe referirse a todo el edificio y la otra a una de sus partes; lleva a cabo el intento desesperado (y destinado al fracaso) de reducir el «quasi» edificio a algo que un maestro albañil medieval habría podido construir. Por no hablar de las exuberantes reinterpretaciones protobarrocas en Prado y Villalpando (1596).

Desde el punto de vista arqueológico, todas estas reconstrucciones, estaban destinadas al fracaso, y otros comentaristas se resignaron a hablar del templo refiriéndose exclusivamente a su significado místico, ámbito en el que podían recrearse sin tener que vérselas con proyectos arquitectónicos realizables. O bien se podía dar rienda suelta a la fantasía, como hacían algunos miniaturistas medievales que veían el templo como una catedral gótica; o como hizo toda la literatura masónica que nació en torno al mito de Hiram, constructor del Templo, asesinado por sus trabajadores, que querían arrebatarle sus secretos de maestro albañil; o la leyenda de los templarios, que nacieron como caballeros del templo de Jerusalén, pero que tomaron posesión de la mezquita de Al-Aqsa, creyendo que se erigía en el mismo terreno que el Primer Templo.

En todos estos casos, el templo de Salomón, que sin duda fue en cierto modo un lugar real, se convirtió en legendario, y todos los esfuerzos de los siglos posteriores estuvieron destinados a reconstruirlo, al menos en la fantasía, pero no a encontrarlo. Los fieles de tres religiones acuden todavía hoy a

Jerusalén, a la explanada del Templo, como si este estuviese aún allí: los judíos rezan a lo largo del Muro de las Lamentaciones, último resto del templo de Herodes destruido por Tito; los cristianos dirigen su atención al Santo Sepulcro; y los musulmanes van a la mezquita de Omar, que se conserva íntegra, aunque fue construida en el siglo VII d. C. como Cúpula de la Roca. El Primer Templo continúa perdido para siempre.

Hans Memling, Tríptico Floreins , panel central con La adoración de los Magos , 1474-1479, Brujas, Memling Museum.

¿DE DÓNDE VENÍAN (Y ADÓNDE FUERON A PARAR) LOS REYES MAGOS? No hay leyenda que nos resulte más familiar que la de los Reyes Magos. Ha inspirado innumerables obras maestras del arte y al mismo tiempo infinitos sueños infantiles, de modo que nadie se pregunta ya si los Magos realmente existieron, esta cuestión se deja para los historiadores, para los biblistas o para los mitógrafos. En cualquier caso, su fugaz aparición en la historia se sitúa entre dos lugares legendarios, el de su origen y el de su sepultura.

En cuanto a documentos históricos, el **Evangelio según Mateo** es la única fuente cristiana canónica que describe el episodio de los Magos. Y Mateo no solo no nos dice que los

Magos fuesen tres, sino que tampoco nos dice que fueran reyes, y tan solo alude a un viaje desde Oriente siguiendo una estrella, a la ofrenda de oro, incienso y mirra, y al hecho de que los Magos se negaron a decirle a Herodes dónde estaba el Niño. De Mateo a lo sumo puede deducirse que los Magos eran tres porque ofrecieron al Niño tres dones.

Será la tradición posterior la que vea a los Magos como reyes y trate de fijar su origen en algún país oriental concreto; también los evangelios apócrifos hablan de Magos. Aparece asimismo una referencia a los tres reyes en fuentes árabes (por ejemplo, el enciclopedista al-Tabari, en el siglo IX, hablaba de los dones ofrecidos por los Magos, citando como fuente al escritor del siglo VII Wahb ibn Munabbih).

Por otra parte, quienquiera que fuera el autor del Evangelio de Mateo, el texto fue escrito hacia finales del siglo I y, por tanto, en tiempos del nacimiento de Jesús, Mateo o quien sea no había nacido aún y por consiguiente no podía hablar por experiencia directa. De modo que, antes del texto evangélico, las noticias sobre los Magos circulaban en cierto modo también en el mundo precristiano. **Juan de Hildesheim** (un tardío biógrafo de los Reyes del siglo XIV) establecía como origen de su viaje las investigaciones astronómicas hechas en el monte Vaus, llamado también monte de la Victoria, que se puede identificar con el Sabalán, la cima más alta de Azerbaiyán, en el antiguo Imperio armenio. Según la tradición, subieron a la montaña sagrada sacerdotes y astrólogos zoroástricos, que esperaban la aparición de una estrella que las profecías vinculaban a la venida de una divinidad sobre la Tierra. En efecto, «magos» procede de la palabra griega *magos-magoi*, que se refería probablemente a sacerdotes del zoroastrismo persa, como aparece por ejemplo en Heródoto, y como nos permite pensar la alusión evangélica a la observación de las estrellas; pero también podía significar «hombres sabios», aunque en otros textos del Nuevo Testamento, como los Hechos de los Apóstoles, el término indica asimismo un brujo (véase Simón el Mago). Los Magos quizá procedían de Persia, aunque también podían venir de Caldea; Juan de Hildesheim sitúa su origen en las Indias, si bien entre las Indias incluye Nubia, de modo que el área de su

origen se amplía de forma desconcertante, porque además Juan relaciona la historia de su viaje con el reino del Preste Juan,[2] lo que nos lleva a alguna zona de Extremo Oriente, como pretendía la tradición en los tiempos en que escribía el hagiógrafo. Lo que ha permanecido casi constante en la tradición es que probablemente eran un blanco, un árabe y un negro, para sugerir la universalidad de la redención.

En cuanto al número, la tradición ha dado rienda suelta a la imaginación; a veces se ha hablado de dos, otras de doce, esto es, Hormidz, Jazdegard, Peroz, Hor, Basander, Karundas, Melco, Caspare, Fadizzarda, Bithisarea, Melichior y Gataspha. En la tradición occidental se impuso finalmente la idea de que eran tres: Gaspar, Melchor y Baltasar; pero para la Iglesia católica etíope eran Hor, Basanater y Kardusan; en Siria para los cristianos eran Larvand, Hormisdas y Gushnasaph; en la *Concordia evangelistarum* de Zacarías Crisopolitano (1150) se habían convertido en Appelius, Amerus y Damascus, o en forma hebrea Magalath, Serakin y Galgalath.

La realeza de los Magos (véase más adelante en este libro la estrecha fusión de realeza y sacerdocio a propósito de Melquisedec) se afirmó en la tradición litúrgica cuando se vinculó la fiesta de la Epifanía a la profecía del Salmo 72: «Los monarcas de Tarsis y las islas le pagarán tributo, y los reyes de Sabá y de Seba le traerán presentes. Ante él se postrarán todos los reyes, serviranle las naciones».

Más interesante es tal vez la historia de su sepultura. **Marco Polo** dice en sus escritos que ha visitado las tumbas de los Magos en la ciudad de Saba. Pero tenemos testimonios históricos un siglo antes de Marco Polo. Cuando en 1162 Federico Barbarroja conquistó y mandó destruir Milán, en la basílica de San Eustorgio encontró un sarcófago (todavía existe, aunque vacío) que habría contenido los restos mortales de los tres reyes. Según la tradición, en el siglo IV, el obispo Eustorgio, que deseaba ser enterrado en su día junto a los Magos, mandó trasladar sus restos desde la basílica de Santa Sofía en Constantinopla (adonde habían sido llevados por santa Elena, que los había encontrado durante su peregrinación a Tierra Santa). Y antes incluso se decía que habían estado

sepultados en Persia, donde precisamente afirmaba Marco Polo que los había encontrado.

Una vez hallados los Magos en Milán, el ministro de Federico, Reinaldo de Dassel, conocedor del valor económico de una reliquia que convertía una ciudad en meta de incesante peregrinaje, mandó trasladar los restos a la catedral de Colonia, donde todavía hoy se puede ver el arca de los Magos. Los milaneses se lamentaron largamente de aquel robo (véanse las recriminaciones de **Bonvesin de la Riva**) y trataron de recuperar, sin éxito, los preciosos restos; por fin, en 1904, el arzobispo de Milán mandó depositar de nuevo con solemnidad en San Eustorgio algunos fragmentos óseos de aquellos venerados despojos (dos fíbulas, una tibia y una vértebra), ofrecidos por el arzobispo de Colonia. Son muchos los lugares que se jactan de haber obtenido fragmentos de las reliquias durante el traslado de Italia a Alemania, de modo que las tumbas de los Magos (un hueso o un cartílago cada una) se multiplicaron. Peregrinos en vida, los tres reyes se convirtieron en vagabundos *post mortem*, generando sus múltiples cenotafios.

Paolo Veronese, La reina de Saba , (detalle), 1580-1588, Turín, Galleria Sabauda.

LA REINA DE SABA

ANTIGUO TESTAMENTO

Reyes I 10, 1 y ss.

La reina de Saba tuvo noticia de la fama de Salomón, y fue para ponerlo a prueba con enigmas. Llegó a Jerusalén con un gran cortejo, con innumerables camellos, cargados de aromas, de oro en gran cantidad y de piedras preciosas. Se presentó ante Salomón y le propuso todo lo que traía pensado. Salomón le resolvió todas las cuestiones, y ninguna quedó, por muy oscura que fuese, a la que el rey no le diera explicación.

Y cuando la reina de Saba vio toda la sabiduría de Salomón y el palacio que había edificado, los manjares de su mesa, las habitaciones de sus cortesanos, el porte y las vestiduras de la servidumbre, sus coperos y los holocaustos que ofrecía en el templo de Yahvéh, quedó sin aliento, y dijo al rey: ¡Ha resultado verdad cuanto había oído en mi país de tus hechos y de tu sabiduría! Yo no creía en ello hasta que he venido y lo han visto mis ojos. En realidad, no se me dijo ni la mitad, porque tu sabiduría y tu prosperidad sobrepasan la fama que había llegado a mis oídos. ¡Dichosas tus gentes y dichosos tus servidores que continuamente están en tu presencia y escuchan tu sabiduría! ¡Bendito sea Yahvéh, tu Dios, que se ha complacido en ti y te ha puesto en el trono de Israel! Por el amor que Yahvéh tiene siempre a Israel te ha constituido rey, para administrar el derecho y la justicia.

Luego entregó al rey ciento veinte talentos de oro y gran cantidad de aromas y de piedras preciosas. Nunca llegó tanta cantidad de aromas al rey Salomón como la que le entregó la reina de Saba.

La flota de Jiram, que traía oro de Ofir, trajo también de allí gran cantidad de madera de sándalo y de piedras preciosas. Con esta madera de sándalo hizo el rey balaustradas para el templo de Yahvéh y para el palacio real, así como cítaras y arpas para los cantores. Nunca se trajo madera de sándalo como aquella ni se ha vuelto a ver hasta el día de hoy.

Por su parte, el rey Salomón regaló a la reina de Saba todo cuanto a ella se le antojó pedirle, además de lo que Salomón le entregó conforme a su munificencia de rey. Luego ella emprendió el regreso hacia su país con sus servidores.

El peso del oro que anualmente le llegaba a Salomón era de seiscientos sesenta y seis talentos, sin contar las contribuciones que recibía de los comerciantes viajeros y de las transacciones mercantiles, de todos los reyes de Arabia y de los gobernadores del país. Hizo el rey Salomón doscientos grandes escudos de oro batido, para cada uno de los cuales empleó tres minas de oro. Y el rey los colocó en la casa del bosque del Líbano.

Hizo además el rey un gran trono de marfil y lo recubrió de oro finísimo. El trono tenía seis gradas, un respaldo redondo por arriba, dos brazos, uno a cada lado del asiento, y dos leones de pie junto a los brazos. Sobre las seis gradas había, en cada grada uno en cada lado, doce leones de pie. Nada semejante se había hecho en ningún reino.

Todos los vasos que utilizaba para beber el rey Salomón eran de oro, y todos los utensilios de la casa del bosque del Líbano eran de oro fino. No había nada de plata, no se hacía aprecio de ella en los tiempos del rey Salomón, porque el rey tenía en el mar una flota de Tarsis, juntamente con la de Jiram; y cada tres años llegaba la flota de Tarsis, que traía oro, plata, marfil, monos y pavos reales.

Sobrepasó el rey Salomón a todos los reyes de la tierra en opulencia y sabiduría. Y todo el mundo deseaba ver a

Salomón, para oír la sabiduría que Dios había puesto en su corazón. Todos le llevaban regalos: objetos de plata y de oro, vestidos, armas, aromas, caballos y mulos.

Santi di Tito, La construcción del templo de Salomón , siglo XVI, Florencia, Cappella della Compagnia di San Luca, Santissima Annunziata.

LAS MEDIDAS DEL TEMPLO

ANTIGUO TESTAMENTO

Ezequiel 40-41

El año veinticinco de nuestro cautiverio, al principio del año, el día diez del mes, catorce años después de haber sido

tomada la ciudad, en aquel mismo día, la mano de Yahvéh se posó sobre mí y me llevó allá. En visiones divinas me llevó al país de Israel y me situó sobre un monte muy alto, encima del cual había, por la parte del mediodía una construcción a manera de ciudad. Me llevó allí y vi que allí había un hombre que parecía de bronce, con una cuerda de lino en la mano y una caña de medir. […]

Había un muro todo alrededor del área del templo por la parte exterior. El hombre tenía en la mano una caña de medir de seis codos —cada codo tiene de longitud codo y palmo—. Midió el espesor del muro: una caña; y la altura: también una caña. Fue después al pórtico que mira a oriente, subió las gradas y midió el umbral de la puerta: una caña de fondo; las habitaciones laterales: una caña de longitud y una caña de anchura; la pilastra entre las habitaciones: cinco codos; el umbral de la puerta, desde el vestíbulo hacia el interior: una caña. Después midió el vestíbulo de la puerta: ocho codos; y las jambas: dos codos. El vestíbulo de la puerta estaba en el interior. Las habitaciones laterales de la puerta oriental eran tres de un lado y tres de otro; las tres tenían una misma dimensión, como también era idéntica la dimensión de las jambas de uno y otro lado. Después midió la anchura de la entrada de la puerta: diez codos; y la longitud de la misma: trece codos. Delante de las habitaciones laterales había una mampara de un codo por un lado y de un codo por el otro; las habitaciones laterales eran de seis codos por un lado y de seis codos por el otro. Después midió la puerta desde el fondo de una habitación lateral hasta el fondo de la otra: había una anchura de veinticinco codos; una entrada estaba enfrente de la otra. Midió también el vestíbulo: veinte codos. En todo alrededor del vestíbulo de la puerta estaba el atrio. Desde el frontispicio de la puerta, a la entrada, hasta el frontispicio del vestíbulo interior de la puerta había cincuenta codos. El pórtico tenía todo alrededor saeteras que daban a las habitaciones laterales y a sus jambas; y también el vestíbulo tenía saeteras por dentro todo alrededor. En las jambas había figuras de palmeras.

Después me llevó al atrio exterior. Aquí había salas y un empedrado construido todo alrededor del atrio. A lo largo del

empedrado había treinta salas. El empedrado estaba al lado de las puertas correspondiendo a la longitud de las mismas; era el empedrado inferior. Luego midió la distancia desde el frontispicio de la puerta inferior hasta el frontispicio externo del atrio interior: había cien codos al oriente y al norte.

Con respecto al pórtico del atrio exterior, que da al norte, midió su longitud y su anchura. Sus habitaciones laterales eran tres de un lado y tres del otro; sus jambas y su vestíbulo eran de la misma medida que los del primer pórtico: su longitud era de cincuenta codos, y la anchura de veinticinco codos. Sus saeteras, su vestíbulo y sus figuras de palmeras eran de la misma medida que los del pórtico que mira a oriente. Se subía a él por siete gradas, y su vestíbulo estaba por la parte de dentro. Frente al pórtico septentrional, como en el meridional, había una puerta que daba al atrio interior. Midió de puerta a puerta: cien codos.

Después me condujo al mediodía. Aquí había un pórtico orientado al mediodía. Midió sus habitaciones laterales, sus jambas y su vestíbulo; eran de las mismas medidas que los otros. Tenía, como su vestíbulo, saeteras todo alrededor, semejantes a las de los otros. Este pórtico era de cincuenta codos de largo por veinticinco codos de ancho. Había siete gradas para subir a él y su vestíbulo estaba por la parte de dentro. Tenía figuras de palmeras en las jambas, una a cada lado. El atrio interior tenía una puerta orientada al mediodía. Midió, de puerta a puerta hacia el mediodía: cien codos.

Después me llevó al atrio interior por la puerta del mediodía y midió el pórtico meridional. Tenía las mismas dimensiones que los otros. Sus habitaciones laterales, sus jambas y su vestíbulo eran de las mismas medidas que los otros. Tenía, como su vestíbulo, saeteras todo alrededor. Este era de cincuenta codos de largo por veinticinco codos de ancho. […]

Después me llevó a la nave y midió las pilastras: seis codos de ancho por un lado y seis codos de ancho por el otro era la anchura de cada pilastra. La anchura de la entrada era de diez codos; las paredes laterales de la entrada tenían cinco

codos por un lado y cinco codos por el otro. Luego midió su longitud: cuarenta codos; y su anchura: veinte codos.

Luego entró en la sala interior y midió las jambas de la entrada; eran de dos codos. La entrada tenía seis codos, y las paredes laterales de la entrada siete codos. Midió su longitud: veinte codos; y su anchura: veinte codos delante de la nave. Y me dijo: «Este es el lugar santísimo».

Después midió el muro del templo: era de seis codos; y la anchura del edificio lateral, de cuatro codos, todo alrededor del templo. Las estancias laterales, una sobre otra, eran treinta y formaban tres pisos. En el muro del templo había salientes, para que sirvieran de apoyo a las estancias laterales todo alrededor y para que así estas no estuvieran apoyadas en el muro del templo. Las estancias laterales se ensanchaban a medida que se subía de un piso a otro, correspondiendo al ensanche del estribo de un piso a otro todo alrededor del templo; por eso el edificio era más ancho por arriba. Del piso inferior se subía al superior por el intermedio. Noté, pues, que el templo tenía un talud todo alrededor. Los cimientos de las estancias laterales medían una caña entera; había seis codos de desnivel. La anchura del muro que la edificación lateral tenía por fuera era de cinco codos, como la del patio que quedaba. Entre las estancias laterales del templo y las habitaciones había una anchura de veinte codos todo alrededor del templo. Las entradas de las estancias laterales daban al patio: una entrada hacia el norte y la otra hacia el sur. La anchura del espacio del patio era de cinco codos todo alrededor.

El edificio que había enfrente de la lonja por el lado que mira a poniente tenía una anchura de setenta codos; el muro del edificio tenía cinco codos de ancho todo alrededor y su longitud era de noventa codos.

Después midió el templo. Longitud: cien codos. La lonja y el edificio con sus muros, longitud: cien codos. Anchura de la fachada oriental del templo con su lonja: cien codos. Por fin midió la longitud del edificio que había frente a la lonja por la parte de atrás y las galerías situadas a uno y otro lado: había cien codos.

La nave, la sala interior y su vestíbulo exterior tenían artesonados, y en los tres pisos había todo alrededor saeteras y galerías, de frente al umbral, que estaban recubiertas de madera desde el suelo hasta las ventanas —las ventanas estaban recubiertas—, llegando hasta por encima de la entrada y hasta la parte interior y exterior del templo; y en todo alrededor del muro por dentro y por fuera había imágenes de querubines esculpidos y de figuras de palmeras, una palmera entre querubín y querubín. Cada querubín tenía dos rostros: rostro de hombre hacia la palmera de un lado y rostro de león hacia la palmera del otro lado; estaban esculpidos todo alrededor del templo. Desde el suelo hasta por encima de la entrada había querubines y figuras de palmeras esculpidos sobre el muro. […]

Delante del lugar santísimo se veía algo parecido a un altar de madera, de tres codos de alto, dos codos de largo y dos codos de ancho; sus ángulos, su zócalo y sus lados eran de madera. Me dijo: «Esta es la mesa que está delante de Yahvéh».

La nave tenía una doble puerta, y el lugar santísimo tenía también una doble puerta. Las puertas tenían dos batientes giratorios: dos batientes una puerta y dos batientes la otra. Sobre ellas, sobre las puertas de la nave, había querubines esculpidos y figuras de palmeras, como los esculpidos en los muros. En la fachada del vestíbulo por la parte de fuera había un arquitrabe de madera. Las saeteras y las figuras de palmeras estaban a uno y otro lado, en las paredes laterales del vestíbulo y en las estancias laterales con los arquitrabes.

Los Reyes Magos , siglo VI d. C., Rávena, Sant'Apollinare Nuovo.

DE DÓNDE VENÍAN LOS MAGOS

EVANGELIO SEGÚN MATEO 2, 1-14

Después de nacer Jesús en Belén de Judea, en tiempos del rey Herodes, unos magos llegaron de Oriente a Jerusalén, preguntando: «¿Dónde está el rey de los judíos que ha nacido? Porque hemos visto su estrella en Oriente y venimos a adorarlo». Cuando lo oyó el rey Herodes se sobresaltó, y toda Jerusalén con él. Y convocando a todos los pontífices y escribas del pueblo, les estuvo preguntando dónde había de nacer el Cristo.

Ellos le respondieron: «En Belén de Judea; pues así está escrito por el profeta: "Y tú, Belén, tierra de Judá, de ningún modo eres la menor entre las ciudades de Judá; porque de ti saldrá un jefe que gobernará a mi pueblo Israel"».

Entonces Herodes llamó en secreto a los Magos y averiguó cuidadosamente el tiempo transcurrido desde la aparición de la estrella. Y encaminándolos hacia Belén, les dijo: «Id e informaos puntualmente acerca de ese niño; y cuando lo encontréis, avisadme, para que yo también vaya a adorarlo». Después de oír al rey, se fueron. Y la estrella que habían visto en el Oriente iba delante de ellos, hasta que vino a pararse encima del lugar donde estaba el niño. Al ver la estrella, sintieron una inmensa alegría. Entrando en la casa, vieron al niño con María, su madre, y postrados en tierra, lo adoraron; […] y le ofrecieron regalos: oro, incienso y mirra. Y

advertidos en sueños de que no volvieran a ver a Herodes, regresaron a su tierra por otro camino.

Después de partir ellos, un ángel del Señor se le apareció en sueños a José y le dijo: «Levántate, toma contigo al niño y a su madre y huye a Egipto; y quédate allí hasta que yo te avise. Porque Herodes se pondrá a buscar al niño para matarlo». José se levantó, y tomó consigo, de noche, al niño y a su madre, y partió para Egipto.

JUAN DE HILDESHEIM

Historia de gestis et translatione trium regum (1477)

Acerca de los reinos y de las tierras de estos tres reyes, hay que saber que son las Indias, y que todos sus territorios están constituidos, en su mayor parte, por islas, llenas de horribles ciénagas, en las que crecen cañas tan recias que con ellas construyen casas y naves. Y en estas tierras e islas crecen plantas y animales diferentes a los demás, de modo que es muy difícil y peligroso pasar de una isla a otra. […]

En la primera India está el reino de Nubia, en el que reinaba Melchor. Y poseía también la Arabia, donde se encuentran el monte Sinaí y el mar Rojo, a través del cual es fácil navegar desde Siria y Egipto hacia la India. Pero el sultán no permite que al Preste Juan, señor de las Indias, le llegue ninguna carta de los reyes cristianos, para evitar que tramen conspiraciones entre sí. Por el mismo motivo el Preste Juan controla que nadie atraviese sus territorios para llegar hasta el sultán. Y por eso, el que se dirige a la India, se ve obligado a dar un largo y complicado rodeo a través de Persia.

Quienes han atravesado el mar Rojo cuentan que rojo es el color de su fondo, de modo que el agua, en la superficie, semeja vino tinto, aunque por sí misma es del mismo color que cualquier otra agua. Es salada, y tan transparente que se ven en su fondo piedras y peces. Tiene una anchura de unas cuatro o

cinco millas, es de forma triangular y refluye del Océano. Se extiende más por el lado del que partieron los hijos de Israel, cuando lo atravesaron en seco. De él deriva otro río, por el que se navega para llegar a Egipto desde la India.

Toda la tierra de Arabia es también rojiza, y las rocas, las maderas y todos los productos de la región son, por lo general, de color rojo. Hay en esa tierra excelente oro en forma de delgados filones y, además, en una montaña, hay una mina de esmeraldas que se excava con gran dificultad y artificio.

Esta tierra de Arabia pertenecía antes enteramente al Preste Juan, pero ahora está casi toda bajo el dominio del sultán. No obstante, el sultán sigue pagando por ella un tributo al Preste Juan, para que se le permita pasar pacíficamente las mercancías que proceden de la India. […]

La segunda India fue el reino de Godolia en el que reinaba Baltasar, que ofreció incienso al Señor. Le pertenecía también el reino de Saba, donde crecen en especial muchos nobles aromas y el incienso que destilan ciertos árboles a modo de goma.

La tercera India es el reino de Tharsis en el que reinaba Gaspar, que ofreció la mirra, y bajo su dominio estaba también la isla Egriseula, donde reposa el cuerpo del beato Tomás. Allí crece, más que en ninguna otra parte, la mirra en grandes cantidades, en plantas que parecen espigas tostadas.

Los tres reyes de estos tres reinos llevaron al Señor esos regalos, obtenidos de productos de sus tierras, como dice el pasaje de David: «Los monarcas de Tarsis y las islas le pagarán tributo, y los reyes de Sabá y de Seba le traerán presentes». En ese pasaje no se mencionan los nombres de los reinos más grandes, porque cada uno de los tres reyes posee dos reinos. Melchor es rey de Nubia y de los árabes, Baltasar es rey de Godolia y de Saba, Gaspar es rey de Tharsis y de la isla Egriseula.

MARCO POLO Y LA TUMBA DE LOS MAGOS

MARCO POLO

Viajes, 30-31 (1298)

En Persia se halla la ciudad de Sava, de donde partieron los tres Reyes Magos cuando vinieron a adorar a Jesucristo. En esta ciudad están enterrados en tres grandes y magníficos sepulcros. Los cuerpos de los reyes están intactos, con sus barbas y sus cabellos. El uno se llamaba Baltasar, el otro Gaspar y el tercero Melchor. Micer Marcos interrogó a varias personas con respecto a estos tres Reyes Magos, y nadie supo dar razón de ellos, exceptuando que eran reyes y que fueron sepultados ahí en la Antigüedad. Pero os voy a referir lo que averiguó más tarde sobre el particular.

Un poco más lejos, y a tres días de viaje, se halla un alcázar llamado Cala Atapereistan, lo que en español significa «Castillo de los adoradores del fuego». Y esto es la verdad, pues estos hombres adoran el fuego. Os diré por qué lo adoran: Las gentes de ese castillo cuentan que en la Antigüedad tres Reyes de esta región fueron a adorar a un profeta que acababa de nacer y llevarle tres presentes: el oro, el incienso y la mirra, para saber si ese profeta era Dios, rey terrestre o médico, pues dijeron que si tomaba el oro, era rey terrenal; si el incienso, era un Dios; si la mirra, entonces era un médico. Cuando llegaron al sitio en donde había nacido el niño, el más joven de los Reyes se destacó de la caravana y fue solo a ver al niño y vio que era semejante a él, pues tenía su edad y estaba hecho como él, y esto lo llenó de asombro. Luego fue el segundo de los Reyes, que era de la misma edad, y contestó lo mismo. Y creció al punto su sorpresa. Por fin, fue el tercero, que era el más anciano, y le sucedió lo que a los otros dos. Y quedáronse pensativos. […] Cuando se reunieron, se contaron uno a otro lo que habían visto y se maravillaron de ello. Entonces decidieron ir los tres a un tiempo, encontrando al niño del tamaño y la edad que le correspondía (pues no tenía más que trece días). Ante él se postraron ofreciéndole oro, incienso y

mirra. El niño cogió las tres cosas y, en cambio, les entregó un cofrecillo cerrado. Los Reyes Magos volvieron después de esto a sus respectivos países.

Cuando hubieron cabalgado algunas jornadas, se dijeron que querían ver lo que el niño les había dado. Abriendo el cofrecillo, se encontraron que contenía una piedra. Sorprendidos, preguntáronse qué significaría aquello, pues habiendo cogido el niño las tres ofrendas, comprendieron que el niño era Dios, Rey terrestre y Médico, y debía de tener aquello un sentido oculto y, en efecto, el niño dio a los tres reyes la piedra, significándoles que fueran firmes y constantes en su fe. Los tres Reyes tomaron la piedra y la echaron a un pozo, ignorando aún su significado, y cuando la piedra cayó al pozo, un fuego ardiente bajó del cielo y penetró en el pozo. Cuando tal vieron los Reyes, quedaron estupefactos y se arrepintieron de haber tirado la piedra, pues era un talismán. Cogieron del fuego que salía del pozo para llevarlo a sus respectivos países y ponerlo en un magnífico y rico templo. Y desde entonces está ardiendo y le adoran como si fuera un dios. Y los sacrificios y holocaustos que hacen son con ese fuego sagrado. Jamás toman de otro fuego que no sea de este maravilloso, caminando leguas y leguas para conseguirlo, cuando se les acaba, por la razón que ya os dije. Y son numerosos los que adoran el fuego en esta región. Todo esto le contaron a mi señor Marco Polo, y también que de los tres Reyes Magos, el uno era de Sava, el otro de Ava y el tercero de Cashan.

Nicolás de Verdún, Relicario de los Reyes Magos , 1181, catedral de Colonia.

EL ROBO DE LOS MAGOS

BONVESIN DE LA RIVA (siglo XIII)

De magnalibus urbis Mediolani, VI

A ella [Milán], después que fueron destruidas sus murallas por Federico I, también como castigo a su fidelidad, a ella —¡oh vergüenza!, ¡oh dolor!— por la misma razón los enemigos de la Iglesia robaron los restos mortales de los tres Magos, que había llevado a la ciudad san Eustorgio en el año 314. Esa fue toda la recompensa a nuestros esfuerzos: por haber combatido fielmente contra los rebeldes de la Iglesia ¡sufrimos la pérdida de semejante tesoro! ¡Ay de los ciudadanos de esta tierra que, aun habiendo sido despojados de tal y tan grande tesoro, prefieren dedicarse a destruirse mutuamente, en vez de buscar el medio de poder remediar su vergüenza y recuperar con gloria la riqueza de la que han sido despojados, haciendo valer la ley canónica! Y si me fuera consentido hablar contra mis señores, los pastores de esta ciudad, diría más bien: «¡Ay de los arzobispos de esta tierra, por cuyo desinterés las reliquias no han sido recuperadas todavía haciendo valer la espada de la Iglesia, esas reliquias que fueron perdidas no por culpa de los ciudadanos, sino por la defensa de la Iglesia en virtud de una absoluta e inquebrantable fidelidad!». Desde el día en que esta ciudad fue fundada, esto es —por cuanto se lee— desde el año 504 antes del nacimiento de nuestro Salvador, doscientos años después de la fundación de Roma, de ningún honor más grande, a mi parecer, jamás fue despojada.

William-Adolphe Bouguereau, Ninfas y sátiro , c. 1873, Williamstown, Massachusetts, Sterling & Francine Clark Art Institute.

3

LAS TIERRAS DE HOMERO Y LAS SIETE MARAVILLAS

Andrea Mantegna, El parnaso , 1497, París, Louvre.

Conocemos bien todo el mundo de la mitología griega: el Ática, el Olimpo, los ríos, los lagos, los bosques, el mar. Sin embargo, la fantasía griega transformaba continuamente cualquier aspecto del mundo que conocía en lugar legendario. Imaginó el Olimpo habitado por los dioses, y las aguas y montañas pobladas de ninfas: las Oréadas, ninfas de las montañas; las Dríadas, que vivían en una planta; las Hidríadas, ninfas acuáticas; las Nereidas, ninfas del mar; las Creneas y las Pegeas, ninfas de las fuentes; y las ninfas celestes como las Pléyades.

Por no hablar de los sátiros, de los héroes, de tantas divinidades menores vinculadas a un lugar. Así que todo el mundo griego podría dar lugar a investigaciones sobre tierras

de leyenda, si la mayor parte de esas tierras no nos fuese conocida, aunque ya abandonada por las criaturas divinas de antaño.

Poco podemos fantasear sobre el lugar donde se levantaban Troya o el palacio de Agamenón, y tenemos ideas bastante claras sobre dónde se situaba la Cólquida a la que llegó Jasón en pos del vellocino de oro.

Muchos turistas visitan Argos y Micenas; sin embargo, estos lugares poseen una vida propia en nuestro imaginario y gozan de las mismas propiedades que las tierras inexistentes.

Todavía se sigue discutiendo dónde estaban los lugares visitados por Ulises en el transcurso de sus peregrinaciones. Sabemos que tenían que estar al alcance de la mano, por así decirlo, entre el mar Jónico y el estrecho de Gibraltar, pero debatimos aún a qué lugares reales corresponden los lugares de la *Odisea*.

Agostino Annibale y Ludovico Carracci, Jasón conquista el vellocino de oro , siglo XVI, Bolonia, Palazzo Fava.

Agostino Annibale y Ludovico Carracci, Construcción de la nave de Argos, siglo XVI, Bolonia, Palazzo Fava.

Dosso Dossi, La maga Circe , siglo XVI, Roma, Galleria Borghese.

EL MUNDO DE ULISES. Reproduzcamos el periplo de Ulises, tratando de situar los lugares de sus peripecias tal como los identifica hoy una enciclopedia. Después de una estancia de siete años en la isla de Ogigia, prisionero de la ninfa Calipso, el héroe escapa y, tras superar una tempestad, llega a la isla de los feacios, Esqueria. Esta isla correspondería a Corfú, que se encuentra a poca distancia de la actual Ítaca. Allí Ulises le cuenta a **Alcínoo** todas sus aventuras anteriores: el desembarco en la tierra de los lotófagos, tal vez en las costas de Libia; la aventura con Polifemo, que quizá vivía en Sicilia; la estancia en la isla de Eolo; el desembarco en la tierra de los lestrigones, monstruosos caníbales que viven en las costas de Campania; la llegada a la isla de la maga Circe, en el monte Circeo en el Lacio, donde permanece un año; la llegada a la

tierra de los cimerios y su visita a los infiernos; el paso junto a la isla de las sirenas en el golfo de Nápoles y luego entre Escila y Caribdis (el estrecho de Mesina) la Trinacria, donde pacían los bueyes del sol; y la salvación tras un terrible naufragio en Ogigia, en las costas marroquíes, donde permanece largo tiempo como amante y prisionero de la ninfa Calipso. Finalmente, el desembarco en la isla de los feacios y el regreso a Ítaca.

Pier Francesco Cittadini llamado el Milanés, Ulises y Circe, siglo XVII, Bolonia, Galleria Fondoantico di Tiziana Sassoli.

Arnold Böcklin, Ulises y Calipso , 1882, Basilea, Kunstmuseum.

Un periplo que podemos reconstruir sobre un mapa actual. Ahora bien, ¿fueron en realidad estos los lugares del viaje de Ulises? El turista que acercándose hoy por mar a Grecia contempla Ítaca a lo lejos experimenta una emoción «homérica». Pero la Ítaca actual ¿era realmente la de Ulises? Aunque como tal la identificó en el siglo I d. C. el geógrafo Estrabón, para muchos estudiosos modernos las descripciones homéricas no corresponden a la actual Ítaca, que es montañosa y en cambio según el poeta era llana. De modo que se ha planteado la hipótesis de que la isla de Ulises era más bien Léucade.

La nave con Ulises y sus compañeros, siglo III d. C., mosaico, Túnez, Museo del Bardo.

Si no se ha conseguido identificar la patria del héroe, podemos imaginar lo que ocurre con las otras tierras de las que habla el autor de la *Odisea*.

Siguiendo la reconstrucción de las ochenta teorías más extravagantes acerca del periplo de Ulises (Wolf, 1990), probablemente el primer mapa que intentó representarlo fue el que aparece en el siglo XVI en el *Parergon* de Ortelio. A primera vista se observa que para Ortelio el periplo es mucho más reducido y Ulises no se habría movido más allá de Sicilia (donde se encuentran los lotófagos) y la península italiana, que alberga el país de los cimerios y la isla de Calipso, por no hablar de la isla de Ogigia que de las costas marroquíes se desplaza hacia un lugar que correspondería aproximadamente

al actual golfo de Tarento, lo que explicaría que un náufrago pudiera llegar a Esqueria. En este sentido, Ortelio seguía indicaciones que podían remitirse a fuentes antiguas, que situaban Ogigia en las costas de Crotone, en Calabria.

En 1667, Pierre Duval trazó un mapa en el que los lotófagos se situaban en las costas africanas. Si nos fijamos en las distintas reconstrucciones del siglo XIX, encontramos Ogigia en los Balcanes y la tierra de los cimerios y Calipso en el mar Negro. Samuel Butler (1897), además de suponer que Homero había sido una mujer, ubicaba Ítaca en Sicilia, en Trapani, y cierto pseudo Eumaius (1898) afirmaba que Ulises había circunnavegado África y descubierto América, aunque se cree que esta propuesta tenía una intención paródica.

Pseudo-Eumaios, Ulises como circunnavegador de África y descubridor de América , 1898, París, Bibliothèque Nationale de France.

La carrera por la reconstrucción de los viajes todavía continúa. Recordemos a Hans Steuerwald (1978), que desplaza a Ulises hasta Cornualles y Escocia, de modo que el vino producido en la isla de Circe sería puro whisky escocés; al sinólogo Hubert Daunicht (1971), que, al descubrir ciertas analogías entre la *Odisea* y algunos relatos chinos, extiende el

periplo de Ulises hasta China, Japón y Corea; por no hablar de Christine Pellech (1983), que sostiene que Ulises descubrió el estrecho de Magallanes y Australia. Hace unos años, Felice Vinci (1995) desplazó todos los viajes de la *Odisea* de la cuenca del Mediterráneo al Báltico.

Si las teorías son realmente ochenta, podemos detenernos aquí y limitarnos a mencionar la más citada (que incluso inspiró el *Ulises* de Joyce, que reconstruye todo el periplo en el transcurso de un día en Dublín): se trata de la que expone en varios libros Victor Bérard, traductor francés de la *Odisea*, del que recordaremos al menos *Les navigations d'Ulysse*.

Bérard sostenía que el relato homérico se basaba en los viajes que realizaron los fenicios por el Mediterráneo, pero su reconstrucción fue criticada porque, si bien había navegado por las rutas de las que hablaba, lo había hecho en un barco moderno que no permitía saber cuánto tiempo había necesitado Ulises para desplazarse de un lugar a otro. En cualquier caso, Bérard situaba a los lotófagos en la costa tunecina, al Cíclope cerca del Vesubio, la isla de Eolo en Estrómboli, a los lestrigones al norte de Cerdeña, el país de Circe cerca del monte Circeo, Escila y Caribdis en el estrecho de Mesina, Calipso en Gibraltar y la isla de los feacios en Corfú; asimismo identificaba la isla del Sol con Sicilia e Ítaca con la isla de Thiaki en el golfo de Corinto.

Maestro de la Asunción de la Magdalena de la Johnson Collection, Las aventuras de Ulises: la lucha con los lestrigones , siglos XIII-XIV, Nueva York, The Frances Lehman Loeb Art Center, Vassar College, Poughkeepsie.

El cambio de perspectiva más polémico se produjo con la obra de Frau (2002), que pone en cuestión, a la luz de una relectura de los textos clásicos, que para el autor de la *Odisea* las columnas de Hércules estuvieran en el estrecho de Gibraltar. Esta localización sería de la época helenística, en un intento de prolongar hacia Occidente aquel mundo que las expediciones de Alejandro habían prolongado hacia Oriente. En la época arcaica, la percepción del Mediterráneo navegable era mucho más restringida: toda la parte occidental estaba ocupada por los fenicios y era ignorada por los griegos, y las columnas de Hércules se identificarían con el estrecho de Sicilia, entre la isla y la costa africana. Todos los viajes de Ulises se habrían desarrollado en la parte oriental del Mediterráneo, y Cerdeña sería la legendaria Atlántida (véase el capítulo dedicado precisamente a este continente «perdido»),

Pero si para Frau el mundo de Ulises era más restringido de lo que se había creído antes, Vinci por su parte formula la hipótesis, (1995)[3] de que el periplo del navegante homérico hay que situarlo en el extremo norte. A través de una minuciosa reconstrucción de descripciones de hechos y nombres de lugar, Vinci concluye que todas las vicisitudes narradas por Homero (o quienquiera que fuese) se desarrollaron en el Báltico y en los países escandinavos. La hipótesis se basa en la teoría, varias veces enunciada, de que en la Edad del Bronce varios pueblos nórdicos habían emigrado al Egeo; estos pueblos adaptaron luego en términos mediterráneos sus antiguas leyendas.

No es objetivo de este libro averiguar cuál fue el verdadero periplo de Ulises. El poeta (o los poetas) inventó sobre la base de informaciones también legendarias. La *Odisea* es una bellísima leyenda, y todos los intentos de reconstruirla sobre un mapa moderno han dado lugar a otras tantas leyendas. Una de las que hemos citado tal vez es verdadera, o verosímil, pero lo que nos fascina es el hecho de que durante siglos hemos sido cautivados por un viaje que nunca se realizó. Dondequiera que viviese Calipso, son muchos los que han soñado con pasar algunos años en su dulcísima prisión.

Los lestrigones atacan las naves de Ulises , 40-30 a. C., Biblioteca Vaticana.

LAS SIETE MARAVILLAS. Entre los lugares legendarios del mundo antiguo, deberemos también registrar las siete maravillas del mundo: los **jardines colgantes de Babilonia**, donde se cuenta que la reina Semíramis recogía rosas frescas durante todo el año; el **Coloso de Rodas**, una enorme estatua de bronce situada en el puerto de la isla; el *mausoleo de Halicarnaso*; el **templo de Diana en Éfeso**; el **faro de Alejandría en Egipto**; la **estatua de Zeus en Olimpia**, obra de Fidias, y la pirámide de Keops en Giza. Y tenemos textos de *Pausanias*, de *Plinio*, de **Valerio Máximo**, de **Aulo Gelio** y —entre otros— incluso de **Julio César**, que citan y describen cada una de estas maravillas, lo que nos hace pensar que, aunque no eran tan maravillosas como pretende la tradición, existieron de verdad.

La maravilla de la que más se ha hablado ha sido el templo de Diana, ya que según la leyenda fue destruido por un incendio provocado por Eróstrato para conseguir fama eterna; el infeliz consiguió lo que pretendía, aunque la fama póstuma de la que goza es dudosa.

La única maravilla que sobrevive es la pirámide de Keops. Y, a pesar de haber sobrevivido, la Gran Pirámide es la que ha suscitado más leyendas, precisamente en tiempos modernos, y sigue suscitándolas. La pirámide auténtica existe

todavía hoy y se puede visitar, pero los llamados **«piramidólogos»** son los que han creado la leyenda, al imaginar una especie de pirámide paralela que solo existe en la fantasía de los cazadores de misterios.

Francesco Hayez, Ulises en la corte de Alcínoo , c. 1814, Nápoles, Capodimonte.

EL PALACIO DE ALCÍNOO

HOMERO (siglo IX a. C.)

Odisea, VII, 82-133

Por su parte Odiseo llegaba ante la muy ilustre mansión de Alcínoo. Mientras se hallaba de pie ante ella con muchos vaivenes le palpitaba el corazón, hasta que alcanzó el umbral de bronce. Flotaba como el fulgor del sol o de la luna el brillo en torno a la encumbrada mansión del magnánimo Alcínoo. Porque sus muros estaban forjados en bronce a uno y otro lado, desde el portal hasta el fondo, y en torno iba corrido un friso azul oscuro. Áureos portones cerraban el paso de la bien murada casa. Jambas de plata se yerguen sobre el umbral broncíneo, de plata es también el dintel, y áureo el llamador. A uno y otro lado había además unos perros dorados que forjó Hefesto con sus ingeniosos diseños, para que custodiaran la mansión del magnánimo Alcínoo, inmortales y sin vejez para

todos sus días. Dentro había a lo largo del muro asientos dispuestos acá y allá, en fila desde la entrada hasta el fondo, y estaban bien cubiertos con ropajes de bello tejido, tarea de las mujeres. Allí se sentaban los principales de los feacios, mientras comían y bebían. Allí acostumbraban a reunirse a lo largo del año.

Y unas estatuas doradas de muchachos estaban erguidas sobre bien dispuestos altares sosteniendo en sus manos encendidas antorchas que daban luz en las salas a los invitados al banquete en la noche. […]

Más allá del patio, cerca del portón, se halla un huerto de cuatro yugadas y en torno suyo se ha levantado una cerca a ambos costados. Allí han brotado grandes árboles en flor, perales, granados, y manzanos de espléndidos frutos, dulces higueras y lozanos olivos. Sus frutos nunca se pierden, y no faltan ni en invierno ni en verano, son perennes. De continuo la brisa del Céfiro produce los unos y madura los otros. La pera envejece sobre la pera, la manzana sobre la manzana, la uva en la uva y el higo sobre el higo. Allí está plantado un prolífico viñedo, del que algunos frutos tendidos en un suelo abrigado se secan al sol, mientras otros se vendimian y otros se pisan, en tanto que más allá otras vides están en flor y otras van negreando sus uvas. Allí también, en el fondo del huerto, han brotado arriates de verduras de todo tipo, en sazón todo el año. Y hay allí dos fuentes, la una vierte su agua por todo el jardín, y la otra la impulsa por el otro lado, a lo largo del umbral, en dirección a la alta casa, adonde van por agua los ciudadanos. Así de espléndidos eran, pues, en los dominios de Alcínoo, los dones de los dioses.

Jan Brueghel el Viejo, Ulises y Calipso , siglos XVI-XVII, colección particular.

ULISES NAVEGÓ CERCA DE CASA

SERGIO FRAU

Las columnas de Hércules.

Una investigación [2002]

¿Quién y cuándo puso en Gibraltar las columnas de Hércules? ¿Y realmente empezaba allí el Far West de los antiguos griegos? ¿Y los estrechos entre Malta, Sicilia y Túnez —ese cañón secreto submarino, completamente rodeado de rocas y bancos de arena al acecho, apenas cubiertos ya por el agua— son una alternativa posible? […] ¿Y si apuntas a Reggio y al estrecho de Messina? Las cosas no te irán mejor: allí te esperan, terribles, Escila y Caribdis, monstruosos guardianes. Cuanto más lees, más se puebla de temores el canal: es una de las zonas del Mediterráneo con la mayor concentración de monstruos, tragedias y naufragios que jamás se haya imaginado y descrito. ¿Son todo fantasías? […] Pues sobre monstruos, terrores y peligros, situados todos en la zona del canal de Sicilia, Homero sabe un montón. No se desmiente un ápice de los relatos que debían de llenar las veladas en los puertos del Mediterráneo de entonces. Pues bien, en tiempos de Homero, al oír estas cosas todo el mundo entendía lo mismo: el mar de Sicilia. […] Y si todos estos sabios —que, además, realmente lo saben todo sobre los griegos— tienen razón, toda aquella poderosa batahola de hijos e hijas de Océano situados allí, al otro de Gibraltar, donde no podían ser útiles a nadie, aquella batahola con toda su enmarañada

secuencia, ¿para qué servían? Y, sobre todo, ¿a quién? ¿Para qué estar pensando en ríos de Marruecos, golfos del Senegal o Hespérides atlánticas si, total, allí no iban a ir? ¿Que se temblaba ante la mera idea de atravesar el canal de Otranto? […] En definitiva, ¿dónde empezaba de verdad el Océano espantoso de Homero? ¿Es posible que fuera más allá de Gibraltar? Impensable. Y, en realidad, no lo piensa nadie.

M.O. Mac Carthy, Mapa del mundo conocido por Homero , 1849, Nueva York, Public Library.

ULISES NAVEGÓ LEJOS DE CASA

FELICE VINCI

Homero en el Báltico [2008]

Al final de la última era glacial, se sucedieron en el norte de Europa diversas fases climáticas, cuyos principales rasgos

distintivos, sobre todo en cuanto se refiere a la vegetación, enumeraremos brevemente a continuación:

—Preboreal reciente (8000-7000 a. C.): el clima es frío, continental; se extienden el abeto rojo, el aliso y el avellano.

—Boreal (7000-5500 a. C.): el verano es cálido, el invierno relativamente templado.

—Atlántica (5500-2000 a. C.): es más cálida que la fase boreal, el verano es cálido, el invierno templado y húmedo. Se extienden los bosques de encinas.

—Subboreal (2000-500 a. C.): el clima se torna más continental y se enfría. Se extienden el abeto y la haya.

Para nuestro estudio, nos interesan la fase «Atlántica» —correspondiente al óptimo climático posglacial, que alcanzó su punto máximo en torno a 2500 a. C. y duró hasta 2000 a. C.— y el siguiente período, más frío. Como dice la profesora Laviosa Zambotti, el óptimo climático fue la mejor época climatológica que jamás han conocido los países escandinavos y que justifica el elevado nivel que alcanzó la cultura en Escandinavia en aquella época, en torno a 2500 a. C. […] No es difícil imaginar que los habilísimos navegantes de la Edad del Bronce, aprovechando las condiciones excepcionalmente favorables ofrecidas por el pleno apogeo del óptimo climático (que, como hemos dicho, alcanzó su punto máximo en torno a la mitad del III milenio a. C.), fueran capaces de alejarse por mar a grandes distancias. […] El escenario real de la *Ilíada* y la *Odisea* es identificable no con el mar Mediterráneo, sino con el norte de Europa. Las sagas que dieron origen a los dos poemas proceden del Báltico y de Escandinavia, donde en el II milenio a. C. florecía la Edad del Bronce y donde todavía pueden identificarse muchos lugares homéricos, entre otros Troya e Ítaca: los llevaron a Grecia, al acabar el óptimo climático, los grandes navegantes que en el siglo XVI a. C. fundaron la civilización micénica: reconstruyeron en el Mediterráneo su mundo originario, donde se habían desarrollado la guerra de Troya y los otros episodios de la mitología griega, y perpetuaron de generación en generación, transmitiéndolo después a las épocas posteriores, el recuerdo de los tiempos heroicos y de las hazañas realizadas por sus

antepasados en la patria perdida. Estas son, en suma síntesis, las conclusiones de nuestra investigación que, considerando el absurdo al que conduce la ubicación mediterránea de los poemas homéricos, de sus problemáticas relaciones con la geografía micénica y de su dimensión europeo-bárbara (Piggou), además del probable origen nórdico de la civilización micénica (Nilsson), parte de la información de Plutarco respecto a la ubicación septentrional de la isla de Ogigia: esta es la llave que nos ha abierto de par en par las puertas del mundo homérico y nos ha permitido comenzar una minuciosa reconstrucción, cuyos resultados prueban la validez de la tesis inicial. Esa perspectiva —a la que no le falta el requisito popperiano de la «falsabilidad»—, además de dar finalmente respuestas adecuadas a las preguntas de los antiguos, desmintiendo la vieja creencia de que «Homero es un poeta pero no un geógrafo», se integra con toda naturalidad en los recientes avances de los estudios sobre los poemas homéricos y sobre la civilización micénica, permitiendo conectarlos en una coherente visión unitaria y realizando así una síntesis que de otro modo sería imposible. La reconstrucción de los lugares homéricos es en especial significativa tanto respecto al área de Troya como a la de Ítaca —escenarios respectivamente de la *Ilíada* y de la *Odisea*— sobre las que tenemos una gran cantidad de correspondencias: ya el mero hecho de haber encontrado Duliquio, la misteriosa «isla larga» tantas veces mencionada por Homero —correctamente situada delante de un «Peloponeso» llano y de un grupo de islas congruente con las indicaciones de ambos poemas— podría constituir por sí mismo un refrendo no desdeñable a la validez de la teoría. También hemos constatado que los dos poemas se mueven libremente en ámbitos diferentes, aunque en cierto sentido complementarios: el uno, por medio del Catálogo de las naves, nos permite reconstruir de manera íntegra los asentamientos aqueos a lo largo del Báltico durante la primera Edad del Bronce; el otro, a través de las peregrinaciones de Ulises, proporciona un cuadro muy vivo y coherente de las noticias que aquellos antiguos pueblos tenían del «mundo exterior», fascinante pero también lleno de insidias, como la gran corriente del Atlántico (de la que Homero habla en dos ocasiones, con aspectos

completamente distintos: amenazadora en el torbellino de Caribdis, benévola cuando ayuda al héroe a llegar a tierra y lo pone a salvo en la desembocadura del río Esqueria) y otros singulares fenómenos, como las larguísimas jornadas estivales en el país de los lestrigones, que a su vez prefiguran, más al norte aún, la dimensión ártica de la isla de Circe, donde en verano el Sol no se pone nunca y donde se observan «las danzas de la aurora». En resumen, las informaciones geográficas que pueden extraerse de todo el mundo homérico pueden incluirse en varios grandes «grupos»: el mundo de Ítaca (en las islas danesas), las aventuras de Ulises (en el Atlántico Norte), el mundo de Troya (en el sur de Finlandia) y el de los aqueos (a lo largo de las costas del Báltico). Cada uno de ellos presenta extraordinarias similitudes con los respectivos ambientes identificados en la Europa septentrional, que se corresponden con las incongruencias de la tradicional ubicación mediterránea; y para cada uno puede atestiguarse un cuadro meteorológico sistemáticamente frío, neblinoso y revuelto, acorde con el contexto nórdico. Además, las noches claras de las latitudes altas permiten resolver el problema de los dos días de lucha ininterrumpida entre aqueos y troyanos, al que se añade la conjunción con el desbordamiento del Escamandro y del Simoenta, en perfecta correspondencia con los regímenes estacionales de los ríos nórdicos.

Los jardines colgantes de Babilonia , litografía, c. 1886, colección particular.

LOS JARDINES COLGANTES DE BABILONIA

FILÓN DE BIZANCIO (siglo III a. C.)

Las siete maravillas del mundo

El llamado jardín colgante, hecho de plantas, elevadas del suelo, se trabaja en el aire, siendo una terraza suspendida el terreno donde echan las raíces las plantas. Por debajo se erigen para soportarlo columnas de piedra, y todo el espacio es ocupado por columnas historiadas. Se colocan vigas de madera de palma, dispuestas a intervalos muy pequeños. La madera de palma es la única que no se pudre; al contrario, humedecida y comprimida por grandes pesos, se curva hacia arriba; además, nutre los filamentos de las raíces sacando otras sustancias desde el exterior entre los propios intersticios. Sobre estas vigas se amontona una espesa capa de tierra, y se plantan árboles de hoja ancha de los más frecuentes en los jardines, y toda clase de flores multicolores, y, en una palabra, todo lo que alegra a la vista y al paladar con su dulzura. Se labra el lugar como un campo cualquiera y los cuidados de los renuevos se realizan como en cualquier terreno. Así los trabajos de arado se llevan a cabo por encima de las cabezas de los que pasean por las columnas de abajo, y mientras se pisa la superficie del o terreno, en los estrados inferiores cercanos a las vigas la tierra permanece inmóvil e intacta. Las conducciones de agua, procedentes de las fuentes que están más arriba, unas corren en línea recta con un chorro potente, y otras son impulsadas hacia arriba en caracol, obligadas a subir en espiral por medio de ingeniosas máquinas. Recogidas arriba en sólidos y amplios estanques, riegan todo el jardín, impregnan hasta lo hondo las raíces de las plantas y conservan húmeda la tierra. Por eso, como se puede bien imaginar, la hierba está siempre verde y las hojas de los árboles que brotan de las tiernas ramas tienen mucha humedad y resistencia. Las raíces, que nunca padecen sed, al absorber y conservar la humedad difundida por el agua y entrelazando sus espirales subterráneas, garantizan una vida sólida y duradera a las plantas. Obra exquisita, lujosa y regia,

en la que todo es artificial y el trabajo de los agricultores está suspendido sobre las cabezas de quienes la contemplan.

Louis de Caullery, El Coloso de Rodas , siglo XVII, París, Louvre.

EL COLOSO DE RODAS

PLINIO (23-79 d. C.)

Historia natural, XXXIV, 41

Pero de todos los colosos el más admirado fue el del Sol, en Rodas, hecho por Chares de Lindos, discípulo de Lisipo. Esta estatua medía 70 codos [c. 32 metros] de altura. Después de sesenta y seis años, esta estatua cayó a causa de un terremoto, pero incluso caída sigue siendo un espectáculo maravilloso. Pocos pueden abarcar el pulgar con los brazos, y los dedos son más grandes que la mayoría de las estatuas enteras. El vacío de sus miembros rotos se asemeja a grandes cavernas. En el interior se ven piedras de gran dimensión, con cuyo peso el artista había estabilizado el Coloso durante su construcción. Dicen que tardaron doce años en terminarla y costó 300 talentos, que se consiguieron de la venta de las máquinas de guerra abandonadas por el rey Demetrio cuando, cansado de su larga duración, cesó en el asedio de Rodas.

En la misma ciudad hay otros colosos más pequeños que este, pero cualquier lugar donde se hallara uno solo de estos se haría famoso.

Wilhelm van Ehrenberg, El mausoleo de Halicarnaso, siglo XVII, Saint-Omer, Musée de l'Hotel Sandelin.

EL MAUSOLEO DE HALICARNASO

AULO GELIO

Noches áticas, X, 18

Se dice que Artemisia amaba a su marido Mausolo con una pasión que superó todas las historias de amor y que fue más allá de cualquier expresión de afecto humano. Mausolo fue, como cuenta Marco Tulio, rey de la región de Caria; según algunos historiadores de historia griega fue en cambio prefecto de una provincia, esto es, lo que los griegos llaman *satrápes*. Se dice que Mausolo, llegado al final de la vida, entre lamentos y abrazos de su mujer, fue sepultado con un magnífico funeral y Artemisia, inflamada por el dolor y por la

falta del esposo, mezcló los huesos y las cenizas del difunto con perfumes, los trituró, los disolvió en agua y bebió la mezcla; dio otras muchas pruebas de la violencia de su pasión. Para perpetuar la memoria del marido erigió con un trabajo ímprobo ese sepulcro famosísimo y digno de ser recordado entre las siete maravillas del mundo. Para la dedicación de ese monumento, Artemisia convocó «agona», esto es, competiciones en las que había que celebrar las alabanzas del marido, y fijó y distribuyó vistosos premios en dinero y otras recompensas. Se dice que participaron en esos concursos personajes famosos por su ingenio y elocuencia: Teopompo, Teodectes y Nacrates; algunos incluso han escrito que el propio Isócrates había participado en la competición. En ella resultó vencedor Teopompo, que era discípulo de Isócrates.

LA CONSTRUCCIÓN DEL TEMPLO DE ARTEMISA EN ÉFESO

PLINIO (23-79 d. C.)

Historia natural, XXXVI

Una realización de la grandiosidad griega digna de auténtica maravilla es el templo de Artemisa que todavía existe en Éfeso, en cuya construcción estuvo implicada toda Asia durante ciento veinte años. Lo erigieron sobre un terreno pantanoso para que no tuviera que padecer los terremotos o temer grietas del suelo; por otra parte, como no se deseaba que los cimientos de un edificio tan imponente se apoyaran en un terreno resbaladizo e inestable, se cubrió este con carbones apisonados y luego con vellones de lana. La longitud del templo es de 425 pies, la anchura de 225, con 127 columnas de 60 pies de altura y ofrecidas por cada uno de los reyes (treinta y seis están esculpidas, una por Scopas). Dirigió los trabajos el arquitecto Quersifrón. La empresa más sorprendente fue conseguir alzar arquitrabes de unas dimensiones tan imponentes. Quersifrón resolvió el problema mediante canastas llenas de arena dispuestas en un plano suavemente inclinado que llegaba por encima de los capiteles de las columnas; luego vaciaba poco a poco las canastas que estaban más abajo. De este modo, la estructura se asentaba con lentitud. El problema más arduo se presentó cuando hubo que

alzar el arquitrabe que estaba justo sobre la puerta: era el bloque más grande y carecía de base sobre la que apoyarse. La desesperación llevó al artista al borde del suicidio. Dicen que una noche, mientras dormía obsesionado por el problema, se le apareció la imagen de la diosa a la que estaba dedicado el templo: la diosa le exhortaba a vivir porque el arquitrabe lo había colocado ella. Al día siguiente se constató que así era: parecía que el arquitrabe se había colocado simplemente debido a su peso. En cuanto a los otros ornamentos de este templo, se requerirían varios libros para describirlos, pero no guardan ninguna relación con la exposición sobre la naturaleza.

Wilhelm van Ehrenberg, El templo de Diana en Éfeso , siglo XVII, colección particular.

EL INCENDIO DEL TEMPLO

VALERIO MÁXIMO (I a. C.-I d. C.)

Hechos y dichos memorables, VIII, 14

El anhelo de gloria puede conducir al sacrilegio. Hubo, por ejemplo, un individuo que quiso incendiar el templo de Diana en Éfeso, a fin de que la destrucción de esa obra maestra difundiese su nombre por toda la Tierra; una locura que confesó bajo tortura. Bien hicieron los habitantes de Éfeso en

borrar por decreto el nombre de aquel siniestro hombre, pero Teopompo, con su excesiva elocuencia, lo mencionó en sus *Historias*.

Johann Bernhard, Fischer von Erlach, La estatua de Zeus en Olimpia, grabado, 1721, colección particular.

LA ESTATUA DE ZEUS EN OLIMPIA

PAUSANIAS (siglo II d. C.)

Periégesis, V

Zeus está sentado en un trono de oro y marfil. Sobre la cabeza lleva una corona hecha a semejanza de ramas de olivo. En la mano derecha sostiene una Victoria también de marfil y de oro, con una cinta y una corona. En la izquierda sostiene un cetro adornado con toda clase de metales, rematado por un águila. Las sandalias y el manto del dios también son de oro. El manto está grabado con figuras de animales y flores de lirio.

El trono está adornado con oro y piedras preciosas, ébano y marfil, y en él aparecen representadas formas de animales y otras imágenes. En cada una de las patas del trono se representan cuatro Victorias bailando, y otras dos aparecen en la base de cada pata. En las anteriores se encuentran unos muchachos tebanos raptados por esfinges, y debajo de las

esfinges Apolo y Artemisa matan con flechas a los hijos de Níobe. Entre las patas del trono hay cuatro travesaños que unen una pata con otra; la que está frente a la entrada lleva siete imágenes, la octava no se sabe cómo ha desaparecido. La representación debería ser la de las antiguas competiciones, porque en tiempos de Fidias todavía no se habían instituido las competiciones de muchachos. Dicen que el muchacho que se ciñe la cabeza con una cinta es Pantarces, un jovencito de Elis de quien se dice que fue amante de Fidias, y Pantarces venció en la lucha entre jóvenes en la octogésima sexta Olimpíada. En los otros travesaños aparecen en fila quienes combatieron con Hércules contra las Amazonas. El número de figuras en las dos caras es de veintinueve, y entre los compañeros de Hércules se alinea también Teseo.

En la parte superior del trono puso Fidias, sobre la cabeza de la estatua, por un lado las tres Gracias y, por el otro, las tres Estaciones. Estas últimas se mencionan en la épica como hijas de Zeus, y Homero en la *Ilíada* [V, 749 y ss.] habla de las estaciones diciendo que, como guardianas de una corte real, les está confiado el cielo.

El escabel a los pies de Zeus, que en Atenas se llama *thranion*, lleva leones de oro y en él está grabada en relieve la lucha de Teseo contra las Amazonas, el primer acto de valor de los atenienses contra los extranjeros. En el pedestal que sostiene el trono y a Zeus con todos sus ornamentos aparecen el Sol sobre su carruaje, Zeus y Hera, y luego Hefesto y a su lado la Gracia, todos de oro. Siguen Hermes y Hestia, y después de Hestia aparece Eros que acoge a Afrodita saliendo del mar, y Afrodita es coronada por Persuasión. Siguen los relieves de Apolo con Artemisa y Atenea, y también Hércules; finalmente, en el extremo del pedestal, aparecen Anfítrite y Poseidón, así como la Luna cabalgando al parecer sobre un caballo. Algunos han dicho que la diosa cabalga sobre un mulo, y cuentan una necia historia acerca de este.

Sé que la altura y anchura de la estatua del Zeus de Olimpia han sido medidas y transcritas, pero no alabaré a sus medidores, porque las medidas que refieren son muy inferiores a la impresión que produce la visión de la estatua. Es más, según cuenta la leyenda, el propio Zeus le habría confirmado a

Fidias la maestría de su obra. Cuando la estatua estuvo terminada, Fidias rogó al dios que manifestara con un signo si la obra era de su agrado; y se cuenta que cayó súbitamente un rayo en el punto del pavimento donde hasta mi época estaba cubierto por un ánfora.

Todo el pavimento delante de la estatua estaba compuesto de losas no blancas, sino negras.

El faro de Alejandría de Egipto , litografía, siglo XIX, Londres, O'Shea Gallery.

EL FARO DE ALEJANDRÍA

JULIO CÉSAR (siglo I a. C.)

La guerra civil, III, 112

El faro se encuentra en una isla y es una torre altísima, obra de admirable arquitectura, llamada así por el nombre de la isla. Y esta isla es la que, situada frente a Alejandría, forma su puerto; pero los antiguos reyes construyeron en el mar un muelle de novecientos pasos, uniendo la isla a la ciudad mediante este estrecho puente. Sobre la isla se hallan casas de particulares, que forman un poblado tan extenso como una ciudad; y la nave o embarcación que por impericia o pollina tempestad se aparte un poco de su ruta, por lo general es asaltada por los habitantes y por los piratas. En cualquier caso, sin el permiso de quienes ocupan el faro ninguna nave puede entrar en el puerto debido a la estrechez del paso.

Las pirámides de Giza, grabado, 1837, Florencia, Archivio Alinari.

LOS PIRAMIDÓLOGOS

UMBERTO ECO

«Sobre los usos perversos de la matemática» (2011)

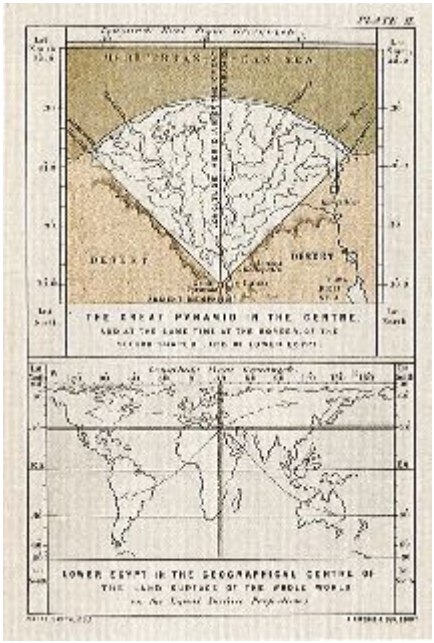
La expedición napoleónica a Egipto hizo que las pirámides fuesen más accesibles a los científicos y se dio inicio a una serie de reconstrucciones y mediciones, en especial de la pirámide de Keops, en cuya cámara real no se había hallado ninguna momia de faraón (ni ningún tesoro) y, si bien era más razonable considerar que desde la llegada de los musulmanes las pirámides habían sido objeto de saqueo, se empezó a suponer que la pirámide de Keops no era en absoluto, o no era solamente una tumba, sino un enorme laboratorio matemático y astronómico cuyas mediciones debían transmitir a la posteridad un saber científico poseído por los antiguos constructores y perdido más tarde, un saber que tal vez ignoraban incluso los egipcios puesto que, según algunos piramidólogos, los constructores originales venían de mucho más lejos en el tiempo y en el espacio, y tal vez de otro planeta.

Según nuestros conocimientos actuales, las medidas de la pirámide de Keops son de 230 m aproximadamente de lado (con ligeras diferencias entre un lado y otro, debidas también a la erosión de las piedras y al hecho de que ya no existe el revestimiento de losas lisas, que se llevaron los musulmanes para construir mezquitas) y 146 m de altura. No hay duda de que la pirámide está orientada según los cuatro puntos cardinales (con una aproximación inferior a una décima de grado) y parece que a través de uno de sus corredores de entrada se podía distinguir la que en la época de su construcción era la estrella Polar. No es un hecho nada sorprendente, ya que los antiguos eran observadores atentos del cielo y, desde Stonehenge a las catedrales cristianas, se prestaba mucha atención a los problemas de orientación.

El problema era, en cualquier caso, establecer cuáles eran las unidades de medida utilizadas por los egipcios puesto que, si se tradujese a unidades actuales una determinada longitud de metros o centímetros 666, sería muy arriesgado pensar que los egipcios pretendían expresar el número apocalíptico de la Bestia, puesto que esa misma longitud expresada en antiguos codos no habría tenido ninguna connotación.

A principios del siglo XIX, un tal John Taylor, que por otra parte no había visto nunca las pirámides sino que se

basaba en dibujos hechos por otros, descubrió que dividiendo el perímetro de la pirámide por el doble de la altura (o bien dividiendo la longitud de la base por la altura y multiplicando el resultado por dos) se obtenía un valor muy similar al *pi* griego. Gracias a este descubrimiento, Taylor calculó que la relación entre la altura y el perímetro era igual a la relación entre el radio polar terrestre y su circunferencia.



Charles Piazzi Smyth, Our Inheritance in the Great Pyramid , Londres 1880. Cálculos sobre la posición perfecta de la Gran Pirámide.

Los descubrimientos de Taylor tuvieron gran influencia, hacia 1865, en un astrónomo escocés, Charles Piazzi Smyth, que dedicó a Taylor su obra *Our Inheritance in the Great Pyramid*. Smyth calculó, no se sabe muy bien sobre qué base, que el codo sagrado egipcio (unos 63 cm) estaba compuesto de 25 «pulgadas piramidales», pulgadas piramidales que se correspondían admirablemente con la pulgada inglesa. De hecho, Piazzi Smyth dedica un capítulo de su libro a criticar la

artificiosidad republicana y anticristiana del sistema métrico decimal francés y a celebrar la naturalidad, según las leyes divinas, del sistema inglés.

El perímetro, en pulgadas piramidales, correspondía a una longitud total de 36.506. Insertando una coma decimal, Dios sabe por qué, se obtiene el número exacto de los días del año solar (365,06). Un seguidor de Piazzi, Flinders Petrie (aunque al parecer insinuó luego que había visto un día al maestro limando las piedras angulares de una galería para que le saliesen las cuentas), confirmó el cálculo del *pi* griego descubriendo que también la cámara real contiene un *pi* griego en la relación entre la longitud y el perímetro. Multiplicando por 3,14 la longitud de la cámara del rey (medida en pulgadas piramidales) se obtiene también 365,242, aproximadamente los días del año.

Como muestra un mapa de Piazzi (23), el meridiano y el paralelo que se intersecan en la pirámide (30° de latitud norte y 31° de longitud este) cruzarían más tierra firme que cualquier otro, como si los egipcios quisieran situar la pirámide en el centro del mundo habitado.

Entre los resultados de Piazzi y los de los piramidólogos posteriores se pudo sostener que la altura piramidal, multiplicada por 1.000.000, representa la distancia mínima entre la Tierra y el Sol (esto es, 146 millones en vez de 147 millones de kilómetros). El peso piramidal, multiplicado por 1.000.000.000, representa una buena aproximación del peso terrestre. Si duplicamos la longitud de los cuatro lados de la pirámide obtenemos casi exactamente la medida equivalente en un sexagésimo de grado a la latitud del ecuador. La altura media de los continentes sobre el mar es casi con exactitud la altura de la pirámide. Por último, la curvatura de las paredes (imperceptible a simple vista) es idéntica a la de la Tierra. En conclusión, la pirámide de Keops, o Gran Pirámide, es la escala 1:43.200 de la Tierra.

Obsérvese que, pese a no tener una precisa idea matemática de la sección áurea, los arquitectos medievales diseñaban por instinto artesano estructuras en las que luego se descubrieron ejemplos de divina proporción. Por otra parte, un

psicólogo del siglo XIX, Fechner, demostró que si se presentan a personas que no saben nada de matemática tarjetas de visita de diverso formato, la mayoría elige de manera instintiva aquellas cuya relación entre los lados sigue la sección áurea. Por tanto, si la mente humana está hecha de modo que aprecia ciertas proporciones, es posible que los egipcios tuvieran cierta capacidad de ajustarse a ciertas relaciones, aunque sus conocimientos matemáticos eran menos avanzados que los de los asirios y de los babilonios, y su geometría solo servía para determinar las superficies cultivables en relación con las crecidas del Nilo, y las operaciones de sus arquitectos probablemente se basaban en estos procedimientos. Es cierto que el *pi* griego, o bien una medida muy aproximada (esto es, 3,1605), aparece en el papiro de Rhind del siglo XX a. C., pero quizá los constructores de pirámides medían empíricamente con cañas, y esto explicaría que sus resultados fuesen inevitablemente aproximados. Por último se ha planteado la hipótesis de que las medidas se efectuaran como múltiplos de una rueda y por tanto la relación entre diámetro y circunferencia (*pi* griego) se produciría de manera automática. Dejemos por tanto el *pi* griego. El hecho es que los piramidólogos pretenden que los egipcios querían transmitirnos a través de la pirámide toda una enciclopedia de datos científicos que no podían conocer.

Piazzi Smyth era un astrónomo y no un egiptólogo, y tampoco tenía suficientes nociones de historia de la ciencia. A decir verdad, carecía incluso de sentido común. Piénsese en la tesis de la posición central de la pirámide entre la tierra firme: había que presumir que los egipcios dispusieran de nuestros mapas geográficos y supieran exactamente dónde estaban Estados Unidos y Siberia, y esto excluyendo Groenlandia y Australia, y en todo caso no se desprende de ningún hallazgo que los egipcios hubiesen trazado algún mapa fiable. Tampoco podían conocer la altura media de los continentes sobre el nivel del mar. Si bien desde el tiempo de los presocráticos (aunque en todo caso siglos y siglos después de la construcción de las pirámides) se estaba insinuando la idea de que la Tierra era esférica, es dudoso que los egipcios tuvieran ideas precisas sobre la curvatura real de la Tierra y sobre la circunferencia terrestre, puesto que hasta el siglo III a. C. no

calculó Eratóstenes con una buena aproximación la longitud del meridiano terrestre.

Para calcular la distancia entre el Sol y la Tierra habría que esperar a disponer de instrumentos de medición adecuados. No digo que los egipcios pensasen como Epicuro que el Sol no era más grande de lo que aparentaba, esto es, con un diámetro de unos treinta centímetros, pero en cualquier caso no disponían de esos instrumentos adecuados y se habrían equivocado en al menos un millón de kilómetros.

Finalmente, los cálculos que asimilan el peso de la pirámide al de la Tierra son imposibles, puesto que ni siquiera hoy sabemos con exactitud si la construcción de la pirámide está realmente llena en todas sus partes. […]

Piazzi escribe en un momento determinado «desde la cima a la base, las medidas de la Gran Pirámide son 161.000.000.000 pulgadas egipcias. ¿Cuántos seres humanos han vivido sobre la Tierra desde Adán hasta nuestros días? Una buena aproximación sería entre 153.000.000.000 y 171.000.000.000» (*Our Inheritance*, Londres, 1880, p. 583). Obsérvese que si la pirámide debía prever el número de habitantes de la Tierra en los siglos venideros, ¿por qué tendría que detenerse en la época en que vivía Piazzi Smyth y no calcular, siendo moderados, un milenio más allá?

Siguiendo estos principios científicos, Piazzi Smyth descubría correspondencias lineales y volumétricas entre el sarcófago hallado en la cámara real, el Arca de Noé y el Arca de la Alianza (que, por lo que sé, solo la ha visto Indiana Jones), porque daba por buenas las medidas bíblicas y traducía codos hebreos a codos egipcios sin ningún problema.

Hay más: las relaciones entre las longitudes de los pasillos de la pirámide revelaban incluso algunas fechas fatídicas como la fecha del futuro éxodo (1553 a. C.) y, puesto que la distancia temporal entre el éxodo y la crucifixión habría sido de 1.485 años, revelaba también la fecha de la muerte de Jesús. Otros cálculos hechos por los descendientes de Piazzi Smyth revelan que la suma de las longitudes de los dos pasillos que desembocan en la cámara real equivaldría al número de peces pescados por los discípulos de Jesús.

Además, como a la palabra griega que designa el pez (*iktys*) se le asigna el valor numérico 1.224, es fácil deducir que 1.224 es 153 por 8. ¿Por qué por 8? Naturalmente porque es el número dividendo 1.224 por el que se obtiene 153 (tras haber probado la división pollos 7 números anteriores). ¿Y si 1.224 no hubiese sido divisible por ningún número capaz de dar 153? En este caso sin duda no se hubiera tomado en consideración este ejemplo y no se habría citado. Del mismo modo calcularon los piramidólogos que el número exacto de días que vivió Jesús sobre la Tierra fue de 12.240, y este número es el resultado de 10*8*153. Bastaba multiplicar 1.224 por diez y dividirlo luego por ochenta; la solución consistía tan solo en establecer que 12.240 era el número de días que vivió Jesús, cómputo que ningún texto bíblico sugiere ni remotamente, porque además si Jesucristo vivió treinta y tres años, multiplicando 33 por 365 se obtiene 12.045, e incluso suponiendo que el año de nacimiento de Jesús fuese bisiesto, en treinta y tres años habríamos tenido nueve años bisiestos, y la cifra llegaría a lo sumo a 12.054 (aunque como el último año de vida se detiene en Pascua, la cifra total sería inferior).

El hecho es que con los números se puede hacer todo lo que uno quiera. Precisamente discutiendo los descubrimientos de los piramidólogos, un arquitecto, Jean-Pierre Adam, hizo un experimento con un quiosco cercano a su casa donde se vendían billetes de lotería. La longitud de la plataforma era de 149 centímetros, es decir, una cienmilmillonésima parte de la distancia entre la Tierra y el Sol. La altura posterior dividida por la anchura de la ventana daba 176/56 = 3,14. La altura anterior era de 19 decímetros, esto es, igual al número de años del ciclo lunar griego. La suma de las alturas de las dos esquinas anteriores y de las dos esquinas posteriores daba 190 x 2 + 176 x 2 = 732, que es la fecha de la batalla de Poitiers. El grosor de la plataforma era de 3,10 centímetros y la anchura del marco de la ventana, 8,8 centímetros. Sustituyendo los números enteros por la correspondiente letra alfabética, tendremos C_{10} H_8, que es la fórmula de la naftalina.

Detalle de los Animales imaginarios con grifo en el centro , en Bartholomaeus Anglicus, De proprietatibus rerum , siglo XV, Amiens, Bibliothèque municipale.

4

LAS MARAVILLAS DE ORIENTE,

DE ALEJANDRO AL PRESTE JUAN

EL ORIENTE DE LOS ANTIGUOS. El mundo griego siempre sintió fascinación por Oriente. Ya en tiempos de **Heródoto** (c. 475 a. C.), Persia estaba unida por vías comerciales con la India y Asia central, y a los griegos se les abrieron nuevos caminos con las conquistas de Alejandro Magno, hasta el valle del Indo (más allá del actual Afganistán). Nearco, almirante de Alejandro, abrió una ruta desde el delta del Indo hasta el golfo Pérsico, y a partir de entonces la influencia helenística se extendió incluso más allá de ese lugar. Ahora bien, quién sabe qué contaban los mercaderes y soldados a su regreso. A pesar de que esas tierras ya habían sido visitadas, sus exploraciones habían sido precedidas de muchas leyendas que perduraron durante siglos, incluso cuando viajeros más de fiar como Juan de Plano Carpini o Marco Polo en la Edad Media redactaron extensas relaciones de sus viajes. En definitiva, los relatos sobre las maravillas o *mirabilia* de Oriente se convirtieron, desde la Antigüedad hasta la Edad Media, en un género literario que sobrevivía a cualquier descubrimiento geográfico.

Sobre las maravillas de la India escribió Ctesias de Cnido en el siglo IV a. C., aunque su obra se perdió; en cambio, es rica en criaturas extraordinarias la *Historia natural* de **Plinio** (siglo I d. C.), que inspiró una enorme cantidad de compendios posteriores, de los *Collectanea rerum memorabilium*

(compilaciones de cosas memorables) de Solino en el siglo III, al libro sobre las artes liberales *De nuptiis philologiae et Mercurii*, de Marcio Capella, entre los siglos IV y V.

En el siglo II d. C., Luciano de Samosata, en *Relatos verídicos*, aunque fuera para parodiar la credulidad tradicional, representa hipogrifos, pájaros con alas de hojas de lechuga, minotauros y pulgas arquero del tamaño de doce elefantes.[4]

Alejandro Magno sobre su máquina voladora , del Roman d'Alexandre , 1486, ms. 651, Chantilly, Musée Condé.

Sea lo que fuere lo que vio Alejandro Magno, los relatos fantásticos de sus viajes siguieron fascinando a los medievales, y en la *Novela de Alejandro* (que circulaba en distintas versiones latinas a partir del siglo IV, pero que nacía de fuentes griegas que se remontan al Pseudo-Calístenes del siglo III d. C.) el conquistador macedonio visitaba tierras asombrosas y tenía que enfrentarse a gentes espantosas.

A través de las distintas historias de Alejandro, se desarrollaba así un subgénero de *mirabilia* orientales, que consistía en la enumeración o en la descripción de los monstruos que allí podían encontrarse. Descripciones de este tipo las hallamos también en Agustín, **Isidoro de Sevilla** o Mandeville.

Los mismos seres fabulosos, animales o humanoides, poblarían las enciclopedias medievales a través de la influencia del *Fisiólogo*, escrito en griego entre los siglos II y III de nuestra era, y traducido luego al latín y a varias lenguas orientales, que enumera unos cuarenta animales, árboles y

piedras. Tras haber descrito esos seres, el *Fisiólogo* muestra cómo y por qué cada uno de ellos es portador de una enseñanza ética y teológica. Por ejemplo, el león que, según la leyenda, borra sus huellas con la cola para evitar a los cazadores, se convierte en símbolo de Cristo que borra los pecados de los hombres.

Rabano Mauro, detalle de De universo seu De rerum naturis, siglo XI, cod. casin. 132, Cassino, Archivio dell'Abbazia di Montecassino.

Esto explica por qué la descripción de estas criaturas se prolongó a lo largo de los siglos medievales en los distintos bestiarios, lapidarios y herbarios, y en las «enciclopedias» concebidas sobre el modelo de Plinio, desde el *Liber monstruorum de diversis generibus* (siglo VIII) o del *De rerum naturis* de Rabano Mauro (siglo IX) hasta las grandes compilaciones de los siglos XII y XIII, como por ejemplo el *Imago mundi* de Honorio de Autun, el *De natura rerum* de Tomás de Cantimpré, el *De naturis rerum* de Alejandro

Neckham, el *De proprietatibus rerum* de Bartolomé Ánglico, el *Speculum majus* de Vincent de Beauvais, hasta el *Libro del tesoro* de **Brunetto Latini**. Para los medievales, convencidos de que el mundo era un gran libro escrito por el dedo de Dios, en el que toda criatura viviente, animal o vegetal, así como toda piedra, era portadora de un significado superior, era necesario poblar el universo de seres dotados de las más dispares propiedades para poder entrever a través de estas características un significado alegórico. En el siglo XII Alain de Lille advertía de que «Toda criatura del universo, ya sea un libro o una pintura, es para nosotros como un espejo (de nuestra vida, de nuestra muerte, de nuestra condición, de nuestra suerte) fiel estandarte» (*Rhytmus alter*).

Alejandro Magno a lomos de dos grifos , mosaico, 1163-1166, Otranto, catedral (nave central).

Por otra parte, las nociones de Oriente y de la India eran muy vagas, porque por un lado se llegaba al extremo oriental de Asia, donde los mapas situaban el Paraíso terrenal (véase el capítulo que le dedico) y, por el otro, uno de los primeros textos sobre los *mirabilia* (escrito tal vez en griego en el siglo VI y traducido luego al latín en el siglo VII), conocido como *Carta al emperador Adriano* o **De rebus in Oriente mirabilibus**, o *Las maravillas de la India*, habla de un viaje

realizado por tierras de Persia, Armenia, Mesopotamia, Arabia y Egipto. Y véase más adelante con qué facilidad la leyenda desplaza el reino del Preste Juan de Extremo Oriente a Etiopía.

El Preste Juan de Hartmann Schedel, La crónica de Nuremberg, 1493.

EL REINO DEL PRESTE JUAN. Cuenta la *Chronica* de Otón de Frisinga, que en 1145, con ocasión de una visita al papa Eugenio III durante una embajada armenia, Hugo, obispo de Gabala, le habló de Juan, *rex et sacerdos* cristiano nestoriano, descendiente de los Magos, incitándole a convocar una Segunda Cruzada contra los infieles.

En 1165 empezó a circular la que se denominaría **Carta del Preste Juan**, escrita por el preste a Manuel Commeno, emperador de Bizancio. Pero la carta llegó también a manos del papa Alejandro III y de Federico Barbarroja; y no hay duda de que impresionó a sus destinatarios, puesto que el papa Alejandro III envió, en 1177 y por mediación de su médico Felipe, una misiva al mítico monarca exhortándole a abandonar la herejía nestoriana y a someterse a la Iglesia de Roma. Poco se sabe de este Felipe —ni si llegó hasta el preste, ni si obtuvo respuesta por parte de este—, pero el episodio revela el interés que podía tener la carta, tanto en el plano político como en el religioso.

La carta contaba que en el lejano Oriente, más allá de las regiones ocupadas por los musulmanes, más allá de las tierras

que los cruzados habían intentado arrebatar al dominio de los infieles, pero que habían tornado a ese dominio, florecía un reino cristiano, gobernado por un fabuloso Presbyter Johannes, *rex potentia et virtute dei et domini nostri Iesu Christi*.

Si existía un reino cristiano más allá de las tierras controladas por los musulmanes, cabía pensar en una reunificación entre la Iglesia romana de Occidente y el lejano Oriente, y se legitimaban todas las empresas de expansión y de exploración. Por tanto, traducida y parafraseada varias veces en el transcurso de los siglos siguientes, y en distintas lenguas y versiones, la carta tuvo una importancia decisiva para la expansión del Occidente cristiano. En 1221, en una carta de Jacobo de Vitry al papa Honorio III, se menciona al Preste Juan como un aliado casi mesiánico capaz de dar un vuelco a la situación militar a favor de los cruzados, mientras que en el transcurso de la Séptima Cruzada Luis IX (según la *Historia de san Luis* de Joinville) lo considera más bien un posible adversario en espera de aliarse con los tártaros. Todavía en el siglo XVI en Bolonia, en la época de la coronación de Carlos V, se hablaba de Juan como posible aliado para la reconquista del Santo Sepulcro.

La leyenda del Preste Juan es retomada continuamente por quien cita la carta sin preguntarse por su veracidad. Del reino del preste habla **John Mandeville** (que escribe *Viajes*, o *Tratado de las cosas más maravillosas y notables que se encuentran en el mundo*). Este autor jamás salió de su casa, y escribía casi sesenta años después de que Marco Polo hubiera llegado a Catay. Para Mandeville, hablar de geografía equivalía aún a hablar de seres que deben existir, no que existen, aunque de algunas páginas suyas cabe deducir que entre sus fuentes se encontraban también las páginas del testigo ocular Marco Polo. No es que Mandeville diga siempre y solo falsedades; por ejemplo, habla del camaleón como de un animal que cambia de color, pero añade que es parecido a una cabra.

Ahora bien, es interesante comparar la Sumatra, la China meridional y la India de Mandeville con las de Marco Polo. Hay un núcleo que se mantiene en gran parte idéntico, salvo

que Mandeville todavía puebla esos lugares de animales y monstruos humanoides que ha encontrado en libros anteriores.

Hacia mediados del siglo XIV, el reino del Preste Juan se desplazaría de un Oriente impreciso hacia África, y no hay duda de que la utopía del reino de Juan alentó la exploración y la conquista del continente. Finalmente, los portugueses creyeron identificar el reino del preste con Etiopía, que de hecho era un imperio cristiano, aunque menos rico y fabuloso que el descrito en la famosa carta. Véase, por ejemplo, la relación de **Francisco Álvares** (*Verdadeira informação das terras do Preste João das Indias*), que entre 1520 y 1526 estuvo en Etiopía como miembro de una embajada portuguesa.

¿Cómo nace y qué perseguía la carta del Preste Juan? Tal vez era un documento de propaganda antibizantina producido en los *scriptoria* de Federico I (teniendo en cuenta que utiliza expresiones bastante despreciativas referidas al emperador de Oriente), o uno de los ejercicios retóricos tan del gusto de los doctos de la época, a los que poco importaba si lo que daban por verdadero lo era en realidad. No obstante, el problema no es tanto el origen de la carta como su recepción. A través de una fantasía geográfica, se fue reforzando un proyecto político. Dicho de otro modo, la fantasía evocada por algún escriba imaginativo sirvió de excusa para la expansión del mundo cristiano hacia África y Asia, amistoso apoyo de la carga del hombre blanco. Lo que contribuyó a su fortuna fue la descripción de una tierra habitada por toda clase de seres monstruosos, rica en materias preciosas, espléndidos palacios y otros prodigios, de los que pueden dar una idea los fragmentos que publicamos en la antología. Quienquiera que hubiera escrito la carta conocía toda la literatura antigua sobre las maravillas de Oriente y supo explotar con habilidad retórica y narrativa una tradición legendaria que tenía más de mil quinientos años de vida. Pero sobre todo escribía para un público que sentía especial fascinación por Oriente debido a las riquezas inauditas que albergaba, espejismo de abundancia a los ojos de un mundo dominado en gran parte por la pobreza. [5]

¿Era completamente falsa la carta del Preste Juan? Sin duda era un compendio de todos los estereotipos sobre el

fabuloso Oriente, aunque algo de verdad decía sobre la existencia no de un reino, pero sí de muchas comunidades cristianas entre Oriente Próximo y Asia. Eran las comunidades nestorianas. Los nestorianos seguían la doctrina de Nestorio, patriarca de Constantinopla (c. 381-451), que sostenía que en Jesucristo coexistían dos personas distintas, el hombre y el Dios, y que María solo era la madre de la persona humana, negándole así el título de madre de Dios. La doctrina fue condenada por herética, pero la Iglesia nestoriana tuvo una gran difusión en Asia, desde Persia hasta Malabar y China.

Como veremos, cuando los grandes viajeros medievales llegaran hasta Mongolia y Catay, en el transcurso de su viaje oirían hablar a los pueblos locales de un Preste Juan. Ciertamente, aquellos pueblos lejanos no habían leído la carta del preste, pero sin duda la leyenda del Preste Juan circulaba al menos entre las comunidades nestorianas que, en apoyo de su identidad, alardeaban de esa descendencia como título de nobleza, para expresar su orgullo de cristianos en tierra pagana.

El último elemento de fascinación de la carta era que Juan se proclamaba *rex et sacerdos*, rey y sacerdote. La fusión de realeza y sacerdocio es fundamental en la tradición judeocristiana, que se remonta a la figura de Mequisedec, rey de Salem y sacerdote del Altísimo, a quien el propio Abraham rinde homenaje. Melquisedec aparece en primer lugar en el Génesis 14,17-20: «Cuando volvía, después de derrotar a Kedorlaómer y a los reyes coaligados con él, el rey de Sodoma le salió al encuentro al valle de Savé, que es el valle del rey. Melquisedec, rey de Salem, sacó pan y vino, pues era sacerdote del Dios Altísimo, y bendijo a Abraham diciéndole: "Bendito sea Abraham del Dios Altísimo, creador de los cielos y de la tierra. Y bendito sea el Dios Altísimo, que puso a tus enemigos en tu mano. Abraham le dio el diezmo de todo"».

En cuanto Melquisedec ofrece pan y vino, inmediatamente aparece como figura de Cristo y como tal lo cita en numerosos pasajes san Pablo, quien, definiendo a Jesús como «Sacerdote para siempre según el orden de Melquisedec», anuncia su retorno como Rey de Reyes. Ya en nuestros tiempos, Juan Pablo II, en la audiencia general del 18

de febrero de 1987 dijo: «El nombre "Cristo" que, como sabemos, es el equivalente griego de la palabra "Mesías", es decir, "Ungido", además del carácter "real", del que hemos tratado en la catequesis precedente, incluye también, según la tradición del Antiguo Testamento, el "sacerdotal". […] Esta unidad tiene su primera expresión, como un prototipo y una anticipación, en Melquisedec, rey de Salem, misterioso contemporáneo de Abraham».

Quien escribió la carta del Preste Juan también tenía presente esta idea de una realeza sacerdotal y de un sacerdocio real, y esto explica por qué este lejano emperador era denominado *Presbyter* o Preste.

El viaje largo por la ruta de la seda , mapa catalán, siglo XIV, París, Bibliothèque Nationale de France.

LAS LEYENDAS Y LOS VIAJEROS. Del Preste Juan hablan también, aunque sea de una forma vaga y refiriendo noticias recogidas en su itinerario, los primeros viajeros que se dirigieron realmente hacia Oriente y redactaron una relación de su viaje.

Juan de Plano Carpini realizó su viaje en 1245 hacia el Imperio mongol (a través de Polonia y de Rusia) y en su *Historia mongolorum* cuenta cómo Gengis Kan envió a su hijo a conquistar la India Menor, cuyos habitantes eran sarracenos de piel oscura, llamados etíopes. Pero luego se dirigió hacia la

India Mayor, donde tuvo que enfrentarse con el rey de aquellas tierras, «comúnmente llamado Preste Juan», que había fabricado fantoches de cobre con fuego en su interior, los había montado sobre caballos y había colocado a sus espaldas hombres provistos de fuelles. Cuando chocaban con el enemigo, sus hombres soplaban con los fuelles, de modo que los caballos enemigos eran abrasados por el fuego griego (V, 12).

Guillermo de Rubruk viajó a Mongolia en 1253 y a menudo se muestra un tanto escéptico respecto a las leyendas que recoge («Me han contado también que más allá de Catay hay una región donde no se envejece […] me han asegurado que es cierto, pero yo no lo creo», XXIX, 49). También oye hablar de un rey Juan nestoriano que señoreaba sobre el pueblo de Naiman, y supone que se cuentan de él «cosas que superan diez veces la verdad», porque es típico de los nestorianos (dice) inventar chismes sensacionales sin ninguna base. Admite, por último, haber pasado por sus tierras «pero nadie sabía nada de él, excepto algún nestoriano» (XVII, 2). Y probablemente a la misma tradición recurre asimismo **Marco Polo**, que visitó Oriente hasta China entre 1271 y 1310, y al menos en dos capítulos de sus *Viajes* habla del Preste Juan. No alardea, de haber entrado en su reino y refiere historias oídas durante su periplo. Al hablar de Tenduc, dice que en esta provincia situada hacia levante, sometida al dominio del Gran Kan, reinan los descendientes del Preste Juan. Y se limita a hablar de las batallas de estos descendientes. Así que el Preste Juan es para él un personaje que pertenece al pasado.

También se mostraría escéptico Odorico de Pordenone, que realizó su viaje en 1330 y en *De rebus incognitis* anota: «Cuando salimos de Catay yendo hacia el oeste […] navegamos cerca de un mes, y llegamos a las tierras del Preste Juan, que no son de ningún modo como de ellas se cuenta. La principal ciudad es Cossaio, y es una tierra pequeña y caótica; lo que convierte en notable a ese Preste Juan es que siempre se emparenta con el Gran Kan, y toma por mujer a una de sus hijas. Por lo que pude conocer, no era cosa de gran importancia, de modo que nos detuvimos allí poco tiempo».

Maestro de Boucicaut, El mensajero de Gengis Kan le pide al Preste Juan la mano de su hija , en Livre des merveilles , siglo XV, ms. fr. 2810, fol. 26r, París, Bibliothèque Nationale de France.

Sin embargo, la persistencia de la leyenda en las tierras asiáticas nos dice que la carta del Preste Juan, aunque fuera falsa, partía de alguna noticia exótica y era testimonio de tradiciones orientales desconocidas aún en Occidente.

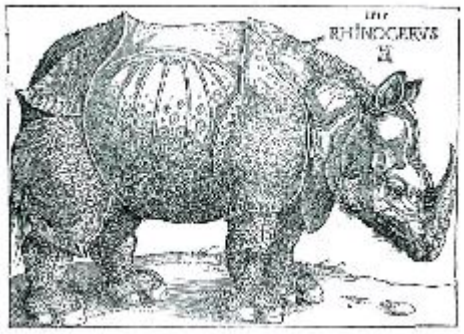
Por lo demás, cabría pensar que quien en efecto había visitado aquellas tierras sobre las que antes solo se había fabulado daba testimonio fiel de lo que realmente veía y no de lo que habría deseado ver. Pero ni siquiera esos viajeros dignos de crédito lograban muchas veces sustraerse a la influencia de las leyendas que ya conocían antes de partir.

En el caso de Marco Polo se manifiesta una especie de tensión entre lo que la tradición le sugería ver y lo que en realidad ve. El caso típico es el de los unicornios, que se le aparecen en Java. La existencia de los unicornios es algo que un hombre de la Edad Media no cuestionaba, y todavía en 1567 (véase Shepard, 1930[*]) el viajero elisabetiano Edward Webbe encuentra tres animales de esa especie, en el serrallo del sultán, en la India, y hasta en El Escorial de Madrid, mientras que el misionero jesuita Lobo en el siglo XVII ve unicornios en Abisinia, y también ve un unicornio John Bell en 1713. Marco Polo sabía que, según la leyenda, el unicornio es un animal con un largo cuerno sobre la frente, blanco y dócil, y que se siente atraído por las vírgenes. En efecto, se

decía que para capturarlo había que colocar a una doncella bajo un árbol; entonces el animal iría a recostar la cabeza sobre su regazo y los cazadores podrían apresarlo. Como escribió Brunetto Latini, «cuando el unicornio divisa a la muchacha, su naturaleza le incita, en cuanto la ve, a irse junto a ella, y deponer toda su fiereza».

La dama del unicornio , tapiz, 1484-1500, Musée de Cluny.

¿Podía Marco Polo no buscar unicornios? Los buscó y los encontró, porque era inducido a mirar las cosas con los ojos de la tradición. Pero una vez que miró y vio, sobre la base de la cultura pasada, reflexionó como un testimonio verídico, que sabía criticar los estereotipos del exotismo. De hecho, en sus escritos admite que los unicornios que ve son algo distintos de esos ciervos graciosos y blancos, con un cuerno en espiral, que aparecen en el escudo de la corona inglesa. Los animales que vio Marco Polo eran rinocerontes, y por eso confiesa que los unicornios tienen «pelo de búfalos y pies como elefantes», su cuerno es negro y grande, la lengua es espinosa, la cabeza se parece a la de un jabalí y, en definitiva, es «un animal muy feo. No es verdad que se dejen tomar por una doncella virgen, pues son temibles y lo contrario de lo que cuentan». Y es que en sus *Viajes* domina la curiosidad, pero nunca la admiración delirante, y mucho menos la confusión.



Albrecht Dürer, Rinoceronte, grabado, 1515, colección particular.

Es cierto que Marco Polo oye voces misteriosas en el desierto de Lop, pero intenten cabalgar durante semanas y semanas en el desierto.[6] Confunde los cocodrilos con serpientes provistas únicamente de patas delanteras, aunque no se puede pretender que fuese a observarlos muy de cerca. En cambio, nos habla de una forma razonable del petróleo y del carbón fósil.

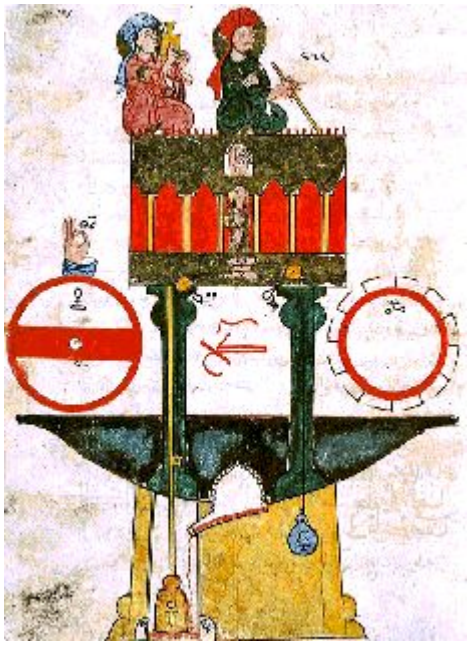
A veces parece que inventa leyendas al igual que sus predecesores y sus sucesores, como cuando nos habla del almizcle, perfume exquisito que se encuentra bajo el ombligo, en un «postema» o absceso de un animal semejante a una gata. No obstante, el animal existe en realidad en Asia, y es el *Moschus moschiferus*, una especie de ciervo, cuyos dientes son exactamente tal como los describe Polo, y que por la dermis del abdomen, delante de la apertura prepucial, segrega un almizcle de olor muy penetrante. Y además es la versión toscana del *Milione* la que comenta que es semejante a «una gata», porque en el original francés se dice que es parecida a una gacela. Habla de la salamandra, si bien precisa que es un tejido hecho de amianto, no el animal del bestiario que vive y se calienta al fuego. «La salamandra es esto, lo demás son fábulas.»

Polo trata, por tanto, de controlar su imaginación. Pero en una versión posterior del *Milione*, el *Livre des merveilles*, que se conserva en la Bibliothèque Nationale de París, cuando Polo describe el reino de Coilum, en la costa de Malabar, y habla de un pueblo que recoge la pimienta —en la versión toscana, los «mirabolani emblici» (que pertenecían a la especie de las ciruelas y se utilizaban como especias o como drogas en medicina)—, ¿cómo representa el miniaturista a los habitantes de Malabar? Uno es un blemme, es decir, uno de esos fabulosos seres sin cabeza y con la boca en el pecho, el otro es un esciápodo, que yace tumbado a la sombra de su único pie, y el tercero un monocolo. Justo lo que lector del manuscrito esperaba encontrar en aquella región. En el texto de Marco Polo esos tres monstruos no aparecen mencionados en ningún momento. Polo dice a lo sumo que los habitantes de Coilum son negros y van desnudos, que en la región abundan los leones negros, los papagayos blancos de pico bermejo y los pavos reales y, con la gran frialdad que lo caracteriza cuando habla de costumbres poco usuales para los buenos cristianos, anota que los habitantes de esa tierra tienen escaso sentido de la moralidad y se casan indistintamente con la prima, la madrastra o la viuda del hermano.

Blemmes, esciápodos, monocolos, del maestro de Boucicaut, Livre des merveilles , siglo XV, ms. fr. 2810, París, Bibliothèque Nationale de France

¿Por qué el miniaturista se permite insertar esos tres seres que no existen en el mundo de los *Viajes* de Polo? Porque tanto él como sus lectores seguían vinculados aún a la leyenda de los *mirabilia* orientales.

Por otra parte, se ha observado (véase Olschki, 1937[*]) que muchas de las descripciones que los grandes viajeros hacen de los palacios orientales parecen copiadas de las del palacio del Preste Juan. Por supuesto, en todas ellas destaca la abundancia de piedras preciosas, oro y cristal, pero la descripción que hace Marco Polo del palacio imperial corresponde a fuentes chinas en cuanto al exterior, aunque no en cuanto al interior, que probablemente el viajero solo vio de pasada y por tanto tuvo que suplir con modelos literarios que él, o su escriba Rustichello, recordaban. Odorico de Pordenone, al describir la gran sala del palacio, habla de veinticuatro columnas de oro, y en la carta del Preste Juan se mencionan cincuenta; en cambio, cuando Guillermo de Rubruk describe el palacio de Mangu Kan, habla de dos órdenes de columnas sin citar el oro. Tal vez eran de madera con algunos adornos dorados. Y así debían de ser las que habían impresionado a Odorico, lo que ocurre es que este tenía en la mente al Preste Juan.



Sistema de bombeo del agua, de al-Jazari, Libro del conocimiento de los procedimientos mecánicos, 1206, Estambul, Museo Topkapi.

Reloj de agua, de al-Jazari, Libro del conocimiento de los procedimientos mecánicos , 1206, Estambul, Museo Topkapi.

LOS AUTÓMATAS. Una de las maravillas que mencionaban con frecuencia los viajeros eran los autómatas. En la cultura helenística abundaban los autómatas, y las máquinas descritas en el *Spiritalia* de Herón (siglos I-II a. C.) dan fe del interés que ya entonces despertaban los organismos semovientes, en los que se combinaban fuerzas motrices naturales (descenso de pesos y caída del agua) y artificiales (expansión del agua caliente), como ocurría por ejemplo con un altar donde el fuego que calentaba un recipiente con agua producía un vapor que, circulando bajo tierra, accionaba otro mecanismo que abría las puertas de un templo. Ejecutados o

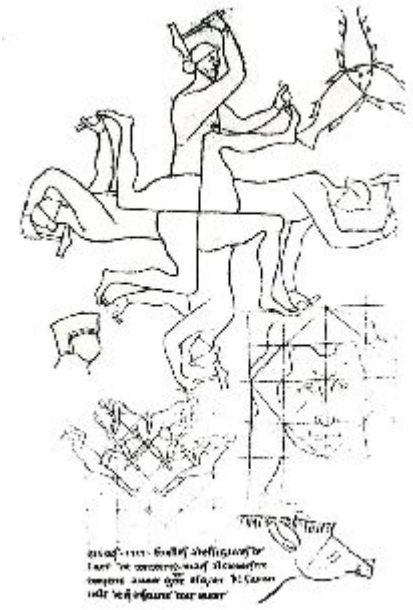
tan solo proyectados, estos prodigios de la cultura alejandrina inspiraron tanto al mundo bizantino como al mundo islámico.

De Bizancio se recordaba un reloj monumental situado en el mercado de Gaza, descrito en el siglo VII por Procopio, decorado en el frontón con una cabeza de Gorgona que giraba los ojos al sonar la hora. Debajo había doce ventanas que marcaban las horas nocturnas, y doce puertas que se abrían cada hora al paso de una estatua de Helios y por las que salía Hércules coronado por un águila voladora. Para la Edad Media occidental, Bizancio también formaba parte de Oriente; y véase la narración maravillada que en el siglo X hace **Liutprando**, quien, como embajador imperial en Constantinopla, aun habiendo descrito en cierta ocasión con acritud al emperador Nicéforo II y su corte, en su *Antapodosis* detalla admirado el prodigioso trono que, al rugido de dos grandes leones de oro situados en los escalones, se alzaba mecánicamente, mientras en el recorrido el emperador se cubría con nuevas vestiduras.

Del interés musulmán por los autómatas poseemos numerosos testimonios, desde las traducciones árabes de la obra de Herón, hasta la memoria de un árbol mecánico de plata y oro que había pertenecido al califa de Bagdad al-Mamún, y el reloj hidráulico que Harún al-Raschid envió como regalo a Carlomagno, con esferas metálicas que marcaban las horas cayendo en una cubeta, coronado por doce ventanas de las que salían doce figuras de caballeros.

Entre 1204 y 1206, un científico árabe experto en mecánica, al-Jazari, redactaba un *Compendio útil de la teoría y práctica de los procedimientos ingeniosos*, del que conservamos todavía algunos diseños que dan fe de los progresos alcanzados en la construcción de los autómatas.

Tampoco faltaban en Occidente artesanos capaces de construir autómatas, y la leyenda habla del papa Silvestre II (999-1003), al que se le atribuye la creación de una cabeza de oro parlante que murmuraba consejos secretos.



Villard de Honnecourt, Livre de portraiture , c. 1230, París, Bibliothèque Nationale de France.

Según los *Otia imperialia* de Gervasio de Tilbury (siglo XIII), Virgilio, obispo de Nápoles, inventó una mosca mecánica que protegía de los insectos los bancos de los carniceros partenopeos, y de Alberto Magno se decía que había fabricado una especie de robot de hierro que abría la puerta a los huéspedes. En el *Livre de portraiture*, Villard de Honnecourt (siglo XIII) dibujó varios ingenios mecánicos. En la catedral de Estrasburgo, un reloj fabricado en el siglo XIV mostraba a los Magos inclinándose ante la Virgen con el Niño, y en las novelas de caballerías se mencionan distintos tipos de autómatas.

Si tanta era la fascinación que ejercían los autómatas, con mayor razón había que descubrirlos en el fabuloso Oriente, porque además en la carta del Preste Juan se prometían autómatas extraordinarios. Así, Odorico de Pordenone ve una piña de jade cubierta de hilos de oro de la que salían cuatro serpientes también de oro, de cuyas bocas fluían líquidos de distinta clase; y ve pavos reales de oro que parecían vivos y

sacudían las alas cuando alguien daba palmadas (y se pregunta si eso es obra del arte diabólico o de algún mecanismo subterráneo). Tal vez no un autómata, pero bastante parecido al trono bizantino descrito por Liutprando es el que Juan de Plano Carpini ve en el palacio del emperador de los tártaros Cuyuccan, construido en marfil y adornado de oro, piedras preciosas y perlas (*Historia mongolorum*, IX, 35).

Guillermo de Rubruk, en la corte de Mangu Kan en Caracorum, ve un árbol de plata cuyas raíces son cuatro leones de plata pura, cuyas bocas escupen leche de yegua. De la cima del árbol surgen cuatro serpientes doradas que se enroscan con la cola en el tronco; de una serpiente mana vino, de la otra leche, de la tercera una bebida hecha con miel, de la cuarta cerveza de arroz. Entre las cuatro serpientes que coronan el árbol se yergue un ángel con una trompeta en la mano. Cuando falta bebida, el jefe de los coperos ordena al ángel que toque la trompeta, y un hombre oculto en una cavidad sopla en un conducto secreto que conduce al ángel y le hace tocar la trompeta; entonces los criados vierten la bebida correspondiente a cada uno de los cuatro conductos que conducen a las serpientes, y los coperos recogen los líquidos que manan para ofrecérselos a los invitados. Maravilla oriental, sin duda, aunque Guillermo sabe que el artífice de estos portentos es un orfebre francés, Guillermo Buchier. Prueba de que muchas maravillas de Oriente procedían de Occidente y eran conocidas allí, pero no importaba, lo que emocionaba era descubrirlas en países lejanos sobre los que se podía fantasear.

Marionetas, obispo, antipapa, el rey en la cama , copia del siglo XIX del Hortus deliciarum (1877), de Herrada de Landsberg, 1169-1175, Bibliothèque Municipale de Versailles.

TAPROBANA. Para hacerse una idea de la confusión existente en la Antigüedad y en la Edad Media acerca del misterioso Oriente, veamos la historia de la isla de Taprobana.

De Taprobana habían hablado Eratóstenes, Estrabón, Plinio, Ptolomeo y Cosmas Indicopleustes. Según Plinio, Taprobana fue descubierta en tiempos de Alejandro; antes recibía la denominación genérica de tierra de los antíctonos y era considerada «otro mundo». La isla de Plinio se podía identificar con Ceilán, y así se deduce de los mapas de Ptolomeo, al menos en las ediciones del siglo XVI. Pomponio Mela, en *De situ orbis*, se preguntaba si se trataba de una isla o de las estribaciones de otro mundo, como aventuraba Plinio; en cambio, en autores orientales encontramos menciones de la isla.

También Isidoro de Sevilla la situaba al sur de la India; se limitaba a decir que era rica en piedras preciosas y que en ella había dos veranos y dos inviernos. Sin embargo, en un mapa del pseudo Isidoro hallamos Taprobana en el extremo oriental del mundo, justo en la posición del Paraíso terrenal. Y, según una reconstrucción de **Arturo Graf**, en «Ceilán» —según una leyenda— se encontraba la sepultura de Adán.

La isla de Taprobana de Mercator, Universalis tabula iuxta Ptolomeum, 1578, Londres, Geographical Society.

Sebastian Münster, Isla de Taprobana , 1574.

El problema es que durante mucho tiempo se creyó que Taprobana y Ceilán eran dos islas distintas, y esta duplicidad aparece claramente en los viajes de **Mandeville**, que habla de ellas en dos capítulos distintos. No dice con exactitud dónde se encuentra Ceilán, pero precisa que mide más de ochocientas millas de perímetro y que el territorio «está tan lleno de serpientes, dragones y cocodrilos que ningún hombre osa vivir allí. Los cocodrilos son una especie de serpientes, amarillos y con rayas en el dorso, con cuatro patas cortas y uñas largas como garras o espolones. Algunos miden cinco brazos, otros seis, ocho y hasta diez».

En cambio, según Mandeville, Taprobana se encontraba cerca del reino del Preste Juan, tenía dos veranos y dos inviernos y en ella se alzaban enormes montañas de oro custodiadas por hormigas gigantes (véase el fragmento en la antología).

A partir de ahí, de cartógrafo en cartógrafo, Taprobana gira como una peonza de un punto a otro del océano Índico, a veces sola, a veces duplicada con Ceilán. En el siglo XV, el viajero Niccolò de Conti la identificaba con Sumatra, pero otras veces la encontramos situada entre Sumatra e Indochina, junto a Borneo.

Taprobana de Tommaso Porcacchi, Le isole più famose del mondo, c. 1590, Venecia.

Tommaso Porcacchi, en *Le isole più famose del mondo* (1590), nos describe una Taprobana llena de riquezas, sus elefantes y sus enormes tortugas, y también habla de la característica atribuida por Diodoro Sículo a sus habitantes, que tendrían una especie de lengua bífida («doble hasta la raíz y dividida; con una parte hablan a uno, con la otra a otro»).

Tras haber reproducido distintas informaciones procedentes de la tradición, se excusaba ante los lectores porque en ninguna parte había encontrado una mención exacta de su ubicación geográfica, y concluía: «Pese a que muchos autores antiguos y modernos han tratado de esta isla, no encuentro a ninguno que le asigne las fronteras; por ello habrá que excusarme también a mí, si en esto falto a mi costumbre». En cuanto a su identificación con Ceilán, se mantenía dudoso: «En primer lugar fue llamada (según Ptolomeo) Simondi, y luego Salice y, por último, Taprobana; pero los modernos concluyen que hoy es denominada Sumatra, aunque no faltan quienes pretenden que Taprobana no sea Sumatra, sino la isla de Ceilán. […] Algunos modernos creen que nadie en la Antigüedad situó Taprobana correctamente; es más, mantienen que en el punto donde la situaron no hay isla alguna que pueda creerse que es aquella».

Así es como poco a poco Taprobana pasa de ser isla sobrante a isla que no existe, y como tal la trata Tomás Moro, que situará su Utopía «entre Ceilán y América», y Campanella levantará en ella su Ciudad del Sol.

Ulisse Aldovrandi, en Monstrorum historia , 1698, Bolonia, Ferroni.

Vista del Mont Saint-Michel con el arcángel Miguel y el dragón, de Pol de Limbourg, en Les très riches heures, detalle, siglo XV, Chantilly, Musée Condé.

EL ORIENTE DE HERÓDOTO

HERÓDOTO (484-425 a. C.)

Historias, III, 99-108

Otros indios, que habitan al este de estos últimos, son nómadas, comen carne cruda y se llaman padeos. Y, según dicen, poseen las siguientes costumbres: cuando un miembro de la tribu —sea hombre o mujer— enferma, si se trata de un hombre, los hombres más allegados a él lo matan, alegando que, si dicho sujeto acaba siendo consumido por la enfermedad, sus carnes se les echan a perder. Y aunque niegue estar enfermo, ellos, sin darle crédito, acaban con él y luego se dan un banquete a su costa. Igualmente, si es una mujer quien enferma, las mujeres más estrechamente ligadas a ella hacen lo mismo que los hombres. Pues el caso es que, a quien llega a la vejez, lo inmolan y luego se dan un banquete a su costa. Pero entre ellos no son muchos los que llegan a la condición de tal, dado que previamente matan a todo el que cae enfermo.

Y hay otros indios que observan un régimen de vida distinto; se trata del siguiente: no matan a ningún ser vivo, no siembran nada, y no acostumbran a tener casas; simplemente, se alimentan de hierbas y disponen de cierta legumbre —aproximadamente del tamaño de un grano de mijo— provista de una vaina, que surge de la tierra en estado silvestre; esas gentes recogen dicha legumbre, la cuecen con vaina y todo y, luego, se la comen. […]

Todos estos indios de los que he hablado se aparean en público, exactamente igual que las reses; y todos tienen la piel del mismo color, un color semejante a los etíopes. Asimismo, el semen que estos individuos eyaculan al unirse a las mujeres no es blanco como el de los demás humanos, sino negro, como el color de su piel. […]

Pues bien, resulta que en ese desierto arenoso hay unas hormigas de unas dimensiones inferiores a las de los perros, pero superiores a las de los zorros (pues lo cierto es que en la propia residencia del rey de los persas hay algunos ejemplares que han sido capturados en dicho paraje). Estas hormigas, en suma, cuando se hacen su nido subterráneo, sacan a la superficie la arena, exactamente de la misma manera que las hormigas de Grecia (a las que, incluso en su aspecto, se asemejan extraordinariamente), pero la arena que sacan a la superficie es aurífera.

Justamente en busca de esa arena, organizan los indios sus expediciones al desierto. Cada uno apareja una recua de tres camellos, a ambos extremos un macho encabestrado [para poder desengancharlos], y en medio una hembra —sobre ella precisamente monta el indio, que, antes de uncirla, ha tomado la precaución de separarla de unas crías lo más jóvenes posible —, ya que los camellos de los indios no ceden en rapidez a los caballos e, independientemente de ello, están mucho mejor dotados para llevar fardos. […]

Pues bien, equipados con una recua aparejada de la forma que he dicho, los indios parten en busca del oro, después de haber hecho sus cálculos para estar en pleno saqueo en el momento en que más ardientes son los calores, pues, debido a lo elevado de la temperatura, las hormigas se esconden bajo tierra. […]

Cuando los indios, provistos de unos saquetes, llegan a su destino, los llenan de arena y emprenden el regreso a toda prisa, pues —según afirman los persas— las hormigas se percatan inmediatamente de su presencia, gracias a su olfato, y se lanzan en su persecución; y añaden que poseen una velocidad que no admite parangón con la de cualquier otro animal, de manera que, si, en su retirada, los indios no tomaran

la delantera mientras las hormigas se reúnen, no lograría salvarse ni uno solo de ellos.

Es más, cuando los camellos empiezan a marchar con dificultades (pues, a la carrera, son inferiores a las hembras), los sueltan, pero no a ambos a la vez. Y por su parte las hembras, con el pensamiento puesto en las crías que dejaron, no se conceden el menor respiro. Así es, en definitiva, como los indios, al decir de los persas, obtienen la mayor parte de su oro; en su país, sin embargo, cuentan con otros recursos auríferos —aunque bastante más exiguos— que se extraen del subsuelo. […]

Los árabes obtienen todos estos productos, salvo la mirra, con arduo esfuerzo. En concreto, el incienso lo recogen sahumando estoraque, sustancia que los fenicios exportan a Grecia. Lo cogen sahumando ese bálsamo, pues los árboles que producen el incienso en cuestión los custodian unas serpientes aladas —alrededor de cada árbol hay una gran cantidad de ellas—, de pequeño tamaño y de piel moteada (se trata de los mismos ofidios que invaden Egipto). Y no hay medio de alejarlas de los árboles si no es con el humo del estoraque.

Los árabes aseguran también que toda la tierra se llenaría de esas serpientes, si no les sucediera el mismo tipo de percance que, según tengo entendido, les ocurre a las víboras. Y cabe pensar en buena lógica que la divina providencia, con su sabiduría, ha hecho muy prolíficos a todos los animales de natural pusilánime, y al mismo tiempo comestibles, para evitar que, a fuerza de ser devorados, resulten exterminados; y, en cambio, ha hecho poco fecundos a cuantos son feroces y dañinos.

Ulisse Aldovrandi, esciápodos y otras criaturas monstruosas, en Monstrorum historia , Bolonia, 1698.

Conrad von Megenberg, monstruos, Das Buch der Natur, Augsburgo, 1482.

MUCHAS COSAS QUE A MUCHOS RESULTAN INCREÍBLES

PLINIO (23-79 d. C.)

Historia natural, VI

Muchas cosas resultan sin duda prodigiosas e increíbles para muchos. Porque, ¿quién creía en los etíopes antes de verlos? ¿Qué hecho no parece extraordinario cuando se conoce por primera vez? ¿Cuántas cosas no se consideran imposibles antes de que sucedan? El poder y la majestad de la naturaleza en todas las fases de su manifestación es increíble, si se la considera parcialmente y no en su conjunto. Por no hablar de los pavos reales, y de las manchas de los tigres y de las panteras, y de las vetas de tantos animales, hay una cosa que puede decirse pequeña pero que es enorme, si se mira bien: las muchas hablas de los pueblos, las muchas lenguas, una tan gran variedad de lenguajes que un extranjero, a los ojos de otro, ¡casi no parece un hombre! […]

Hay tribus de los escitas —y son numerosas— que se alimentan de carne humana. Esta circunstancia parecería tal vez increíble, si no pensáramos que, incluso en los lugares más centrales del mundo, han existido pueblos, los cíclopes y los lestrigones, que tenían la misma costumbre monstruosa; y en tiempos muy recientes, más allá de los Alpes, algunos pueblos solían inmolar hombres, lo que no difiere mucho de comérselos. Cerca de esos escitas que viven en el norte, no

lejos del punto donde nace el aquilón, lugar llamado «cerradura de la tierra», se dice que viven los arimaspos, de los que ya he hablado, caracterizados por tener un solo ojo en medio de la frente. Muchos autores, entre ellos los más ilustres Heródoto y Aristeas de Proconeso, escriben que este pueblo está continuamente en guerra por las minas con los grifos, especie de fieras aladas (así los describe la tradición) que extraen oro de las entrañas de la tierra. Con gran ardor se lucha por ambas partes: las fieras tratan de custodiar el oro; los arimaspos de arrebatárselo.

Más allá de otros escitas antropófagos, en un gran valle del monte Imavo, está la región llamada Abarimo, donde viven hombres salvajes con las plantas de los pies vueltas hacia atrás; corren a extraordinaria velocidad y vagan de un lado a otro en compañía de fieras. […]

La India y la región de los etíopes son especialmente abundantes en prodigios. En la India nacen los seres más grandes: lo demuestran los perros, que alcanzan en aquella tierra un tamaño mayor que en cualquier otra parte. También se dice que los árboles llegan a tal altura que no pueden ser superados por el disparo de una flecha —y la fertilidad del suelo, la suavidad del clima y la abundancia de agua hacen que, si hay que dar crédito, una sola higuera baste para dar abrigo a escuadrones enteros de caballeros— y la altura alcanzada por las cañas es tal que de cada trozo comprendido entre dos nudos se puede obtener un bote capaz de transportar a tres hombres. Es cierto que en la India muchos hombres superan los cinco codos de altura, no esputan y no les afecta ningún dolor de cabeza, dientes u ojos, y solo raramente sufren otros males del cuerpo; están templados por una distribución muy equilibrada del calor del Sol. Sus filósofos, a los que llaman gimnosofistas, resisten desde el alba hasta el ocaso mirando el Sol con la mirada fija, y se pasan todo el día sobre la ardiente arena en equilibrio ora sobre un pie, ora sobre el otro.

Según Megástenes, en un monte llamado Nulo, hay unos hombres con las plantas de los pies vueltas hacia atrás y con ocho dedos en cada pie. En muchas otras montañas viven hombres con cabeza de perro, vestidos con pieles de fieras,

que emiten tan solo ladridos y viven de la caza de pájaros, procurándose la presa utilizando las uñas como arma; afirma Ctesias que, en la época en que escribía, había más de ciento veinte mil individuos de esta raza; escribe también que en un pueblo de la India las mujeres solo dan a luz una vez en la vida, y sus hijos envejecen enseguida. El mismo Ctesias habla de una raza de hombres —los monocolos— que tienen una sola pierna y de extraordinaria agilidad para el salto. También se llaman esciápodos, porque en los mayores calores permanecen tumbados boca arriba en el suelo protegiéndose con la sombra de los pies. No lejos de ellos están los trogloditas; y siguiendo hacia occidente hay unos hombres sin cabeza que tienen los ojos en los hombros.

En los montes orientales de la India (en la región llamada de los Catarcludos) se encuentran asimismo los sátiros, unos seres con aspecto humano que a veces caminan a cuatro patas y otras, erguidos; son agilísimos; son tan veloces que no se dejan apresar, a no ser que sean viejos o estén enfermos.

Tauro llama coromandos a un pueblo salvaje, que carece de voz y emite unos gritos espantosos; tiene cuerpos hirsutos, ojos glaucos y dientes de perro. […]

Megástenes habla de un pueblo, entre los indios nómadas, que solo cuenta con agujeros en lugar de nariz y, como tiene los pies agarrotados, repta como las serpientes; estos se llaman esciratas. Dice también Megástenes que en los confines extremos de la India, en Oriente, junto a las fuentes del Ganges, habitan los ástomos, gentes que carecen de boca, con el cuerpo cubierto por completo de pelo y vestidos de copos de algodón; se alimentan tan solo del aire que respiran y de los olores. No toman alimento ni bebida alguna, sino que se nutren únicamente de los distintos perfumes de las raíces, de las flores y de los frutos silvestre, que se llevan consigo en los viajes largos para que no falte alimento al olfato; y si el olor es demasiado fuerte o apestoso, mueren.

Más allá de los ástomos, por la parte más lejana de las montañas, se dice que habitan los pigmeos o trispítamos, que no sobrepasan los tres palmos de altura. Viven en un clima saludable y en una primavera continua, porque están

resguardados al norte por los montes; les invaden las grullas, como dijo también Homero. Se cuenta que, sentados a lomos de carneros y cabras, armados con flechas, los pigmeos descienden en tropel hasta el mar en primavera y destruyen los huevos y polluelos de esas aves. Esta expedición se lleva a cabo todos los años en tres meses; de otro modo no resistirían las siguientes bandadas. Sus chozas están hechas de barro, plumas y cáscaras de huevo.

LAS AVENTURAS DE ALEJANDRO

La novela de Alejandro, II, 33 (siglo III)

Llegamos después a una tierra grisácea, donde había salvajes, parecidos a gigantes, completamente redondos, que tienen ojos de fuego y se asemejan a los leones. Había también con ellos otros seres, que se llaman oqulitas; no tienen un solo pelo en todo el cuerpo, miden cuatro codos y son anchos como una lanza. En cuanto nos vieron, empezaron a correr hacia nosotros; iban cubiertos con pieles de león, vigorosísimos y entrenados para combatir sin armas; nosotros les golpeábamos, pero ellos nos golpeaban a su vez con bastones y así mataron a muchos de los nuestros. Tuve miedo de que nos derrotaran y di la orden de prender fuego a la selva; a la vista del fuego, huyeron aquellos hombres vigorosísimos; pero antes habían matado a más de ciento ochenta de nuestros soldados.

Al día siguiente, decidí ir a sus cuevas; allí encontramos atadas a las puertas fieras que parecían leones, pero que tenían tres ojos. […] Luego nos fuimos de allí, y llegamos al país de los comemiel; había un hombre con el cuerpo completamente cubierto de pelo, era enorme y nos causaba espanto. Ordené que lo capturasen; fue hecho prisionero, pero seguía observándonos con mirada salvaje. Ordené entonces que le pusieran delante una mujer desnuda; aquel hombre la agarró e iba a comérsela; los soldados se apresuraron a quitársela de las manos, y él comenzó a gritar en su lengua. Al oír aquellos

gritos, salieron del pantano y se lanzaron contra nosotros otros seres de su misma especie, a millares, y nuestro ejército estaba compuesto por cuarenta mil hombres; entonces ordené que prendieran fuego al pantano, y aquellos, a la vista del fuego, huyeron. Capturamos a tres, que estuvieron ocho días sin comer y acabaron muriendo. Esos seres no hablan como los humanos, sino que más bien ladran, como los perros.

El hombre-águila, reelaboración de una miniatura del Roman d'Alexandre , 1338, Oxford, Bodleian Library.

LOS MONSTRUOS DE ORIENTE

ISIDORO DE SEVILLA (560-636 d. C.)

Etimologías, XI, 3

Del mismo modo que en cada pueblo existen algunos seres humanos monstruosos, también en el género humano considerado en su conjunto existen algunos pueblos constituidos por monstruos, como los gigantes, los cinocéfalos, los cíclopes y otros parecidos. Los gigantes son llamados así en virtud de una etimología de la lengua griega. Los griegos consideran a los gigantes *ghegeneis*, o sea, terrígenas, que significa «nacidos de la tierra», porque la tierra misma, según su leyenda, los habría parido con su propia mole

inmensa, generándolos semejantes a sí misma. […] De manera errónea algunos, que no conocen las Sagradas Escrituras, creen que, antes del diluvio, los ángeles prevaricadores se unieron a las hijas de los seres humanos y que de esta unión nacieron los gigantes, esto es, hombres extraordinariamente grandes y fuertes, que habrían llenado la tierra. Los cinocéfalos reciben ese nombre porque tienen cabeza canina y porque su ladrido revela una naturaleza más animal que humana: nacen en la India. La misma India engendra los cíclopes, así llamados porque se cree que tienen un único ojo en medio de la frente. Son llamados también *agriophaghitai*, porque solo se alimentan con carne de fieras. Algunos creen que en Libia nacen los blemmes, cuerpos carentes de cabeza, con la boca y los ojos en el pecho. Otras criaturas nacen sin cerviz y con los ojos en los hombros. Se ha escrito que en Extremo Oriente existen gentes de rostro monstruoso: algunas carecen de nariz y tienen la cara deforme y completamente plana; otras, con el labio inferior tan prominente que, cuando duermen se cubren con él todo el rostro para preservarse de los ardores del Sol; otras tienen la boca tan pequeña que solo pueden alimentarse a través de un pequeño agujero utilizando pajillas de avena; por último, otras carecen de lengua y se comunican por medio de signos y gestos. Dicen que junto a los escitas viven los *panotii*, que tienen unas orejas tan grandes que podrían cubrirse con ellas el cuerpo entero. […] Se dice que los *artabatitae* viven en Etiopía y caminan inclinados como las ovejas; ninguno de ellos supera los cuarenta años. Los sátiros son hombrecillos de nariz ganchuda, cuernos en la frente y patas semejantes a las de las cabras. San Antonio vio a uno en la soledad del desierto y, al ser interrogado por el siervo de Dios, respondió: «Yo soy un mortal, uno de los que habitan en el desierto y que los gentiles, engañados por numerosos errores, veneran como faunos o sátiros». Se habla también de la existencia de hombres silvestres, a los que algunos llaman *Fauni ficari*. Se dice que en Etiopía vive el pueblo de los esciápodos, dotados de piernas especiales y extraordinariamente veloces; los griegos los llaman *skiòpodes* porque, cuando se tumban de espaldas en el suelo debido al gran calor del sol, se hacen sombra con sus enormes pies. Los antípodas, habitantes de Libia, tienen las plantas de los pies

del revés, esto es, vueltos hacia atrás, y con ocho dedos en cada pie. Los *ippopodi* viven en Escitia: tienen forma humana y pies de caballo. Dicen que en la India vive un pueblo llamado *makròbioi*, cuya estatura es de doce pies. En la misma India vive también un pueblo cuya estatura es de un codo, y los griegos los llaman *pygmei*, derivado precisamente de codo, y del que ya hemos hablado antes; viven en las regiones montañosas de la India, cerca del océano. Cuentan [también] que en la misma India vive un pueblo de mujeres que conciben a los cinco años y no superan los ocho años de vida.

EL BASILISCO

BRUNETTO LATINI (1220-1294 o 1295)

Tesoro, IV, 3

Basilisco es una raza de serpientes tan llena de veneno que reluce por fuera, y no solo el veneno sino hasta el aliento envenena de cerca y de lejos, porque corrompe el aire y seca los árboles, y con su vista mata los pájaros que vuelan por los aires, y con su vista envenena al hombre cuando lo mira; todos los hombres ancianos dicen que no hace daño a quien lo ve antes. Su tamaño, y sus patas, y las manchas blancas sobre el dorso, y la cresta son como las de un gallo, y avanza mitad erguido sobre el suelo y la otra mitad arrastrándose como las otras serpientes. Pese a ser tan fiero, lo mata la comadreja. Sabed que cuando Alejandro se topó con ese animal, mandó fabricar botellas de vidrio colado en las que penetraban los hombres, de modo que los hombres veían a las serpientes, pero las serpientes no veían a los hombres y así las mataban con flechas, y mediante este ingenio fue dispuesto el ejército; esta es la cualidad del basilisco.

Maestro de Boucicaut, recolección de la pimienta, en el Livre des merveilles du monde , siglo XV, ms. fr. 2810, París, Bibliothèque Nationale de France.

MARAVILLAS ORIENTALES

De rebus in oriente mirabilibus (siglo VI)

Desde Babilonia se transportan con gran secreto hasta el mar Rojo, a causa de ciertas serpientes monstruosas llamadas corsia que crecen en aquellos lugares y que poseen cuernos de carnero; el mero roce con uno de esos animales provoca la muerte instantánea. Abunda allí la pimienta y las serpientes la custodian con gran celo; de modo que para cogerla se hace así: se prende fuego por todas partes para obligar a los reptiles a refugiarse bajo tierra. Y esta es la razón por la que la pimienta es negra. […]

También en aquellas regiones nacen los cinocéfalos, que nosotros llamamos conopenes; parecen caballos por las crines que exhiben, jabalíes por los dientes y perros por la cabeza; pueden incluso lanzar fuego y llamas por la boca. […]

El Nilo es el rey de los ríos y fluye a través de Egipto; la gente del lugar lo llama Arcoboleta, que significa «agua grande». En esas regiones nacen muchos elefantes. También viven allí hombres de quince pies de altura, de cuerpo blanco,

con dos rostros en una sola cabeza y cabellos negros. Tienen además las rodillas rojas y la nariz larga. Cuando llega la estación de los nacimientos, emigran a la India y allí dan a luz a sus hijos, y nacen criaturas con el cuerpo de tres colores, que tienen cabeza leonina, una boca inmensa con veinte labios y al menos veinte pies; en cuanto ven a un hombre y si alguno intenta darles caza, huyen. […]

Más allá del río Brisonte, hacia Oriente, nacen hombres altos y gruesos que tienen fémures y tibias de doce pies, y los costados y el pecho llegan a siete. La piel es negra y no debemos sino guardarnos de ellos; comen, en efecto, todo lo que capturan. […]

Entre otras muchas, en las aguas de ese río existe una isla situada al mediodía, donde nacen hombres sin cabeza y que tienen en el pecho la boca y los ojos. […] También en esos mismos alrededores encontramos otras mujeres con dientes de jabalí, cabellos finos hasta los pies y una cola de buey situada en la extremidad de la espalda; miden trece pies de altura, poseen un cuerpo espléndido y casi blanco que parece de mármol, mientras que las piernas recuerdan las de un camello. Alejandro Magno, el Macedonio, disgustado por la descarada lascivia que ostentan aquellas formas procaces, mató a muchas, ya que no pudo capturarlas vivas. […]

Cerca de esta tierra, viven mujeres a las que crece una larga barba que les llega hasta los pechos y que suelen vestirse con pieles de caballo; son cazadoras inigualables y, en lugar de perros, crían tigres, leopardos y toda otra clase de fieras que engendra aquel monte; y con estas van a cazar. […]

El imperio del Preste Juan, de Abraham Ortelius, Theatrum orbis terrarum , detalle, 1564, Basilea, Basel University Library.

LA CARTA DEL PRESTE JUAN

Carta del Preste Juan (siglo XII)

El Preste Juan, Señor de los Señores por el poder y la virtud de Dios y de Nuestro Señor Jesucristo, saluda a Manuel, Gobernador de los Romanos, deseándole que tenga salud y que prevalezca en sus empresas.

Ya había sido anunciado a Nuestra Majestad que te complacías en Nuestra Excelencia y que Nuestra Alteza no te era extraña. Hemos sabido, además, por nuestro emisario que deseabas enviarnos algo agradable y divertido con lo que deleitar a Nuestra Clemencia. Siendo hombre, lo aceptamos con agrado y, con nuestro emisario, te enviamos algo de lo nuestro, pues queremos y deseamos saber si compartes con Nos la verdadera fe y si crees en Nuestro Señor Jesucristo por encima de todo. […] Yo, el Preste Juan, soy Señor de los Señores y supero en toda suerte de riquezas que hay bajo el cielo, así como en virtud y en poder, a todos los reyes del universo mundo. Setenta y dos reyes son tributarios nuestros. […] Las tres Indias se hallan dominadas por Nuestra Magnificencia y desde la India Ulterior, donde descansa el cuerpo de Santo Tomás Apóstol, nuestra tierra se extiende por el desierto y progresa hacia el orto del Sol, volviendo como él, por el oeste, hasta Babilonia la Desierta, junto a la Torre de Babel. […] En nuestra tierra viven y se alimentan elefantes, dromedarios, camellos, hipopótamos, cocodrilos, methagallinarii, camethetemis, thinsiretae, panteras, onagros, leones albos y rojizos, osos blancos, mirlos blancos, cigarras mudas, grifos, tigres, lamias, hienas, bueyes salvajes, sagitarios, hombres salvajes, hombres cornudos, faunos,

sátiros y mujeres de la misma especie, pigmeos, cinocéfalos, gigantes cuya estatura es de cuarenta codos, monóculos, cíclopes y aves, entre ellas la denominada fénix, y todo género de animales que hay bajo el cielo. […]

En nuestra tierra fluye la miel y abunda la leche. En otra de nuestras tierras, los venenos pierden su poder y la dicharachera rana no croa, allí no hay escorpión ni sierpe que serpentee por la hierba. Los animales venenosos no pueden habitar en aquel lugar ni herir a nadie.

Por una de nuestras provincias de paganos corre un río que ellos llaman Indo. Este río procede del Paraíso y, por toda aquella provincia, reparte su corriente en varios riachuelos, en los que podrán hallarse piedras naturales, esmeraldas, zafiros, carbunclos topacios, crisolitos, ónices, berilos, amatistas, sardónices y otras muchas piedras preciosas. Allí mismo nace una hierba que llaman *assidios*, cuya raíz, con tal de que alguien la lleve encima, expulsa al espíritu inmundo y le obliga a decir quién es, de dónde viene y cuál es su nombre. […]

En las partes extremas del mundo, hacia Mediodía, tenemos una ínsula grande e inhabitable en la que el Señor hace llover dos veces por semana, y esto durante todo el año, maná en abundancia, que las naciones circundantes también recogen y comen. […] En verdad no aran, no siembran, no recogen la mies ni alteran la tierra en modo alguno para obtener de ella sus mejores frutos. Ciertamente, este maná les sabe igual que el que tomaron los hijos de Israel a su salida de Egipto. En verdad que aquella gente no conoce a otras mujeres que no sean sus esposas. No tienen envidia ni odio, viven pacíficamente, no litigan entre sí por lo que es o no suyo; no tienen a nadie por encima de ellos que no sea aquel que les enviamos para recoger nuestro tributo. En verdad que cada año entregan a Nuestra Majestad, como tributo, cincuenta elefantes y otros tantos hipopótamos, cargados con piedras preciosas y oro purísimo. Ciertamente, los hombres de aquella tierra poseen abundancia de piedras preciosas y de rojísimo oro. Estos hombres, que de tal suerte viven del pan celestial, alcanzan la edad de quinientos años. Sin embargo, al cumplir los cien años rejuvenecen y se renuevan bebiendo por tres

veces de cierta fuente que brota de las raíces de un árbol que se encuentra en aquel lugar. […] Y después de haber cogido el agua con las manos o de haberla bebido por tres veces, se quitan de encima, como se ha dicho, cien años de edad, perdiéndolos y despojándose de ellos hasta tal punto que quienquiera que los vea no dudará de que tengan treinta o cuarenta años de edad, y no más. De este modo, cada cien años rejuvenecen y se remozan por completo. Finalmente, cumplidos los quinientos años, mueren y, como es costumbre de aquella gente, no son enterrados sino llevados a la antedicha ínsula y dispuestos encima de los árboles que crecen en ella, cuyas hojas que no decaen en ninguna de las estaciones son muy afiladas. La sombra de dichas hojas es muy grata y muy agradable el olor de los frutos de estos árboles. La carne de aquellos muertos no pierde el color, no se pudre, no se macera, no se convierte en polvo ni en ceniza sino que permanece tan fresca y de tan buen aspecto como en vida, y así seguirá hasta la llegada del Anticristo, como predijo algún profeta. […]

A tres días de distancia de este mar se encuentran ciertos montes de los que desciende un río de piedras, también sin agua, que corre por nuestra tierra hasta el Mar Arenoso. Fluye tres días a la semana, llevando piedras grandes y pequeñas que arrastran consigo troncos de madera hasta el Mar Arenoso; y después de que el río desemboque en el mar, las piedras y los troncos desaparecen y no vuelven a verse. Mientras el susodicho río fluye, nadie puede atravesarlo, pero durante los cuatro días restantes permite el tránsito. […]

Al otro lado del río de las piedras viven las Diez Tribus de los judíos, que, aunque propalen que son gobernados por reyes, son nuestros siervos y tributarios de Nuestra Excelencia.

En otra provincia próxima a la zona tórrida hay unos gusanos que en nuestra lengua llamamos salamandras. Estos gusanos, que solo pueden vivir en el fuego, se rodean de una suerte de película, como los otros gusanos que hacen seda. Esta película es elaborada delicadamente por las dueñas de nuestro palacio, que fabrican con ella trajes y paños para todo lo que precise Nuestra Excelencia. Estos paños solo podrán lavarse en un fuego que sea muy ardiente.

Nuestra Serenidad abunda en oro, plata y piedras preciosas, elefantes, dromedarios, camellos y canes. Nuestra Mansedumbre acoge por huéspedes a todos los hombres extranjeros y a todos los peregrinos. Entre nosotros no hay pobres. Ni el ladrón ni el saqueador se encuentran entre nosotros, ni el adulador ni la avaricia hallan aquí lugar. Nosotros no nos repartimos las propiedades. Nuestros hombres tienen todo tipo de riquezas. […]

El palacio donde habita Nuestra Sublimidad es, ciertamente, a imagen y semejanza del que el apóstol Tomás hizo para Gondoforo, rey de los indios, y en todo es similar a él, tanto en sus dependencias como en el resto de su estructura. […]

Tenemos otro palacio de menor tamaño que el primero, aunque tenga mayor altura y belleza, construido después de la revelación que, antes de que naciéramos, tuvo nuestro padre, al cual, a causa de la santidad y de la justicia que habitaban en él, llamaban Casidiós. Esto se lo dijo en sueños: «Haz un palacio para el hijo que nacerá de ti, que será rey de todos los reyes terrenales y señor de todos los señores de la Tierra entera. Y a aquel palacio le otorgará Dios la siguiente gracia: que en él nadie sufrirá hambre ni enfermedad, y que ninguno de los que entren en su interior podrá morir en el transcurso de aquel mismo día. Y que cualquiera, con un hambre atroz o una enfermedad mortal, que entre en el palacio y permanezca allí algún tiempo, saldrá tan saciado de él como si hubiera comido cien viandas o tan sano como si no hubiera tenido enfermedad alguna en su vida».

De su interior brotará una fuente más sabrosa y aromática que todas las demás y no se derramará fuera del palacio, pues, desde el rincón del que brotará, discurrirá por el palacio hasta el rincón opuesto, donde la tierra la acogerá para devolverla subterráneamente al lugar de donde nació, del mismo modo que el Sol, desde Occidente, regresa, bajo tierra, hasta Oriente. Y a los que la beban les sabrá igual que aquello que les apetecería comer y beber. En verdad que difundirá por el palacio un aroma tan intenso como si en él hubieran apilado toda suerte de perfumes, aromas y ungüentos, e incluso aún más. Si alguien, en el plazo de tres años, tres meses, tres

semanas, tres días y tres horas, bebiera de la antedicha fuente, y esto a diario y tres veces en ayunas, durante tres horas —aunque no antes ni después de dichas horas sino en el espacio comprendido entre el principio y el fin de estas tres horas, y por tres veces en ayunas—, en verdad que no morirá antes de trescientos años, tres meses, tres semanas, tres días y tres horas, y siempre mantendrá la edad de la primera juventud. […]

Si quieres saber más, puesto que el Creador de todos nos ha hecho el más poderoso y glorioso de los mortales, la razón por la que Nuestra Sublimidad no permite que se le dé un tratamiento más digno que el de Preste no deberá maravillarte. Es muy cierto que en nuestra corte hay muchos ministeriales, los cuales, con mayor nombre y oficio, en lo que atañe a la dignidad eclesiástica, que Nos, nos sobrepasan en lo concerniente al servicio divino. En verdad que nuestro senescal es primado y rey, nuestro copero es arzobispo y rey, nuestro chambelán es obispo y rey, nuestro mariscal es rey y archimandrita, el jefe de los cocineros es rey y abad. Por esta razón, Nuestra Alteza no ha permitido que se le adjudicaran estos nombres o que se asignara uno de los grados que, como se ha visto, llenan nuestra corte, de suerte que, por humildad, ha preferido ser llamado con un nombre menos noble y tener un grado inferior.

Por ahora no podemos contarte nada más de nuestro poder y de nuestra gloria. Pero cuando vengas a Nos, verás que somos Señor de los Señores de toda la tierra. Mientras tanto, has de saber que para recorrer en toda su amplitud una de las partes de nuestra tierra se tardan cuatro meses, así que, en verdad, nadie puede decir hasta dónde se extienden las demás partes de nuestros dominios.

Si puedes contar las estrellas del cielo y la arena del mar, podrás calcular nuestros dominios y nuestro poder.

LA VERSIÓN DE MANDEVILLE

JOHN MANDEVILLE (siglo XIV)

Los viajes de sir John Mandeville, XXX

El Preste Juan, en Des Conrad Grünenberg's Wappenbuch , 1483, Munich, Bayerische Staatsbibliothek.

Bajo la potestad de Preste Juan están muchos reyes, muchas islas y muchos pueblos diferentes. La tierra es muy buena y rica, pero no tan rica como la del Gran Kan, y los mercaderes no van tan frecuentemente allí a comprar mercancías, como van a la tierra del Gran Kan, porque el viaje es más largo. Además, en la isla de Catay se encuentra todo lo que el hombre puede necesitar: telas de oro y de seda, especias y otros productos que se venden al peso. Y aunque todo eso es mucho más barato en la Isla del Preste Juan, sin embargo, los mercaderes temen el largo viaje y los grandes peligros del mar de aquellos lugares, pues en muchos lugares del mar hay grandes rocas de piedras magnéticas, cuya propia naturaleza es la de atraer hacia sí al hierro, de ahí que no naveguen por allí barcos que tengan clavos o agarres de hierro. Si los tuvieran, al

instante los barcos serían atraídos hacia esas rocas y no se podrían alejar nunca jamás de allí. Yo mismo he visto un montón de amasijos de hierro en ese mar, que parecía una isla llena de árboles y de matorrales y de gran cantidad de espinos y zarzas; y los marineros me dijeron que eran restos de los barcos que habían sido atraídos hasta allí por las rocas magnéticas a causa del hierro que tenían, y que, al pudrirse la madera de los barcos y todo su cargamento, crecieron matorrales, espinos, zarzas, césped y otras hierbas, y que los mástiles y palos de las velas hacen que parezca un gran bosque o una arboleda. Hay rocas como estas en muchas partes de los alrededores y, por eso, los mercaderes no se atreven a navegar por allí, a menos que conozcan bien las rutas o que tengan buenos guías. Además de esto, también les asusta el que sea un viaje tan largo. […]

En la tierra de Preste Juan hay gran diversidad de cosas y muchas piedras preciosas de un tamaño tan grande que con ellas hacen recipientes, como, por ejemplo, bandejas, platos y tazas. Existen allí tantas maravillas que sería enojoso y largo incluirlas a todas en la narración de un libro. […]

En ese desierto hay muchos hombres salvajes de horroroso aspecto, pues tienen cuernos; no hablan, sino que gruñen como los cerdos. Hay también gran cantidad de perros asilvestrados. Y hay muchos papagayos, a los que llaman psitakes en su lengua. Es propio de la naturaleza de estos pájaros el hablar, y así saludan a las gentes que atraviesan los desiertos y les hablan con una voz tan clara como si fuese la de un hombre. Los que hablan tan bien tienen una lengua ancha y cinco dedos en cada pata. Hay otros que solo tienen tres dedos en cada pata; estos no hablan apenas, lo único que saben hacer es gritar.

Criaturas monstruosas, en John Mandeville, Viajes, o Tratado de las cosas más maravillosas y notables que se encuentran en el mundo , siglo XIV.

LA RELACIÓN DE ÁLVARES

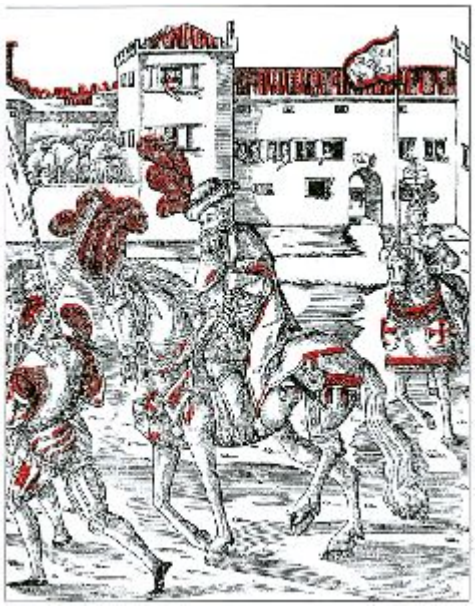
FRANCISCO ÁLVARES

Verdadeira informação das terras do Preste João das Indias (1540)

Y vimos allí al Preste Juan sentado sobre una plataforma a la que se accedía por seis escalones, ricamente adornada. Ceñía su cabeza una corona de oro y de plata, esto es, una parte de oro y otra parte de plata, y llevaba una cruz de plata en la mano, y ocultaba el rostro con una tela de tafetán azul, que se subía y se bajaba, de modo que a veces se le veía toda la cara, y luego volvía a cubrirse. A su derecha se hallaba un paje vestido de seda con una cruz de plata en la mano,

adornada con figuras en relieve. […] Iba vestido con suntuosos ropajes de brocado de oro, y la camisa de seda con mangas largas, ceñido con un rico paño de seda y de oro, como el gremial de un obispo, y se sentaba en majestad, tal como aparece pintado en los frescos Dios Padre. Además del paje que sostenía la cruz, había a cada lado otro paje vestido de forma similar, con una espada desenvainada en la mano. Por edad, color y estatura, el preste parece joven, no muy negro, diríamos que de color castaño. […] de mediana estatura, y aparenta veintitrés años. Tiene el rostro redondo, los ojos grandes, la nariz aguileña, y le empezaba a crecer la barba. […]

Los días siguientes nadie podía saber qué camino debía seguir, sino que cada uno se alojaba donde veía levantada su tienda blanca. […] Cabalgaba con la corona en la cabeza, rodeado de colgaduras rojas. Los que llevaban estas colgaduras las portaban alzadas sobre delgadas lanzas. Por delante del preste van veinte pajes y delante de ellos van seis caballos ricamente engalanados, y por delante de estos caballos caminan seis mulas ensilladas y muy bien guarnecidas, y cada una es conducida por cuatro hombres. Delante de estas mulas van veinte gentileshombres sobre otras mulas, y no pueden acercarse otras gentes a pie o a caballo.



El Preste Juan, en Francisco Álvares, Verdadeira informação das terras do Preste João das Indias , grabado, 1540.

EL TESTIMONIO DE MARCO POLO

MARCO POLO (1254-1324)

Viajes, 64-68

De Caracoron. Caracoron es una ciudad que tiene tres millas de circunferencia. Es la primera plaza fuerte que los tártaros arrebataron al enemigo al salir de su patrimonio. Os contaré las gestas de los tártaros, de cómo conquistaron al mundo y cómo realizaron su expansión. Los tártaros vivían hacia Poniente en los alrededores de Ciorcia; en esta región había una gran llanura pelada, sin habitaciones ni ciudades ni fortalezas; pero los pastos eran excelentes, los ríos caudalosos. No tenían señor, pero es lo cierto que pagaban un tributo a un señor que en su idioma llamaban Kan, lo que en español significa el gran señor. Y fue este el Preste Juan, del cual hablan todos en el gran Imperio. Los tártaros le daban una renta de diez cabezas de ganado, y adivino que se multiplicaron, y cuando esto vio el Preste Juan, decidió dividirlos en varias regiones. Envió a ellas para regentarlos a sus barones. Y cuando los tártaros oyeron lo que hacía con ellos el Preste Juan montaron en cólera. Emigraron entonces todos juntos y fueron hacia el desierto de tramontana, adonde el Preste Juan no podía alcanzarles ni perjudicarles. Se declararon en rebelión, no pagaron ya sus alcabalas y así quedaron por algún tiempo.

[…] Y sucedió que en el año de 1187 de la Encarnación de Jesucristo los tártaros eligieron como rey a un hombre que en su lengua se llamaba Gengis Kan. Era hombre de gran valor, de buen sentido y valiente como el que más. Y cuando le eligieron rey, todos los tártaros del mundo que se hallaban desparramados en países extranjeros se llegaron a él y le aclamaron como gran señor. Y Gengis Kan mantenía su autoridad franca y llanamente. Los tártaros acudieron numerosísimos, y cuando Gengis Kan vio que había tal multitud, se calzó las espuelas, se armó de arco y coraza y fue a la conquista de otras partes del reino. Y conquistaron ocho jornadas de tierra. Pero como con los vencidos usaba de clemencia y no les hacía daño alguno, se sumaban a sus huestes y proseguían la conquista de otros pueblos. De esta manera conquistaron la multitud de pueblos que habéis oído mencionar, y las gentes, viendo el buen gobierno de este señor y su bondad, se sometían voluntariamente a él. Cuando tuvo como súbditos a tanta multitud de gentes capaces de cubrir la tierra entera, dijo que quería conquistar la mayor parte del mundo. Entonces envió emisarios al Preste Juan, y esto fue en el año 1200 del nacimiento de Cristo. Y le propuso tomar por esposa a su hija. Cuando el Preste Juan oyó que Gengis Kan le pedía la mano de su hija: «¿Cómo no tiene vergüenza Gengis Kan de pedirme a mi hija por mujer? ¿No sabe él, por si acaso, que es mi siervo y vasallo? Volved a él y decidle que antes quemaría a mi hija que dársela por esposa. Decidle también que le condeno a muerte por traidor y desleal a su señor». Luego instó a los embajadores a que se fueran y no volvieran a reaparecer más en su presencia. Partieron los emisarios a toda prisa y no pararon hasta hallarse en presencia de su señor, contándole cuanto les había dicho el Preste Juan, sin omitir palabra.

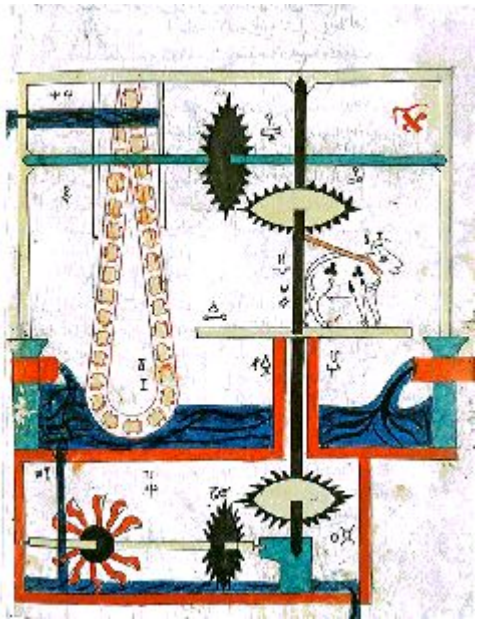
Y cuando Gengis Kan oyó las palabras violentas que Juan pronunciara contra él, pareciole que de rabia iba a estallársele el corazón dentro del pecho, pues os repito que era un gran señor. Y habló enfurecido a los que le rodeaban, diciendo que todo lo abandonaría, su dominio y señoría, si no le hicieran pagar bien caro al Preste Juan la afrenta que le había hecho, y que pronto le demostraría si era o no su siervo. Y reuniendo a su gente, juntó el mayor ejército que nunca se viera, con todos

los armamentos temibles de que disponía, e hizo saber al Preste Juan que iba en contra suya con todas sus fuerzas y que se preparara a defenderse. Cuando el Preste Juan supo que venía contra él con todas sus huestes, dijo con aire socarrón que aquello no era nada, que no eran guerreros y que no había por qué temerles; sin embargo, se preparó con un esfuerzo supremo, no queriendo morir de muerte infame, e hizo convocar a todas las gentes de países extranjeros. Así reunió a un numeroso ejército. Y de este modo se preparaban de una parte y otra. Y Gengis Kan desplegó sus fuerzas en una gran llanura llamada Tangut, que pertenecía al Preste Juan. Y allí sentó sus reales. Y eran sus hombres en tan gran número que no podían contarse. Allí supo con regocijo que el Preste Juan venía a su encuentro y holgose de que fuera en esta bella y ancha llanura donde podía librar una gran batalla; ya le tardaba en luchar cuerpo a cuerpo con él. Y dejemos a Gengis Kan y sus huestes y volvamos al Preste Juan.

Y cuentan que cuando el Preste Juan supo que Gengis Kan venía a su encuentro con toda su gente, caminaron tanto hasta llegar a la llanura de Tangut y asentaron el campamento a la vera del de Gengis Kan, a 20 millas de distancia. Cada ejército descansó para estar dispuesto el día de la batalla.

Y así, prontos a la lucha, esperaban los dos ejércitos. […]

Después de dos días, las dos partidas se armaron y batieron duramente. Y fue la batalla más grande y encarnizada que jamás vio el género humano. Y hubo grandes bajas de una y otra parte, mas al fin venció Gengis Kan la batalla y en ella pereció el Preste Juan y fue desposeído.



Sistema de bombeo del agua, en al-Jazari, Libro del conocimiento de los procedimientos mecánicos , 1206, Estambul, Museo Topkapi.

EL AUTÓMATA BIZANTINO

LIUTPRANDO DE CREMONA (siglo X)

Antapodosis, VI, 5

Hay en Constantinopla una casa contigua al palacio, de maravillosa grandeza y belleza, a la que los griegos llaman Magnaura, como gran aura. […] Constantino mandó preparar esta casa tanto para los mensajeros de los hispanos, que acababan de llegar, como para mí y Liutifredo. Delante del trono del emperador había un árbol de bronce dorado, cuyas ramas estaban llenas de pájaros, también de bronce y dorados de distintas razas, que emitían cantos diferentes según su especie. El trono del emperador estaba construido de tal modo que en un momento parecía estar en el suelo, ora más arriba e

inmediatamente en lo más elevado, y lo custodiaban, por así decirlo, unos leones de enorme tamaño, no se sabe si de bronce o de madera, pero recubiertos de oro, que al golpear el suelo con la cola rugían con la boca abierta y moviendo la lengua. Fui llevado en presencia del emperador a hombros de dos eunucos. Y aunque a mi llegada los leones emitieron un rugido y los pájaros alborotaron según su especie, no experimenté ningún temor ni ninguna sorpresa, porque de todo esto ya había sido informado por quien tenía noticia de ello. Tras haberme inclinado tres veces en acto de adoración al emperador, alcé la cabeza, y al que había visto poco antes apenas elevado del suelo, lo vi revestido de otros ropajes, sentado casi tocando el techo de la sala; no conseguí entender cómo había ocurrido tal cosa, si no es que tiraran de él con un cabrestante.

LA TAPROBANA DE MANDEVILLE

JOHN MANDEVILLE (siglo XIV)

Los viajes de sir John Mandeville, XXXIV

Hacia la parte oriental de las tierras del Preste Juan hay una buena isla, grande, muy noble y fértil, llamada Taprobana. Su rey es muy rico y es vasallo de Preste Juan. Su cargo no es hereditario, sino que siempre es resultado de una elección. En esa isla hay dos veranos y dos inviernos, siendo así que se cosechan cereales dos veces al año. En todas las estaciones del año hay jardines llenos de flores. Allí viven gentes buenas y sensatas, entre las cuales hay muchos cristianos que son tan ricos que no saben qué hacer con sus bienes. […]

Al este de esa isla hay otras dos más; una de las cuales se llama *Orille* y la otra *Argyte*. En ambas la tierra está llena de vetas de oro y de plata, y las dos se hallan cerca del punto donde el mar Rojo se une al mar Océano. En ninguna de las dos islas se pueden ver las estrellas tan nítidamente como en otros lugares; no se ve con claridad más que una estrella

llamada Canopus. Tampoco se ve la luna en todas sus fases, sino solo en el segundo cuarto.

En la isla de Taprobana hay grandes montañas de oro guardadas celosamente por hormigas. Ellas purifican el oro quitándole las impurezas. Estas hormigas son tan grandes como perros de caza, de forma que nadie se atreve a acercarse a esas montañas, sin riesgo de ser atacado y devorado por ellas. Así que nadie puede hacerse con ese oro, a menos que se utilicen finas artimañas. Por eso, cuando hace mucho calor, desde la hora prima hasta la nona, y las hormigas descansan dentro de la tierra, los nativos, llevando consigo camellos, dromedarios, caballos y otros animales, se dirigen al lugar y cargan a toda prisa. Después huyen a toda velocidad antes de que las hormigas salgan de la tierra. En otras épocas del año, cuando no hace tanto calor y las hormigas no descansan bajo tierra, se hacen con el oro valiéndose de la siguiente argucia. Eligen a unas cuantas yeguas que tengan potrillos o potrillas y les cuelgan encima recipientes vacíos, de boca ancha que lleguen hasta el suelo. Luego envían a las yeguas solas a pastar en las proximidades de esas montañas, reteniendo en casa a los potrillos. Cuando las hormigas ven esos recipientes, saltan dentro al instante, pues es propio de su naturaleza llenar todo lo que las rodea y no dejar nada vacío, sea lo que sea; así que llenan los recipientes de oro. Cuando los nativos comprenden que los recipientes están llenos, sacan fuera a los potrillos procurando que relinchen para llamar a sus madres. Entonces las yeguas acuden inmediatamente a la llamada de sus potrillos con el cargamento de oro, del que son enseguida aliviadas. Valiéndose de esta treta los nativos se hacen con oro suficiente, pues las hormigas consienten que otros animales vayan a pastar entre ellas, pero no toleran la presencia del hombre.

El pico de Adán , grabado, 1750.

LA SEPULTURA DE ADÁN EN CEILÁN

ARTURO GRAF

«Il mito del Paradiso terrestre», III, en *Miti, leggende e superstizioni del Medio Evo* (1892-1893)

Según otra opinión, que fue muy divulgada tanto en Oriente como en Occidente, y que sigue viva todavía en Oriente, Adán y Eva vivieron los años de su exilio en la isla de Serendib, o Ceilán. Esta creencia es sin duda de origen musulmán o, mejor dicho, es una creencia budista transformada por los musulmanes; y de este modo creían, y siguen creyendo todavía los budistas, que Buda pasó algún tiempo sobre un monte de la isla de Ceilán, llamado Langka

por los brahmanes del continente; que allí se dedicó a la vida contemplativa; y que, elevándose luego a los cielos, dejó en la roca la huella de su pie, visible a todos. Los musulmanes, utilizando un procedimiento bastante frecuente en la historia de las leyendas, atribuyeron a Adán lo que se contaba de Buda, y las dos tradiciones pervivieron una junto a otra. De eso nos ofrece un curioso testimonio Marco Polo en la relación de sus viajes. Dice Polo que en la isla de Ceilán, en la cima de un alto monte al que no se puede subir si no es con ayuda de cadenas, hay una sepultura que los musulmanes dicen que es de Adán, y los idólatras (entiéndase los budistas) de Sergamon Borcam. La continuación del relato muestra que este Sergamon no es otro sino Buda, que fue sometido, como se sabe, a otra transformación similar, convirtiéndose en el santo Josafat de la leyenda cristiana. Los árabes llamaron Rahud al monte, y el primer escritor que mencionó la leyenda parece que fue al-Idrisi, que escribió su tratado geográfico en la corte de Roger II de Sicilia, en 1154. Al-Idrisi, que afirma, entre otras muchas cosas, haber visitado la cueva de los Siete Durmientes en Éfeso, y haber visto sus cuerpos envueltos en aloe, mirra y alcanfor, no se sabe bien si muertos o adormecidos de nuevo, cuenta la leyenda del monte al que llama el-Rahuk. Según él, cuentan los brahmanes que en la cima del monte se encuentra la huella del pie de Adán, de una longitud de setenta codos y luminosa. Desde este punto, y dando un solo paso, Adán llegó hasta el mar, que dista dos o tres jornadas. Dicen además los musulmanes que Adán, expulsado del Paraíso, cayó en la isla de Serendib, y allí murió, tras haber realizado un peregrinaje al lugar donde luego surgiría La Meca. También aparece una descripción del monte en los viajes de Ibn-Battuta. La leyenda pasó de Oriente a Occidente, y de los musulmanes a los cristianos, y el monte de Ceilán, llamado luego por los portugueses pico de Adán, se hizo célebre. Eutiquio, patriarca de Alejandría (m. 940) solo dice que Adán fue expulsado a un monte de la India, pero el monte siempre es el de Ceilán. Odorico de Pordenone lo describe con brevedad, y cuenta que en la cumbre de ese monte había un lago que los isleños decían que se había formado con las lágrimas de Adán y de Eva por la muerte de Abel. Giovanni de' Marignolli nos ofrece un relato más detallado y más explícito. El ángel del Señor

cogió a Adán y lo depositó sobre el monte de Ceilán, y la huella del pie de Adán quedó impresa de manera milagrosa en el mármol, de un tamaño de dos palmos y medio. Sobre otro monte, distante del primero cuatro pequeñas jornadas, el ángel depositó a Eva, y los dos pecadores estuvieron separados, sumidos en el duelo, durante cuarenta días, transcurridos los cuales, el ángel condujo a Eva junto a Adán, que ya estaba desesperado. En el primer monte había, además de la huella del pie, una estatua sedente, con la diestra orientada hacia Occidente, la casa de Adán, una fuente de aguas purísimas, que se creía procedían del Paraíso, y en la que había gemas, formadas, al decir de los habitantes, por las lágrimas de Adán, y una huerta llena de árboles que ofrecían excelentes frutos. Muchos peregrinos acudían a visitar el santo lugar. A finales del siglo XVII, Vincenzo Coronelli todavía decía que en la cima del monte estaba enterrado Adán, y que se veía un lago formado por las lágrimas que derramó Eva por la muerte de Abel. Esta última afirmación contradecía otra creencia, que por otra parte no parece que haya tenido una gran difusión. El ya recordado Burcardo de Monte Sión dice que en la ladera de un monte, en el valle de Hebrón, se hallaba la cueva donde Adán y Eva lloraron durante cien años la muerte de Abel, y que todavía podían verse los lechos donde durmieron y la fuente de cuyas aguas bebieron. Si bien la sepultura de Adán fue ubicada en la cima del monte de Ceilán, también fue situada en muchos otros lugares.

Del códice De Sphaera: El jardín del Amor u Hortus con la fuente de la juventud , siglo XV, ms. lat. 209 DX2 14 c. 10r, Módena, Biblioteca Estense.

5

EL PARAÍSO TERRENAL,

LAS ISLAS AFORTUNADAS Y EL DORADO

Jacob de Backer, El jardín del Edén, c. 1580, Brujas, Groeningemuseum.

Entre las maravillas de Oriente se encontraba el Paraíso terrenal. En la cultura judeocristiana, la Biblia nos habla del Paraíso terrenal, cuando en el **Génesis** cuenta la historia del jardín de las delicias en el que vivían Adán y Eva, y cómo fueron expulsados después del pecado original: Dios «echó, pues, fuera al hombre, y apostó al oriente del jardín de Edén querubines: llameantes espadas, para guardar el camino del árbol de la vida»… Después de esto el Paraíso terrenal se convierte en un lugar de nostalgia, que todo hombre querría

encontrar pero que sigue siendo objeto de una búsqueda infinita.

Este sueño de un lugar donde en los orígenes del mundo se vivía en un estado de beatitud e inocencia, perdido luego, es común a muchas religiones y a menudo representa una especie de antecámara del Paraíso celestial.

Mapa cosmológico de Jain , tempera sobre tela, c. 1890, Washington D. C., Library of Congress.

En el jainismo, en el hinduismo y en el budismo se habla del monte Meru del que brotan cuatro ríos (como del Paraíso bíblico brotaban cuatro ríos: el Pisón, el Guijón, el Tigris y el Éufrates) y sobre el que se alza la morada de los dioses y antigua patria del hombre. En el poema *Mahabharata* el dios Indra construye la ciudad móvil de Indraloka, que tiene muchos puntos en común con el jardín del Edén.

En las leyendas taoístas (*Lie Tse o Tratado del vacío perfecto*, c. 300 d. C.) se habla de un sueño en el que aparece un lugar maravilloso donde no hay gobernantes ni súbditos y todo ocurre por espontaneidad natural. Los habitantes entran en el agua sin ahogarse, si se les azota no resultan heridos y se elevan por los aires como si caminaran por la tierra. De una edad feliz hablan los mitos egipcios, que tal vez esbozaron por

primera vez el sueño del jardín de las Hespérides. El paraíso de los sumerios se llamaba Dilmun y no había en él enfermedades ni muerte. Las montañas del Kunlun eran el lugar del Paraíso terrenal para el taoísmo. Tanto en la mitología china como en la japonesa se habla del monte Penglai (que las leyendas sitúan en lugares diversos), donde no existe el dolor ni el invierno, hay grandes tazas de arroz y vasos de vino que no se vacían nunca, frutos mágicos que pueden curar cualquier enfermedad y naturalmente se goza de una eterna juventud. Los griegos y los latinos fabulaban acerca de la Edad de Oro y de los reinos felices de Cronos y de Saturno (cuando, según **Hesíodo**, los hombres vivían sin preocupaciones y, manteniéndose eternamente jóvenes, se alimentaban de la tierra sin trabajarla, y morían como si el sueño se hubiera apoderado de ellos).

Lucas Cranach el Viejo, La edad de oro , c. 1530, Munich, Alte Pinakothek.

Paolo Fiammingo, Amores en la edad de oro, 1585, Viena, Kunsthistorisches Museum.

Lucas Cranach el Viejo, Paraíso , detalle, 1530, Dresde, Gemäldegalerie Alte Meister.

En Píndaro aparece el tema de las islas Afortunadas (que se desarrollaría en la Edad Media y más adelante), donde vivían los justos que ya habían pasado por tres reencarnaciones terrestres, y tanto en Homero como en **Virgilio** aparecen descripciones de los Campos Elíseos, donde moran los justos. Horacio alude a ellos precisamente en relación con las inquietudes de la sociedad romana tras las guerras civiles, como una huida de una realidad desagradable.

En el **Corán** las características del Paraíso celestial son similares a las de los distintos paraísos terrenales de la tradición occidental: los justos se hallan en el jardín de las delicias, entre muchachas hermosísimas, fruta abundante y bebidas. Esta imagen del jardín paradisíaco inspira la maravillosa arquitectura islámica de los jardines, lugares de frescura y murmullo de aguas que borbotean.

En resumen, puesto que el mundo de la realidad resulta a menudo doloroso e inhabitable, todas las culturas han elaborado sueños de una tierra feliz en la que antes vivían los hombres, y a la que tal vez un día podrán regresar. Además,

como recuerda Arturo Graf (1892-1893) en su clásico estudio sobre el mito del Paraíso terrenal, algunos estudiosos incluso han planteado la hipótesis de que en el mito edénico podría reflejarse «el recuerdo nebuloso de una primitiva condición social, anterior al establecimiento de la propiedad de la tierra».

El Paraíso terrenal, detalle (a la izquierda) del Mapamundi de Erbsdorf, c. 1234.

Pero volvamos al Edén bíblico. Desde el principio, la tradición lo situó en Oriente, en el oriente más extremo, allí donde nace el Sol. Sin embargo, esa localización contenía cierta ambigüedad puesto que este oriente no parecía ser en absoluto extremo, ya que del jardín brotaban cuatro ríos, dos de los cuales eran el Tigris y el Éufrates, que regaban Mesopotamia y, por tanto, casi el centro y no la extrema periferia del mundo. Pero como el Tigris y el Éufrates también podían nacer en tierras lejanísimas, los mapas medievales situaban el jardín del Edén en una India imprecisa y remota (véanse los textos de **Agustín** e **Isidoro de Sevilla**).

Cosmas Indicopleustes, de cuya discutible geografía ya se ha hablado, en uno de sus mapas representaba unas tierras más allá del Océano y, por tanto, fuera del mundo conocido, donde habrían vivido los hombres antes del Diluvio, y donde también habría tenido su sede el Paraíso terrenal. La mayoría de los mapas medievales (véase por ejemplo el Apocalipsis de Silos) sitúa el Paraíso dentro del círculo del Océano, pero en el siglo

XIV el mapa de Hereford lo presenta como una isla circular en los confines del mundo habitado.

Dante lo ubicará en la cima de la montaña del Purgatorio, por tanto, en un hemisferio desconocido para el hombre de su tiempo.

Otros lo situarán en tierras identificadas con la Atlántida (hablaré de ello a propósito de ese continente desaparecido) y finalmente con las islas Afortunadas. En cuanto a **Mandeville**, tan proclive por lo general a descripciones extraordinarias, ante el misterio del Edén nuestro fabulador confiesa, al menos por una vez, que no lo ha visto nunca.

Giovanni de' Marignolli, que en el siglo XIV fue enviado en misión a las tierras del Gran Kan de los tártaros, cuenta en su *Chronicon* que el paraíso se encuentra a cuarenta millas de la isla de Ceilán, y desde allí se oye el fragor de sus aguas al precipitarse; son muchos, en efecto, los que dicen que el agua de los ríos del Paraíso cae desde una altura tal que su estruendo habría ensordecido a todos los habitantes de las regiones limítrofes.

Jacopo Bassano, Paraíso terrenal , 1573, Roma, Galleria Doria Pamphilj.

Domenico di Michelino, Dante y su poema, detalle, siglo XV, Florencia, catedral.

El jardín del Edén es visitado en muchas visiones, textos donde se habla de personajes que han penetrado en sueños o despiertos en los reinos de ultratumba y, por tanto, han visto el jardín del Edén. Tales visiones son muy numerosas y muchas anticipan el viaje ultramundano de Dante Alighieri. Son la *Vita di san Macario romano*, el *Viaggio di tre santi monaci al paradiso terrestre*, la visión de **Thurcill**, la *Visione di Tugdalo*, y el *Tractatus de Purgatorio sancti Patricii*, esto es, la leyenda del pozo de **san Patricio**, en el que (en Irlanda) penetra el caballero Owein y visita primero los lugares de tormento de los condenados, para acceder luego al jardín del Edén donde viven los justos que han superado casi del todo las penas de purificación y esperan bienaventurados la entrada en el Paraíso celestial.

Se ha discutido mucho —desde Tertuliano hasta los doctores de la escolástica— si el Paraíso se hallaba en zonas tórridas y, por tanto, alejadas del mundo conocido, o bien en zonas templadas que podían proporcionarle el clima suave del que gozaba. En general, prevaleció la hipótesis de una zona templada, y santo Tomás sostenía esta opinión (en la cuestión 102 de la primera parte de la *Summa theologiae*): «Quienes sostienen que el Paraíso se encuentra bajo el círculo

equinoccial, piensan que se trata de un lugar muy templado, debido a la constante igualdad de los días y de las noches. Además, porque el sol nunca se aleja demasiado de allí como para dejar paso al frío, ni tampoco hay un excesivo calor, como dicen, ya que, aunque el sol pasa perpendicular a ellos, empero, no dura mucho tiempo. Sin embargo, Aristóteles dice expresamente que aquella región no es habitable a causa del calor. […] Sea como sea, es cierto que el Paraíso debió de estar situado en un lugar muy templado, bien sea en el equinoccio, bien sea en cualquier otra parte».

Athanasius Kircher, Topographia Paradisi , de Arcae Noe , 1675.

En cualquier caso, se creía que el Edén se hallaba en un lugar muy elevado, porque solo así habría podido sobrevivir al Diluvio universal, y veremos qué curiosas consecuencias sacó Cristóbal Colón de esta creencia. Y para hallar el lugar más alto entre todos, **Ariosto** en el *Orlando furioso*, libre de preocupaciones teológicas, conducirá a Astolfo montado en el hipogrifo hasta un Paraíso terrenal que se encuentra en el camino hacia la Luna.

San Brandán en el mapa de Pierre Descelliers, 1546, Manchester, John Rylands University Library.

LA ISLA DE SAN BRANDÁN. Según otra tradición, el Paraíso terrenal estaría situado en Occidente, y mucho más al norte. Esta tradición nace, o se refuerza, con un texto del siglo XI, la *Navigatio sancti Brandani*. Este monje irlandés que vivió hacia el siglo VI zarpa en dirección oeste en un fragilísimo *curragh* (una embarcación con el armazón de madera recubierto de finas capas de piel), y según la leyenda con esos barquichuelos los monjes irlandeses llegaron hasta América y descubrieron la Atlántida.

San Brandán, junto con sus místicos marineros, visita muchas islas: la isla de los pájaros, la isla del infierno, la que se reduce a un escollo aislado en el mar sobre el que se halla encadenado Judas, y la isla ficticia que ya había engañado a Simbad, sobre la que se posa la nave de Brandán. Pero cuando al día siguiente los tripulantes encienden el fuego y ven que la isla se irrita, descubren que no es una isla sino un terrible monstruo marino llamado Jasconius.

Jasconius confundido con una isla , grabado, 1621.

Sin embargo, la isla que más ha excitado la fantasía de la posteridad es la isla de los Bienaventurados, a la que llegan nuestros navegantes tras siete años de peripecias,[7] lugar de gran delicia y amenidad.

La isla de los Bienaventurados forzosamente había de suscitar un deseo incontenible, de modo que durante toda la Edad Media, e incluso en el Renacimiento, se creía firmemente en su existencia. Aparece en los mapas, como en el mapamundi de Erbsdorf, y en un mapa de Toscanelli realizado para el rey de Portugal. A veces se sitúa en la latitud de Irlanda, en los mapas más modernos se coloca más al sur, a la altura de las Canarias, o islas Afortunadas, y a menudo las islas Afortunadas se confunden con la isla llamada de San Brandán; otras veces esta se identifica con el grupo de las Madeira, e incluso con otra isla inexistente como la mítica Antilia, tal como aparece en el *Arte del navegar* de Pedro de Medina, del siglo XVI. En el globo de Behaim, de 1492, la isla estaba situada bastante más hacia Occidente y cerca del ecuador. Y ya se le había asignado el nombre de isla Perdida, Ínsula Perdita.

En *Imago mundi*, Honorio de Autun la describió como la más amena de las islas: «Hay en el océano una isla llamada Perdita, la más hermosa que hay en la tierra por su amenidad y fertilidad, y desconocida para los humanos. Y cuando se encuentra por casualidad, luego ya no se vuelve a encontrar, y por eso se llama Perdida». En el siglo XIV, Pierre Bersuire habla en los mismos términos de las islas Afortunadas, llamadas así «porque solo se encuentran por casualidad y fortuna, pero si luego se quieren volver a encontrar, ya no se encuentran».

La isla Perdida y nunca más hallada fue buscada por muchos, sobre todo después de que el descubrimiento del cabo

de Buena Esperanza y de América encendiera en los ánimos la fiebre de las exploraciones; y alguien pretendió haber identificado al menos la posición, de modo que, cuando el 4 de junio de 1519, Manuel de Portugal, con el Tratado de Évora, renunció en favor de España a todos sus derechos sobre las islas Canarias, la isla Perdida o Escondida fue incluida expresamente en dicha renuncia. En 1569, Gerardo Mercator todavía la señalaba en su mapa.

En el mundo contemporáneo Guido Gozzano ha expresado la nostalgia por la isla no hallada.[8]

EL PARAÍSO EN EL NUEVO MUNDO. Por una convención ya asentada, el final de la Edad Media se hace coincidir con el descubrimiento de América en 1492 y, por tanto, Colón es considerado el primer hombre del mundo moderno. Es más, una creencia popular inamovible asegura que fue el primero en sostener, en contra de la hostilidad general, que la Tierra era redonda. Se trata de una tontería porque, como hemos visto en el primer capítulo, los griegos ya sabían que la Tierra era esférica y la cultura medieval de hecho lo aceptaba sin problema (al menos en los círculos doctos). Colón creía, como todos, que la Tierra era redonda y, como todos en su época, creía que estaba inmóvil en el centro del universo, ya que la hipótesis heliocéntrica de Copérnico se publicaría en *De revolutionibus orbium coelestium* más de cincuenta años después del descubrimiento de América. Sin embargo, los cálculos de Colón sobre las dimensiones de la Tierra eran erróneos, y tenían razón los adversarios de él que pensaban que la distancia entre España y las primeras prolongaciones de aquel Levante, al que Colón pretendía llegar por Poniente, era tan amplia que no podía ser superada (pues ni ellos ni Colón suponían que en aquel espacio de mar se hallaba el continente americano).

En realidad, el primer protagonista de la modernidad era uno de los últimos personajes de la Edad Media, sin duda inclinado a interpretar literalmente las Escrituras. Una de las ideas fijas del genovés en su empeño por alcanzar lo que él consideraba Extremo Oriente era encontrar el Paraíso terrenal.

Un libro que le había influido profundamente era la *Imago mundi*, del cardenal Pierre d'Ailly (todavía se conserva la copia personal del genovés con sus anotaciones manuscritas al margen), donde se repetían todos los lugares comunes sobre el jardín del Edén. En varias ocasiones, en sus relaciones de viaje, **Colón** cree identificar con la tierra prometida territorios cubiertos de bosques ricos en frutas y habitados por pájaros multicolores. No solo eso sino que, convencido de que esa tierra se encuentra sobre una elevación capaz de alcanzar el cielo, comunica a los reyes de España la sorprendente hipótesis de que la tierra no es completamente redonda, sino que en la parte que ha descubierto se alarga en forma de pera.

Después de Colón, la hipótesis del Paraíso terrenal en territorio americano la recupera Antonio de León Pinelo (1556), en *El paraíso en el Nuevo Mundo*. El descubrimiento del Nuevo Mundo dio lugar a una amplia discusión sobre los orígenes del pueblo americano, y muchos defendían la tesis de una emigración de los descendientes de Noé. Pinelo, sin embargo, no sostenía que los amerindios procedieran del Mediterráneo, sino al contrario: esos pueblos vivían en el continente antes del Diluvio y era allí donde Noé había construido el arca que, concebida como una galera de 28.125 toneladas, pudo superar el Océano y llegar a Armenia hasta posarse sobre el monte Ararat. El viaje habría durado de noviembre de 1625 a noviembre de 1626 (fechas calculadas desde la creación del mundo), partiendo de la cordillera de los Andes, penetrando en el continente asiático por la parte de China y, luego, por el Ganges hasta Armenia, en un recorrido de 3.605 leguas. De todo eso había que concluir que el Paraíso terrenal estaba situado en el Nuevo Mundo, y Pinelo demostraba que los cuatro ríos que brotan del Paraíso terrenal no eran los mencionados por la Biblia, sino el Río de la Plata, el río Amazonas, el Orinoco y el Magdalena.

Sin embargo, lo cierto es que a partir de ese momento parece que nadie busca ya el Paraíso terrenal en el nuevo continente. Vespucio, más prudente que Colón, se limitó a observar que una determinada tierra fecundísima «parecía» el Paraíso terrenal, sin comprometerse más.

EL PARAÍSO EN PALESTINA. En una época posterior se buscó el Paraíso entre África y Asia. Pierre-Daniel Huet, en el *Tratado sobre la situación del Paraíso terrenal* (1691), tomó en consideración, aunque con cierto escepticismo, todas las hipótesis, incluida alguna bastante estrafalaria, como la que pretendía que el Edén se hallaba en la ciudad de Hédin, en Artois, a causa de la similitud Hédin-Edén. Pero se inclina definitivamente por Mesopotamia, en concreto por la orilla oriental del río Tigris, y acompaña su libro de un mapa muy detallado de los distintos lugares.

Frontispicio de Pierre-Daniel Huet Tratado sobre la situación del Paraíso terrenal , París, 1691.

Dom Calmet (1706), en su comentario a los libros del Antiguo y Nuevo Testamento, situaba el paraíso en Armenia.

No obstante, la tesis más fascinante era la que ubicaba el Edén en la única y auténtica tierra prometida, esto es, en Palestina. Por ejemplo, Isaac de la Peyrère (1665), en *Preadamitae*, tras haber calculado que las cronologías orientales situaban el origen del mundo en una fecha muy

anterior a la que indicaba la Biblia, sacó la conclusión de que la creación de Adán, y luego la venida de Jesucristo, solo habían afectado al área medioriental, mientras que en otras tierras las cosas habían transcurrido de modo muy distinto y con muchos milenios de antelación. Por consiguiente, no tenía sentido situar el Paraíso terrenal en tierras lejanas donde las gentes estaban ocupadas en otros asuntos, y había que limitarse a considerar la zona comprendida entre Egipto y el Éufrates.

Pero si situar el Edén en zonas no visitadas podía permitir considerarlo extensísimo, si surgía en la zona Oriente Próximo, ¿cómo podía ser de dimensiones tan reducidas, comprimido entre el desierto y el mar? Si Adán no hubiera pecado, el Edén habría debido albergar a toda la humanidad futura y, dado que el Señor había ordenado a los primeros hombres que se multiplicasen, cuando el número de descendientes de Adán hubiera crecido de manera desmesurada, ¿dónde vivirían? ¿Habrían sido expulsados del Edén? Problemas no menores que ocuparon páginas y páginas de discusiones sobre los textos sagrados.

Más tarde, y como prueba de la fuerza del mito, el Edén reaparecería en África, hasta el punto que Scafi (2006) en su monumental historia de *Il paradiso in terra* nos recuerda que incluso el doctor Livingstone (en pleno siglo XX), cuando fue en busca de las fuentes del Nilo, más misionero que explorador, estaba convencido de que, si las identificaba, encontraría también el lugar del Paraíso terrenal.

Khizr e Ilyas (Elías) junto a la fuente de la vida, de Murshid al-Shirazi, folio sacado de Nizami, Khamsa , 1548, Washington, Smithsonian Libraries.

EL DORADO. Como Oriente Próximo no se mostraba muy pródigo en riquezas naturales, el deseo de una tierra mejor que esta en la que estamos condenados a vivir empujaba a utopistas, exploradores y aventureros hacia el Nuevo Mundo. Así comienza otro mito, el mito de un Edén laico, El Dorado.

Recordemos que los habitantes de muchos paraísos terrenales vivían eternamente o al menos largo tiempo, y en numerosos relatos se mencionaba una fuente de la eterna juventud. Ya Heródoto habló de una fuente subterránea en Etiopía (se creía que los etíopes y los habitantes de África central eran por lo general muy longevos), pero las leyendas posteriores hablan de una fuente que se hallaba en el jardín del Edén, que no solo curaba las enfermedades sino que rejuvenecía al que se bañara en ella. En la *Novela de Alejandro* se habla del Agua de la Vida, una mítica fuente que solo se puede hallar tras haber superado las «Tierras oscuras» de Abjasia, y también se interesaron por las vicisitudes de Alejandro algunas fuentes árabes.

La fuente del milagro aparece citada en numerosas leyendas chinas y en un cuento popular coreano la descubren por casualidad dos pobres campesinos: beben un sorbo de dicha fuente e inmediatamente recobran la juventud. Este mito sobrevivió durante toda la Edad Media y luego pasó a América. En aquel continente, se presenta como misionero de la fuente de la eterna juventud Juan Ponce de León, que viajaba en las naves que, con Cristóbal Colón, llegaron a la isla de la Española (la actual Haití). Allí los indios le hablaron de que en una isla existía una fuente capaz de restituir la juventud. Pero la situación de la isla era incierta y abarcaba desde la costa septentrional de América del Sur hasta Florida, pasando por el Caribe. Entre 1512 y 1513, Ponce de León estuvo navegando en vano por todos estos lugares, y lo siguió haciendo hasta 1521, cuando fue herido por una flecha de los

indios en las costas de Florida y murió después en Cuba a causa de una infección.

Sin embargo, el mito de la fuente no se extinguió con Ponce de León, y el inglés **Walter Raleigh** (1596) emprendió varias campañas de exploración con objeto de identificar este El Dorado.

Cuando la búsqueda de El Dorado ya no atraía a nadie, el tema reapareció en clave irónica, como una crítica a nuestro mundo, en el ***Cándido*** de Voltaire.

La ubicación de la fuente da pie a muchas fantasías acerca del *hortus conclusus*, ya que el Edén se cerró tras la expulsión de Adán, pero seguía estando lleno de delicias. Y encontramos ecos del mito edénico, transformado ya en fábula pagana, sensual y diabólica, en la descripción del jardín donde la maga Armida, en la *Jerusalén liberada* de Tasso, tiene prisionero a Reinaldo envolviéndolo en sus lazos amorosos.

Pero estamos entrando en el terreno de los lugares ficticios novelescos, de los que hablaremos en el último capítulo.

Nicolas Poussin, La primavera o el Paraíso terrenal , 1660-1664, París, Louvre.

EN EL PRINCIPIO

GÉNESIS 2-3

Entonces Yahvéh-Dios formó al hombre del polvo de la tierra, insufló en sus narices aliento de vida y fue el hombre ser viviente. Plantó Yahvéh-Dios un jardín en Edén, al oriente, y puso allí al hombre a quien había formado. Y Yahvéh-Dios hizo brotar del suelo toda clase de árboles gratos a la vista y de frutos sabrosos; y también el árbol de la vida en medio del jardín, y el árbol de la ciencia del bien y del mal.

Salía de Edén un río para regar el jardín y de allí se dividía en cuatro brazos. El nombre del primero es Pisón; es el que rodea toda la tierra de Javilá, donde hay oro. El oro de aquella tierra es fino. Allí se encuentran bedelio y ónice. El segundo río se llama Guijón, y es el que rodea toda la tierra de Kus. El nombre del tercer río es Tigris, que corre al oriente de Assur. El cuarto río es el Éufrates.

Tomó, pues, Yahvéh-Dios al hombre y lo instaló en el jardín de Edén; para que lo cultivara y guardara. […] Y le arrojó Yahvéh-Dios del jardín de Edén, para que labrara la tierra de donde fue tomado. Echó, pues, fuera al hombre, y apostó al oriente del jardín de Edén querubines: llameantes espadas, para guardar el camino del árbol de la vida.

Jean-Auguste-Dominique Ingres, La edad de oro, 1862, Cambridge, Fogg Art Museum.

LA EDAD DE ORO

HESÍODO (siglo VII a. C.)

Los trabajos y los días, vv. 109-126

Primero una dorada generación de hombres mortales crearon los inmortales, habitantes de las mansiones olímpicas: era en tiempos de Cronos, cuando este reinaba en el cielo. Los hombres vivían igual que dioses, con el corazón libre de cuidados, a salvo de penas y aflicción; la mísera vejez no les oprimía, sino que, con pies y manos llenos de vigor, se gozaban en los festines, exentos de todos los males: y morían como vencidos por el sueño. Todos los bienes estaban a su alcance, la fértil tierra, por sí sola, producía ricos y abundantes frutos y ellos, contentos y tranquilos, gozaban de sus bienes sin tasa. Una vez que la tierra cubrió sus cuerpos, se convirtieron en espíritus venerables, sobre la tierra, buenos, protectores de los males, guardianes de los mortales hombres; y vigilan las sentencias y los perversos actos: vestidos de bruma se extienden por toda la tierra, distribuidores de riqueza: esa es la dignidad real que recibieron.

Escena de los Campos Elíseos, en homenaje a la pequeña difunta Octavia Paolina . Fresco sobre yeso procedente del hipogeo de los Octavios, Roma-Octavia. Detalle con Hermes Psicopompo, la pequeña difunta y muchachos que cogen rosas, siglo III d. C., Roma, Museo Nazionale Romano, Palazzo Massimo alle Terme.

LOS CAMPOS ELÍSEOS

VIRGILIO (siglo I a. C.)

Eneida, VI, 634-648

Había dicho y a la par marchando por oscuros caminos cubren

la distancia que les separa y a la puerta se aproximan.

Gana Eneas la entrada y asperja su cuerpo

con agua fresca y cuelga la rama del umbral frontero.

Por fin, esto cumplido, realizada la ofrenda a la diosa,

llegaron a los lugares gozosos y a las amenas praderas

de los bosques bienaventurados y a las felices sedes.

Aquí un aire anchuroso los campos viste de luz

purpúrea, y su propio sol y sus astros conocen.

Unos ponen a punto sus músculos en palestras de hierba,

compiten jugando y pelean en la rubia arena;

otros marcan el baile con los pies y recitan poemas.

Allí también el sacerdote tracio de larga vestidura

se acompaña con los siete tonos de los sonidos

y ya los pulsa con los dedos, ya con el plectro marfileño.

Mahoma visita el Paraíso terrenal, del manuscrito persa Miraj Nama, siglo XV, París, Bibliothèque Nationale de France.

EL PARAÍSO DEL CORÁN

Corán, XLVII, 15

La descripción del jardín que fue prometido a los temerosos de Dios es así: habrá ríos de agua incorruptible, y ríos de leche de sabor inmutable, y ríos de vino delicioso para quien lo bebe, y ríos de miel purísima. Y allí gozarán de todos los frutos, y también del perdón del señor.

EL PARAÍSO DE AGUSTÍN

SAN AGUSTÍN (354-430 d. C.)

Interpretación literal del Génesis, 8

Sé bien que muchos autores han escrito mucho a propósito del Paraíso: sin embargo, tres son las opiniones más comunes sobre este tema. La primera es la de aquellos que quieren entender el «Paraíso» únicamente en sentido literal; la segunda es la de aquellos que lo entienden únicamente en sentido alegórico; la tercera es la de aquellos que entienden el «Paraíso» en ambos sentidos: esto es, a veces en sentido literal, a veces en sentido alegórico. En resumen, confieso que a mí me gusta la tercera opinión. […] Por consiguiente, habrá que pensar incluso que el Paraíso donde Dios puso al hombre no es más que una localidad, es decir, un lugar donde pudiese vivir un hombre terrenal. […]

Hablando de estos ríos, ¿por qué debería esforzarme más en confirmar que son ríos auténticos y no expresiones figuradas, como si no fueran realidades sino solo nombres que significan cualquier otra realidad, dado que son bastante notorios en los países por los que transcurren, y son conocidos por casi todos los pueblos? Incluso puede constatarse que estos ríos existen de verdad: a dos de ellos la Antigüedad les cambió el nombre, como [sucedió] con el río que ahora se llama Tíber y antes se llamaba Albula; el Geón es en realidad el mismo río que ahora se llama Nilo; se llamaba Fisón el que ahora se llama Ganges; los otros dos, el Tigris y el Éufrates, en cambio, han conservado su nombre. […]

EL PARAÍSO DE ISIDORO

ISIDORO DE SEVILLA (560-636 d. C.)

Etimologías, XIV

El Paraíso es un lugar que se encuentra en la parte oriental de Asia. Su nombre es de origen griego y se traduce en latín por *hortus*, que significa «jardín»: en hebreo es llamado Edén, que en nuestra lengua significa «delicias». Si

unimos ambos nombres, obtendremos jardín de las Delicias. De hecho, el Paraíso abunda en todo género de plantas y árboles frutales, entre los que se encuentra también el Árbol de la Vida; no hace frío ni calor en él, sino que el clima siempre es templado.

Una fuente que brota de su centro riega todo el bosque, para dividirse luego y dar origen a cuatro ríos. Después del pecado, al ser humano le fue prohibido el acceso a este lugar; la entrada se halla completamente cerrada por una espada ardiente, o sea, que está cercada por un muro de fuego tan alto que las llamas casi alcanzan el cielo. También sobre la espada incandescente montan guardia unos querubines, que son los centinelas angelicales; las llamas alejan a los seres humanos y los ángeles buenos alejan a los ángeles malos, porque la entrada en el Paraíso está cerrada tanto a la carne como al espíritu de transgresión.

Expulsión del Paraíso , clm. 15709, fol. 171v, Munich, Bayerische Staatsbibliothek.

EL PARAÍSO DE MANDEVILLE

JOHN MANDEVILLE (siglo XIV)

Los viajes de sir John Mandeville, XXXIV

Acerca del Paraíso no puedo hablar con propiedad porque nunca estuve allí. Está demasiado lejos, pero me arrepiento de no haber ido, aunque no fuera digno. Sin embargo, os hablaré gustoso de este tema, tomando como testimonio lo que he oído a sabios de ultramar. El Paraíso terrestre, según esos sabios, se halla en el punto más alto de la tierra. Está tan alto que casi roza el círculo de la luna. Está tan alto que el diluvio de Noé no pudo llegar hasta allí. El diluvio cubrió toda la tierra del mundo, excepto el Paraíso. Este Paraíso está completamente rodeado por una muralla, que no se sabe de qué está hecha porque las paredes de la muralla, según parece, están completamente cubiertas de musgo. Se cree que la muralla no está hecha de piedra, ni de ningún otro material del que se hacen las murallas. La muralla del Paraíso se extiende de sur a norte y solo tiene una entrada, que es infranqueable porque despide llamas, de forma que ningún mortal se atrevería a traspasarla. […]

Por tierra no se puede ir, a causa de las fieras salvajes que hay en la zona desértica, las altas montañas y los enormes riscos, que son infranqueables, y, además, a causa de los muchos lugares tenebrosos que existen allí. Tampoco se puede ir navegando por los ríos, a causa de los peligrosos rápidos que se producen al caer el agua desde tanta altura, formándose olas tan inmensas que ninguna embarcación, ni de remos ni de vela, podría remontar su curso. El agua ruge con un ruido tan estrepitoso y tan de temporal que dentro de un barco nadie podría oír a nadie, aunque gritasen con toda la fuerza de que fueran capaces.

LA VISIÓN DE THURCILL

MATTHEW PARIS

Chronica majora, II, 4 (1840)

En la gran basílica había magníficas estancias donde residían las almas de los justos, más blancas que la nieve. Sus rostros y sus aureolas brillaban como iluminados por rayos de oro. Todos los días, a una hora determinada, escuchaban los conciertos del cielo y se diría que se oían los acordes reunidos de todos los instrumentos conocidos. Esta armonía, gracias a su suave dulzura, anima y nutre a quienes habitan este templo, del mismo modo que son alimentados con los manjares más delicados. Las almas que permanecían fuera en el vestíbulo de la basílica no eran dignas todavía de asistir a esos conciertos celestiales. […] Thurcill y sus guías se dirigieron luego hacia la llanura que se extendía al oriente del templo, y llegaron a un lugar delicioso, esmaltado de las flores más variadas; las plantas, los árboles y los frutos exhalaban suaves perfumes. Este lugar era regado por una límpida fuente, de la que nacían cuatro riachuelos de diferentes colores. Por encima de esta fuente se levantaba un árbol soberbio de inmensas ramas y altura prodigiosa. Este árbol se encontraba cargado de frutos de toda clase que deleitaban el olfato y la vista. Bajo el árbol y junto a la fuente había un hombre de formas bellas y gigantescas, cubierto de los pies hasta el pecho con una túnica de variados colores, tejida con arte soberbio. Con un ojo parecía reír y con el otro llorar: «Este que ves —dijo san Miguel— es el primer padre del género humano, Adán, que, riendo con un ojo, expresa la gran alegría que siente por la inefable gloria de aquellos hijos suyos que serán salvados; y llorando con el otro se lamenta con dolor por los que deberán ser rechazados y condenados por sentencia del Dios de justicia. No viste aún una túnica completa; lleva el vestido de la inmortalidad y de la gloria del que fue despojado a causa de su desobediencia. Pero después de Abel, el justo entre sus hijos, este vestido ha sido rehecho por las generaciones de los

justos que se han sucedido. Y según las distintas virtudes por las que han brillado estos justos, esta vestidura está compuesta de diversos colores. Cuando el número de los elegidos esté completo, el ropaje de la gloria y de la inmortalidad estará completo; y entonces se acabará el mundo».

El Bosco, Visiones del más allá: el Paraíso terrenal y la ascensión al empíreo , siglo XV, Venecia, Palazzo Grimani.

EL POZO DE SAN PATRICIO

Tractatus de Purgatorio sancti Patricii, IX, 54-56 (c. 1190)

Vio ante sí un gran muro que se elevaba a gran altura. Aquel muro era además maravilloso, y construido con incomparable belleza, y en él veía una puerta cerrada, que resplandecía con admirable fulgor, adornada de diversos metales y piedras preciosas. Mientras se iba acercando, aunque todavía se hallaba a una distancia de media milla, aquella

puerta se abrió hacia él, y a través de la abertura le embargó un perfume de tanta dulzura que le pareció que, si todo el mundo se hubiese transformado en aromas, no habría podido superar la grandeza de tanta suavidad, y de ella recibió tantas fuerzas que creyó poder soportar sin daño todos los tormentos que ya había superado.

Observando a través de la puerta, vio una tierra iluminada por una enorme luz, que superaba al resplandor del Sol, y deseó ardientemente entrar. […]

Aquella tierra estaba iluminada en verdad por una luz de tan gran claridad que, así como la luz de una lámpara es anulada por el resplandor del Sol, así también parecería que la luz meridiana del Sol podía ser superada por el admirable fulgor de la luz de aquella tierra. Además, debido al enorme tamaño no pude ver un confín de aquella tierra, sino solo de la parte por donde había cruzado la puerta. Aquella tierra estaba adornada además de prados amenos y colmados de diversas especies de flores y de árboles frutales, de hierbas multiformes y de plantas arbóreas de cuyo aroma, como dije, habría podido vivir por toda la eternidad.

Gustave Doré, Ruggiero sobre el hipogrifo , ilustración para el Orlando furioso , 1855.

ASTOLFO EN EL PARAÍSO TERRENAL

LUDOVICO ARIOSTO

Orlando furioso, XXXIII, 51 y ss.
Vido un palacio en medio la llanura,
Que ser de llama viva lo juzgaba,
Tal resplandor en torno y tanta lumbre
Radiaba, fuera de mortal costumbre.
Astolfo va derecho a aquel palacio,
Que en torno treinta millas bien tenía.
Paso a paso, camina muy despacio
Y mirándolo bien todo venía.
Juzga ser cosa sucia y de cansancio,
De quien natura y cielo se corría,
Esta tierra de acá, y tan ciego mundo,
Con aquel tan gentil, claro y jocundo.
Como se acerca al cerco luminoso,
Atónito a gustar más se apareja.
Vio ser de gema el muro suntuoso,
Como carbunclo su color bermeja. […]
Un viejo ve a la puerta de la villa,

Con gesto alegre y cara muy ufana,
El manto rojo y blanca a maravilla
La túnica, que leche es con la grana.
Blanco el cabello y blanca la mejilla,
Hasta el pecho la barba, y como lana.
Tanto que Astolfo compararlo quiso
A los electos que están en Paraíso.
Con gesto alegre, aqueste al Paladino,
Que en pie estaba a sus pies muy reverente,
Dijo: «Oh varón, que por querer divino
Vienes al terrenal lugar placiente,
Y aunque la causa de este tu camino
No entiendes, ni tu fin, aquí al presente,
Bien cree que no sin alto y gran misterio
Venido eres del Ártico hemisferio».

La navegación de san Brandán , siglo XIII, colección particular.

LA ISLA DE SAN BRANDÁN

La navegación de san Brandán (siglo X)

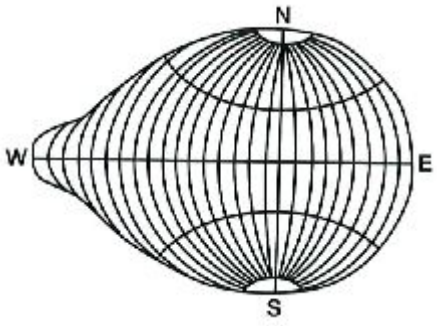
Tras haber navegado entre las nubes durante una hora, cuando salieron vieron una gran luz, clara como la del Sol, y parecía una aurora clara y luminosa de color amarillo; y al ir avanzando el resplandor crecía en tal medida que mucho se maravillaban y veían mucho mejor en el cielo estrellas que no pueden verse en otro lugar, y los siete planetas moviéndose, y apareció en el cielo una luz tal que no había necesidad del Sol. San Brandán preguntó de dónde procedía tanta luz y si en aquellos lugares había otro Sol, más grande, más bello y más brillante que el nuestro, y el otro le respondió: «La luz que tan grande parece en este lugar es de otro Sol que no se asemeja al que se os muestra entre los signos del cielo. Y el Sol que despide esta luz permanece inmóvil en el lugar que le es propio, y es más alto y cien mil veces más luminoso que el que gira a vuestro alrededor, y así como la luna recibe la luz del Sol, el Sol que ilumina el mundo es iluminado por este otro Sol […]».

Y cuanto más avanzaban con la nave, más bello veían el cielo y más claro el aire y mayor la luz del día, y oían a los pájaros cantar mucho y muy dulcemente con voces y cantos diversos, y era tanta la alegría, el consuelo y el placer que sentían san Brandán y sus hermanos al ver, oír y oler tantas cosas preciosas que de la felicidad casi se les salía el alma del cuerpo. […]

Tras haber alabado a Dios, desembarcaron y vieron una tierra más preciosa que cualquier otra, por su belleza y por las maravillosas, graciosas y placenteras cosas que albergaba; claros y preciosos ríos de aguas dulcísimas, frescas y suaves, árboles de variada belleza con preciosos frutos, y rosas y lirios y flores y violetas y hierbas y plantas olorosas de todas clases. […] Y había pajarillos que cantaban ordenadamente un canto

dulcísimo y suave, de modo que parecía que estábamos en primavera. Y había caminos y vías todas bien trabajadas de distinta manera, y piedras preciosas, y tanto bien que alegraba el corazón de todos los que lo veían, y animales domésticos y salvajes, que iban y venían a su placer, todos a la vez pacíficamente sin querer hacerse mal alguno. […] Y había viñas y pérgolas siempre bien provistas de uvas preciosas de extraordinaria bondad. […]

Y habiendo preguntado Brandan por qué aquel lugar tenía tantas cosas hermosas y de tanta gran virtud, bondad y belleza, el procurador respondió: «Nuestro señor Dios al principio del mundo creó este lugar en el punto más alto de la Tierra, y a causa de su altura no fue alcanzado por las aguas del Diluvio. […] Además la rueda del cielo y de las estrellas se dirige más directamente a este lugar que a cualquier otro […] de modo que nunca hay tinieblas y los rayos del Sol llegan rectos. Aquí no hay persona alguna que cometa pecados mortales ni veniales, ni que haga cosas que no deba».



La tierra en forma de pera , en William Fairfield Warren, Paradise Found , 1885.

LA TIERRA EN FORMA DE PERA

CRISTÓBAL COLÓN

Relación del tercer viaje. Carta a los Reyes Católicos desde la Española, mayo-agosto de 1498

Yo siempre leí que el mundo —tierra y agua— era esférico, y las autoridades y las experiencias de Ptolomeo y de todos los demás que han escrito sobre este tema daban y mostraban como ejemplo de ello los eclipses de Luna y otras demostraciones hechas de Oriente a Occidente, como la de la elevación del polo del septentrión al mediodía. Mas ahora he visto tantas irregularidades que, como he dicho, me llevan a pensar otra idea del mundo y hallo que este no es redondo en la forma que lo han descrito, sino que tiene forma de una pera muy redonda en todo, salvo allí donde está puesto el tallo o punto más alto, o de una pelota muy redonda que tuviese en uno de sus puntos como un pezón de mujer, y que este punto fuese el más alto de la tierra y el más próximo al cielo y estuviese situado debajo de la línea equinoccial y en este océano en la extremidad del Oriente. […]

Lo que corrobora fuertemente esta opinión es que el Sol, cuando Dios lo creó, apareció en la extremidad del Oriente, y su primera luz brilló aquí en Oriente, donde se halla la cumbre de la prominencia de este hemisferio. Y si bien Aristóteles pensó que la parte más alta del mundo y más próxima al cielo era el polo antártico o la tierra que existe por debajo de este, otros sabios impugnaron sus palabras, afirmando que es la que yace bajo el polo ártico. De lo que aparece claramente que pensaron que una parte de este mundo debía estar más elevada y más próxima al cielo que la otra, pero no supusieron nunca que se hallara bajo la línea equinoccial, y esto por la razón que he expuesto. Y no hay que maravillarse, porque acerca de este hemisferio no se había tenido hasta ahora ninguna noticia segura, sino solo vaga y por conjetura.

No sé, ni he sabido nunca de ningún escritor latino o griego que defina de forma atestiguada la posición en el mundo del Paraíso terrenal, ni nunca la he visto fijada en ningún mapamundi con autoridad basada en pruebas. Algunos

lo sitúan en el lugar donde nacen las fuentes del Nilo en Etiopía; pero quienes recorrieron todas aquellas tierras no hallaron ni la temperatura ni la elevación del suelo de las que pudiese deducirse que se hallaba verdaderamente en aquel lugar, ni encontraron que las aguas del Diluvio hubiesen podido llegar allí, las cuales se elevaron por encima, etc. […]

Ya he dicho lo que pienso de este hemisferio y de su forma; creo además que si se pasase por debajo de la línea equinoccial, al llegar al punto más elevado del que hablé, hallaría mayor suavidad de clima y mucha diversidad en las estrellas y en las aguas; y esto no porque crea que el punto donde está la mayor altura sea navegable, y que haya agua, y que sea posible ascender hasta ese lugar superior, sino porque creo que en ese lugar está el Paraíso terrenal al que nadie puede acceder si no es por voluntad divina. […]

No admito que el Paraíso terrenal tenga la forma de una escarpada montaña, como se ha descrito, sino que creo que se halla en la cumbre de aquel lugar que tiene la forma del tallo de la pera y que, poco a poco, avanzando hacia este, desde una gran distancia se vaya ascendiendo por él gradualmente. Y creo que, como he dicho, nadie puede llegar hasta su cima, y que esta agua puede brotar de aquel lugar, por lejos que esté, y venir a desembocar al lugar del que vengo, formando este lago. Estos son grandes indicios del paraíso terrenal, porque la situación es conforme al parecer de los santos y doctos teólogos que he citado, y también las trazas son muy conformes a la idea que yo tengo, ya que nunca he leído u oído que tal cantidad de agua dulce se hallase tan adentro y tan cercana a la salada.

Théodore de Bry, Grandes viajes , 1590, Frankfurt.

WALTER RALEIGH EN EL DORADO

SIR WALTER RALEIGH

El Descubrimiento del vasto, rico y hermoso imperio de la Guayana y de Manoa, la gran ciudad de oro (que los españoles llaman El Dorado) (1595)

Sé de fuente segura, o sea, de los españoles que han visto Manoa, la ciudad imperial de la Guayana que llaman El Dorado, que esta supera en magnificencia, en tesoros, y por su óptima posición a cualquier otra ciudad del mundo, o al menos de esa parte de mundo que es conocida a la nación española; la ciudad surge de un lago de agua salada que tiene una longitud de doscientas leguas, como el mar Caspio. No tenemos más que compararla con la capital del Perú leyendo cuanto refieren Francisco López y otros, para convencernos de que todo esto es más que creíble, y puesto que la descripción de la una nos sirve para juzgar a la otra, he considerado útil insertar aquí una parte del capítulo 120 de la *Historia general de las Indias* de López, donde describe la corte y la magnificencia de Guaynacapa, antepasado del emperador de Guayana: «Toda la vajilla utilizada en su casa, en la mesa y en la cocina, era de oro y de plata, la más común era de plata y de cobre, o sea, de metal más duro y resistente. En su guardarropa tenía estatuas huecas todas de oro que parecían gigantes, junto a figuras en tamaño natural de todos los animales, pájaros, árboles y hierbas que la tierra alimenta: y de todos los peces que el mar

o las aguas de su reino alimentan. Tenía también cuerdas, bolsas, cajas y artesas de oro y de plata, lingotes de oro a montones, que parecían pilas de leña para quemar. En resumen, no había cosa sobre la Tierra de la que él no tuviera una reproducción en oro. Así era exactamente, y dicen que el Inca tenía un jardín de delicias en una isla cercana a Puna, adonde iban a pasear cuando querían respirar el aire del mar: un jardín rico en toda clase de hierbas aromáticas, flores y árboles de oro y de plata; una idea original y de un esplendor nunca visto. Además de todo esto, el Inca tenía en Cuzco una cantidad infinita de plata y de oro no trabajado, que se perdió con la muerte de Guascar, porque los indios lo escondieron cuando vieron que los españoles lo cogían para enviarlo a España». […]

Sentía asimismo una gran curiosidad por saber la verdad sobre las amazonas guerreras, que algunos creen que existen y otros no. […] Igualmente las amazonas tienen adornos de oro en gran cantidad, que se procuran intercambiando una especie de piedras verdes, que los españoles llaman piedras hijadas, y que nosotros usamos como piedras contra la hipocondría, aunque también las consideramos curativas para los cálculos. Vi varias de ellas en Guayana; no hay rey o cacique que no posea una, y casi siempre la llevan también las mujeres porque se tienen por joyas raras.

CÁNDIDO EN EL DORADO

VOLTAIRE

Cándido, 17 y 18 (1759)

Descendí con Cacambo en el primer pueblo que se presentó. Algunos niños con vestidos con brocados de oro

hechos jirones jugaban al tejo a la entrada del pueblo. Nuestros dos hombres del otro mundo se divertían mirándolos; los tejos eran unas grandes piezas redondas, amarillas, rojas, verdes, que despedían unos destellos muy particulares. Los viajeros tuvieron ganas de coger algunos y vieron que eran de oro, de esmeraldas y rubíes, el menor de los cuales hubiera sido el mayor adorno del trono del Mogol.

—Seguramente —dijo Cacambo—, estos niños son los hijos del rey de este país, jugando al tejo.

En ese mismo momento apareció el maestro y les hizo entrar en la escuela.

—Este debe de ser —dijo Cándido— el preceptor de la familia real.

Los pobrecillos niños pararon al instante de jugar, dejando por el suelo los tejos y todo aquello con lo que habían jugado. Cándido los recogió, corrió en busca del preceptor y se los devolvió con humildad, comunicándole por señas que sus altezas reales habían olvidado el oro y las piedras preciosas. El maestro del pueblo, con una gran sonrisa, los arrojó al suelo, miró un momento el rostro de Cándido con aire de sorpresa y siguió su marcha. […]

Al instante dos camareros y dos camareras de la fonda, con vestidos dorados y el pelo adornado con cintas, les invitaron a sentarse a la mesa del dueño. Se sirvieron cuatro potajes, cada uno de ellos con una guarnición formada por dos loros, un cóndor cocido que pesaba doscientas libras, dos suculentos monos asados, trescientos colibríes en una gran fuente y seiscientos pájaros-mosca en otra; guisos de carne exquisitos, deliciosos postres; presentado todo en fuentes como de cristal de roca. Los camareros y las camareras servían diferentes licores elaborados con caña de azúcar. […]

Cuando terminó la comida, Cacambo y Cándido pensaron que debían pagar su parte y echaron sobre la mesa del dueño dos de aquellas piezas de oro que habían recogido del suelo; el dueño y la dueña empezaron a reír a carcajadas, muriéndose de risa durante largo rato. Al fin lograron calmarse.

—Señores —les dijo el dueño—, ya vemos que son ustedes extranjeros y no tenemos costumbre de verlos. Perdonadnos por habernos reído cuando han pretendido pagar con las piedras de nuestros caminos. Seguro que no poseen moneda del país, pero para comer aquí no se necesita. El gobierno financia todas las fondas construidas para facilitar el comercio. Aquí no habrán comido muy bien, porque es un pobre pueblo; pero dondequiera que vayan serán recibidos como se merecen. […]

»Este reino en el que nos encontramos es la antigua patria de los Incas, de la que de manera imprudente salieron con la intención de dominar a otra parte del mundo y que al final fueron destruidos por los españoles. Los príncipes de la familia que permanecieron en el país natal fueron más prudentes, con el beneplácito de toda la nación, dispusieron que ningún habitante saliera nunca más de nuestro pequeño reino; por eso hemos podido conservar nuestra inocencia y nuestra felicidad. Los españoles han tenido una idea errónea de este país al que han llamado El Dorado, y hasta un inglés, llamado el caballero Raleigh, vino aquí hace unos cien años; pero como el acceso es a través de rocas escarpadas y de precipicios, hasta ahora hemos estado al abrigo de la codicia de las naciones de Europa, que tienen un insaciable deseo por las piedras y el barro de nuestra tierra, y que, con tal de obtenerlos, no dudarían en acabar con todos nosotros.

Giovanni Battista Tiepolo, Rinaldo encantado por Armida , 1753, Bayerische Schlösserverwaltung, Würzburg Residenz.

EL JARDÍN DE ARMIDA

TORQUATO TASSO

Jerusalén libertada, canto XVI, 9-27

Dejan la variedad de los caminos,
Y llegan a un jardín muy deleitoso;
De fuentes y de arroyos cristalinos,
De plantas, yerba y flores abundoso;
Sombrosos valles, montes convecinos,
Selvas en circuito cavernoso;
Donde si a la belleza ayuda el arte,
La vista no lo juzga ni lo parte.
El solícito culto y diligencia,
El sitio, el ornamento y los primores,
Amuestran de natura la escelencia,
Mezclando sutilmente los colores;
Y es de la cruda maga el alta ciencia
La que eterniza plantas, yerbas, flores;
Aquí la flor y el fruto eterno dura,
Y mientras este apunta aquel madura.
Entre las verdes hojas envejece
El higo tierno, y brota el otro higo;
La dorada manzana resplandece,

Y allí mismo la verde encuentra abrigo;
La vid lasciva rastreando crece,
O enlazándose tierna al olmo amigo;
Con agraz y con uva sazonada,
De oro, piropo y néctar adornada.
Entre los frescos ramos tiernamente
Templan los varios pájaros su canto;
Murmulla el agua y Céfiro clemente
Espira almizcle y ámbar entre tanto;
Cuando callan los pájaros, se siente
Mucho, y si callan no se siente tanto,
Que por caso o por arte corresponde
El viento que a la música responde.
Uno vuela entre todos, vario en parte,
De pico rojo, de color hermoso;
Que libremente los acentos parte
Con lengua de hombre poco temeroso;
Y va continuando de tal arte,
Que es acaso a los dos francos monstruoso;
Los otros callan a escucharle atentos,
Y aplácase el susurro de los vientos.
[…]
Coged la rosa con sazón y tiempo,
En la ocasión que en breve desaparece,
Coged de amor la fresca rosa, cuando
Amados podéis ser, fielmente amando.
Calló, y vuelven los pájaros fogosos,
Casi aprobando, al canto y melodía;

Bésanse los palomos amorosos;
Cada animal de amor toma la vía;
El casto lauro, el fresno y los nudosos
Robles, con la selvosa compañía,
La tierra y agua al parecer respiran
Amor, y por amor tiernos suspiran.
Entre esta dulce música elegante,
Y otras lisonjas del amor cuitado,
Uno y otro guerrero va constante
Con duro pecho y con sutil cuidado;
Cuando al través del bosque, ven delante
El lánguido Reynaldo reclinado
De Armida en el dulcísimo regazo,
Mientras lo ciñe con ardiente brazo.
Sobre el reñido pecho tiene un velo;
El cabello tendido al viento estivo;
Y el inflamado rostro del rezelo,
Hace de aljófar el sudor más vivo;
Cual rayo en onda del ardiente cielo,
Pasa la vista el corazón lascivo;
Ella de arriba mira, atenta y viva,
Y él mirándola está de abajo arriba.
Míralo la hechicera tiernamente,
Y tanto más su espíritu destruye;
A sus besos inclínase y ardiente
Con otros mil su pérdida concluye;
Uno y otro suspiran suavemente,
Tanto, que al parecer el alma huye;

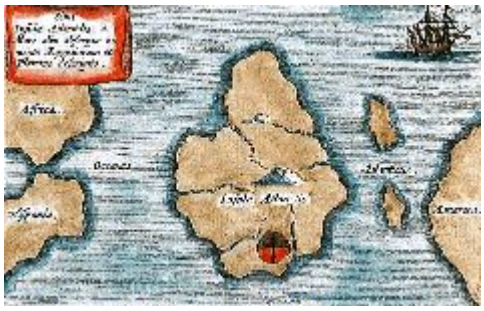
Y estando los guerreros escondidos,
Su ardor contemplan, oyen sus gemidos.
[…]
Armida alegremente se ha reído
Tratando en sus dulcísimos amores;
Y después que el cabello ha recogido,
Con términos lascivos y primores,
Las trenzas y lazadas ha pulido,
Cual esmalte sobre oro con mil flores;
Y entre el pecho y el velo rosas pone,
Y sus manzanas cándidas compone.
El soberbio pavón no tan pomposo
Los ojos de su pluma al sol amuestra,
Ni de Iride el color vario y hermoso,
En corvo cerco da tan clara muestra;
Y pónese un cordón tan deleitoso,
Que aun desnuda le trae la gran muestra;
Formole y de tal temple le compuso,
Que en el mundo jamás se tuvo en uso.
Tiernos desdenes, desamor tranquilo,
Duros regalos, paces sospechosas,
Suspiros blandos, amoroso estilo,
Con besos y palabras cautelosas;
Llanto falso que corre de hilo en hilo,
Cizañas y cautelas envidiosas,
Forman la cinta varia y encendida
Con que la cruda maga va ceñida.
Poniendo a su deleite fin, le pide

Licencia, y con un beso de él se parte;
Y vase donde pesa, mezcla y mide
Las cosas de su docta mágica arte;
Quédase él dado al ocio que le impide
Ganar las palmas del horrendo Marte;
Pues aunque no esté Armida allí delante,
No es menos tierno y ardoroso amante.
Mas cuando ya la noche vence al día,
Amor lo llama al deleitoso puerto;
Do goza de su dulce compañía
En rico albergue dentro de aquel huerto.

Jules Verne, ilustración para Veinte mil leguas de viaje submarino , 1869-1870.

6

ATLÁNTIDA, MU Y LEMURIA



Athanasius Kircher, Atlántida, en Mundus subterraneus , 1664, Amsterdam.

Entre todas las tierras legendarias y a lo largo de los siglos, **Atlántida** es la que más ha estimulado la fantasía de filósofos, científicos o cazadores de misterios (cf. Albini, 2012). Por supuesto, lo que ha ido reforzando la leyenda ha sido la convicción de que en realidad existió un continente desaparecido, y que es difícil hallar su rastro porque se hundió en el mar. De hecho, no es una hipótesis descabellada que hubo tierras sobre nuestro planeta que luego desaparecieron. En 1915, Alfred Wegener formuló la teoría de la deriva de los continentes, y en la actualidad se considera que hace 225 millones de años el conjunto de las superficies terrestres constituía un único continente, Pangea, que después (hace unos 200 millones de años) comenzó a escindirse hasta originar lentamente los continentes que hoy conocemos. Por

tanto, en el curso de este proceso podrían haber surgido y luego desaparecido muchas Atlántidas.

Thomas Cole, El curso del imperio. Destrucción, 1836, Collection of the New York Historical Society. La imagen se ha interpretado como una representación de las ruinas de la Atlántida.

Los primeros textos de que disponemos son dos diálogos de **Platón**, el *Timeo* y el *Critias* (lamentablemente, este último quedó incompleto justo en el punto en que parecía anunciar nuevas revelaciones sobre aquel mundo desaparecido).

Platón indica que se remonta a mitos más antiguos y cita un relato de Solón sobre revelaciones procedentes de sabios egipcios, y ya Heródoto (siglo V a. C.), aunque sin nombrar la Atlántida, menciona a los atlantes como pueblos del norte de África, vegetarianos y que nunca sueñan. Pero en realidad, los dos textos platónicos son los únicos de los que se puede partir.

El texto del *Timeo* es el más sintético. Cuenta Platón que, más allá de las Columnas de Hércules (que durante mucho tiempo se identificaron con el estrecho de Gibraltar, aunque recientemente se han propuesto localizaciones alternativas), por tanto en el Océano, había una isla más grande que Libia y Asia juntas. En esa isla, Atlántida, se creó una gran y admirable potencia que dominaba incluso sobre regiones más acá de las Columnas, en Libia hasta Egipto y en Europa hasta Tirrenia. «Toda esta potencia unida —narra el *Timeo*— intentó una vez esclavizar en un ataque a toda vuestra región, la

nuestra y el interior de la desembocadura. Entonces, Solón, el poderío de vuestra ciudad se hizo famoso entre todos los hombres por su excelencia y fuerza, pues superó a todos en valentía y en artes guerreras, condujo en un momento de la lucha a los griegos, luego se vio obligada a combatir sola cuando los otros se separaron, corrió los peligros más extremos y dominó a los que nos atacaban. Alcanzó así una gran victoria e impidió que los que todavía no habían sido esclavizados lo fueran y al resto, cuantos habitábamos más acá de los confines heráclidas, nos liberó generosamente. Posteriormente, tras un violento terremoto y un diluvio extraordinario, en un día y una noche terribles, la clase guerrera vuestra se hundió toda a la vez bajo la tierra y la isla de la Atlántida desapareció de la misma manera, hundiéndose en el mar. Por ello, aún ahora el océano es allí intransitable e inescrutable, porque lo impide la arcilla que produjo la isla asentada en ese lugar y que se encuentra a muy poca profundidad.»[9]

Escuela de Giulio Romano, Sala de los caballos: monte en un laberinto de agua , siglo XVI, Mantua, Palazzo Ducale.

Vidal-Naquet (2005) ha formulado la hipótesis de que el relato de la guerra de Atenas contra Atlántida aludía a una Atenas primitiva, tal como la entendía aún Platón, y a una Atenas convertida en potencia imperialista tras las guerras médicas. Pero tampoco en esta ocasión, como en otros capítulos de este libro, trataremos de los infinitos problemas

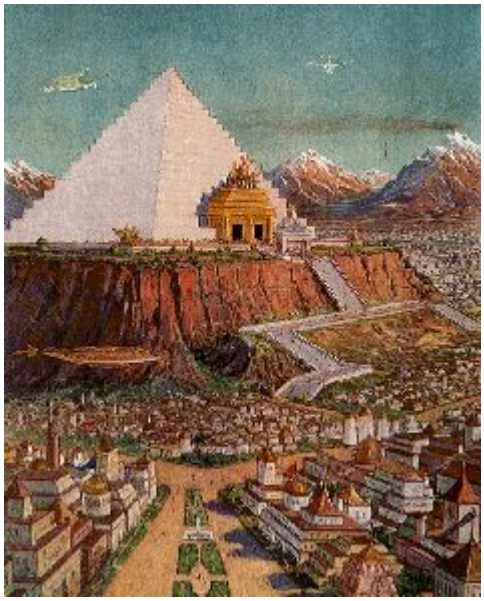
que plantean algunos textos, sino de cómo la leyenda ha ido situando la Atlántida en los lugares más impensados e impensables.

El relato platónico tuvo una influencia inmediata en muchos autores clásicos. Aristóteles no menciona la Atlántida, pero en un pasaje de *Del cielo* (II, 4), que al parecer inspiró a Colón, suponía que la región de las Columnas de Hércules, a causa de la esfericidad de la Tierra, limitaba con la India; y que las dos orillas del océano habían estado unidas tiempo atrás lo probaba el hecho de que en ambas costas se podían encontrar elefantes (Platón hablaba de elefantes en la Atlántida). En *Meteorológicos* (II, 1) escribía que las partes del mar más allá de las Columnas estaban al abrigo de los vientos a causa del lodo, retomando la idea del *Timeo* de que la isla, al hundirse, había dejado unos fondos arcillosos.

Al relato platónico se remitieron **Diodoro Sículo** (siglo I a. C.), **Plinio el Viejo** (siglo I d. C.) y más o menos en el mismo período Filón de Alejandría. Plutarco (siglos I-II d. C.) en *Vida de Solón* se lamentaba de que el *Critias* se detuviese precisamente cuando el lector comenzaba a tomarle el gusto a la historia.

El mito lo retomaron incluso autores cristianos como Tertuliano, mientras que Teopompo de Quíos, contemporáneo de Platón, en sus *Filípicas* (de las que solo conservamos fragmentos), y más tarde y de manera más extensa siete siglos después **Eliano** (*Varia historia*, III, 18) parodiaron el *Critias* hablando de Merópide, una isla situada más allá del océano Atlántico, cuyos habitantes tenían una estatura dos veces superior y vivían el doble de años que los hombres normales.

En el siglo V d. C., Proclo, que había comentado el *Timeo*, se inclinaba a pensar que la Atlántida había existido, pero anotaba (76, 10) que, aunque «otros dicen que la Atlántida es una patraña, una ficción sin ninguna base real», su mito contenía «una indicación sobre las verdades eternas» y, por tanto, transmitía «un sentido oculto».



Representación ideal del templo del Misterio de Atlántida, en Manly P. Hall, The Secret Teachings of All Ages , 1928.

De la Atlántida hablaron todavía en el siglo VI d. C. Cosmas Indicopleustes (siguiendo el *Timeo*), pero después, y durante toda la Edad Media, parece que nadie se sintió ya seducido por esa leyenda. En la época renacentista, además de Marsilio Ficino, volvieron a hablar del tema Girolamo Fracastoro y Giovanni Battista Ramusio (1556), que situaban la Atlántida en América, igual que Francisco López de Gomara (1554) que en *Historia general de las Indias* demostraba que las nuevas tierras parecían adaptarse a las mil maravillas al relato platónico, y formulaba la hipótesis de que los habitantes de la Atlántida eran los aztecas. **Francis Bacon** (1627), que no por casualidad le puso a su utopía el título de *Nueva Atlántida*, dijo claramente que la antigua Atlántida era América, citando los reinos de Perú y de México.

Montaigne, sin embargo, observó con buen juicio que la Atlántida no podía ser América, todavía intacta, ni tampoco una isla sino un continente.

Otros, como Bartolomé de Las Casas (1551-1552) relacionaron la Atlántida con las tribus perdidas de Israel, preparando el terreno a quienes, mucho más tarde, aventurarían que la Atlántida era Palestina, idea que fue reapareciendo al menos hasta el *Essai historique et critique sur l'Atlantide des anciens* de Baër (1762), donde se sostenía que el océano Atlántico era en realidad el mar Rojo, y que la destrucción de la civilización atlántica debía identificarse con el fin de Sodoma y Gomorra.

No es posible nombrar a todos los que de un modo u otro han citado la Atlántida, entre ellos el padre Athanasius Kircher (1665), que nos ha dejado el mapa más famoso de la isla. Kircher la situaba aproximadamente donde ahora se encuentran las Canarias; él creía que la catástrofe se debía a movimientos volcánicos (y así lo explica en *Mundus subterraneus*, donde se ocupa de estos temas).

Olaus Rudbeck muestra la posición de la Atlántida. Frontispicio de Atlántica sive Manheim , de Olaus Rudbeck, Uppsala, 1679.

Un nuevo hecho apareció con la publicación de *Atlantica*, de Olaus Rudbeck (1679-1702). Rudbeck era un naturalista serio, un estudioso de la anatomía, rector de la Universidad de Uppsala, y a menudo intercambiaba opiniones con Descartes; su *Atlantis* interesó a Newton, quien por otra parte, siempre dispuesto a lanzarse a exploraciones ocultistas, en *Cronología de los reinos antiguos* —publicada póstumamente en 1728—, hacía numerosas referencias a la Atlántida. Para Rudbeck, la sede de los atlántidas había sido Suecia, adonde se trasladó Atlas, hijo de Jafet y, por tanto, nieto de Noé. Las runas nórdicas habrían precedido al alfabeto fenicio. Rudbeck inauguraba así la celebración de los hiperbóreos como pueblo elegido, que más tarde dio lugar a numerosos mitos del poder ario (véase el capítulo sobre Thule e Hiperbórea).

De las ideas de Rudbeck se burló **Giambattista Vico** (1744), que también discutía las pretensiones de muchos autores de su época, que creían que la lengua de su país era la descendiente directa, o incluso el origen, de la lengua de Adán. [10] Haciendo caso omiso de la crítica de Vico a los mitos nacionalistas, Angelo Mazzoldi (1840), situaba la Atlántida en la península italiana.

Volviendo a la hipótesis nórdico-escandinava, la propuesta del estudioso sueco fue retomada en *Lettres sur l'Atlantide de Platón*, de Jean-Sylvain Bailly (1779), que incluso situaba la Atlántida originaria más al norte de Suecia, en Islandia o en Groenlandia, en Spitzberg, en Svalbard o en Nueva Zembla. Bailly polemizó con Voltaire (aunque sus *Lettres* no pudieron llegar a manos del «gran hombre», muerto antes de recibirlas); de hecho, el venerado adversario ya había escrito en 1756, en *Ensayo sobre las costumbres y el espíritu de las naciones*, que de haber existido la Atlántida, habría sido la isla de Madeira.

Entre los siglos XVII y XVIII surgió otro tipo de reflexión sobre la posible ubicación de la Atlántida, en esa ocasión con pretensiones científicas; Ciardi (2002) se refiere a esa etapa como «la segunda juventud de la Atlántida». Se trata de una serie de investigaciones sobre la posible edad de la Tierra, que evidentemente cuestionan la cronología bíblica y están basadas en nuevos estudios sobre los fósiles y en algunos

intentos de estratigrafía terrestre. En este sentido el mito platónico se interpretaba como testimonio de movimientos telúricos reales que, a lo largo de milenios, habían transformado el aspecto del planeta, y se abrió un debate entre neptunistas y plutonistas (¿Atlántida fue destruida por el agua o por erupciones volcánicas?).

De modo que la Atlántida pasó del mito a la geología y a la paleontología, e interesaba a científicos como Buffon, Cuvier, Alexander von Humboldt y hasta a Darwin. Pero volvamos a la leyenda, porque, mientras los hombres de ciencia releían con prudencia a Platón, los ocultistas y los cazadores de misterios seguían arrasando.

Piet Mondrian, Evolución , 1911, inspirado en las obras de madame Blavatsky, La Haya, Gemeentemuseum.

William Blake consideraba que Inglaterra, junto con América, era la heredera de Atlántida y también la sede de las tribus de Israel. Y no podían dejar de fantasear sobre la Atlántida dos maestros del esoterismo del siglo XIX: Fabre d'Olivet (véase un fragmento antológico en el capítulo sobre Thule e Hiperbórea) y una teósofa como **madame Blavatsky** (1877) en *Isis sin velo*[*].

Con intenciones exclusivamente narrativas, pero de una forma más expresiva que cualquier texto teosófico, casi como una ilustración perfecta de las fantasías platónicas, describe **Jules Verne** (1869-1870) en *Veinte mil leguas de viaje*

submarino el descubrimiento submarino de aquel mundo tragado por las aguas del mar.

No obstante, el autor que más revitalizó el mito de la Atlántida, y que todavía hoy es citado por todos los partidarios del mito, fue Ignatius Donnelly (1882), con su obra *Atlantis*. Este hombre de imperturbable credulidad destacaría unos años más tarde con *El gran criptograma* (1888), si no como el primero, ciertamente como el más conocido defensor de la llamada «Bacon-Shakespeare Controversy», por la que se pretendía probar (y todavía se intenta) que el autor de las tragedias de Shakespeare había sido Francis Bacon. Donnelly se perdía en vertiginosos análisis de criptogramas, esto es, de mensajes ocultos en los textos shakespearianos en los que Bacon se revelaba como su verdadero autor.

No cabía esperar menos de sus tesis sobre la Atlántida; basta reproducir el comienzo de su libro, dejándole a él la palabra: «Hubo un tiempo en que existió, en el océano Índico, frente a la desembocadura del Mediterráneo, una gran isla, resto de un continente atlántico, conocida por el mundo antiguo como Atlántida; la descripción de esta isla que nos proporciona Platón no es, como se ha supuesto durante mucho tiempo, un cuento, sino una historia verdadera. La Atlántida es la región donde por primera vez el hombre pasó de la barbarie a la civilización y, a través de los siglos, se convirtió en una nación populosa y poderosa, cuyos habitantes se extendieron por las playas de México, las orillas del Mississippi, la Amazonia, la costa pacífica de América del Sur, el Mediterráneo, la costa occidental de Europa y de África, el mar Báltico, el mar Negro y el Caspio, y todas esas regiones fueron pobladas por naciones civilizadas. Atlántida fue el verdadero mundo antediluviano: el jardín del Edén, el jardín de las Hespérides, los Campos Elíseos, el jardín de Alcínoo, el Mesonphalos, el Olimpo, el Asgard de las tradiciones de antiguas naciones, de modo que representa una memoria universal de un gran país, donde la humanidad primitiva habitó durante siglos en paz y felicidad. Los dioses y las diosas de los griegos antiguos, de los fenicios, de los hindúes y de los escandinavos fueron sencillamente los reyes, las reinas y los héroes de la Atlántida, y las acciones que se les atribuyen

son un recuerdo confuso de hechos históricos reales. La mitología de Egipto y de Perú representaba la religión original de la Atlántida, que se basó en el culto al Sol. La colonia más antigua fundada por los atlántidas fue probablemente Egipto, cuya civilización fue una reproducción de la atlántida. El desarrollo de la Edad del Bronce en Europa se debió a la Atlántida y también fueron los atlántidas los primeros en trabajar el hierro. El alfabeto fenicio, padre de todos los alfabetos europeos, deriva de un alfabeto atlántico, que asimismo fue transmitido por los atlántidas a los mayas de América Central. La Atlántida fue la sede originaria de la familia de las naciones, arias o indoeuropeas, pero también de los pueblos semíticos, y tal vez incluso de las razas turánidas. Se extinguió en una terrible convulsión de la naturaleza, cuando la isla entera desapareció en el Océano, con casi todos sus habitantes; solo unas pocas personas lograron escapar en botes y balsas, y llevaron a las naciones del este y del oeste las noticias de la terrible catástrofe, noticias que han llegado hasta nosotros como leyendas de la Gran Inundación y del Diluvio en distintas naciones del Viejo y Nuevo Mundo».

La salida de la flota , detalle del fresco de Akrotiri, Santorini, 1650-1500 a. C., Atenas, Museo Arqueológico Nacional.

Para dar valor científico a su teoría, Donnelly estudió todos los terremotos y todos los hundimientos de proporciones catastróficas ocurridos en época histórica, los maremotos que habían causado la desaparición de islas en Islandia, Java, Sumatra, Sicilia o a lo largo del océano Índico, y el terremoto de Lisboa. En la época en que la Atlántida era tierra firme

había islas que la unían con Europa por un lado y con América por el otro.

Tal vez por influencia de Donnelly o por otras razones, en el siglo XX se buscaron las ruinas de Atlántida o de alguna colonia suya en Tartessos (ciudad ibérica desaparecida de la que hablan la Biblia y Heródoto), sin resultados convincentes, o bien en el Sahara, sepultadas bajo la arena. Se creía que los bereberes de los montes del Atlas, de piel blanca, ojos azules y cabellos rubios, eran los supervivientes de la desaparecida Atlántida; el etnólogo Leo Frobenius buscó la Atlántida todavía más al sur, hasta el Níger. Se pensó en la posibilidad de que fuera la isla de Thera, que se había hundido en el Mediterráneo en el siglo XV antes de Cristo y cuyos restos se identificarían con la actual Santorini.

Mapa del almirante Piri Reis, 1513, Estambul, Biblioteca Topkapi Sarayi.

Finalmente, se ha hablado mucho del mapa que el almirante turco Piri Re'is (Piri Ibn Haji Mehmed) trazó en

1513 sobre una piel de gacela (véase Cuoghi, 2003). Se trata de un documento de extraordinario interés cartográfico, pero en el que algunos han creído ver una representación de la Antártida (que el almirante no podía conocer) y los atlantólogos una representación de la Atlántida, situada entre la Tierra del Fuego y una Terra Incognita, sin que nada justifique tal interpretación.

Mapa de James Churchward, The Children of Mu , 1931.

Hay quien ha vinculado la desaparición de la Atlántida con el llamado misterio del triángulo de las Bermudas, donde según una leyenda contemporánea han desaparecido aviones y barcos (aunque según los expertos el número de accidentes en el triángulo no es superior al de cualquier otra región con una elevada densidad de tráfico aéreo y marítimo). Se ha hablado de una fuente de energía activa aún en las ruinas sumergidas de la Atlántida, o de perturbaciones electromagnéticas y anomalías gravitacionales, causadas por el antiguo cataclismo de la isla; o incluso se ha aventurado la posibilidad de una supervivencia de los habitantes de la Atlántida en una ciudad submarina existente todavía en las profundidades del triángulo, y que son los causantes de las pretendidas desapariciones, aunque no se explica por qué los atlántidas se divierten con esta forma de piratería.

Por supuesto, la memoria obsesiva nacida de las páginas platónicas ha llevado a formular la hipótesis de otros continentes desaparecidos, entre los que estaría Lemuria, mencionada por Donnelly, otra presunta cuna de la raza

humana. Lemuria habría estado situada entre Australia, Nueva Guinea, las islas Salomón y las islas Fidji —y según otros «lemurólogos» habría unido África con Asia—, aunque los científicos han establecido que en el Pacífico o en el océano Indico no hay ninguna formación geológica que pueda corresponder a la hipotética Lemuria.

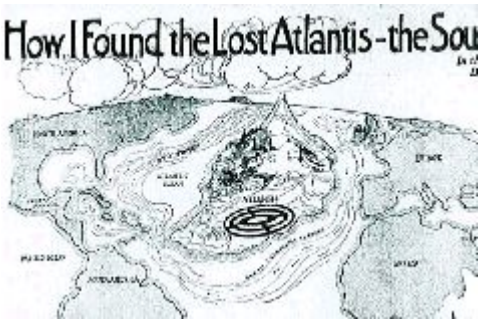
No podía evitar hablar de Lemuria la intrépida madame Blavatsky, que había visto en los lemúridos a algunos de esos «grandes iniciados» en cuya búsqueda van a menudo los esoteristas.

Fragmento del Códice de Madrid (Tro-cortesiano II) , c. 900-1521, Madrid, Museo de América.

Pariente de Lemuria (hasta el punto de que a menudo ambos nombres se refieren a la misma tierra) es el continente de Mu. En el siglo XIX, el abad Charles Étienne Brasseur intentó traducir un códice maya aplicando el método de desciframiento (totalmente erróneo) ideado en el siglo XVI por Diego de Landa. Entendió (equivocadamente) que el manuscrito hablaba de una tierra hundida a consecuencia de un cataclismo. Como encontró signos que no entendía, decidió traducirlos como Mu. El primero que se apropió de la idea fue Augustus Le Plongeon (1896) y después y con más intensidad el coronel James Churchward (del que recordaremos *El continente perdido de Mu*, de 1926), al que un sacerdote indio habría mostrado unas tablillas antiguas que hablaban del origen de la humanidad y que estaban escritas por presuntos

«sagrados hermanos», procedentes de un continente madre situado en el sudeste asiático.

Según las tablillas, la primera aparición del hombre se produjo en el continente Mu, habitado por diversas tribus gobernadas por un rey llamado Ra-Mu. Mu estaba poblada sobre todo por una raza blanca que difundió la ciencia, la religión y el comercio por todo el mundo. Como sucede a todos los continentes madre, Mu también se vio afectada por volcanes y maremotos, y se hundió hace 13.000 años, antes que la Atlántida (una colonia de Mu), que se habría hundido tan solo mil años después.



Revelaciones de Paul Schliemann, en el New York London Budget, 17 de noviembre de 1912.

Finalmente, en 1912, Paul Schliemann, nieto del arqueólogo que descubrió las ruinas de Troya, en un evidente intento de emular a su abuelo, publicó el 20 de octubre de 1912 en el *New York American* una revelación sobre su descubrimiento de la Atlántida, que después resultó ser un *hoax*, esto es, un engaño, y luego se aventuró la posibilidad de que Paul no fuese siquiera el nieto del gran arqueólogo.

Todas estas fantasías muchas veces se basan en el hecho de que encontramos pirámides o zigurats tanto en Egipto o en el Oriente Próximo como en otras culturas asiáticas y amerindias. Pero esto apenas prueba nada, ya que las estructuras de acumulación pueden ser creadas independientemente por distintas culturas, dado que

representan la manera en que se dispone la arena como consecuencia de la acción de los vientos, del mismo modo que las estructuras escalonadas son consecuencia de erosiones normales y la forma de los árboles podría sugerir en todas partes la forma de la columna. Sin embargo, para los cazadores de misterios, el hecho de que existan megalitos y construcciones de bloques monolíticos realizados con la técnica de encaje diseminados por América del Sur, Egipto, Líbano, Israel, Japón, América Central, Inglaterra y Francia demostraría que son herencia de una civilización más antigua.

De La Atlántida , de Gec Wilhelm Pabst, 1932.

La Atlántida sedujo asimismo a muchos ocultistas que se movían en torno al Partido Nazi (véase sobre este tema el capítulo que dedicamos a Thule e Hiperbórea), pero vale la pena recordar que la teoría del hielo eterno de Hans Hörbiger sostenía que el hundimiento de Atlántida y Lemuria había sido provocado por la captura de la Luna por parte de la Tierra. Karl Georg Zschätzsch, en *Atlántida patria primitiva de los arios* (1922), hablaba de una raza dominante «nórdico-atlántida» o «ario-nórdica», y la idea fue adoptada por uno de

los máximos teóricos del racismo nazi: **Alfred Rosenberg**. Se dice que en 1938 Heinrich Himmler organizó una expedición al Tíbet cuyo objetivo era encontrar los restos de los atlántidas blancos. Otro teórico de la primigeneidad hiperbórea, Julius Evola (1934), trazaba un mapa ideal de las migraciones de la «raza boreal», una de norte a sur, la otra de este a oeste, y consideraba la Atlántida un centro constituido a imagen del polar. En cambio, hacia el sur quedarían rastros de la Lemuria «de la que ciertos pueblos negros y australes pueden considerarse los últimos restos inciertos». En general, Evola recuerda que «allí donde hubo razas inferiores ligadas al demonismo subterráneo y mezcladas con la naturaleza animal han subsistido recuerdos de luchas en formas mitologizadas en las que siempre se subraya el contraste entre un tipo divino-luminoso (elemento de procedencia boreal) y un tipo oscuro no divino».

En conclusión, como sucedió con el Grial (véase el capítulo sobre este tema), la Atlántida se fue desplazando con el paso de los siglos hacia los lugares más impensables; no solo, como ya hemos visto, de las Azores al norte de África, de América a Escandinavia, de la Antártida a Palestina, sino según otros verdaderos o pseudoarqueólogos, al mar de los Sargazos, a Bolivia, Brasil o Andalucía.

Más recientemente, Sergio Frau (2002) ha concluido que las Columnas de Hércules no debían de ubicarse en Gibraltar, sino en el estrecho de Sicilia, y que en este caso la Atlántida sería Cerdeña, donde se había encontrado una inscripción fenicia *(b-Trshsh)* que podría leerse como «Tartesos», de modo que también la mítica colonia de los atlántidas se desplazaría de España a Cerdeña. Aunque podría objetarse que la Atlántida había desaparecido mientras que Cerdeña sigue aún en su sitio, Frau recuerda que Cerdeña habría sufrido maremotos suficientemente fuertes para dar lugar a la leyenda de su destrucción por el mar. Por otra parte, si en realidad los griegos no sobrepasaron nunca el estrecho de Sicilia, también Platón habría tenido ideas bastante vagas acerca de una isla todavía floreciente cuando él escribía el *Timeo* y *Critias*.

El mito de la Atlántida hizo que se despertara el interés por otras civilizaciones sumergidas. Una de estas es la ciudad

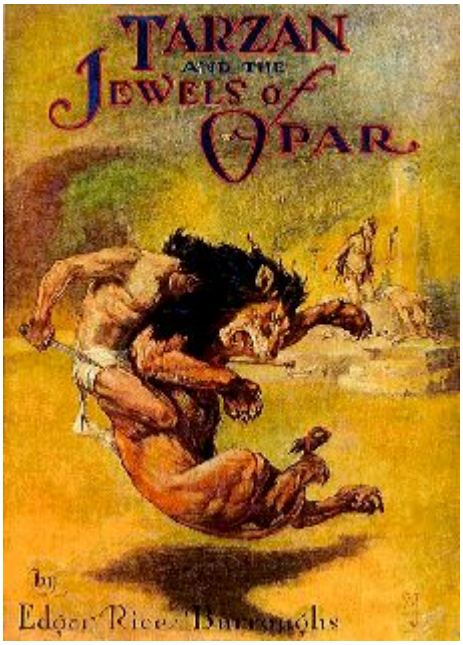
de Ys (o *Kêr-Is* en bretón) de la que hablan muchas leyendas de Bretaña y que habría surgido en la bahía de Douarnenez. Ys fue tragada por el mar para castigar por sus pecados a la hija del rey Gradlon y a sus habitantes. La leyenda tiene fuentes diversas; se habla de Ys después de la cristianización de la Bretaña, pero tiene orígenes paganos, aunque no documentados.

Ilustración de Henry Morin para Le Petit roi d'Ys , de Georges-Gustave Toudouze, 1914.

Son muchas las versiones conocidas; en la antología se reproduce la leyenda en forma narrativa citando una apasionante novela juvenil de **Georges-Gustave Toudouze**, *Le Petit roi d'Ys* (1914).

Son infinitos los relatos, las novelas y las películas inspiradas en la Atlántida (o en Mu) y es imposible citarlos todos. Recordaremos tan solo *El abismo de Maracot* (1929), de Arthur Conan Doyle, que cuenta la historia de una expedición científica al país de los atlántidas, que viven en el fondo del mar desde hace ocho mil años. En la selva africana se desarrolla el ciclo de Opar, de Edgard Rice Burroughs. Opar es una ciudad sepultada en la selva en la que transcurren varias aventuras de Tarzán, y era una antigua colonia de la Atlántida, donde sobrevivieron dos razas, las hermosísimas mujeres y los hombres de aspecto simiesco. Henry Rider Haggard habla en *Ella* (1886-1887) de una misteriosa civilización africana más

antigua que el antiguo Egipto, gobernada por una reina muy bella y cruel.



Tarzan and the Jewels of Opar, edición McClurg, 1918.

En *Ella* no se habla de la Atlántida, pero sí lo hace en cambio una novela que alcanzó una inmensa popularidad, *L'Atlantide* de Pierre Benoît (1919), que en su tiempo fue acusado de haber plagiado el libro de Rider Haggard. Benoît cuenta la historia de una isla que existía en el mar que tiempo atrás recubría el Sahara, transformada en una ciudad subterránea y dominada por una reina bellísima y despiadada, Antinea, que transforma a sus visitantes, seducidos por su encanto, en estatuas doradas. Esta novela inspiró numerosas películas, entre las que destaca *La Atlántida*, de Pabst, de 1932, así como varios cómics.

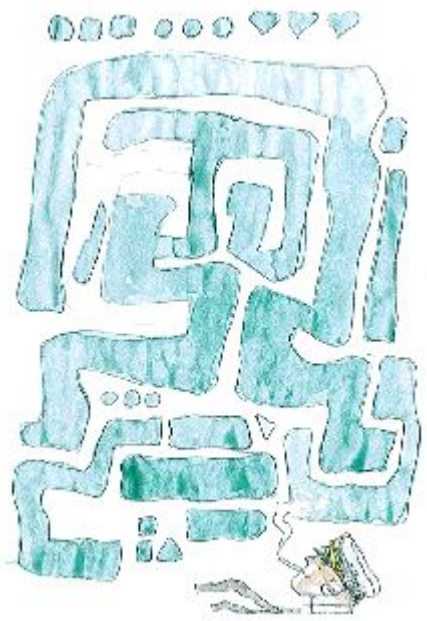


Ilustración de Mu , de Hugo Pratt, 1988.

Entre los muchos cómics inspirados tanto en la Atlántida como en Mu, destacan un episodio de la serie de Tim Tyler's Luck (traducida en España como Jorge y Fernando) *La misteriosa llama de la reina Loana*, de Lyman Young; *L'enigme d'Atlantide*, de Jacobs, con las aventuras del profesor Mortimer (1975); y una historia de Corto Maltés, *Mu*, escrita por Hugo Pratt en 1988.

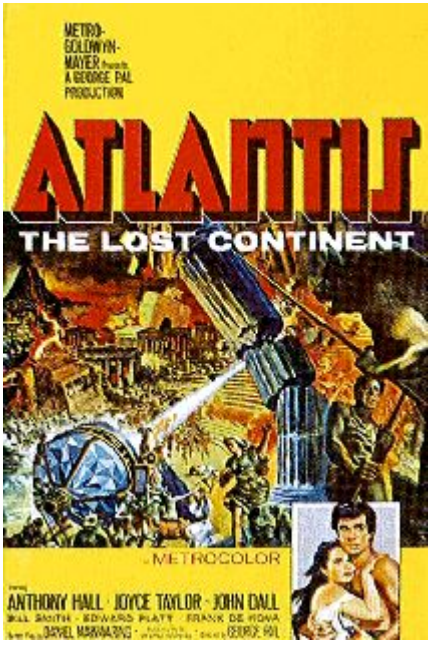
ATLÁNTIDA.

POR UNA BIBLIOGRAFÍA ATLANTOLÓGICA

ANDREA ALBINI

Atlantide. Nel mare dei testi,

Genova, Italian University Press, 2012, pp. 32-34



Cartel de la película de George Pal El continente perdido (La Atlántida), 1961.

La cantidad de libros, artículos y documentos que hablan de la Atlántida es impresionante. En 2004, la estudiosa Chantal Foucrier escribía que los sitios de internet sobre la Atlántida indicaban cerca de noventa mil páginas. Ya entonces, la cifra estaba probablemente subestimada, pues una búsqueda llevada a cabo en mayo de 2010 con el buscador de Google para las páginas en inglés indicaba casi 23 millones de páginas. Asimismo la lista de las citas en español llegaba aproximadamente a 1,2 millones, en alemán a 1,8 millones, y finalmente en italiano y francés eran 463.000 y 380.000 respectivamente. […] No menos impresionante es constatar la

consistencia del número de obras que han aparecido sobre este tema a lo largo del tiempo. En 1841, T. Henri Martin señalaba en *Studi sul Timeo di Platone* varias decenas de contribuciones importantes a la literatura sobre la Atlántida; un número en el que, por supuesto, se incluye una serie de publicaciones más extravagantes. En cuanto a los autores, en un clásico de los estudios críticos sobre la Atlántida publicado originariamente en 1954, Lyon Sprague de Camp citaba por orden alfabético los nombres de 216 personas a las que definía como «atlantistas», señalando su profesión, el año en que habían escrito y qué conclusiones habían sacado. Solo 37 autores de esta lista habían llegado a la conclusión de que la historia de la Atlántida se refería a un lugar «imaginario», «dudoso» o bien a una «alegoría», mientras que todos los demás hablaban de una ubicación real. El desequilibrio a favor de quienes tenían una «teoría geográfica» es comprensible si pensamos que la persona que se dedica de manera profesional al estudio filológico, histórico o filosófico de Platón difícilmente se tomará el relato sobre la Atlántida tan en serio como para dedicarle algo más que una simple mención.

En una bibliografía sobre la «Atlántida y temas relacionados» publicada en 1926, Claude Roux y Jean Gattefossé registraron 1.700 voces que trataban de temas de geografía, etnografía y antiguas migraciones en todos los continentes, pero también informaciones sobre diluvios, antiguas tradiciones y derivas continentales. Los temas eran muy heterogéneos respecto al tema del relato platónico en sentido estricto, pero debemos tener en cuenta que tal dispersión representa un elemento constante en los libros sobre la Atlántida, aunque se entrecruzan temáticas recurrentes. Como confirmación, en 1989 el ensayista y buscador de tesoros sumergidos francés Fierre Jarnac escribía que con todos los libros publicados sobre la Atlántida se habría podido construir un monumento de más de cinco mil obras.

EL RELATO DEL «CRITIAS»

PLATÓN (siglos V-IV a. C.)

Critias, 113b y ss.

Tal como dije antes acerca del sorteo de los dioses —que se distribuyeron toda la tierra aquí en parcelas mayores, allí en menores e instauraron templos y sacrificios para sí—, cuando a Poseidón le tocó en suerte la isla de Atlántida la pobló con sus descendientes, nacidos de una mujer mortal en un lugar de las siguientes características. El centro de la isla estaba ocupado por una llanura en dirección al mar, de la que se dice que era la más bella de todas, y de buena calidad, y en cuyo centro, a su vez, había una montaña baja por todas partes, que distaba a unos cincuenta estadios del mar. En dicha montaña habitaba uno de los hombres que en esa región habían nacido de la tierra, Evenor de nombre, que convivía con su mujer Leucipe. Tuvieron una única hija, Clito. Cuando la muchacha alcanza la edad de tener un marido, mueren su padre y su madre. Poseidón la desea y se une a ella y, para defender bien la colina en la que habitaba, la aísla por medio de anillos alternos de tierra y de mar de mayor y menor dimensión: dos de tierra y tres de mar en total, cavados a partir del centro de la isla, todos a la misma distancia por todas partes, de modo que la colina fuera inaccesible a los hombres.

Entonces todavía no había barcos ni navegación. Él mismo, puesto que era un dios, ordenó fácilmente la isla que se encontraba en el centro: hizo subir dos fuentes de aguas subterráneas —una fluía caliente del manantial y la otra fría— e hizo surgir de la tierra alimentación variada y suficiente. […]

La estirpe de Atlas llegó a ser numerosa y distinguida. El rey más anciano transmitía siempre al mayor de sus descendientes la monarquía, y la conservaron a lo largo de muchas generaciones. Poseían tan gran cantidad de riquezas como no tuvo nunca antes una dinastía de reyes ni es fácil que llegue a tener en el futuro y estaban provistos de todo de lo que era necesario proveerse en la ciudad y en el resto del país. En efecto, aunque importaban mucho del exterior a causa de su imperio, la mayoría de las cosas necesarias para vivir las proporcionaba la isla; en primer lugar, todo lo que extraído por

la minería, era sólido o fusible, y lo que ahora solo nombramos —entonces era más que un nombre la especie del oricalco que se extraía de la tierra en muchos lugares de la isla, el más valioso de todos los metales entre los de entonces, con la excepción del oro— y todo lo que proporciona el bosque para los trabajos de los carpinteros, ya que todo lo producía de manera abundante y alimentaba, además, suficientes animales domésticos y salvajes. En especial, la raza de los elefantes era muy numerosa en ella. También tenía comida el resto de los animales que se alimenta en los pantanos, lagunas y ríos y los que pacen en las montañas y en las llanuras, para todos había en abundancia y así también para este animal que es por naturaleza el más grande y el que más come. […] Como recibían todas estas cosas de la tierra, construyeron los templos, los palacios reales, los puertos, los astilleros y todo el resto de la región, disponiéndolo de la manera siguiente.

En primer lugar, levantaron puentes en los anillos de mar que rodeaban la antigua metrópoli para abrir una vía hacia el exterior y hacia el palacio real. Instalaron directamente desde el principio el palacio real en el edificio del dios y de sus progenitores y, como cada uno, al recibirlo del otro, mejoraba lo que ya estaba bien, superaba en lo posible al anterior, hasta que lo hicieron asombroso por la grandeza y belleza de las obras. A partir del mar, cavaron un canal de trescientos pies de ancho, cien de profundidad y una extensión de cincuenta estadios hasta el anillo exterior y allí hicieron el acceso del mar al canal como a un puerto, abriendo una desembocadura como para que pudieran entrar las naves más grandes. También abrieron, siguiendo la dirección de los puentes, los círculos de tierra que separaba los de mar, lo necesario para que los atravesara un trirreme, y cubrieron la parte superior de modo que el pasaje estuviera debajo, pues los bordes de los anillos de tierra tenían una altura que superaba suficientemente al mar.

El anillo mayor, en el que habían vertido el mar por medio de un canal, tenía tres estadios de ancho. El siguiente de tierra era igual a aquel. De los segundos, el líquido tenía un ancho de dos estadios y el seco era, otra vez, igual al líquido anterior. De un estadio era el que corría alrededor de la isla

que se encontraba en el centro. La isla, en la que estaba el palacio real, tenía un diámetro de cinco estadios. Rodearon esta, las zonas circulares y el puente, que tenía una anchura de cien pies, con una muralla de piedras y colocaron sobre los puentes, en los pasajes del mar, torres y puertas a cada lado. Extrajeron la piedra de debajo de la isla central y de debajo de cada una de las zonas circulares exteriores e interiores; las piedras eran de color blanco, negro y rojo. Cuando las extrajeron, construyeron dársenas huecas dobles en el interior, techadas con la misma piedra. Unas casas eran simples, otras mezclaban las piedras y las combinaban de manera variada para su solaz, haciéndolas naturalmente placenteras. Recubrieron de hierro, al que usaban como si fuera pintura, todo el recorrido de la muralla que circundaba el anillo exterior, fundieron casiterita sobre la muralla de la zona interior, y oricalco, que poseía unos resplandores de fuego, sobre la que se encontraba alrededor de la acrópolis. […]

Tan gran potencia y de tales características existente entonces en aquellas zonas ordenó y envió el dios contra nuestras tierras por la siguiente razón. Durante muchas generaciones, mientras la naturaleza del dios era suficientemente fuerte, obedecían las leyes y estaban bien dispuestas hacia lo divino emparentado con ellos. Poseían pensamientos verdaderos y grandes en todo sentido, ya que aplicaban la suavidad junto con la prudencia a los avatares que siempre ocurren y unos a otros, por lo que, excepto la virtud, despreciaban todo lo demás, tenían en poco las circunstancias presentes y soportaban con facilidad, como una molestia, el peso del oro y de las otras posiciones. No se equivocaban, embriagados por la vida licenciosa, ni perdían el dominio de sí a causa de la riqueza, sino que, sobrios, reconocían con claridad que todas estas cosas crecen de la amistad unida a la virtud común, pero que con la persecución y la honra de los bienes exteriores, estos decaen y se destruye la virtud con ellos. Sobre la base de tal razonamiento y mientras permanecía la naturaleza divina, prosperaron todos sus bienes, que describimos antes. Mas cuando se agotó en ellos la parte divina porque se había mezclado muchas veces con muchos mortales y predominó el carácter humano, ya no pudieron soportar las circunstancias que los rodeaban y se pervirtieron;

y al que los podía observar le parecían desvergonzados, ya que habían destruido lo más bello de entre lo más valioso, y los que no pudieron observar la vida verdadera respecto de la felicidad, creían entonces que eran los más perfectos y felices, porque estaban llenos de injusta soberbia y de poder.

El dios de los dioses Zeus, que reina por medio de leyes, puesto que puede ver tales cosas, se dio cuenta de que una estirpe buena estaba dispuesta de manera indigna y decidió aplicarles un castigo para que se hicieran más ordenados y alcanzaran la prudencia. Reunió a todos los dioses en su mansión más importante, la que, instalada en el centro del universo, tiene vista a todo lo que participa de la generación y, tras reunirlos, dijo […] *(aquí se interrumpe el texto platónico)*.

Ignazio Danti, Neptuno en el fresco que representa a Liguria , detalle, 1560, Roma, Galleria delle Carte Geografiche, Musei Vaticani.

LOS ATLANTES

DIODORO SÍCULO (siglo I a. C.)

Bibliotheca historica, III, 56

Puesto que hemos hablado de los atlantes, pensamos que no es inútil referir lo que estos cuentan sobre el nacimiento de

los dioses. […] Los atlantes viven en las costas del Océano, en una tierra muy fértil. Parecen diferentes a sus vecinos por su piedad y hospitalidad. Sostienen que su país fue la cuna de los dioses, y el más famoso de todos los poetas griegos parece compartir tal opinión, cuando pone en boca de Hera estas palabras: «Marcho para visitar los confines de la Tierra, el Océano, padre de los dioses, y Tetis, su madre». Ahora bien, según la tradición de los atlantes, su primer rey fue Urano, que reunió entre las murallas de una ciudad a los hombres que antes habían vivido dispersos por los campos. Apartó a sus súbditos de la vida salvaje, les enseñó cómo usar y conservar los frutos, y les dio a conocer otras invenciones útiles. Su imperio se extendía sobre casi toda la Tierra, pero ante todo hacia occidente y hacia el norte. Observador de los astros, predijo diversos acontecimientos que habían de suceder, y enseñó a los pueblos cómo medir el año siguiendo el curso del Sol, y los meses siguiendo el curso de la Luna, y dividió el año en estaciones. El pueblo, que no conocía el orden eterno del movimiento de los astros, se maravillaba de estas adivinaciones y consideraba al que las había hecho un ser sobrenatural. Tras su muerte, se le rindieron honores divinos, en recuerdo de los beneficios que de él habían recibido. Llamaron con su nombre al universo, ya sea porque le atribuían el conocimiento de la salida y ocaso de los astros y de otros fenómenos naturales, ya sea para testimoniar su agradecimiento con los grandes honores que le tributaban. Y le llamaron rey eterno de todas las cosas.

PLINIO (23-79 d. C.)

Historia natural, libro II, 204-205

Porque la naturaleza creó islas también de este modo: apartó a Sicilia de Italia, a Chipre de Siria, a Eubea de la Beocia y de Eubea a Atlante y Macrino, a Besbico de Bitinia, a Leucosia del promontorio de las Sirenas.

Otras veces ha quitado la naturaleza islas al mar juntándolas a la tierra. […] De todo punto quitó el mar las tierras, primero donde está ahora el mar Atlántico, si creemos a Platón.

ELIANO (siglos II-III)

Varia historia, III, 18

Europa, Asia y África son islas, rodeadas de mar: solo hay una tierra que se pueda llamar continente, y es la Merópida, que se encuentra fuera de este mundo. Su tamaño es enorme. Todos los animales que hay en ella son de grandes dimensiones, y también los hombres son dos veces más altos que nosotros y la duración de su vida es el doble de la nuestra. Hay muchas y grandes ciudades, con costumbres peculiares y regidas por leyes muy diferentes de las nuestras. […] Los habitantes de Eusebes (una ciudad de la Merópida) viven en paz y gozan de grandes riquezas y recogen los frutos de la tierra sin usar arado ni bueyes; sembrar y labrar no les cuesta ningún esfuerzo. Viven siempre en buena salud y pasan el tiempo alegre y placenteramente. Su justicia está por encima de cualquier discusión: por eso también a los dioses les place visitarlos.

Los habitantes de Machimos (otra ciudad de la Merópida) son muy belicosos, están normalmente en guerra y tienden a someter a los pueblos vecinos, de modo que su ciudad tiene ahora el dominio sobre muchos pueblos diversos. Son menos de dos millones […] En cierta ocasión decidieron pasar a estas nuestras islas: una vez atravesado el mar, con miles y miles de hombres llegaron al país de los hiperbóreos. Pero al darse cuenta de que estos eran considerados el pueblo más feliz, teniendo en cuenta sus míseras condiciones de vida, consideraron inútil continuar. […]

Francisco Bayeu y Subías, El Olimpo: batalla con los gigantes , 1764, Madrid, Museo del Prado.

LA NUEVA ATLÁNTIDA

FRANCIS BACON

Nueva Atlántida (1626)

Frontispicio de Instauratio magna, de Francis Bacon, 1620.

Partimos del Perú, donde habíamos permanecido por espacio de un año, rumbo a China y Japón, cruzando el Mar del Sur. Llevamos con nosotros comestibles para doce meses y durante más de cinco los vientos del este, aunque suaves y débiles, nos fueron favorables; pero de pronto el viento cesó estacionándose en el Oriente durante muchos días, de suerte

que apenas podíamos avanzar y a veces nos sentíamos tentados de retroceder […]

Y sucedió que al atardecer del día siguiente, divisamos hacia el Norte algo así como nubes espesas que, sabiendo esta parte del Mar del Sur totalmente desconocida, despertaron en nosotros algunas esperanzas de salvación, pues bien pudiera ser que hubiera islas o continentes que hasta entonces no habían salido a la luz. Por lo cual toda aquella noche navegamos en dirección a esta apariencia de costa y al amanecer del día siguiente pudimos distinguir claramente que ante nuestra vista se extendía una tierra llana que la espesura hacía aparecer más oscura, y al cabo de hora y media de navegar nos encontramos en un buen fondeadero, no grande pero bien construido, que era el puerto de una hermosa ciudad que presentaba desde el mar una muy agradable vista. […]

Vimos que se dirigía hacia nosotros una persona (al parecer) de gran categoría. Vestía este personaje una túnica de mangas perdidas de un precioso moaré azul celeste mucho más brillante que el nuestro, su aparejo interior era verde y lo mismo su sombrero en forma de turbante, pero no tan enorme como el de los turcos y primorosamente hecho, bajo el ala del cual asomaban los bucles de su pelo. Toda su apariencia era la de un hombre en extremo venerable […]

Al día siguiente, a eso de las diez, vino otra vez a vernos nuestro gobernador, y cambiados los saludos de costumbre, dijo familiarmente, pidiendo una silla y sentándose, que venía a visitarnos, y nosotros que éramos solo diez (los restantes o pertenecían a clase muy humilde o habían salido), nos sentamos a su alrededor, y cuando todos estuvimos instalados, nos dijo en estos términos: «Nosotros, los de esta tierra de Bensalem [pues así la llamaban en su idioma], debido a nuestro aislamiento y a las leyes secretas que tenemos para nuestros viajeros, así como la rara admisión de extranjeros, conocemos bien la mayor parte del mundo habitado y somos al mismo tiempo desconocidos». […]

Se conocían la mayor parte de las naciones del mundo cuando nosotros en Europa [a pesar de todos los remotos descubrimientos y navegaciones de esta edad] nunca tuvimos

la menor sospecha o vislumbre de la existencia de esta isla […]

A este discurso el gobernador sonrió burlonamente y dijo que habíamos hecho bien en pedir perdón por tal pregunta, porque parecía como si pensáramos que habíamos ido a parar al país de los magos, los cuales enviaban espíritus del aire a todas partes para que les trajeran noticias e informes. […]

«Habéis de saber [aunque tal vez os parezca increíble] que hace unos tres mil años, o quizá más, la navegación en el mundo [en especial en lo que se refiere a remotos viajes] era mucho mayor que la de hoy en día […] Al mismo tiempo, durante toda una larga época los habitantes de la gran Atlántida gozaron de gran prosperidad. Porque aunque la narración y descripción hecha por uno de vuestros grandes hombres, de que los descendientes de Neptuno se habían instalado allí, y del magnífico templo, palacio, ciudad y colina; y de las múltiples corrientes de hermosos ríos navegables que rodeaban la dicha ciudad y templo, como otras tantas cadenas, y de aquellas diversas graderías por donde ascendían los hombres hasta la cima como por una escala Celeste, es más que nada una fábula poética, hay sin embargo en ella mucho de verdad, pues el dicho país de la Atlántida, así como el del Perú, llamado entonces Coya, y el de México nombrado Tyrambel, eran reinos orgullosos, y poderosos en armas, navíos y toda clase de riquezas […]

Pero no mucho después de estas ambiciosas empresas, sobrevino la venganza divina, pues en el término de un centenar de años la gran Atlántida quedó totalmente perdida y destruida, y no por un gran terremoto, como vuestro gran hombre dice, pues toda esta ruta no es propensa a terremotos, sino por un extraordinario diluvio o inundación, puesto que estos países tenían por aquel entonces los más grandes ríos y montañas del mundo […]

EL PENSAMIENTO DE MONTAIGNE

MICHEL DE MONTAIGNE (1533-1592)

Ensayos, I, XXX, «De los caníbales»

Platón nos muestra que Solón decía que había sabido por los sacerdotes de la ciudad de Saís, en Egipto, que en tiempos muy remotos, antes del Diluvio, existía una gran isla llamada Atlántida, a la entrada del estrecho de Gibraltar, que era más grande que Asia y África juntas. […] Mas no parece probable que esa isla sea el Nuevo Mundo que acabamos de descubrir, pues tocaba casi con España, y habría que suponer que la inundación habría ocasionado un trastorno enorme en el globo terráqueo, apartándola como se encuentra ahora más de mil doscientas leguas de nosotros. Además, las navegaciones modernas han demostrado que no se trata de una isla, sino de un continente o tierra firme.

EL ESCEPTICISMO DE VICO

GIAMBATTISTA VICO

Ciencia nueva, II, 4 (1744)

Nosotros, debiendo entrar aquí en esta cuestión, daremos un pequeño ensayo sobre las numerosas opiniones que ha habido, inciertas, ligeras, equivocadas, vanas o ridículas, las cuales, al ser tantas, se deben dejar de referir. El ensayo viene a decir esto: que, del mismo modo que al retomar los tiempos bárbaros Escandinavia, o Escanzia, por la vanidad de las naciones fue llamada «vagina gentium» y se consideró la

madre de todas las demás naciones del mundo, por la vanidad de los doctos Giovanni y Olao Magno mantuvieron la opinión de que sus godos habrían conservado las letras, descubiertas con la ayuda divina por Adán, desde el principio del mundo; de cuyo sueño se rieron todos los doctos. Pero no por eso dejó de seguirles y sobrepasarles Johann von Gorp Becan, que a su lengua címbrica, que no está muy alejada de la sajona, la hace proceder del paraíso terrestre y dice que es la madre de las demás; esta opinión la redujeron a fábula Giuseppe Giusto Scaligero, Giovanni Camerario, Christian Becmann y Martin Schoock. Pero esa vanidad creció más e irrumpió en la obra de Olaf Rudbeck titulada *Atlantica*, que pretende que las letras griegas hayan nacido de las runas, y que estas a su vez sean las fenicias invertidas, que Cadmo redujo a un orden y sonido semejante a las hebraicas, y finalmente los griegos las habrían enderezado y reformado con regla y con compás; y, dado que su inventor se llamaba Mercorouman, pretende que el Mercurio que descubrió las letras para los egipcios haya sido godo. Con tales licencias de opinión en torno a los orígenes de las letras, el lector debe estar atento para recibir las cosas que nosotros expondremos, no solo con la indiferencia de ver lo que aportan de nuevo, sino con la atención necesaria para tomarlas y meditarlas, cuales deben ser, como los principios de todo el saber humano y divino del mundo gentil.

HELENA BLAVATSKY

La doctrina secreta, II (1888)

Por eso, teniendo en cuenta la posible, y también muy probable confusión que podría producirse, se ha creído más conveniente adoptar para cada uno de los cuatro continentes continuamente citados un nombre que resulte más familiar al lector culto. Proponemos, pues, para nombrar el primer continente, o más bien, la primera tierra firme sobre la que evolucionó la primera raza de sus progenitores:

I. La Tierra Sagrada Imperecedera. La razón de este nombre se explica así: «Se afirma que esta "Tierra Sagrada", de la que hablaremos más extensamente, no participó nunca de la suerte de los otros continentes, porque es la única destinada a durar desde el principio hasta el fin del Manvantara a través de todas las Rondas. Es la cuna del primer hombre y la morada del último mortal divino. […] De esta tierra sagrada y misteriosa muy poco puede decirse, excepto tal vez, según la expresión poética de un comentario, que "La Estrella Polar la mira con su ojo vigilante desde el alba hasta el fin del crepúsculo de un Día del Gran Aliento"». […]

II. El Hiperbóreo. Este será el nombre elegido para el segundo continente, la tierra que se extendía al sur y al oeste del Polo Norte para acoger a la segunda raza. […]

III. Lemuria. Al tercer continente proponemos llamarlo Lemuria. […] Este continente abarcaba algunas zonas de la actual África; pero este continente gigantesco que se extendía desde el océano Índico hasta Australia, se encuentra ahora totalmente desaparecido bajo las aguas del Pacífico, dejando aquí y allá tan solo algunas cumbres de sus zonas montañosas, que ahora son islas. […]

IV. Atlántida. Así llamaremos al cuarto continente. Sería la primera tierra histórica, si se prestase a las tradiciones de los antiguos más atención de la que se ha prestado hasta ahora. La famosa isla de Platón con ese nombre no era más que un fragmento de este gran continente.

V. Europa. El quinto continente era América; aunque como está situada en las Antípodas, los ocultistas indoarios llaman quinto continente a Europa y Asia Menor, sus contemporáneas. Si sus enseñanzas hubiesen seguido la aparición de los continentes por orden geológico y geográfico, el orden de esta clasificación sería otro. Pero como la sucesión de los continentes está hecha siguiendo el orden de evolución de las razas, de la primera a la quinta, nuestra raza raíz o aria, Europa debe ser llamada el quinto gran continente. La Doctrina Secreta no tiene en cuenta las islas y penínsulas, ni sigue la distribución moderna de las tierras y de los mares. […]

La afirmación de que el hombre físico era un enorme gigante preterciario, y que existió hace 18 millones de años, naturalmente debe parecer absurda a los seguidores y defensores de la enseñanza moderna. Todo el *posse comitatus* de los biólogos rechazará la idea de este Titán de la tercera raza de la Era Secundaria, un ser adaptado para enfrentarse con éxito a los monstruos entonces gigantescos del aire, de la tierra y del mar. […] El antropólogo es muy libre de reírse de nuestros Titanes, como se ríe del bíblico Adán, y como el teólogo se ríe de su antepasado pitecoide. […] Las ciencias ocultas, en cualquier caso, pretenden menos y dan más que la antropología de Darwin y que la teología bíblica. Y la cronología esotérica no debería espantar a nadie, porque en cuestión de cifras las más importantes autoridades de hoy son inciertas y cambiantes como las olas del Mediterráneo.

Jules Verne, ilustración para Veinte mil leguas de viaje submarino , 1869-1870.

A LA ATLÁNTIDA CON EL CAPITÁN NEMO

JULES VERNE

Veinte mil leguas de viaje submarino, segunda parte, cap. 7 (1869-1870)

En algunos instantes nos hallamos equipados, con los depósitos de aire a nuestras espaldas, pero sin lámparas eléctricas. Se lo hice observar al capitán, pero este respondió:

—Nos serían inútiles.

Creí haber oído mal, pero no pude insistir, pues la cabeza del capitán había desaparecido ya en su envoltura metálica. Acabé de vestirme, y noté que me ponían en la mano un bastón con la punta de hierro. Algunos minutos después, tras la maniobra habitual, tocábamos pie en el fondo del Atlántico, a una profundidad de trescientos metros.

Era casi medianoche. Las aguas estaban profundamente oscuras, pero el capitán Nemo me mostró a lo lejos un punto rojizo, una especie de resplandor que brillaba a unas dos millas del *Nautilus*.

Lo que pudiera ser aquel fuego, así como las materias que lo alimentaban y la razón de que se revivificara en la masa líquida, era algo que escapaba por completo a mi comprensión. En todo caso, nos iluminaba, vagamente, es cierto, pero pronto me acostumbré a esas particulares tinieblas. […]

Tras media hora de marcha, el suelo se hizo rocoso. Las medusas, los crustáceos microscópicos, las pennátulas lo iluminaban ligeramente con sus fosforescencias. Entreví montones de piedras que cubrían millones de zoófitos y matorrales de algas.

Los pies resbalaban a menudo sobre el viscoso tapiz de algas y, sin mi bastón con punta de hierro, más de una vez me

hubiera caído. Cuando me volvía, veía el blanquecino fanal del *Nautilus* que comenzaba a palidecer en la lejanía. Las aglomeraciones de piedras de que acabo de hablar estaban dispuestas en el fondo oceánico según cierta regularidad que no podía explicarme. Veía surcos gigantescos que se perdían en la lejana oscuridad y cuya longitud escapaba a toda evaluación. Había otras particularidades de difícil interpretación. Me parecía que mis pesadas suelas de plomo iban aplastando un lecho de osamentas que producían secos chasquidos. ¿Qué era esa vasta llanura que íbamos recorriendo? […]

Era ya la una de la madrugada. Habíamos llegado a las primeras rampas de la montaña. Pero para abordarlas había que aventurarse por los difíciles senderos de una vasta espesura. Sí, una espesura de árboles muertos, sin hojas, sin savia, árboles mineralizados por la acción del agua y de entre los que sobresalían aquí y allá algunos pinos gigantescos. Era como una hullera aún en pie, manteniéndose por sus raíces sobre el suelo hundido, y cuyos ramajes se dibujaban netamente sobre el techo de las aguas, a la manera de esas figuras recortadas en cartulina negra. Imagínese un bosque del Harz, agarrado a los flancos de una montaña, pero un bosque sumergido. Los senderos estaban llenos de algas y de fucos, entre los que pululaba un mundo de crustáceos. Yo iba escalando las rocas, saltando por encima de los troncos abatidos, rompiendo las lianas marinas que se balanceaban de un árbol a otro, y espantando a los peces que volaban de rama en rama. Excitado, no sentía la fatiga, y seguía a mi guía incansable. […]

Habíamos llegado a una primera meseta, en la que me esperaban otras sorpresas. La de unas ruinas pintorescas que traicionaban la mano del hombre y no la del Creador. Eran vastas aglomeraciones de piedras entre las que se distinguían vagas formas de castillos, de templos revestidos de un mundo de zoófitos en flor y a los que en vez de hiedra las algas y los fucos revestían de un espeso manto vegetal.

Pero ¿qué era esta porción del mundo sumergida por los cataclismos? ¿Quién había dispuesto esas rocas y esas piedras como dólmenes de los tiempos prehistóricos? ¿Dónde estaba,

adónde me había llevado la fantasía del capitán Nemo? Hubiera querido interrogarle. No pudiendo hacerlo, le detuve, agarrándole del brazo. Pero él, moviendo la cabeza, y mostrándome la última cima de la montaña, pareció decirme: «Ven, sigue, continúa».

Le seguí, tomando nuevo impulso, y en algunos minutos acabé de escalar el pico que dominaba en una decena de metros toda esa masa rocosa. Miré la pendiente que acabábamos de escalar. Por esa parte, la montaña no se elevaba más que de setecientos a ochocientos pies por encima de la llanura, si bien por la vertiente opuesta dominaba desde una altura doble el fondo de esa porción del Atlántico. Mi mirada se extendía a lo lejos y abarcaba un vasto espacio iluminado por una violenta fulguración. En efecto, era un volcán aquella montaña. A cincuenta pies por debajo del pico, en medio de una lluvia de piedras y de escorias, un ancho cráter vomitaba torrentes de lava que se dispersaban en cascada de fuego en el seno de la masa líquida. Así situado, el volcán, como una inmensa antorcha, iluminaba la llanura inferior hasta los últimos límites del horizonte. He dicho que el cráter submarino escupía lavas, no llamas. Las llamas necesitan del oxígeno del aire y no podrían producirse bajo el agua, pero los torrentes de lava incandescentes pueden llegar al rojo blanco, luchar victoriosamente contra el elemento líquido y vaporizarse a su contacto. Rápidas corrientes arrastraban a los gases en difusión y los torrentes de lava corrían hasta la base de la montaña como las deyecciones del Vesubio sobre otra torre del Greco. Allí, bajo mis ojos, abismada y en ruinas, aparecía una ciudad destruida, con sus tejados derruidos, sus templos abatidos, sus arcos dislocados, sus columnas yacentes en tierra. En esas ruinas se adivinaban aún las sólidas proporciones de una especie de arquitectura toscana. Más lejos, se veían los restos de un gigantesco acueducto; en otro lugar, la achatada elevación de una acrópolis, con las formas flotantes de un Partenón; allá, los vestigios de un malecón que en otro tiempo debió de abrigar en el puerto situado a orillas de un océano desaparecido los barcos mercantes y los trirremes de guerra; más allá, largos alineamientos de murallas derruidas, anchas calles desiertas,

toda una Pompeya hundida bajo las aguas, que el capitán Nemo resucitaba a mi mirada.

¿Dónde estaba? ¿Dónde estaba? Quería saberlo a toda costa, quería hablar, quería arrancarme la esfera de cobre que aprisionaba mi cabeza. Pero el capitán Nemo vino hacia mí y me contuvo con un gesto. Luego, recogiendo un trozo de piedra pizarrosa, se dirigió a una roca de basalto negro y en ella trazó esta única palabra: ATLÁNTIDA

PALABRA DE ROSENBERG

ALFRED ROSENBERG

El mito del siglo XX, (1936)

Los geólogos demuestran que existía un continente entre América del Norte y Europa, cuyos restos todavía pueden encontrarse entre Groenlandia e Islandia. Estos nos dicen que las islas que hay al otro lado del extremo Norte (Nueva Zembla) presentan señales de mareas cien metros más altas que las actuales; y demuestran que es probable que el Polo Norte se haya desplazado y que en el Ártico hubiera habido un clima mucho más templado. Esto aporta nueva luz a la antigua leyenda de la Atlántida. El mar separa y empuja gigantescos icebergs, en cambio hubo un tiempo en que de las aguas emergía un continente próspero, donde una raza creativa produjo una potente y extensa cultura y envió a sus hijos por todo el mundo, como navegantes y guerreros. Pero, aun cuando la hipótesis de la Atlántida no sea ya sostenible, hay que asumir que existió un centro de cultura nórdico en la Prehistoria.

Evariste-Vital Luminais, La huida de Gradlon , c. 1884, Quimper, Musée des Beaux-Arts.

EL SECRETO DE YS

GEORGES-GUSTAVE TOUDOUZE

Le Petit roi d'Ys, cap. 3 (1914)

—Ah, sí —interrumpió el pequeño capitán del *Corentine*, con la expresión del que sabe dónde estaba en otros tiempos la ciudad de Ys. […] Lo sé. He visto a menudo. […]

A Jobic no le da tiempo a acabar la frase: se queda estupefacto ante el efecto que sus palabras tan simples han causado en quienes le escuchan. Mornant y Trottier se ponen en pie de un salto. […]

—Sabes… ¿Has visto? —balbucea Mornant. […] Jobic le contempla con viva sorpresa, como si se tratase de la cosa más natural.

—Lo sé, ¡desde luego! […] Todos saben en estos lugares que hace muchos, muchos años el mar, para castigar el pecado de sus habitantes, se tragó una ciudad que se llamaba Ys.

Existe incluso una canción bretona, que entenderéis mejor si os la traduzco: «Has oído, has oído / lo que el hombre de Dios dijo / al rey Gradlon de Ys […]».

—¡Ah! Creí haber entendido otra cosa. […] No sabes más que la canción, la que todos saben… ¿No sabes nada más?

—Sí, señor. Sé más que una canción. ¡La canción es buena para los campesinos, para los viejos traperos! Pero yo conozco la ciudad misma, sí señor, las casas que están bajo el agua.

Mornant da un paso hacia delante; pone las manos sobre los hombros del muchacho y con voz que se esfuerza por mantener calma, dice lentamente:

—Escúchame bien, Jobic. Lo que te pregunto es muy importante y tu respuesta puede tener un valor que no te imaginas. He venido hasta aquí con el único objetivo de buscar la ciudad de Ys, en cuya existencia creo de manera firme e inquebrantable. […] Creo que las ruinas de esta ciudad se encuentran en estos parajes, en cualquier lugar, bajo las aguas de la bahía, y pasaré semanas, meses buscándolas. […] Por eso, mide bien tus palabras. […] Así que ¿afirmas que las conoces?

Jobic, también muy serio, se levanta con la mano tendida como para un juramento: con los ojos clavados en los de su interlocutor, afirma:

—Conozco la ciudad de Ys.

—¿La conoces porque te han hablado de ella en la escuela o en las tertulias, como una historia o una leyenda?

—La conozco porque la he visto.

—¿La has visto dibujada, la has visto en imágenes?

—La he visto en el mar, bajo el agua.

—¿Has creído verla a fuerza de oír hablar de ella?

—La he visto veinte veces con mis propios ojos. […] He tocado pedazos de piedra tallada, que procedían de allí y que nuestras redes sacaban del fondo. Y fue el tío el que me llevó

para enseñarme los lugares donde había que tirar las nasas si no queríamos que se engancharan a las paredes del fondo. Y me contó que una vez, hace muchos, muchos años […]

—Sí, en el siglo V de la era cristiana.

—¡Puede ser! En suma, cuando Francia todavía no era Francia […] me contó que la bahía de Douarnenez no existía, que entre el cabo de la Chèvre y la punta de Raz había, sobre un dique, una ciudad espléndida, Ys, gobernada por un anciano rey muy sabio, Gradlon, que tenía una hija muy mala, muy mala, Ahès…

—Es el nombre bretón de la que en francés se llama Dahut —interrumpe Trottier.

—No digo que no —prosigue imperturbable Jobic—. Y una noche en que Gradlon dormía, Ahès conoció en un baile de la corte a un bailarín que la incitó a robar a su padre la llave de oro de las esclusas y a abrir esas esclusas que contenían el mar. Aquel bailarín era el diablo. Ahès robó la llave, abrió la puerta y el mar se lanzó sobre la ciudad de Ys. Despertado por su amigo San Gwenolé, Gradlon salió a caballo llevándose a su hija; pero el mar lo siguió con la rapidez de la marea alta y una voz gritó: «¡Arroja el diablo que llevas en la grupa!». Ahès cayó, se la tragaron las olas y el mar se detuvo en la playa del Riz, mientras Gradlon llegaba a Landevennec, y se formaba la bahía de Douarnenez. Eso es todo.

Trottier se frota las manos:

—Encantadora adaptación popular de un fenómeno sísmico que, al destruir Ys en pocos minutos y hundirla viva cien metros bajo el mar creó, con un rebajamiento geológico, esta maravillosa bahía.

LA CIUDAD EN EL MAR

EDGAR ALLAN POE

La ciudad en el mar (1845)

¡Mira! La Muerte se ha erigido un trono,
en una extraña y solitaria ciudad,
muy lejos, en el sombrío Occidente,
donde el bueno y el malo, el rico y el pobre
duermen su sueño eterno.
Allí palacios y templos y torres y muros
(muros que el tiempo carcome, pero no destruye)
son de una arquitectura nunca vista.
A su alrededor, olvidadas por los vientos,
bajo el cielo, resignadas a la tristeza,
reposan las aguas en lívida llanura.
Nunca un rayo de sol desciende sobre aquella
ciudad de la eterna noche.
Pero un resplandor del mar, rojo de sangre,
invade silenciosamente las torres,
brilla sobre las almenas, aéreas y lejanas,
sobre las cúpulas, sobre las cimas,
sobre los arcos triunfales,
sobre los palacios reales, sobre los templos,
sobre las gigantescas murallas,
sobre las pérgolas esculpidas de hiedra
y de marmóreas flores, santuarios
desde largo tiempo abandonados,
en cuyos frisos contorneados se

entrelazan violas, violetas y viñas.
Bajo el cielo, resignadas, reposan las aguas
melancólicas, y de tal modo se confunden
las torres y las sombras
que todo parece suspendido
en el aire, mientras desde una torre
orgullosa, la Muerte como un espectro gigante,
contempla la ciudad que yace a sus pies.
Allá los templos abiertos y las tumbas sin losa
se descubren a la escasa luz
que viene del mar, pero no las joyas
que brillan en los ojos de cada numen
en los templos, ni los cadáveres refulgentes de oro,
ricamente ataviados en sus tumbas, tientan a las
aguas a salir de su lecho; ninguna ondulación,
¡ay de mí! en esta soledad de cristal;
ninguna ola recuerda que una brisa
tal vez sopla en mares más felices;
ninguna ola deja suponer que han
existido vientos sobre mares menos
terriblemente inmóviles y serenos.
Pero un estremecimiento agita el aire
y una onda se encrespa finalmente,
como si las torres, hundiéndose en las
auras soñolientas, las hubiesen reavivado,
como si las cimas hubieran producido
un ligero vacío en el cielo brumoso.
Entonces las ondas tienen una luz más roja,

las horas transcurren sordas y lánguidas,
y cuando entre llantos inhumanos y gemidos
que no tengan nada de terrestres,
esta ciudad sea engullida por fin y profundamente,
levantándose sobre sus mil tronos,
el infierno le rendirá homenaje.

Carteles de la película L'Atlantide , de Jacques Feyder, 1921, basada en la novela de Pierre Benoît.

Thule, en Olaus Magnus, Charta marina, 1539, detalle, colección particular.

7

LA ÚLTIMA THULE E HIPERBÓREA

THULE. Thule aparece citada por primera vez en una relación de viaje del explorador griego Piteas, que la describió como una tierra del Atlántico Norte, una tierra de fuego y hielo donde el sol no se ponía nunca. A esa tierra se refirieron Eratóstenes, Dionisio Periegeta, **Estrabón**, Pomponio Mela, Plinio el Viejo, Virgilio (que en *Geórgicas* I, 30 la menciona como la tierra última más allá de los límites del mundo conocido) y Antonio Diógenes en la novela *Los prodigios más allá de Tule*, del siglo II d. C. El mito lo retoma Marciano Capella y se prolonga a lo largo de toda la Edad Media, de Boecio y Beda a Petrarca, hasta los modernos que, aunque ya no la buscan, la utilizan como mito poético. La isla fue identificada en su momento con Islandia, las islas Shetland, las islas Feroe o la isla de Saaremaa. Sin embargo, lo que importa es que de estas imprecisas informaciones geográficas nació el mito de la Última Thule.

La imagen más famosa de esta isla legendaria se encuentra en un documento como la *Charta marina*, de Olaus Magnus (1539).

De otras islas situadas en el más lejano norte habían hablado ya navegantes del siglo XIV, como Nicolò y Antonio Zen, que afirmaban haber atracado en islas como Frislandia o Estlandia. Un descendiente suyo, Nicola Zen, publicó en 1558 un libro, *Dello scoprimento del'isole di Frislanda, Eslanda, Engroveland, Estotiland e Icaria fatto per due fratelli Zeni*; en los mapas de Mercatore también aparecen registradas las islas de Frislant y Drogeo. En 1570, Ortelius registraba las islas de Frislant, Drogeo, Icaria y Estotiland en el mapa «Septentrionalium regionum descriptio» del *Theatrum orbis*

terrarum. Influido por el libro de Nicolò Zen, el erudito y ocultista inglés John Dee, que gozaba de gran consideración en la corte británica, creyó haber encontrado un paso hacia el Pacífico situado en el norte y encargó a Martin Frobisher que llevara a cabo las exploraciones pertinentes.

Naves normandas, en el Tapiz de la reina Matilde , 1027-1087, Bayeux, Musée de la Tapisserie.

LOS HIPERBÓREOS. El mito de Thule se fusionó después con el de los hiperbóreos. Los antiguos consideraban a los hiperbóreos («los que viven más allá del Bóreas», que era la personificación del viento del norte) un pueblo que vivía en una tierra lejanísima situada al norte de Grecia. Esta región era un país perfecto, iluminado por un Sol que brillaba seis meses al año.

Hecateo de Mileto (siglo VI a. C.) ubicaba a los hiperbóreos en el extremo norte, entre el Océano (que rodeaba como un anillo las tierras conocidas) y los montes Rifeos (cadena de montañas legendarias, de ubicación incierta, a veces en el extremo norte y a veces en la desembocadura del Danubio).

Hecateo de Abdera (siglos IV-III a. C.), en *De los hiperbóreos* (obra de la que se conservan solo algunos fragmentos), los situaba en una isla del Océano «no menor que Sicilia en extensión», una isla desde la que era posible ver la Luna de cerca.

Hesíodo localizaba a los hiperbóreos «junto a los grandes saltos del Eridán». Dado que el Eridán era el Po, sus hiperbóreos no habrían vivido muy al norte, aunque Hesíodo tenía una visión un tanto provinciana del extremo norte, o una idea demasiado fabulosa del Po. Por otra parte, en el mundo griego se discutía sobre la ubicación geográfica de ese río y, según algunas fuentes, el Eridán desembocaba en el mar del Norte. Píndaro situaba a los hiperbóreos en la región de las «umbrosas fuentes» del río Istro (que era el Danubio), y en un pasaje del *Prometeo liberado* Esquilo dice que la fuente del Istro se encontraba en el país de los hiperbóreos y en los montes Rifeos. Para Damaste de Sigeo, los montes Rifeos se hallaban al norte de los grifos guardianes del oro.

Heródoto resumía un poema de Aristeas de Proconeso, ya perdido, en el que el autor hablaba de un viaje realizado por inspiración de Apolo a regiones remotas, hasta el país de los isedones, «más allá» de los cuales vivían los arimaspos, hombres de un solo ojo, los grifos guardianes del oro y, por último, los hiperbóreos, que habitaban una tierra donde el clima era siempre primaveral y revoloteaban plumas en el aire.

En general, en los relatos antiguos Hiperbórea, dondequiera que estuviese, no aparecía como el origen de una raza elegida, pero, al prosperar las hipótesis nacionalistas sobre los orígenes de las lenguas, el extremo norte se fue perfilando cada vez más como patria de la lengua y de la raza primitiva. En *Los círculos de Gomer*, Rowland Jones (1771) afirmaba que la lengua primigenia había sido el celta y que «ninguna lengua excepto el inglés está tan próxima al primer lenguaje universal. Los dialectos y la sabiduría celta derivan de los círculos de Trismegisto, Hermes, Mercurio o Gomer». Bailly decía que una de las naciones más antiguas era la constituida por los escitas y que hasta los chinos descendían de ellos, si bien precisó que también era este el origen de los atlántidas. En resumen, la cuna de la civilización estaría en el norte y de allí se habrían propagado hacia el sur las razas madre que, según algunos, habrían degenerado en este proceso. De ahí la creencia en el origen hiperbóreo de la raza aria, la única que se habría mantenido incorrupta.

Muchas han sido las interpretaciones del mito polar: según algunos, el frío de los países nórdicos habría favorecido la civilización, mientras que el calor mediterráneo y africano habría originado razas inferiores; en cambio, según otros, la civilización nórdica se desarrolló con plenitud al descender hacia las tierras más templadas de Asia; por último, hay quienes dicen que en los períodos prehistóricos eran precisamente las zonas polares las que disfrutaban de climas muy suaves. Por ejemplo, en *Paradise found*, William F. Warren (1885), que también fue rector de la Universidad de Boston, sostenía que la cuna de la humanidad, y la sede del Paraíso terrenal, había sido el Polo Norte. Como ortodoxo antidarwiniano, argumentaba que la evolución no se produjo de los seres inferiores al hombre tal como la conocemos, sino que fue al revés, porque los primeros habitantes del Polo eran sumamente hermosos y longevos, y solo después del Diluvio y la llegada de una glaciación emigraron a Asia, donde se transformaron en los seres inferiores de nuestro tiempo; en la Prehistoria las regiones polares eran soleadas y templadas, y la involución de la especie se produjo en el frío de las estepas de Asia central.

Thomas Ender, Glaciar , siglo XIX, Bremen, Kunsthalle.

Para sostener la tesis de un Polo templado, habría habido que admitir (como ocultistas y «polares» de todo tipo siguen haciendo hasta nuestros días) que los cambios climáticos se

debían a un desplazamiento sensible del eje de la Tierra. Esta tesis dio lugar a una enorme cantidad de obras, argumentaciones y disquisiciones más o menos científicas que es imposible resumir aquí, puesto que para elaborar una historia de los países legendarios solo nos interesa saber cómo fueron imaginados tales países, y nos basta registrar entre ellos a los muy templados polos.[11]

Ahora bien, Warren, que todavía conservaba una pizca de rigor científico, no aceptó la tesis del desplazamiento del eje terrestre y formuló la hipótesis de que los primeros descendientes de los polares, al llegar a Asia, vieron el firmamento desde una perspectiva distinta y, en su ignorancia de descendientes degenerados, dedujeron falsas creencias astronómicas. En cualquier caso, se estableció una superioridad de los «polares» y una inferioridad de los asiáticos y de los mediterráneos, que alimentó luego el mito de la raza aria.

La ubicación de los arios originarios también ha engendrado infinitas hipótesis. Karl Penka (1883) los consideraba originarios del norte de Alemania y Escandinavia; Otto Schrader (1883) afirmaba que provenían de Ucrania. En principio, fueron los ilustrados del siglo XVIII, entre ellos Voltaire, Kant y Herder, los que pensaron en un continente distinto para los padres de la humanidad, en contra de la tradición bíblica. En aquella época se pensaba en la India, pero obviamente los románticos alemanes tendían a pensar en un pueblo que se remontase a las tribus teutónicas que César no había logrado derrotar, y que habría originado la civilización romano-bárbara y el gran florecimiento gótico de las catedrales medievales. Solo faltaba unir la civilización de la India con la de los pueblos nórdicos, y de esto se encargaron incluso los lingüistas con sus investigaciones sobre el sánscrito como lengua madre de la humanidad.[12]

De ahí nace, aunque muchos estudiosos que lo impulsaron no eran conscientes de los resultados que producirían sus investigaciones, el mito de la raza aria.[13]

Lo que influyó profundamente en este mito fue la tradición ocultista. Madame Blavatsky, a la que ya se ha

mencionado al hablar de la Atlántida, sostenía en *La doctrina secreta* (1888) la tesis de la migración de una raza perfecta del norte del Himalaya, aunque después del Diluvio esta raza habría emigrado hasta Egipto (lo que permite a algunos defender que las tesis de Blavatsky no eran racistas al menos de manera intencionada). Blavatsky describía una historia fantástica de la humanidad, en la que Hiperbórea estaba representada como un continente polar que se extendía desde la actual Groenlandia hasta Kamchatka y habría sido la sede de la segunda raza de la humanidad, gigantes andróginos de rasgos monstruosos.

Friedrich Nietzsche (1888) dice en *El Anticristo* «hiperbóreos somos», y aprovecha la ocasión para celebrar las antiguas virtudes nórdicas contra la degeneración del cristianismo.

El mapa que aparece en *Arktos*, de Joscelyn Goodwin (1996), nos muestra con claridad en cuántos lugares ha sido localizada la tierra de los hiperbóreos. Aunque toda la teoría tuviese algún elemento de verdad, solo una de estas localizaciones sería correcta y, por tanto, nos encontramos ante una quincena de leyendas. Los hiperbóreos, como el Grial, se han desplazado como anguilas a lo largo de los siglos.

En el siglo XIX, muchos autores ocultistas, como **Fabre d'Olivet** (1822), trataron el tema del origen hiperbóreo de la raza aria, pero el mito obviamente se fortaleció con el pangermanismo y el nazismo.

Abraham Ortelius, Mapa de Islandia , siglo XVI.

EL MITO POLAR Y EL NAZISMO. En los ambientes nazis, y antes del ascenso al poder de Hitler, existían grupos de adeptos a las ciencias ocultas. Todavía hoy se discute qué jerarcas nazis pertenecieron de verdad a las distintas sectas ocultistas y hasta qué punto Hitler formaba parte realmente de ese clima cultural.[14] Pero en cualquier caso es indudable que en 1912 nacía un *Germaneorden* que propugnaba una ariosofía, esto es, una filosofía de la superioridad aria. En 1918, el barón Von Sebottendorff fundó la Thule Gesellschaft, una sociedad secreta con fuertes matices racistas. Fue en el seno de la Thule Gesellschaft donde apareció la cruz gamada.

Mapa de las distintas hipótesis sobre los orígenes de los arios, en Joscelyn Goodwin, Arktos, 1996.

En 1907, Jörg Lanz fundó una Orden del Nuevo Templo, en cuyos principios sobre la supremacía aria se inspiraron al parecer las SS de Himmler. Lang recomendaba para las razas inferiores la castración, la esterilización, la deportación a Madagascar y la incineración como sacrificio a la divinidad. Principios que, *mutatis mutandis*, serían luego aplicados por el racismo nazi.

En 1935, Himmler fundó la Ahnenerbe Forschungs und Lehrgemeinschaft, esto es, la Sociedad para la Investigación y Enseñanza de la Herencia Ancestral, como institución dedicada a las investigaciones sobre la historia antropológica y cultural de la raza germánica, que pretendía redescubrir la grandeza de los pueblos de la antigua Alemania, origen de la raza superior nazi. Se dice que esta sociedad, influida por las fantasías de Otto Rahn (de quien se hablará en el capítulo del Grial), estaba interesada en recuperar la sagrada reliquia, entendida por supuesto no como símbolo cristiano sino como fuente de fuerza para los verdaderos descendientes del paganismo nórdico. Parece que Himmler estaba también fuertemente influido por la corriente de la ariosofía que, siguiendo el pensamiento de Guido von List (que había muerto antes de la llegada del nazismo, pero había dejado numerosos y devotos discípulos), otorgaba una importancia capital a las runas nórdicas, interpretadas no tanto como un sistema de escritura de los antiguos pueblos germánicos, sino como símbolos mágicos mediante los que se podían obtener poderes ocultos, practicar adivinaciones y sortilegios, preparar amuletos y permitir la circulación de una energía sutil que invadía todo el mundo; servían, por tanto, para determinar el curso de los acontecimientos, y no olvidemos que la esvástica nazi se inspiraba en caracteres rúnicos.

Escudo de Thule-Gesellschaft, 1919.

En una entrevista televisiva emitida en la posguerra, el general Wolff, que había sido comandante de las SS en Roma, comentaba que cuando Hitler le ordenó secuestrar a Pío XII para internarlo en Alemania, le pidió también que se apoderara en la Biblioteca Vaticana de ciertas runas que sin duda tenían para él un valor esotérico. Según Wolff pospuso el secuestro con distintos pretextos, uno de los cuales era justamente la dificultad de identificar antes dónde estaban las famosas runas. Sea o no cierto lo que contó (el proyecto de secuestrar al Papa sí está documentado), en cualquier caso el ocultismo y el pangermanismo, la rebelión contra la ciencia moderna considerada de origen judío y la búsqueda convulsiva de una ciencia verdadera y exclusivamente germánica eran elementos que circulaban en los ambientes nazis.

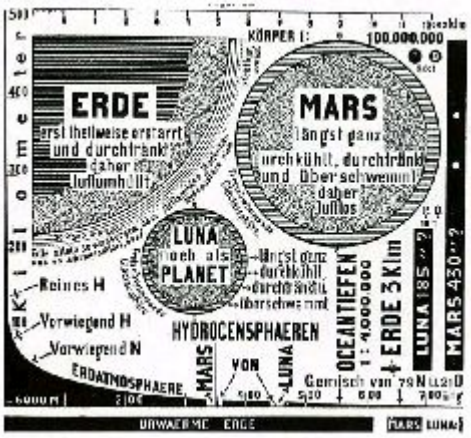
El otro teórico que influyó con intensidad en el desarrollo del nazismo fue Alfred Rosenberg con *El mito del siglo XX* (1930), que fue el mayor éxito en Alemania después del *Mein Kampf* de Hitler, con más de un millón de ejemplares vendidos. También en esta obra encontramos referencias al mito de la raza nórdica y, por supuesto, a la Atlántida como Última Thule.[15]

Véanse, por último, los textos sobre la civilización hiperbórea de **Julius Evola** (1934 y 1937).

Arriba/Izquierda: Gerade du! Ideal ario de la revista Signal . Arriba/Derecha: Retrato de Adolf Hitler, 1923. Centro/Izquierda: Arno Breker, Preparado para el combate , siglo XX, ubicación desconocida. Centro/Derecha: Joseph Goebbels en un mitin. Abajo/Izquierda: Josef Thorak, Camaradas, ideal de la belleza aria , ubicación desconocida. Abajo/Derecha: Retrato de Heinrich Himmler.

LA TEORÍA DEL HIELO ETERNO. Además del mito de Hiperbórea, ha habido geoastronomías más delirantes aún, que al parecer inspiraron pensamientos y decisiones muy serias, aunque muy poco apreciables. Desde 1925, en los ambientes nazis se divulgaba la teoría de un pseudocientífico austríaco, Hans Horbiger, llamada WEL, es decir, *Welteislehre*, o teoría del hielo eterno. La teoría se había dado a conocer a través del libro *Cosmogonía glacial*, de Philipp Fauth (1913), que en buena parte fue escrito por el propio Hörbiger. Esta teoría había gozado del favor de hombres como Rosenberg y Himmler. Pero con el ascenso al poder de Hitler, Horbiger fue tomado en serio incluso en algunos ambientes científicos, por

ejemplo, por estudiosos como Lenard, que había descubierto los rayos X con Roentgen.

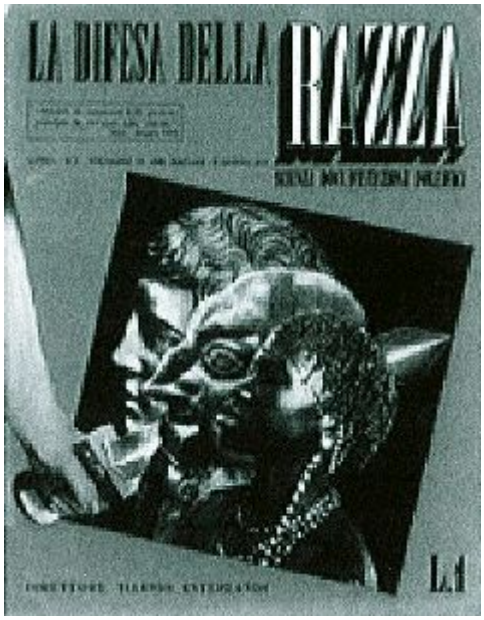


De Cosmogonía glacial, de Philipp Fauth, 1913.

Para Hörbiger el cosmos era el teatro de una lucha eterna entre hielo y fuego, que originaba no a una evolución sino una alternancia de ciclos o de épocas. Durante un tiempo hubo un enorme cuerpo con una temperatura muy elevada, millones de veces más grande que el Sol, que entró en colisión con una inmensa acumulación de hielo cósmico. La masa de hielo penetró en aquel cuerpo incandescente y, tras haber actuado en su interior como vapor durante cientos de millones de años, provocó la explosión de todo el conjunto. Varios fragmentos fueron proyectados tanto al espacio helado como a una zona intermedia, donde constituyeron el sistema solar. La Luna, Marte, Júpiter y Saturno están helados, y un anillo de hielo es la Vía Láctea, en la que la astronomía tradicional ve estrellas; pero se trata de trucos fotográficos. Las manchas solares están producidas por bloques de hielo que se separan de Júpiter.

Ahora bien, la fuerza de la explosión originaria va disminuyendo y los planetas no realizan una revolución elíptica, como cree erróneamente la ciencia oficial, sino una aproximación en espiral (imperceptible) en torno al planeta mayor que los atrae. Al final del ciclo en que estamos

viviendo, la Luna se aproximará cada vez más a la Tierra, provocando la elevación de las aguas del mar, inundando los trópicos y dejando emerger solo las montañas más altas, los rayos cósmicos se volverán cada vez más potentes y causarán mutaciones genéticas. Al final, nuestro satélite explotará transformándose en un anillo de hielo, agua y gas, que se precipitará sobre el globo terrestre. A causa de complejos acontecimientos debidos a la influencia de Marte, la Tierra también se transformará en un globo de hielo y será reabsorbida por el Sol. Luego habrá una nueva explosión y un nuevo inicio, igual que en el pasado la Tierra había ya tenido y luego reabsorbido otros tres satélites.



Portada del primer número de la revista racista La difesa della razza , 5 de agosto de 1938.

Evidentemente, esta cosmogonía presuponía una especie de eterno retorno que se remitía a mitos y epopeyas antiquísimos. Una vez más, lo que todavía los nazis de hoy llaman el saber de la tradición se oponía al falso saber de la ciencia liberal y judía. Además, una cosmogonía glacial

parecía muy nórdica y aria. Pauwels y Berger (1960) atribuyen a esta profunda creencia en los orígenes glaciales del cosmos la confianza, alimentada por Hitler, de que sus tropas podrían desenvolverse perfectamente en el hielo del territorio ruso. Pero sostienen asimismo que la exigencia de probar cómo reaccionaría el hielo cósmico retrasó los ensayos con la V1, el prototipo de misil con el que la Alemania nazi creía que cambiaría la suerte de la guerra a su favor.

Un pseudo Elmar Brugg (1938) publicó un libro en honor de Hörbiger como el Copérnico del siglo XX, en el que defendía que la teoría del hielo eterno explicaba los profundos vínculos que unen los acontecimientos terrenales con las fuerzas cósmicas, y concluía que el silencio de la ciencia democrático-judía frente a Hörbiger era un caso típico de conspiración de los mediocres.

UNA CONTRADICCIÓN: LOS HIPERBÓREOS DEL MEDITERRÁNEO. Inicialmente, la teoría de la supremacía aria estricta excluía obviamente a los pueblos mediterráneos —franceses e italianos—, y hasta a los británicos, pero poco a poco las distintas especulaciones racistas tuvieron que reconocer como arios a todos los pueblos europeos. Véanse los patéticos intentos del racismo fascista y de su revista *La difesa della razza*, que trató de asimilar por todos los medios al modelo «hiperbóreo» también a los mediterráneos bajitos y morenos y, al tener que transformar asimismo en ario al aguileño Dante Alighieri, elaboró la teoría de una raza aquilina. Una vez hecho esto, solo faltaba (serían las conclusiones últimas) eliminar a los no arios, y en especial a los pueblos semíticos.

Se trataba de «arianizar», o sea, de «polarizar» incluso al país más mediterráneo, Grecia, que no podía ser ignorado porque todo el romanticismo alemán lo reconocía como la cuna de la civilización occidental, e incluso en el siglo XX un filósofo sospechoso (con la debida prudencia) de simpatías nazis como Heidegger dijo que solo se puede filosofar en alemán o en griego.

Se procedió pues a «arianizar» Grecia en el siglo XX, sosteniendo que la civilización griega habría nacido de una

invasión de los pueblos indoeuropeos en el Mediterráneo. Tesis controvertida y no exenta de argumentos probatorios, pero que no nos interesa discutir aquí, ya que nos basta destacar hasta qué punto el modelo «polar» ha prevalecido en los últimos dos siglos, inspirando asimismo otras leyendas «polares» de las que nos ocuparemos en el capítulo sobre la Tierra hueca.

THULE

ESTRABÓN (64 a. C.-19 d. C.)

Geographica, IV, 5

Respecto a Thule, nuestra información estoica es aún más incierta, dada su posición extrema, dado que este, de todos los países nombrados, es el que está situado más al norte.

Las gentes de Thule se alimentan de mijo y otros vegetales, frutos y raíces; y cuando tienen grano y miel, sacan de ellos sus bebidas.

Grifo , detalle de crátera apúlica, siglos III-IV a. C., Berlín Antikensammlung, Staatliche Museen zu Berlín.

HERÓDOTO Y LOS HIPERBÓREOS

HERÓDOTO (484-425 a. C.)

Historias IV, 13

Por su parte, Aristeas de Proconeso, hijo de Caistrobio, cuenta en un poema épico que, víctima de la posesión de Febo, llegó hasta los isedones; que más allá de los isedones habitan los arimaspos, unos individuos que solo tienen un ojo; que más allá de estos últimos se encuentran los grifos, los guardianes del oro; y al norte de ellos los hiperbóreos, que se extienden hasta un mar. Pues bien, a excepción de los hiperbóreos, todos estos pueblos, empezando por los arimaspos, atacan constantemente a sus vecinos: así, los isedones fueron expulsados de su país por los arimaspos, los escitas por los isedones y los cimerios, que habitaban a orillas del mar del sur, abandonaron su país forzados por los escitas.

DIODORO SÍCULO (siglo I a. C.)

Biblioteca histórica, II, 47

Tras haber descrito las regiones de Asia orientadas hacia el norte, creemos que es oportuno citar las historias que se cuentan a propósito de los hiperbóreos. Entre quienes han registrado los antiguos mitos, Hecateo y otros afirman que en las regiones que se encuentran más allá del país de los celtas hay una isla no menor que Sicilia, que se halla bajo las Osas y está habitada por los hiperbóreos, llamados así porque habitan más allá del viento Boreas. Esta isla sería fértil, produciría toda clase de frutos y tendría un clima excepcionalmente templado, que permitiría recoger dos cosechas al año. Dicen que allí nació Leto; por eso Apolo sería venerado más que los otros dioses, hasta el punto de que los habitantes de esa isla serían como sacerdotes de él, puesto que a este dios alaban a diario con continuos cantos y le rinden honores extraordinarios. Habría en la isla un espléndido recinto

dedicado a Apolo, y un gran templo de forma esférica rico en ofrendas. Habría también una ciudad consagrada a este dios, y la mayor parte de sus habitantes serían tocadores de cítara y con la cítara entonarían en el templo himnos al dios, y celebrarían sus gestas. Los hiperbóreos tendrían una lengua especial, y mantendrían una gran amistad con los griegos, sobre todo con los atenienses y los delios, porque habrían heredado esta tradición desde los tiempos antiguos. Cuentan también que algunos griegos llegaron a la isla de los hiperbóreos y que dejaron allí magníficas ofrendas con leyendas en caracteres griegos. También Abaris estuvo antaño en Grecia procedente del país de los hiperbóreos y renovó las relaciones amistosas con los delios. Dicen asimismo que desde esta isla la Luna es visible a muy corta distancia, y claramente, desde la Tierra, con algunos relieves semejantes a los de la Tierra. Se dice también que Apolo acude a la isla cada diecinueve años, cuando las revoluciones de los astros llegan a su término, y por tal motivo a ese período de diecinueve años lo llaman los griegos «ciclo de Metón». Cuando el dios aparece tocaría la cítara y danzaría todas las noches desde el equinoccio de primavera hasta la aparición de las Pléyades, orgulloso de sus propias gestas. Reinarían sobre la ciudad y gobernarían el sagrado recinto los llamados boréadas, descendientes de Bóreas, que transmitirían sus cargos por herencia.

Odín en el trono , grabado, siglo XIX.

LA RAZA HIPERBÓREA

FRIEDRICH NIETZSCHE

El Anticristo (1888)

Mirémonos a la cara. Nosotros somos hiperbóreos — sabemos muy bien cuán aparte vivimos. «Ni por tierra ni por agua encontrarás el camino que conduce a los hiperbóreos»; ya Píndaro supo esto de nosotros. Más allá del norte, del hielo, de la muerte— nuestra vida, *nuestra* felicidad. Nosotros hemos descubierto la felicidad, nosotros sabemos el camino, nosotros encontramos la salida de milenios enteros de laberinto. ¿Qué *otro* la ha encontrado? —¿Acaso el hombre moderno? «Yo no

sé qué hacer; yo soy todo eso que no sabe qué hacer»— suspira el hombre moderno. De *esa* modernidad hemos estado enfermos, —de paz ambigua, de compromiso cobarde, de toda la virtuosa suciedad propia del sí y el no modernos. Esa tolerancia y *largeur* [amplitud] del corazón que «perdona» todo porque «comprende» todo es *scirocco* [siroco] para nosotros. ¡Preferible vivir en medio del hielo que entre virtudes modernas y otros vientos del sur!… Nosotros fuimos suficientemente valientes, no tuvimos indulgencia ni con nosotros ni con los demás; pero durante largo tiempo no supimos *adónde* ir con nuestra valentía. Nos volvimos sombríos, se nos llamó fatalistas. *Nuestro fatum* [hado] —*era* la plenitud, la tensión, la retención de las fuerzas. Estábamos sedientos de rayo y de acciones, permanecíamos lo más lejos posible de la felicidad de los débiles, de la «resignación». Había en nuestro aire una tempestad, la naturaleza que nosotros somos se entenebrecía —*pues no teníamos ningún camino*. Fórmula de nuestra felicidad: un sí, un no, una línea recta, una *meta*.

¿Qué es bueno? —Todo lo que eleva el sentimiento de poder, la voluntad de poder, el poder mismo en el hombre.

¿Qué es malo? —Todo lo que procede de la debilidad.

¿Qué es felicidad? —El sentimiento de que el poder *crece*, de que una resistencia queda superada. *No* apaciguamiento, sino más poder; *no* paz ante todo sino guerra; *no* virtud, sino vigor (virtud al estilo del Renacimiento, *virtù*, virtud sin moralina).

Los débiles y malogrados deben perecer: artículo primero de *nuestro* amor a los hombres. Y además se debe ayudarlos a perecer.

¿Qué es más dañoso que cualquier vicio? —La compasión activa con todos los malogrados y débiles— el cristianismo. […]

Al cristianismo no se lo debe adornar ni engalanar: él ha hecho una *guerra a muerte* a ese tipo superior de hombre, él ha proscrito todos los instintos fundamentales de ese tipo, él ha extraído de esos instintos, por destilación, el mal, *el* hombre

malvado, —el hombre fuerte considerado como hombre típicamente reprobable, como «hombre réprobo». El cristianismo ha tomado partido por todo lo débil, bajo, malogrado, ha hecho un ideal de la *contradicción* a los instintos de conservación de la vida fuerte; ha corrompido la razón incluso de las naturalezas dotadas de máxima fortaleza espiritual al enseñar a sentir como pecaminosos, como descarriadores, como *tentaciones*, los valores supremos de la espiritualidad. ¡El ejemplo más deplorable— la corrupción de Pascal, el cual creía en la corrupción de su razón por el pecado original, siendo así que solo estaba corrompida por su cristianismo! […]

Que las fuertes razas de la Europa nórdica no hayan rechazado de sí el Dios cristiano es algo que en verdad no hace honor a sus dotes religiosas, para no hablar del gusto. *Tendrían que* haber acabado con semejante enfermizo y decrépito engendro de la *décadence*. Mas, por no haber acabado con él, pesa sobre ellas una maldición: acogieron en todos sus instintos la enfermedad, la vejez, la contradicción.

ANTOINE FABRE D'OLIVET

De l'État social de l'homme ou vues philosophiques sur l'histoire du genre humain, cap. XVI (1822)

Me estoy refiriendo a una época muy alejada de la que vivimos, y cerrando los ojos, que un largo prejuicio podría haber debilitado, intento fijar a través de la oscuridad de los siglos el momento en que la raza blanca, de la que formamos parte, apareció en la escena del mundo.

En aquella época, cuya fecha trataré de establecer más adelante, la raza blanca era aún débil, carente de leyes y de artes, sin cultura alguna, despojada de recuerdos y demasiado desprovista de inteligencia para concebir aunque fuera una esperanza. Habitaba en torno al polo boreal, del que era originaria. La raza negra, más antigua, dominaba entonces

sobre la Tierra, y tenía la primacía de la ciencia y del poder; poseía toda África y la mayor parte de una gran parte de Asia, que había dominado y donde había sometido a la raza amarilla. Algunos restos de una raza roja languidecían oscuramente en la cima de las montañas más altas de América y sobrevivían a la terrible catástrofe que se había abatido sobre ellos. La raza roja, a la que habían pertenecido, había poseído el hemisferio occidental del globo, la raza amarilla la parte oriental, la raza negra se extendía al sur, sobre la línea ecuatorial y la raza blanca que, como he dicho, apenas estaba naciendo, erraba en torno al polo boreal.

Estas cuatro razas principales, y las numerosas variedades que resultaban de su mezcla, componían el reino nominal. […] Estas cuatro razas a su vez chocaron, se separaron, se mezclaron. En muchas ocasiones se disputaron la supremacía del mundo. […] No es mi intención ocuparme de estas vicisitudes, cuyos infinitos detalles me pesarían como un fardo inútil, y no me conducirían al objetivo que me propongo.

Me ocuparé únicamente de la raza blanca a la que pertenecemos, y trataré de trazar su historia desde la época de su última aparición en torno al polo boreal; desde allí descendió en diversas ocasiones, en oleadas, para hacer incursiones tanto en las otras razas cuando todavía dominaban, como en la suya propia, cuando dominó sobre las demás. El vago recuerdo de este origen, que ha sobrevivido al paso de los siglos, ha hecho que llamaran al polo boreal cuna del género humano. Ha dado origen al nombre de hiperbóreos y a todas las fábulas alegóricas que sobre ellos han circulado. Ha proporcionado, por último, las numerosas tradiciones que han incitado a Olaus Rudbeck a situar la Atlántida de Platón en Escandinavia, y autorizado a Bailly a ver en las rocas desiertas y blanqueadas por los rigores del Spitzberg, la cuna de la ciencia, del arte y de todas las mitologías del mundo.

Es difícil sin duda decir cuándo la raza blanca o hiperbórea comenzó a reunirse en alguna forma de civilización, y en qué época más lejana esta comenzó a existir. Moisés, que los menciona en el sexto capítulo del Génesis como ghiboreanos, nombre muy celebrado, hace remontar su origen a las primeras edades del mundo. En los escritos de los

antiguos aparece cien veces el nombre de hiperbóreos, pero jamás se arroja ninguna luz positiva sobre ellos. Según Diodoro Sículo, su país era el más cercano a la Luna, que puede interpretarse como el Polo donde vivían.

Esquilo, en el *Prometeo*, los situaba en los montes Rifeos. Un tal Aristeo de Proconeso, que se dice que había escrito un poema sobre estos pueblos, y pretendía haberlos visitado, aseguraba que ocupaban la región situada al noreste de la Alta Asia, que hoy llamamos Siberia. Hecateo de Abdera, en una obra publicada en tiempos de Alejandro, los situaba todavía más lejos, entre los osos blancos de Nueva Zembla, en una isla llamada Elixoia. La verdad es, como confesaba Píndaro más de cinco siglos antes de nuestra era, que se ignoraba completamente dónde estaba el país de aquellos pueblos. El propio Heródoto, tan interesado en recoger todas las tradiciones antiguas, interrogó en vano a los escitas sobre este tema, sin conseguir descubrir nada cierto.

Konrad Dielitz, Sigfrido , ilustración del siglo XIX.

EL SIMBOLISMO DEL POLO

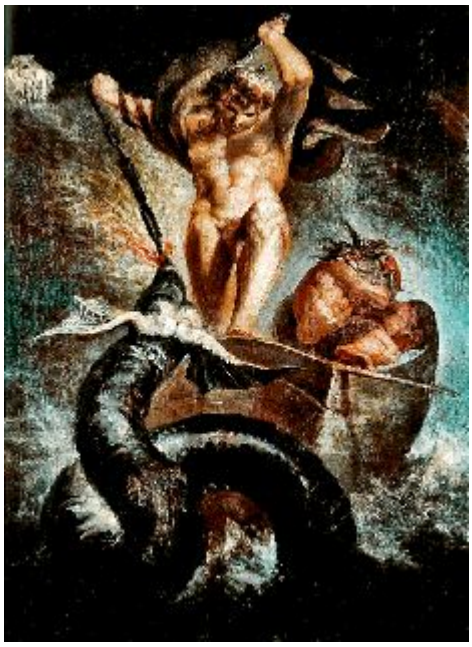
JULIUS EVOLA

Rebelión contra el mundo moderno, cap. 3 (1934)

Ya hemos hablado del simbolismo del «polo». Tanto la isla o tierra firme que representa la estabilidad espiritual opuesta a la contingencia de las aguas, que es sede de hombres trascendentes, de héroes y de inmortales, como el monte o «altura», con los significados olímpicos relacionados con ella, se vincularon a menudo en las antiguas tradiciones con el simbolismo «polar», aplicado al centro supremo del mundo, por tanto también al arquetipo de todo «regere» en sentido superior.

Sin embargo, además del símbolo, algunos datos tradicionales recurrentes y precisos apuntan al Norte como el lugar de una isla, tierra firme o monte, cuyo significado se confunde con el del lugar de la primera edad. Es decir, nos encontramos ante un motivo que tiene a la vez un significado espiritual y un significado real para remitirse a alguna cosa, en el que el símbolo fue realidad y la realidad fue símbolo, en el que historia y superhistoria fueron dos partes no separadas, sino más bien transparentes la una en la otra. Precisamente este es el punto en el que puede insertarse en los acontecimientos condicionados por el tiempo. Según la tradición, en una época de la alta prehistoria, que se corresponde más o menos con la misma edad de oro o del «ser», la simbólica isla o tierra «polar» habría sido una región real situada en el norte, en la zona donde hoy está situado el polo ártico de la tierra; región habitada por seres que, estando en posesión de esa espiritualidad no humana (para la que existen las ya indicadas nociones de oro, «gloria», luz y vida) evocada tiempo después por el simbolismo sugerido precisamente por su sede, constituyeron la raza que poseyó la

tradición uránica en estado puro y fue el origen central y más directo de las formas y de las expresiones varias que esta tradición tuvo en otras razas y civilizaciones. […]



Johann Heinrich Füssli, Thor luchando con la serpiente de Midgard , 1790, Londres, Royal Academy of Arts.

HIPERBÓREA, ISLA BLANCA DE LOS ARIOS

JULIUS EVOLA

El misterio del Grial (1937)

La localización en una región boreal o nórdico-boreal, que se ha vuelto inhabitable, del centro o sede originaria de la

civilización «olímpica» del ciclo áureo es otra enseñanza tradicional fundamental, que ya hemos expuesto en otro lugar junto con su correspondiente documentación. Una tradición de origen hiperbóreo en su forma originaria olímpica o en sus reapariciones de tipo «heroico» es la base de acciones civilizadoras realizadas por razas que, en el período que va desde el final de la era glacial hasta el Neolítico, se extienden por el continente euroasiático. Algunas de estas razas deben proceder directamente del Norte; otras parecen haber tenido como patria de origen una tierra atlántico-occidental, donde se había constituido una especie de imagen del centro nórdico. Esta es la razón por la que varios símbolos y recuerdos coincidentes se refieren a una tierra que a veces es nórdico-aria y otras veces occidental.

Algunas de las distintas denominaciones del centro hiperbóreo, que luego pasaron a aplicarse también al atlántico, fueron: Thule, isla Blanca o «Resplandeciente» —el *çveta dvipa* hindú, la isla Leuké griega—, «semilla originaria de la raza aria*» —airyanem vaêjô*— Tierra del Sol o «Tierra de Apolo», Avalon.

La mujer depositaría de las características de la raza, en La difesa della razza, año I, núm. 4, 20 de septiembre de 1938.

Recuerdos que coinciden en todas las tradiciones indoeuropeas hablan de la desaparición de este lugar, convertido luego en mítico, en relación con una congelación o con un diluvio. Esta es la parte real e histórica de las distintas alusiones a algo que, a partir de un determinado período, se habría perdido o habría quedado oculto o imposible de encontrar. Esta es también la razón por la que la «isla» o «Tierra de los Vivientes» —entendiendo por «Vivientes» (en su sentido destacado) a los componentes de la raza divina originaria— la región a la que se refieren aproximadamente los símbolos ya conocidos del centro supremo del mundo, se confundió a menudo con la «región de los muertos», equivaliendo «los muertos» a la raza desaparecida. Así por ejemplo, según una doctrina celta, los hombres habrían tenido como antepasado primordial al dios de los Muertos —*Dis pater*—, que habita en una región lejos del océano, permaneciendo en aquellas «islas extremas», de donde, según la enseñanza druídica, habría procedido directamente una parte de los habitantes prehistóricos de la Galia.

Por otra parte, según la tradición clásica, tras haber sido el señor de la tierra, el rey de la edad de oro, Cronos-Saturno, destronado y castrado (o sea, privado del poder de «engendrar», de dar vida a una nueva progenie), vive siempre, «en sueños», en una región del extremo norte, hacia el mar ártico, que por esta razón fue llamado también mar Crónida. Esto dio lugar a varias confusiones, pero en esencia siempre se trata de la transposición o a la superhistoria, o bajo la forma de una realidad o de un centro espiritual latente o invisible de ideas referidas al tema hiperbóreo.

Johann Heinrich Wüest, El hielo del Ródano , 1769, Zurich, Kunsthaus.

Dante Gabriel Rossetti, La dama del Santo Grial, 1874, colección particular.

8

LAS MIGRACIONES DEL GRIAL

El cáliz de Ardagh , principios del siglo VIII, Dublín, National Museum of Ireland.

El tema de este libro son las tierras y los lugares legendarios. Si al abordar el tema del Grial y del ciclo artúrico tuviéramos que dar cuenta de la inmensa materia del llamado ciclo bretón, con todas sus contradicciones y sus diversas versiones, necesitaríamos cientos y cientos de páginas. Pero como solo tenemos que ocuparnos de los lugares, nuestra tarea resulta más fácil, porque solo debemos preguntarnos por dos lugares mágicos: el castillo del rey Arturo con su tabla redonda y la legendaria Avalon donde se guardaba el Grial.

LA LEYENDA ARTÚRICA. Debemos resumir, aunque sea a grandes rasgos, los principales temas de la leyenda artúrica. La materia del ciclo de Bretaña es sumamente contradictoria, empezando por la figura de los principales protagonistas cuyas gestas difieren a menudo según los textos.

Envuelta entre las nieblas del mito está, por ejemplo, la figura de Arturo, que como caudillo aparece en textos galeses del siglo VI, y luego como Arturus Rex en la *Historia Brittonum*, atribuida al monje galés Nennio, que tal vez la escribió en torno al año 830. Arturo aparece también en varias vidas de santos del siglo VI, pero como personaje real no será citado hasta el siglo XII en la *Historia regum britanniae* de Godofredo de Monmouth. Finalmente, hace su entrada triunfal en el ciclo de Bretaña como el joven protegido por el mago Merlín, que se convierte en el rey de Logres tras haber sido el único que consigue extraer una espada aprisionada en la roca.

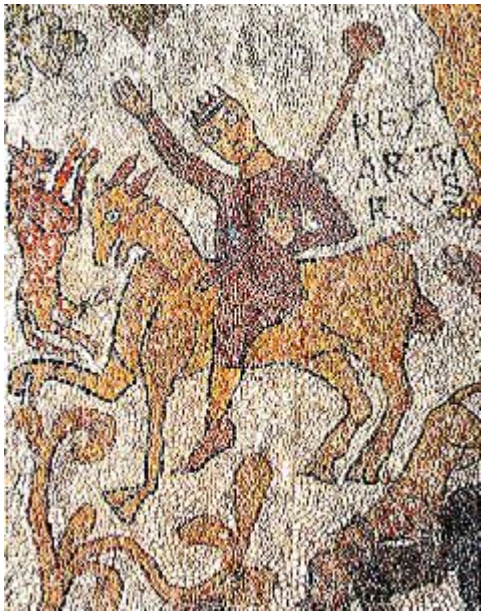
Como ejemplo de la intersección de textos y tradiciones legendarias, hay que tener en cuenta la cuestión de la espada llamada Excalibur, que en algunas reinterpretaciones de la leyenda se identifica con la que el jovencito Arturo había logrado extraer de la roca. En realidad (esto es, en las fuentes escritas de la leyenda), tal espada, mencionada por primera vez por Robert de Boron y Chrétien de Troyes (y que luego Arturo rompió en un combate con el rey Pellinor), no era Excalibur. Excalibur será descrita con más detalle por Thomas Malory en *La muerte de Arturo*, y entregada a Arturo por Viviane, la Dama del Lago; la espada se la da a Arturo un brazo que emerge de la superficie de un lago.

Aubrey Beardsley, ilustración para La muerte de Arturo de sir Thomas Malory, 1893-1894, litografía, colección particular. Walter Crane Arturo extrae la espada de la roca , 1911.

Esa espada garantizaba la invulnerabilidad del rey siempre que se guardara de nuevo en una vaina de plata. Pero la vaina se perdió a causa de Morgana (hermanastra de Arturo) y debido a esta circunstancia Arturo fue herido de muerte. Ordenó entonces que se arrojara de nuevo la espada al lago, y nadie pensó que pudiera ser recuperada algún día. Sin embargo, los obstinados seguidores del Grial creyeron haberla encontrado en la abadía de San Galgano, cerca de Siena, donde en una roca se halla una espada que san Galgano incrustó en la piedra en recuerdo de la cruz. Además de que resulta problemático vincular a san Galgano con la leyenda artúrica, también se requiere mucha buena voluntad para identificar ambas espadas, puesto que la de san Galgano fue colocada como protesta contra la guerra, mientras que, si damos crédito al ciclo de sus hazañas, con sus dos espadas Arturo había decapitado o abierto de un tajo a un buen número de enemigos.[16]

Igualmente ambigua es la figura del mago Merlín, hijo de un diablo, que aparece a menudo como el consejero amable de Arturo, y en cambio en otras tradiciones se muestra como un ser malvado.

¿QUÉ ERA EL GRIAL? No son menores las incertidumbres que envuelven el objeto central del ciclo de Bretaña: el Grial. ¿Qué era el Grial? Al parecer era un vaso, un cáliz, un plato (en varios textos se dice que escudilla o plato era un «gradale», un contenedor de alimentos refinados; véase el texto de **Hélinand de Froidmont**). Este plato o escudilla podía haber contenido la sangre derramada por Jesucristo en la cruz, o ser la copa que utilizó el Señor en la última cena; otras veces se ha sugerido que fue la lanza de Longino que hirió al Señor en el costado. En el *Parzival* de Wolfram von Eschenbach se dice que era una piedra, llamada *lapsit exillis* (nombre que luego los estudiosos del Grial entendieron como *lapis exillis*, originando así las más variadas etimologías e interpretaciones). En *El cuento del Grial*, de Chrétien de Troyes (y estamos en 1180 aproximadamente), ni siquiera se habla del Grial, sino de «un grial», y este objeto solo adquirirá un carácter singular en otras obras del ciclo.



Arturo y Parsifal , mosaico del pavimento de la nave central, 1163, catedral de Otranto.

En Chrétien de Troyes no hay referencias a la sangre de Cristo; estas aparecen pocos años más tarde en el *José de Arimatea*, de **Robert de Boron**: el Grial es, en efecto, la copa usada en la última cena, pero luego José de Arimatea recoge en ella la sangre del crucifijo. José emigra a Occidente y tras varias vicisitudes el Grial será custodiado en Avalon y entregado a un Rey Pescador, que sufre una misteriosa herida que solo podrá sanar cuando un caballero completamente puro (y en Boron será Parsifal) llegue a Avalon y plantee al rey una pregunta ritual sobre el misterio del Grial.

Véase en la antología una selección de distintos autores que describen **la aparición del Grial** y se entenderá cómo la comparación de los distintos textos contribuye a aumentar el incierto misterio; sobre todo porque a partir de la versión de Boron el Grial irá adquiriendo cada vez más significados simbólicos, y su posesión tenderá a identificarse con la participación en una comunidad de elegidos conocedores de los secretos que Jesús le reveló a José, ignorados en cambio

por los discípulos «oficiales» que edificaron la Iglesia. Esto nos permite entender por qué el mito del Grial ha fascinado hasta nuestros días a gnósticos y ocultistas de toda clase, siempre en busca de un secreto que, por ser indecible y oculto precisamente bajo el símbolo místico del Grial permanecerá inalcanzable para siempre.

Para **Julius Evola** (1937), el Grial es algo que está «más allá de los límites de la conciencia ordinaria» y que en cualquier caso se vincula a una tradición nórdica opuesta a la cristiana. Para Jessie Weston (1920), es un símbolo de fertilidad que procede de la mitología celta.[17] Para René Guénon (1950), es el símbolo de una verdad tradicional perdida, o sea, de esa verdad que siempre ha fascinado a los esoteristas de todos los tiempos, y que se habría conocido en el pasado para desaparecer luego en los tiempos modernos. En este sentido el Grial ha sido a lo largo de los siglos el prototipo de secreto «vacío», cuya fascinación aumentará en la medida en que sea capaz de eludir siempre cualquier intento de ser desvelado y se mantenga como principio de la búsqueda infinita de un saber perdido.

El santo Grial se aparece a los caballeros de la tabla redonda, en el Libro de Lanzarote del Lago , de Gauthier Moab, siglo XV, ms. fr. 120, fol. 524v, París, Bibliothèque Nationale de France.

¿DÓNDE ESTÁ EL GRIAL? En cualquier caso, a partir de Boron el Grial estará en Avalon, y los caballeros de la tabla redonda, los grandes personajes del ciclo de Bretaña como Perceval, Lancelot, Galaad y otros, emprenderán su búsqueda

en varias ocasiones. Luego la leyenda posterior presentará a estos caballeros como héroes dedicados exclusivamente a la protección de doncellas indefensas, si bien en el ciclo artúrico no solo aparecen también doncellas un tanto agresivas, sino que la máxima ocupación de un caballero será vagar por tierras de Cornualles en busca de otros caballeros para retarlos en duelo, que a veces es a muerte, por el puro placer de la lucha caballeresca.

¿Dónde estaba Avalon? Sobre este punto la tradición ha dado rienda suelta a la imaginación, pero la tradición que aún hoy mueve a miles de turistas o de devotos del Grial la identifica con la ciudad de Glastonbury, en Somerset.

Una de las razones que han inducido a fantasear sobre Glastonbury es que en 1191, en las cercanías de la vieja iglesia los monjes encontraron una piedra con la siguiente inscripción (latina): «Aquí yace el famoso rey Arturo, con su segunda mujer Ginebra, en la isla de Avalon».

Como reza una lápida que todavía se puede ver en el lugar, en 1278 los restos mortales de Arturo y Ginebra fueron enterrados en el interior de la abadía, en presencia del rey Eduardo I, y desaparecieron con la destrucción de la abadía en 1539. En efecto, Robert de Boron cuenta que Arturo, profundamente abatido por la traición de su mujer Ginebra y la muerte del amado Galván, cae herido de muerte en su último combate, pero afirma que no morirá, sino que mandará que le lleven a Avalon para que su hermanastra Morgana le cure las heridas. Prometió volver, pero desde entonces ya no se supo más de él. En cualquier caso, si se retiró a Glastonbury, nadie podrá rezar ya sobre su tumba.

George Arnald, Ruinas de la abadía de Glastonbury , siglo XIX, colección particular.

Debemos preguntarnos aún dónde estaba el palacio de Camelot. Ausente en los primeros textos del ciclo artúrico, el nombre aparece en las novelas francesas del siglo XII (lo cita por primera vez Chrétien de Troyes en *El caballero de la carreta*). Robert de Boron habla del reino artúrico en Logres, pero en galés Lloegr es un nombre de origen incierto que significa Inglaterra en general. Luego, poco a poco va apareciendo el nombre de Camelot y, por ejemplo, Thomas Malory lo cita repetidas veces en *La muerte de Arturo*. Un pasaje de este texto hace pensar en Winchester, y efectivamente en Winchester se expone en el Grand Hall una tabla redonda que, según una reciente datación hecha con carbono 14, fue construida con árboles cortados en el siglo XIII (y que en su forma actual fue pintada de nuevo entre los siglos XV-XVI).[18] Sin embargo Caxton, el editor de *La muerte de Arturo*, se inclinaba por situar Camelot en Gales.

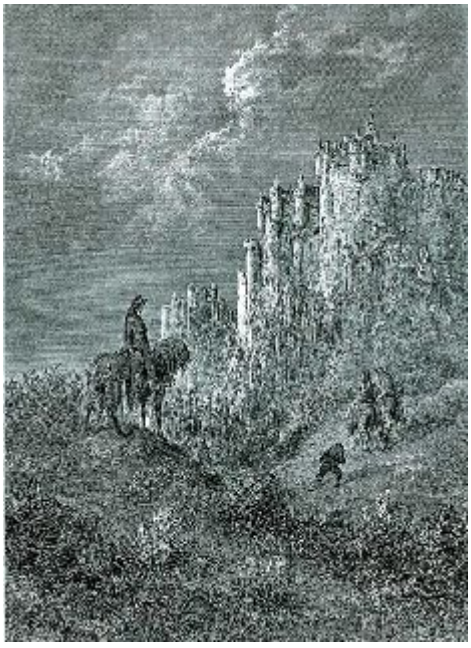
La tabla redonda de Arturo montada en el Grand Hall del castillo de Winchester.

En resumen, la ubicación de Camelot, incluso para los devotos del Grial, es más imprecisa que la de Avalon, pero en la imaginación popular ha arraigado la imagen de un Camelot fabuloso difundida (por no hablar de la obra de Mark Twain de 1889 *Un yanqui en la corte del rey Arturo*) por la industria cinematográfica y televisiva, que ha creado infinitas historias sobre el palacio de Arturo, desde el Parsifal de 1904, al famosísimo musical *Camelot* de 1960, y hasta nuestros días.

Las vicisitudes de Camelot no se limitan a los textos franceses e ingleses, sino que intervienen también autores alemanes, sin duda poco interesados en celebrar los fastos de la cultura anglo-normanda, de modo que en el *Parzival* de Wolfram von Eschenbach (del siglo XIII) no solo el cáliz se convierte en una piedra, como hemos visto, sino que el rey herido se convierte en Amfortas y el *lapis* se conserva en un lugar de difícil ubicación, el Muntsalväsche. En otra novela, *Jüngerer* Titurel de Albrecht von Scharfenberg, el Muntsalväsche aparece en Galicia, y el Grial es custodiado en un inmenso templo circular, el Gralsburg. Desde esta perspectiva, al margen del considerable desplazamiento geográfico, el templo recuerda al de Jerusalén, y no es casual que en el *Parzival* los caballeros que custodian el Grial sean templarios, de modo que en el futuro se fundirán a la vez los

dos mitos, aunque en tiempos de Wolfram los templarios vivían aún tranquilos y satisfechos en sus encomiendas y no se habían convertido todavía en mártires y fundadores de sectas tan misteriosas como inexistentes. En el *Titurel*, el Grial incluso es trasladado al reino del Preste Juan, y es entonces cuando se funden realmente dos mitos: el de la sagrada piedra y el del fabuloso reino del Preste.

Por no hablar del cúmulo de interpretaciones alquimistas que interpretarán el *lapis exillis* como *lapis elisir*, esto es, como piedra filosofal, mientras que otros lo interpretarán como *lapis ex coelis* y hablarán de una estrella caída que habría adornado la corona de Lucifer.



Gustave Doré, Camelot, en Idilios del rey , de Alfred Tennyson, 1859-1885.

EL RENACIMIENTO ROMÁNTICO DEL MITO. Si consideramos la historia del Grial, vemos que con el fin de la Edad Media cesó también la producción de novelas del ciclo de Bretaña y parece que la sagrada copa ya no fascinaba a los

hombres del Renacimiento, del barroco o de la Ilustración. En cambio, el mito floreció de nuevo en la época romántica.

Friedrich Schlegel y su mujer Dorothea Mendelssohn recuperaron la historia de Merlín a principios del siglo XIX, y en Inglaterra Tennyson dedicó algunos de sus versos a aspectos de la leyenda artúrica, como por ejemplo *La dama de Shalott*, poema inspirado en hechos narrados en *La muerte de Arturo*, de Malory. *La dama de Shalott* vive cerca de Camelot, víctima de una maldición de la malvada Morgana: morirá si dirige la mirada hacia Camelot. Así pasa la vida encerrada en su torre, observando el mundo exterior a través de un espejo. Pero un día ve en el espejo la imagen de Lanzarote y se enamora perdidamente, aunque sabe que el caballero ama a la reina Ginebra. Sabiendo que ha de morir, huye en una barca para alejarse todo lo posible de su amado. La barca es arrastrada por la corriente del río Avon hacia Camelot, y la dama muere cantando.

Los pintores prerrafaelitas realizaron las más hermosas representaciones de las aventuras de la tabla redonda, en el marco de un retorno a la espiritualidad medieval; y la imagen del Grial reapareció en muchos rituales masónicos y en las reuniones secretas de los rosacrucianos. De hecho, un autor extravagante, Joséphin Péladan, fundó a finales del siglo XIX la Orden de la Rosacruz, del Templo y del Grial.

Finalmente, el ciclo de Bretaña inspiró los frescos del castillo de Neuschwanstein en Baviera, delirante evocación promovida por un rey loco, Luis II de Baviera, fascinado por el resurgimiento wagneriano.

En efecto, Wagner se había apoderado del relato de Eschenbach, tanto en el *Lohengrin* como en el *Tristán* y en el *Parsifal* (donde el tema de la búsqueda del Grial se torna abiertamente iniciático), y el lugar de la custodia, tal vez por inspiración del Muntsalväsche de Wolfram, se convierte en Montsalvat.

Anthony Frederick Augustus Sandys, El hada Morgana, reina de Avalon , 1864, Birmingham Museums and Art Gallery.

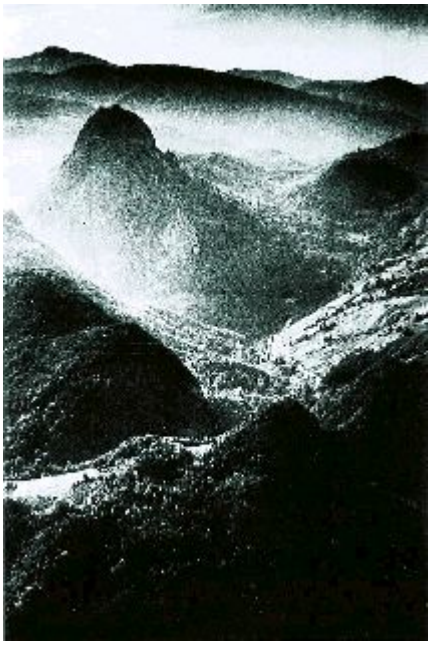
Sir Edward Burne-Jones, El último sueño de Arturo, siglo XIX, Puerto Rico, Museo de Arte de Ponce.

EL DESPLAZAMIENTO A MONTSÉGUR. ¿Dónde está Montsalvat? Para algunos, el nombre evocaba Montségur, la fortaleza pirenaica de los cátaros y su último baluarte antes de su completa destrucción. Ahora bien, para los ocultistas de todos los tiempos los cátaros no fueron solo herejes sino custodios de una gnosis, de un saber secreto. Era relativamente fácil que el secreto del Grial acabara fundiéndose con el secreto de los cátaros. La identificación se produjo ya en el siglo XIX, primero por obra de Claude Fauriel (1846) y luego de Eugène Aroux (1858), extravagante personaje ocultista rosacruz que dedicó parte de su obra a hablar de una secta de los fieles de amor a la que habría pertenecido Dante, próximo a la herejía cátara, y a establecer luego una relación entre Grial, catarismo y países provenzales *(Los misterios de la caballería y del amor platónico en la Edad Medid)*, sin olvidar las relaciones con la masonería que le parecían evidentes.

Dante Gabriel Rossetti, Sir Galahad , 1857, Londres, Tate Gallery.

Algunas de estas tabulaciones tuvieron muchos seguidores en Provenza a principios del siglo XX, tal vez por

motivos incluso regionalistas y turísticos, pero el defensor más interesante de esta tesis fue un curioso personaje: el erudito alemán, alpinista y espeleólogo, y posteriormente oficial de las SS, **Otto Rahn**.



Ruinas de Montségur fotografía de Otto Rahn.

La versión del mito por parte de Von Eschenbach, unida a la mística popular wagneriana, su interés por el ideal de «pureza» del catarismo, que a los ojos de Rahn evocaba la pureza de los caballeros templarios, la idea de que eran herederos de un saber «hiperbóreo» de los antiguos druidas y del otro ideal naciente de una pureza aria que se cultivaba en los ambientes protonazis, empujaron a Rahn a realizar, entre 1928 y 1932, una serie de investigaciones en España, Italia y Suiza, pero sobre todo en Languedoc, entre las ruinas de Montségur.

Allí Rahn tuvo conocimiento de una tradición según la cual la noche antes del asalto final a la fortaleza de los herejes, tres cátaros pusieron a salvo las reliquias del rey de los

merovingios, Dagoberto. Rahn estaba convencido de que entre aquellas reliquias se encontraba también el Grial, puesto que ya había establecido una relación indiscutible entre druidas, cátaros, templarios y los caballeros de la tabla redonda.

Las conexiones herméticas siempre son fulgurantes y, a la luz de este fulgor, Rahn decidió que los cátaros de Montségur eran descendientes de los druidas que se habían convertido al maniqueísmo. La prueba, al menos para él, era el hecho de que sus sacerdotes fueran afines a los «perfectos» cátaros. La sabiduría secreta de los cátaros habría sido preservada por los últimos trovadores, cuyas canciones —en apariencia dedicadas a sus damas— se referían a Sofía, la sabiduría de los gnósticos.

Al explorar Montségur y sus alrededores, Rahn descubrió pasajes secretos subterráneos y cuevas en las que imaginó prodigiosos rituales del Grial, y afirmó que había encontrado cámaras con las paredes cubiertas de símbolos templarios junto a emblemas de los cátaros. El dibujo de una lanza le hizo pensar de inmediato en la lanza de Longino, poniendo de relieve una vez más las relaciones con la simbología del Grial.

De ahí (aunque distintos estudiosos de la mística del Grial y del catarismo han subrayado que en los textos que aún conservamos de los cátaros nunca se menciona el Grial), surge la leyenda de que Rahn había encontrado por fin el Grial y de que este estuvo custodiado hasta el final de la Segunda Guerra Mundial en Wewelsburg, el castillo de las SS próximo a Paderborn.

El hombre verde en la capilla de Rosslyn, Escocia.

A partir de 1933 Rahn vivió en Berlín. Su dedicación a nuevos estudios sobre el Grial y su búsqueda de una primigenia religión tradicional, la religión de la luz, atrajo la atención del jefe de las SS, Heinrich Himmler, quien convenció a Rahn de que ingresara oficialmente en las Schutzstaffel.

Sabemos que Otto Rahn cayó en desgracia ante la jerarquía nazi en 1937 (sospechoso de homosexualidad y, según se dice, de tener orígenes judíos) y por motivos disciplinarios se le asignaron distintas tareas en el campo de concentración de Dachau. No había sido un buen currículum, aunque en el invierno de 1938-1939 abandonó las SS. Pocos meses más tarde fue encontrado muerto entre las nieves de las montañas tirolesas, y el misterio de su muerte (¿accidente?, ¿suicidio?, ¿decisión de los jefes nazis de hacer callar al poseedor de secretos tan comprometidos?, ¿castigo a un disidente?) nunca se ha resuelto.[19]

Por otra parte, el mito de un Grial «pirenaico», como lo ha bautizado Zambon (2012) no sedujo solo a los nazis. Ya en los años treinta, se constituyó también en el sur de Francia una Société des Amis de Montségur et du Saint Graal (para la que el Grial, más que una realidad visible, como para Rahn, era un concepto místico), que pretendía luchar contra el nazismo en nombre de una espiritualidad occitana.

En cualquier caso y gracias a estas dos místicas opuestas, además de a los peregrinos que se dirigen a Glastonbury, o recorren: Galicia sin saber dónde identificar el Gralsburg, tenemos asimismo las peregrinaciones a Montségur, que compiten con las peregrinaciones a la vecina Lourdes.

Detalle de la iglesia de la Gran Madre de Dios, Turín.

EL VIAJE DEL GRIAL. Por otra parte, según una tradición arraigada, muchos de los episodios de la vida de Merlín y Morgana no sucedieron en Inglaterra sino en Francia, en el bosque de Brocelandia, que hoy se suele identificar con el bosque de Paimpont, cercano a Rennes. Pero si no es Brocelandia el lugar que se relaciona tradicionalmente con el Grial, podemos citar otra docena de lugares donde las fuentes más dispares sostienen que se oculta la sagrada copa, desde el castillo de Gisors hasta el Castel del Monte en Apulia o el castillo de Roseto Capo Spulico en Calabria (por asociación del Grial con la leyenda federiciana), la capilla de Rosslyn en Escocia (al menos gracias a la fantasía de Dan Brown con el *Código Da Vincí*), Canadá, Narta Monga en las montañas del Cáucaso, la Gran Madre di Dio en Turín, San Juan de la Peña, etc.

La sombra de Montségur pesará sobre la última encarnación del Grial, la de Rennes-le-Château. Ahora bien, como lo que pretendemos hacer es una «historia» de las tierras legendarias, el respeto a la cronología nos obliga a tratar este hecho en el capítulo final, donde hablaremos de un lugar *real* que se convierte en legendario a través de una colosal mixtificación, signo de que las tradiciones no tienen por qué ser necesariamente muy antiguas, sino que pueden crearse *ex novo* para ser vendidas a compradores crédulos.

Puerta de la pescadería, arquivolta decorada con escenas del ciclo artúrico, 1100, cara norte, catedral de Módena.

EL GRIAL

HÉLINAND DE FROIDMONT (siglo XIII)

«Chronicon», en *Patrología latina*, 212, 814

En aquella época, en Britania, un eremita tuvo la visión de san José, el decurión que bajó el cuerpo de Nuestro Señor de la cruz, y de la escudilla o plato con la que el Señor cenó con sus discípulos. Ese mismo eremita contó la historia de esa escudilla, llamada la «historia del Grial». Con la palabra *Gradals* o *gradale* los franceses designan una escudilla ancha y más bien honda donde los ricos suelen disponer deliciosas viandas junto con su salsa, una después de otra *(gradatim)*, un trozo después de otro, en distintas capas. La escudilla se denomina comúnmente *Graalz*, ya que es una cosa apetecible y agradable comer con ella, ya sea por el contenedor, por lo común de plata o de otro material precioso, ya sea por el contenido, una secuencia variada de deliciosas viandas. Esta historia no he podido hallarla en lengua latina, sino que solo se encuentra en lengua francesa; y tampoco se encuentra íntegra.

Los caballeros de la tabla redonda , pintura sobre papel, siglo XIII, París, Bibliothèque Nationale de France.

PALABRAS DE MERLÍN A ARTURO

ROBERT DE BORON (siglos XII-XIII)

Merlín

Merlín le dijo a Arturo: Arturo, sois rey por la gracia de Dios. Vuestro padre Uther fue un hombre de gran valor: en su época fue creada la tabla redonda, para simbolizar aquella en la que se sentó nuestro Señor el Jueves Santo, cuando anunció la traición de Judas. Se construyó sobre el modelo de la mesa de José, que a su vez fue instaurada por medio del Grial, cuando separó a los buenos de los malos. […]

Sucedió una vez que el Grial fue confiado a José mientras se hallaba en la cárcel: fue Nuestro Señor en persona quien se lo llevó. Una vez que salió de la prisión, José se adentró en un desierto junto con una gran parte del pueblo de Judea.

[…] José se puso delante del vaso y rogó a nuestro Señor que le revelara lo que debía hacer. Y entonces se manifestó la voz del Espíritu Santo y le dijo que construyera una mesa. Así lo hizo José. Cuando estuvo hecha, puso sobre ella su vaso y ordenó a la gente que se sentara; los que estaban libres de pecado se sentaron a la mesa, en cambio los que eran culpables se marcharon, incapaces de permanecer a su lado. En esta mesa había un puesto vacío: creyó José que nadie debía ocupar el sitio que había pertenecido a nuestro Señor. […]

Sabed, pues, que nuestro Señor instituyó la primera mesa; José creó la segunda; y yo, en tiempos de vuestro padre Uther Pendragon, hice construir la tercera, que está destinada a ser muy gloriosa: en todo el mundo se hablará de la caballería que reuniréis a su alrededor en vuestro tiempo. Sabed además que

José, a quien se le había confiado el Grial, lo dejó a su muerte a su cuñado, que se llamaba Bron. Este tenía doce hijos, uno de los cuales se llamaba Alán: a él le confió Bron, el Rey Pescador, la custodia de sus hermanos. Por orden de nuestro Señor, Alán, que había partido de Judea, se dirigió hacia estas islas de Occidente y llegó con su pueblo a nuestro país. El rey Pescador reside en las islas de Irlanda, en uno de los más bellos lugares del mundo. Pero sabed que se encuentra en la peor situación que jamás haya conocido un hombre, pues está gravemente enfermo. Sin embargo, puedo aseguraros que, por viejo y enfermo que esté, no puede morir hasta que un caballero de la tabla redonda haya realizado tantas gestas de guerra y de caballería —en torneos y en la búsqueda de aventuras— que se convierta en el más famoso del mundo.

Cuando haya alcanzado tal gloria que pueda ir a la corte del rico Rey Pescador y le haya preguntado para qué fin sirvió el Grial y para cuál sirve, el rey quedará inmediatamente curado y, tras haberle revelado las palabras secretas de nuestro Señor, pasará de la vida a la muerte. Este caballero tendrá la custodia de la sangre de Jesucristo. Así se romperán los encantamientos en la tierra de Bretaña y la profecía se habrá cumplido por completo.

Wilhelm Hauschild, El milagro del Graal , siglo XIX, castillo de Neuschwanstein.

LAS APARICIONES DEL GRIAL

CHRÉTIEN DE TROYES (siglo XII)

El cuento del Grial

Había dentro tanta luz como se podría conseguir con velas en un albergue. Mientras hablaban de una cosa y otra, un criado vino de una habitación sujetando una blanca lanza empuñada por el centro, pasa entre el fuego y los que estaban sentados en la cama, y todos los de allí vieron la lanza blanca y el hierro blanco, y desde la punta salía una gota de sangre que corría hasta la mano del criado. Esta cosa admirable vio el muchacho, que allí había llegado aquella misma noche, y se abstiene de preguntar cómo ocurría aquello, pues se acordaba del consejo que le había dado el caballero al enseñarle y recomendarle que se guardara de hablar mucho; teme que si preguntaba se lo tomaran como simpleza, y por eso no pregunta nada.

Entonces llegaron otros dos criados, con candelabros de oro puro en la mano, trabajado con nieles. Los criados que llevaban los candelabros eran muy bellos. En cada candelabro ardían al menos diez velas; una doncella que venía con los criados, bella, agradable y bien ataviada, sujetaba un grial entre las dos manos. Cuando entró allí con el grial que llevaba sobrevino tan gran claridad que todas las velas perdieron su luz como las estrellas y la luna cuando sale el sol. Detrás de ella venía otra que llevaba un plato de plata. El grial, que iba delante, era de fino oro puro; tenía piedras preciosas de muchas clases, de las más ricas, de las más caras que hay en el mar y en la tierra: a todas las demás piedras superaban las del grial, sin duda. Igual que la lanza, pasaron por delante de él y fueron de una habitación a otra.

El muchacho los vio pasar y no se atrevió a preguntar a quién servían con el grial, pues él siempre recordaba en el corazón las palabras del noble sabio.

ROBERT DE BORON (siglos XII-XIII)

Perceval

Mientras estaban a la mesa y se servía el primer plato, vieron salir de una habitación una joven magníficamente ataviada, que llevaba un paño en torno al cuello y sujetaba con las dos manos dos pequeños platos de plata. Detrás de ella entró un muchacho que llevaba una lanza: del hierro de la lanza caían tres gotas de sangre. Entraron en la habitación pasando por delante de Perceval. Luego entró otro joven, que llevaba en la mano el vaso que nuestro Señor le dio a José en la cárcel; lo sostenía entre las manos con gran reverencia. Cuando el señor lo vio, se inclinó ante él y recitó el mea culpa; la gente del castillo hizo lo mismo. Perceval se quedó muy sorprendido ante esta escena y de buen grado hubiera hecho alguna pregunta a su huésped si no hubiese temido contrariarle. Estuvo pensando en ello toda la noche, pero se acordó de que su madre le había recomendado que no hablara demasiado y no hiciera demasiadas preguntas. Por eso decidió no preguntar nada; el señor dirigía la conversación hacia temas que pudieran inducir a Perceval a preguntarle, pero este no lo hizo; estaba tan exhausto por las dos noches que llevaba sin dormir que temía caer sobre la mesa. Entretanto volvió el joven que portaba el Grial y regresó de nuevo a la habitación de la que había salido antes; lo mismo hizo el joven que sostenía la lanza, y la muchacha les siguió. Tampoco en esta ocasión Perceval hizo pregunta alguna. Viendo que seguía sin preguntar, Bron, el rey Pescador, se quedó muy afligido. Hacía que llevaran el Grial ante todos los caballeros que hospedaba, porque nuestro Señor le había hecho saber que solo se curaría cuando un caballero le preguntara para qué servía; ese caballero sería el mejor del mundo. Perceval era el destinado a cumplir esta misión; si hubiera hecho la pregunta, el rey se habría curado.

Perlesvaus (siglo XIII), cap. VI

Precisamente entonces salieron de una capilla dos damiselas, caminando la una al lado de la otra. Una sostenía entre las manos el Santísimo Grial, y la otra la lanza de cuya punta gotea la sangre. Entraron en la sala donde los caballeros

y Galván estaban comiendo. La fragancia que exhalaba el Vaso era tan dulce y santa que todos se olvidaron de comer. Galván miró el Grial, y le pareció ver un cáliz de una forma inusitada en aquellos tiempos. Al mirar la punta de la lanza que goteaba sangre bermeja, le pareció reconocer dos ángeles que llevaban dos candelabros de oro con velas encendidas. Las muchachas pasaron por delante de Galván y entraron en otra capilla. Galván estaba totalmente absorto en sus pensamientos, embargado por una felicidad tan intensa que solo lograba pensar en Dios. Los caballeros le miraron con tristeza y preocupación. Las dos damiselas salieron en aquel momento de la capilla y volvieron a pasar por delante de Galván. A este le pareció ver tres ángeles, y antes solo había visto dos, y también le pareció ver en el Grial el perfil de un niño. […]

Edward Burne-Jones, El descubrimiento del Santo Grial , 1894, Birmingham Museums and Art Gallery.

Cuando alzó la vista, le pareció que el Grial estaba suspendido en el aire, que había sobre él un hombre crucificado, con una lanza clavada en el costado. Galván la vio, su corazón está henchido de piedad, y no consiguió ver otra cosa que no fuera el dolor del rey.

La queste del sant Graal (siglo XIII)

Estaban ya todos sentados y en silencio cuando resonó el fragor de un trueno tan fuerte y violento que temieron que el palacio fuera a derrumbarse. Inmediatamente penetró un rayo de Sol que esparció por toda la sala una extraordinaria claridad. Todos se sintieron como si hubieran sido iluminados por la gracia del Espíritu Santo y empezaron a mirarse el uno al otro, preguntándose de dónde provenía esa luz; pero

ninguno de los presentes estaba en condiciones de pronunciar palabra; todos se quedaron mudos. Permanecieron largo tiempo sin poder hablar, mirándose unos a otros como bestias mudas; entró entonces en la sala el Santo Grial cubierto con un paño de seda blanca, pero nadie pudo ver quién lo llevaba.

El Grial entró por la puerta principal del palacio y, en cuanto estuvo dentro, el palacio se llenó de fragancias como si se hubieran esparcido todas las especias del mundo. Fue hasta el centro de la sala y dio la vuelta alrededor de cada mesa; y a medida que pasaba, en cada sitio se disponía el alimento deseado por el comensal. En cuanto estuvieron todos servidos, el Santo Grial desapareció de tal modo que nadie supo qué había sido de él ni adonde había ido. […]

«Sir —dijo Galván—, hay otra cosa que todavía no sabéis: a cada uno de los aquí presentes le ha sido servido lo que en su corazón deseaba, como solo ha sucedido en la corte del Rey Herido. Pero todos nosotros estamos tan corrompidos que no hemos podido ver de forma clara y distinta el Santo Grial, es más, su verdadero aspecto se nos ha mantenido oculto. Por eso hago votos ahora de empezar mañana por la mañana sin más tardanza la búsqueda, que prolongaré durante un año y un día y, si es necesario, incluso más; y no regresaré a la corte, pase lo que pase, antes de haber visto de nuevo el Santo Grial mejor de lo que lo he podido ver hoy, si es que es justo que pueda o deba verlo. Y si tal privilegio no me corresponde, regresaré.»

WOLFRAM VON ESCHENBACH (1170-1220)

Parzival, IX, 454, 1-30

El pagano Flegetanis

descubrió en la constelación de las estrellas

ocultos secretos

de los que hablaba con temor.
Habló de un objeto que se llamaba Grial;
este nombre lo leyó claramente en las estrellas:
«Un grupo de ángeles lo dejó en tierra
y luego se elevó más allá de las estrellas,
y, tal vez limpios de su culpa,
entraron otra vez en el cielo.
Desde entonces lo custodian
cristianos de corazón también puro.
El que es designado por el Grial
es hombre de gran valor».

WOLFRAM VON ESCHENBACH (1170-1220)

Parzival, IX, 469, 2-8
Quiero deciros de qué se alimentan:
viven de una piedra, que es toda pureza.
Si no la conocéis,
debemos nombrarla.
Se llama *lapsit exillis*.
También lleva el nombre de Grial.

THOMAS MALORY

La muerte de Arturo, XIII (1485)

Walter Crane, Sir Galaad frente al rey Arturo , c. 1911, colección particular.

Una vez dentro ya de los muros de Camelot, el rey y los barones fueron a rezar las vísperas a la catedral y luego a cenar, donde cada uno de los caballeros ocupó su puesto, como antes. Pero he aquí que, entre repentinos estallidos y fragor de truenos que hicieron temer que el palacio se estuviera derrumbando, penetró en la sala un rayo de Sol siete veces más vívido de lo que jamás se había visto y todos fueron investidos de la gracia del Espíritu Santo. Mirando a su alrededor, los caballeros observaron que los otros parecían irradiados de belleza, pero no pudieron pronunciar una sola palabra. Luego, apareció el Santo Grial cubierto por un manto de terciopelo blanco, de modo que nadie pudo verlo o saber quién lo llevaba, y la sala se llenó de perfumes. […] Tras haber cruzado toda la sala, el sagrado vaso desapareció de golpe, y solo entonces recuperaron los presentes la voz, y el rey dio gracias a Dios por la benevolencia que había mostrado con ellos. «Hoy nos han servido las viandas y bebidas que preferimos —declaró luego sir Galván— pero no hemos

podido ver el Santo Grial, que se ha presentado cubierto por un manto precioso. Hago pues voto de que a partir de mañana por la mañana comenzaré la búsqueda del sagrado vaso y permaneceré alejado de la corte durante un año y un día, o más si fuera preciso, hasta que lo haya visto con mayor claridad. Si esto no me fuera posible, regresaré aquí aceptando la voluntad de Dios.» Entonces los caballeros de la tabla redonda se pusieron en pie y pronunciaron el mismo juramento, con gran pesar del rey que comprendió que no podría impedirles hacer aquello a lo que se habían comprometido.

Edwin Austin Abbey, Galaad y el Santo Grial , 1895, colección particular.

EL GRIAL NO ESTA EN NINGUNA PARTE

JULIUS EVOLA

El misterio del Grial (1937)

Dijo Píndaro que al país de los hiperbóreos no se llega ni por mar ni por tierra y que solo a héroes como Hércules les fue concedido encontrar el camino. En la tradición extremo-oriental, se dice que la isla, en el extremo de la región septentrional, solo se puede alcanzar con el vuelo del espíritu, y en la tradición tibetana se dice que Sambhala, el místico lugar septentrional que ya hemos visto que guarda relación con el Kalkiavatara, «se encuentra en mi espíritu». Este tema también aparece en la saga del Grial. El castillo del Grial, en la *Queste*, es denominado *palais spirituel*, y en el *Perceval li Gallois*, «castillo de las almas» (en el sentido de seres espirituales). […] Y si Plutarco refiere que en el reino hiperbóreo la visión de Cronos se produce en el estado de sueño, en *La muerte de Arturo*, Lanzarote tiene la visión del Grial en un estado de muerte aparente, y en un estado, que no se sabe si es de sueño o de vigilia, en la *Queste* tiene la visión del caballero herido que se arrastra hasta el Grial para aliviar sus sufrimientos. Son experiencias que van más allá de los límites de la conciencia ordinaria.

A veces, el castillo se presenta como invisible e inalcanzable. Solo a los elegidos les es dado encontrarlo, o por una feliz casualidad, o por un encantamiento; de no ser así, se sustrae a los ojos del que lo busca. […]

La sede del Grial siempre aparece como un castillo o como un palacio real fortificado, nunca como una iglesia o un templo. Solo en los textos más tardíos se empieza a hablar de un altar, o capilla, del Grial, en relación con la forma más cristianizada de la saga, en la que el Grial acaba confundiéndose con el cáliz de la Eucaristía. Sin embargo, en las redacciones más antiguas de la leyenda no hay nada parecido; y la conocida estrecha relación del Grial con la espada y la lanza, además de con una figura de rey, o de rasgos reales, basta para permitirnos considerar extrínseca esta posterior formulación cristianizada. El centro del Grial hay que defenderlo «hasta con la última gota de sangre» y, sobre esta base, no solo no puede ponerse en relación con el cristianismo y con la Iglesia que, como se ha dicho, pretende ignorar constantemente este ciclo de mitos, sino, más en general, tampoco con un centro de tipo religioso o místico. Se

trata más bien de un centro iniciático que conserva el legado de la tradición primordial, según la unidad indivisa, que le es propia, de las dos dignidades: la real y la espiritual.

John William Waterhouse, La dama de Shalott , 1888, Londres, Tate Gallery.

LA DAMA DE SHALOTT

ALFRED TENNYSON

La dama de Shalott (1842)

A ambos lados del río se despliegan
sembrados de cebada y de centeno
que visten la meseta y el cielo tocan;
y corre junto al campo la calzada
que va hasta Camelot la de las torres;
y va la gente en idas y venidas,

donde los lirios crecen contemplando,
en torno de la isla de allí abajo,
la isla de Shalott.
El sauce palidece, tiembla el álamo,
cae en sombras la brisa, y se estremece
en esa ola que corre sin cesar
a orillas de la isla por el río
que fluye descendiendo a Camelot.
Cuatro muros y cuatro torres grises
dominan un lugar lleno de flores,
y en la isla silenciosa vive oculta
la dama de Shalott.
Junto al margen velado por los sauces
deslízanse las gabarras tiradas
por morosos caballos. Sin saludos,
pasa como volando la falúa.
con su vela de seda a Camelot:
mas ¿quién la ha visto hacer un ademán
o la ha visto asomada a la ventana?
¿O es que es conocida en todo el reino,
la dama de Shalott?
Solo al amanecer, los segadores
que siegan las espigas de cebada
escuchan la canción que trae el eco
del río que serpea, transparente,
y que va a Camelot la de las torres.
Y con la luna, el segador cansado,
que apila las gavillas en la tierra,

susurra al escucharla: «Esa es el hada,
la dama de Shalott».
Allí está ella, que teje noche y día
una mágica tela de colores.
Ha escuchado un susurro que le anuncia
que alguna horrible maldición le aguarda
si mira en dirección a Camelot.
No sabe qué será el encantamiento,
y así sigue tejiendo sin parar,
y ya solo de eso se preocupa
la dama de Shalott.
Y moviéndose en un límpido espejo
que está delante de ella todo el año,
se aparecen del mundo las tinieblas.
Allí ve la cercana carretera
que abajo serpea hasta Camelot:
allí gira del río el remolino,
y allí los más cerriles aldeanos
y las capas encarnadas de las mozas
pasan junto a Shalott.
A veces, un tropel de damiselas,
un abad tendido en almohadones,
un zagal con el pelo ensortijado,
o un paje con vestido carmesí
van hacia Camelot la de las torres.
[…]
Pero aún ella goza cuando teje
las mágicas visiones del espejo:

a menudo en las noches silenciosas
un funeral con velas y penachos
con su música iba a Camelot;
o cuando estaba la Luna en el cielo
venían dos amantes ya casados.
«harta estoy de tinieblas», se decía
la dama de Shalott.
A un tiro de flecha de su alero
cabalgaba él en medio de las mieses:
venía el Sol brillando entre las hojas,
llameando en las broncíneas grebas
del audaz y valiente Lanzarote.
Un cruzado por siempre de rodillas
ante una dama fulgía en su escudo
por los remotos campos amarillos
cercanos a Shalott.
Lucía libre la enjoyada brida
como un ramal de estrellas que se
ve prendido de la áurea galaxia.
Sonaban los alegres cascabeles
mientras él cabalgaba a Camelot:
y de su heráldica trena colgaba
un potente clarín todo de plata;
tintineaba, al trote, su armadura
muy cerca de Shalott.
Bajo el azul del cielo despejado
su silla tan lujosa refulgía
el yelmo y la alta pluma sobre el yelmo

como una sola llama ardían juntos
mientras él cabalgaba a Camelot.
Tal sucede en la noche purpúrea
bajo constelaciones luminosas,
un barbado meteoro se aproxima
a la quieta Shalott.
Su clara frente al Sol resplandecía,
montado en su corcel de hermosos cascos;
pendían de debajo de su yelmo
sus bucles que eran negros cual tizones
mientras él cabalgaba a Camelot.
Al pasar por la orilla y junto al río
brillaba en el espejo de cristal.
«tiroliro», por la margen del río
cantaba Lanzarote.
Ella dejó el paño, dejó el telar,
a través de la estancia dio tres pasos,
vio que su lirio de agua florecía,
contempló el yelmo y contempló la pluma,
dirigió su mirada a Camelot.
Salió volando el hilo por los aires,
de lado a lado se quebró el espejo.
«Es esta ya la maldición», gritó
la dama de Shalott.
Al soplo huracanado del levante,
los bosques sin color languidecían;
las aguas lamentábanse en la orilla;
con un cielo plomizo y bajo, estaba

lloviendo en Camelot la de las torres.
Ella descendió y encontró una barca
bajo un sauce flotando entre las aguas,
y en torno de la proa dejó escrito
la dama de Shalott.
Y a través de la niebla, río abajo,
cual temerario vidente en un trance
que ve todos sus propios infortunios,
vidriada la expresión de su semblante,
dirigió su mirada a Camelot.
Y luego, a la caída de la tarde,
retiró la cadena y se tendió;
muy lejos la arrastró el ancho caudal,
la dama de Shalott.
Echada, toda de un níveo blanco
que flotaba a los lados libremente
—leves hojas cayendo sobre ella—,
a través de los ruidos de la noche
fue deslizándose hasta Camelot.
Y en tanto que la barca serpeaba
entre cerros de sauces y sembrados,
cantar la oyeron su canción postrera,
la dama de Shalott.
Oyeron un himno doliente y sacro
cantado en alto, cantado quedamente,
hasta que se heló su sangre despacio
y sus ojos se nublaron del todo
vueltos a Camelot la de las torres.

Cuando llegaba ya con la corriente
a la primera casa junto al agua,
cantando su canción, ella murió,
la dama de Shalott.
Por debajo de torres y balcones,
junto a muros de calles y jardines,
su forma resplandeciente flotaba,
su mortal palidez entre las casas,
ya silenciosamente en Camelot.
Viniendo de los muelles se acercaron
caballero y burgués, señor y dama,
y su nombre leyeron en la proa,
la dama de Shalott.
¿Quién es esta? ¿Y qué es lo que hace aquí?
Y en el cercano palacio encendido
se extinguió la alegría cortesana,
y llenos de temor se santiguaron
en Camelot los caballeros todos.
Pero quedó pensativo Lanzarote;
luego dijo: «Tiene un hermoso rostro;
que Dios se apiade de ella, en su clemencia,
la dama de Shalott».

August Spiess, Parsifal en la corte de Amfortas , 1883-1884, decoración de la sala de los cantores del castillo de Neuschwanstein.

PALABRA DE OTTO RAHN

OTTO RAHN

La corte de Lucifer (1937)

El editor de mi versión de *Parzival* opina que el castillo del Grial de Wolfram debe de estar en los Pirineos. Es posible que los nombres de lugar como Aragón y Cataluña le hayan sugerido esta hipótesis. Los lugareños del Pirineo no están equivocados cuando a sus ruinas del Montségur también las conocen como el castillo de Saint-Graal. Y la nieve por la que

el buscador del Grial, Parzival, debe cruzar a caballo hasta llegar por fin al castillo de la Bienaventuranza bien pudo haber sido la nieve de los Pirineos. El nombre de Muntsalvatsche —que únicamente Wolfram le da al castillo del Grial— significa, como muchos suponen, Monte Salvaje. Está formada sobre la base de la palabra francesa *sauvage*, que proviene del latín *silvaticus* (de silva, bosque). Ahora bien, bosque no falta en la región de Montségur. Además hay que tener en cuenta que en el dialecto local, Monte Salvaje debe pronunciarse *Moun salvatge*. Contradiciendo a Wolfram, su fuente de información, Richard Wagner, el compositor del *Lohengrin* y del *Parzival*, llama al castillo del Grial Montsalvat, que significa Monte de Salvación. Montsalvat y Muntsalvatsche pueden ser considerados ambos, sin ningún problema, como un *Moun Segur*, Monte Seguro o Montaña del Reposo, ya que el castillo de Montségur, cerca del cual vivo, también desde este punto de vista puede ser considerado el tan buscado Castillo del Grial.

El viaje de Mahoma al Paraíso , miniatura persa, 1494-1495, Londres, British Library.

9

ALAMUT, EL VIEJO DE LA MONTAÑA Y LOS ASESINOS

Hemos mencionado Rennes-le-Château. Siempre ha habido lugares reales (que pueden visitarse incluso hoy en día), que se transforman en lugares legendarios, a menudo por razones políticas. Y esto es lo que ocurre con la fortaleza, castillo o roca de Alamut, que se elevaba, y de la que se elevan todavía hoy algunas ruinas, al sudoeste del Caspio.

Alamut, el Nido de las Águilas. Debía de tener un aspecto terrible en la época de su apogeo, especialmente a los ojos de quienes intentaban asediarla, sin éxito, hasta que fue conquistada y destruida por los mongoles en 1256. Tal como era, pero sobre todo tal como nos la ha transmitido la leyenda, construida sobre una elevada cresta de cuatrocientos metros de longitud y apenas unos pocos pasos de anchura, treinta a lo sumo, el que llegaba por el camino de Azerbaiyán tenía la visión de una muralla natural, blanca, deslumbrante a la luz del Sol, azulada al atardecer purpúreo, pálida al despuntar el alba y ensangrentada a la aurora, desvanecida entre las nubes algunos días o refulgente a la luz de los rayos. A lo largo de sus bordes superiores apenas se distinguía un remate impreciso y artificial de torres tetragonales; desde abajo parecía un conjunto de cuchillas rocosas que se precipitaban amenazantes, y la vertiente más accesible era un resbaladizo alud de guijarros. Cuando la fortaleza estaba entera y habitada, se accedía a ella a través de una escalera de caracol secreta excavada en la roca, que podía defenderse con un único arquero. Así ha sido descrita Alamut, la fortaleza inexpugnable de los Asesinos, que solo se podía alcanzar cabalgando sobre las águilas.

La historia de los Asesinos fue elaborada en la Edad Media por cronistas próximos a los cruzados, como Guillermo de Tiro, Gerardo de Estrasburgo o **Arnaldo de Lübeck**, desde **Marco Polo** hasta el más influyente creador moderno del mito **Joseph von Hammer-Purgstall**, autor de *Historia de los Asesinos* (1818).

Hombres en el jardín , miniatura persa, siglo XVII, Nueva Delhi, National Museum of India.

¿Qué ocurría en la fortaleza de Alamut? Al principio estaba dominada por un personaje fascinante, místico y feroz, Hasan-i Sabbah, que reunía allí e incluso criaba desde la infancia a sus acólitos, los *fidã'iyyn* o *fedain*, fieles hasta la muerte, que utilizaba para llevar a cabo sus asesinatos políticos.

Varios estudiosos modernos han intentado redimensionar la leyenda de Hasan, pero la leyenda ha sobrevivido hasta tal punto que todavía hoy utilizamos el término «asesino» —y en inglés *assassination* se refiere a la muerte de una figura

pública por razones políticas— de modo que el término equivale a «sicario»; por no hablar de la aceptación de la discutida etimología según la cual «asesino» derivaría de *hashish*. Sobre la obediencia de los asesinos a su jefe, cuenta el *Novellino* que, estando Federico II de visita en Alamut, el terrible viejo Hasan, para demostrarle su poder, le señaló a dos de sus seguidores que se hallaban en lo más alto de una torre, se tocó la barba, y ambos se precipitaron en el vacío y se estrellaron contra el suelo.

Veamos brevemente algunos datos históricos, no legendarios.

Los habitantes de Alamut eran shiíes, es decir, seguidores del mayor cisma islámico: algunos fieles consideraban a Alí (primo de Mahoma y esposo de Fátima, hija del Profeta) el único y auténtico heredero de Mahoma, mientras que del poder y la sucesión se había apoderado Abu Bakr, que asumió el título de califa, título que luego pasó a Otmán, yerno de Mahoma. Esto dio lugar a una serie de luchas intestinas y de batallas, hasta que Alí fue asesinado. A partir de entonces los discípulos de Alí crearon la doctrina shií (que se opone a la doctrina suní, pretendidamente ortodoxa), permaneciendo fieles a la memoria de Alí como verdadero imán, guerrero y santo, elemento salvífico, al que correspondía el dominio supremo de todo el mundo islámico, y al que se reconocía un origen divino.

Cuando el califa fatimí de El Cairo, al-Mostansir Billah, transfirió la institución del imanato de su hijo al-Nizar al hijo menor al-Musta'li, los seguidores de al-Nizar se separaron como ismailíes de Persia. Al frente de estos fieles se puso Hasan-i Sabbah —convertido en devoto ismailí tras ciertas alternancias espirituales—, que se apoderó de la fortaleza de Alamut en 1090-1091.

La toma de Alamut , manuscrito persa, 1113, fol. 177v, París, Bibliothèque Nationale de France.

Para Henry Corbin (1964), el nombre del ismailismo fue ensombrecido por la «novela negra» construida por los cruzados, por Marco Polo, evidentemente por Hammer-Purgstall, y también Sylvestre de Sacy (1838), quien sostenía que el nombre de «asesinos» procedía de Hashashin, esto es, adictos al *hashish*. A decir verdad, muchas leyendas sobre los asesinos proceden de fuentes musulmanas, pero atengámonos a la reconstrucción no novelesca de los hechos.

Según Corbin, la predicación y el proselitismo de Hasan habrían sido estrictamente espirituales, inspirados en principios esotéricos. Sin embargo, parece que Corbin ignora otros datos históricos según los cuales Hasan no fue solo un maestro espiritual, sino también un político que, para defender sus principios religiosos, fue construyendo poco a poco una serie de fortificaciones desde las que podía controlar todo el territorio circundante; Alamut era considerada la fortaleza más importante, desde la que se vigilaban los caminos hacia Azerbaiyán e Irak. Allí vivió Hasan-i Sabbah y allí permaneció hasta su muerte rodeado de sus fieles.

Hasan era un jefe carismático de severa virtud, e incluso había condenado a muerte a dos de sus hijos: a uno porque bebía vino y al otro porque era culpable de un homicidio. Es cierto que practicó masivamente el asesinato político, y lo

mismo hicieron sus sucesores, entre ellos el temible Sinan, conocido con el apelativo de Viejo de la Montaña, aunque al ir cobrando fuerza la leyenda el apelativo de Viejo de la Montaña se aplicó también a Hasan.

Pese a que los distintos textos medievales que conocemos son posteriores a la muerte de Hasan (1124) y se remontan a la época en que los reinos cruzados de Tierra Santa y Saladino habían mantenido relaciones con la secta dirigida por Sinan, se cuenta que Nizamu'lMulk, primer ministro del sultán, fue apuñalado hasta la muerte por un sicario que se le había acercado vestido de derviche por orden de Hasan, cuando los cruzados todavía luchaban por conquistar Jerusalén. A Sinan se le atribuyó en cambio el asesinato del marqués Conrado de Montferrato. Se dice que había dado instrucciones a dos de sus seguidores, que se introdujeron entre los infieles imitando sus costumbres y su lengua; disfrazados de monjes, mataron al marqués que, ajeno a todo, participaba en un banquete ofrecido por el obispo de Tiro. Pero la historia es confusa, porque algunas fuentes inducen a sospechar que Conrado había sido asesinado por orden de algunos compañeros suyos cristianos, e incluso corrían voces de que el responsable era Ricardo Corazón de León. Como se ve, es muy difícil separar la historia de la leyenda. No obstante, Sinan inspiraba miedo a Saladino y a los cruzados, mientras al mismo tiempo (y también respecto a este punto abundan las leyendas ocultistas) mantenía relaciones poco claras con los caballeros templarios.

Pasemos ahora a la leyenda. Según algunos escritores árabes de la línea suní, y también según los cronistas cristianos, el Viejo de la Montaña había descubierto un método atroz para fidelizar a sus caballeros hasta el sacrificio extremo y convertirlos en invencibles máquinas de guerra. Los llevaba muy jovencitos (otros dicen que desde que nacían) a lo alto de la fortaleza, y en jardines espléndidos los debilitaba a base de placeres, vino, mujeres y flores, los aturdía con *hashish*; cuando ya no eran capaces de renunciar al éxtasis perverso de aquel paraíso fingido, los despertaba de su sueño, los hacía experimentar por primera vez una vida normal y gris, y les planteaba la alternativa: «Si matas a quien te diga, el paraíso

que has abandonado volverá a ser tuyo para siempre; si fracasas, caerás de nuevo en la sordidez».

Los jóvenes, aturdidos por la droga, se sacrificaban para sacrificar, asesinos inevitablemente condenados a ser a su vez asesinados.

En estos términos se propagó a través de los siglos la leyenda de Alamut, que ha inspirado hasta hoy poemas, novelas y películas.

Plano de la película El príncipe de Persia: las arenas del tiempo , 2010.

LOS HASSASSINS

ARNALDO DE LÜBECK (1150-1211 o 1214)

Chronica Slavorum, VII

En tierras de Damasco, Antioquía y Alepo, vive en las montañas una raza de sarracenos que son llamados en vulgar *hassassins* y en lengua romance *segnors de montana*. Esta raza vive sin reglas, y come carne de cerdo, en contra de las leyes de los sarracenos, y cada uno se une sin distinción con cualquier mujer, incluso con la madre o la hermana. Habitan en las montañas, y son casi inexpugnables, porque viven en

castillos extraordinariamente protegidos y su tierra no es muy fértil, de modo que viven del ganado. Tienen un señor que infunde un gran temor a todos los príncipes sarracenos próximos o lejanos, y a los cristianos próximos y poderosos, porque acostumbra a hacerlos matar del modo que os explicaré. Su señor posee bellísimos palacios en las montañas, encerrados entre muros de gran altura, de manera que solo se puede acceder a ellos por un paso que siempre está muy vigilado. En estos palacios, el amo se encarga de la crianza de muchos hijos de campesinos, y los educa enseñándoles diversas lenguas como el latín, el griego, el árabe y otras. Desde la infancia hasta la edad viril, los maestros enseñan a estos jóvenes a obedecer cualquier mandato del señor de aquellas tierras. Si lo hacen, el señor les hará gozar de los placeres del Paraíso por el poder que tiene sobre las cosas divinas. Y se les enseña que no pueden salvarse si se someten a la voluntad de cualquier otro príncipe de la tierra. Encerrados en aquellos palacios desde su nacimiento, no ven otras personas que no sean sus doctores y maestros, ni reciben otra enseñanza hasta que son llamados en presencia de su señor para que maten a alguien. Cuando son recibidos por el príncipe, se les pregunta si prefieren obedecer sus mandatos para obtener el Paraíso. […] Si aceptan, el señor les entrega un puñal de oro, y les envía a matar a algún poderoso.

MARCO POLO (1254-1324)

Viajes, 41-42

Muleet es una región donde tenía por costumbre vivir el Viejo de la Montaña. Os contaré su historia, tal como la oyó repetidas veces micer Marcos. Al Viejo le llamaban en su lengua Aladino. Había hecho construir entre dos montañas, en un valle, el más bello jardín que jamás se vio. En él había los mejores frutos de la tierra. En medio del parque había hecho edificar las más suntuosas mansiones y palacios que jamás vieron los hombres, dorados y pintados de los más

maravillosos colores. Había en el centro del jardín una fuente, por cuyas cañerías pasaba el vino, por otra la leche, por otra la miel y por otra el agua. Había recogido en él a las doncellas más bellas del mundo, que sabían tañer todos los instrumentos y cantaban como los ángeles, y el Viejo hacía creer a sus súbditos que aquello era el Paraíso. Lo había hecho creer porque Mahoma dejó escrito a los sarracenos que los que van al cielo tendrán cuantas mujeres hermosas apetezcan y encontrarán en él caños manando agua, miel, vino y leche. Por esa razón había mandado construir ese jardín, semejante al Paraíso descrito por Mahoma, y los sarracenos creían realmente que aquel jardín era el Paraíso.

En el jardín no entraba hombre alguno, más que aquellos que habían de convertirse en asesinos. Había un alcázar a la entrada, tan inexpugnable, que nadie podía entrar en él, ni por él. El Viejo tenía consigo a una corte de jóvenes de doce a veinte años, a los que adiestraba en el manejo de las armas, convencidos ellos también por lo que dice Mahoma de que aquello era el Paraíso. El Viejo los hacía introducir de a cuatro, de a diez y de a veinte en su mansión; les daba un brebaje para adormecerlos, y cuando despertaban se hallaban en el jardín, sin saber por dónde habían entrado.

Cuando los jóvenes despertaban y se encontraban en el recinto, creían, por las cosas que os he dicho, que se hallaban en el cielo. Damas y damiselas vivían todo el día con ellos, tocando y cantando y dándoles todos los gustos, sometidas a su albedrío. De suerte que estos jóvenes tenían cuanto deseaban, y jamás se hubieran ido de allí voluntariamente. El Viejo, que tenía su corte en una espléndida morada, hacía creer a esos simples montañeses que era el Profeta. Y así lo creían en verdad.

Théodore Chassériau, Tepidarium , 1853, París, Musée d'Orsay.

Cuando el Viejo quería enviar un emisario a cierto lugar para matar a un hombre, hacía que tomaran el brebaje un determinado número de ellos, y cuando estaban dormidos los hacía llevar a su palacio. Cuando despertaban y les decía que debían ir en misión, se asombraban, y no siempre estaban contentos, pues por su voluntad ninguno quería alejarse del Paraíso donde se hallaban. Sin embargo, se humillaban ante el Viejo, pues creían que era el Profeta. El Viejo les preguntaba de dónde venían; ellos contestaban: «del Paraíso», y aseguraban que ese Paraíso era realmente como el que Mahoma describió a sus antepasados, haciéndoles lenguas de cuántas maravillas contenía. Y los que no lo conocían aún tenían deseos de morir y de ir al cielo para alcanzarlo pronto. Así es que cuando el Viejo quería que mataran a un gran señor, escogía por asesinos a los mozos más garridos. Los enviaba por el país y les ordenaba matar a ese hombre. Ellos ejecutaban el mandato de su señor y volvían luego a su corte (por lo menos los que escapaban con vida, pues había muchos de ellos que eran ejecutados después de haber cometido el reato).

JOSEPH VON HAMMER-PURGSTALL

Historia de los Asesinos, IV (1818)

En el centro del territorio de los Asesinos tanto en Persia como en Siria, esto es, en Alamut y en Massiat, crecían rodeados de muros espléndidos jardines, auténticos paraísos de Oriente. Macizos de flores y bosquecillos de frutales cruzados por canales, pastos umbrosos y prados verdes, con caudalosos riachuelos plateados, pérgolas de rosas y pretiles de pámpanos, aireadas salas y glorietas de porcelana adornadas con alfombras persas y telas griegas, tazas y copas de oro, de plata, de cristal, hermosas doncellas, voluptuosos muchachos de ojos negros y seductores como las huríes y los jóvenes del Paraíso del Profeta, suaves y embriagadores como los cojines sobre los que descansaban y el vino que escanciaban. Todo respiraba placer, ebriedad de los sentidos y voluptuosidad. El joven que, por su fuerza y por su espíritu resuelto, era considerado digno de ser dedicado al oficio de sicario era invitado a la mesa del gran maestro o gran prior y entretenido con conversaciones.

Una vez embriagado con un bebedizo opiado, el muchacho era conducido al jardín, donde al despertar se creía transportado al Paraíso, especialmente al ver cuanto le rodeaba, sobre todo las huríes que le convencían con palabras y con actos. Cuando había gozado de los placeres del Paraíso prometidos por el Profeta a los bienaventurados, según su talento y sus fuerzas, y tras haber bebido la suma delicia de los ojos centelleantes de las huríes, y un vino excitante de las brillantes copas, caía otra vez en el sueño por efecto del cansancio y del opio y, al despertarse unas horas más tarde, se encontraba de nuevo junto a su superior. Este le aseguraba que su cuerpo no se había movido nunca de aquel lugar, sino que había sido transportado espiritualmente al Paraíso, donde había saboreado parte de los goces que esperaban a los fieles que sacrificaban su vida al servicio de la fe, obedeciendo a sus superiores. Así estos jóvenes ilusos se entregaban ciegamente para ser instrumentos del homicidio, y marchaban ávidos a sacrificar su vida terrenal para participar en la celestial y eterna. […] Todavía hoy muestran en Constantinopla y en El Cairo cuán increíblemente estimulante es el opio de beleño para la soñolienta indolencia del turco y la fogosa imaginación

del árabe, y justo esto nos explica el furor con que aquellos jóvenes buscaban el placer de esas pastillas de hierbas embriagadoras *(hashish)* por las que eran capaces de todo. Del consumo de estas pastillas les viene el nombre de *hascisdin*, esto es, *erbolaj*.

El mundo al revés , estampa popular, 1852-1858, Marsella, Musée des Civilisations de l'Europe et de la Méditerranée.

10

EL PAÍS DE JAUJA

En muchas leyendas, el Paraíso terrenal adopta una forma totalmente materialista y es la forma del País de Jauja o de Cucaña. Arturo Graf (1892-1893) recuerda que «entre las dos ficciones no hay una separación constante y segura, incluso se pasa de manera gradual de una a otra: el Paraíso a veces es algo más noble y algo más espiritual que el País de Jauja, y a veces el País de Jauja, idealizándose un poco, se convierte en un Paraíso».

Los griegos hablaban de tierras felices como la ciudad de los pájaros de Aristófanes, que abundaba en riquezas y felicidad, y **Luciano** describe en *Relatos verídicos* (que empieza afirmando que está llena de mentiras) una ciudad de los bienaventurados toda de oro, donde las espigas en vez de granos producen panes, por no hablar de la abundancia de los placeres de Venus. En un breve tratado, escrito originariamente en griego y traducido al latín en el siglo IV, titulado *Expositio totius mundi*, se describe un país donde un pueblo feliz, que no conoce la enfermedad, se alimenta de miel y de panes que caen del cielo.

En la Edad Media, Jauja aparece por primera vez en un poemilla del siglo X, *Versus de Unibove*. El protagonista, un campesino, hace creer a sus tres perseguidores que en el fondo del mar hay un reino felicísimo, y así les induce a precipitarse en él y se libera de su persecución. Otras fuentes de inspiración procedían en cambio de Oriente; en las novelas persas se recuerda a menudo el país feliz de Shadukian. Graf recuerda que en una poesía goliárdica del siglo XII se cita un *abbas Cucaniensis* y que en un mapa de 1188 aparece un Warnerius de Cucaña. La composición más antigua que ha

llegado hasta nosotros es un *fabliau* del siglo XIII, titulado ***Li Fabliaus de Coquaigne***, en el que el autor dice haber viajado como penitencia impuesta por el Papa, y enviado por él, al País de Jauja, donde aparecen todas las maravillas que luego se repiten en distintas versiones de la leyenda.

En *El perro de Diógenes*, de Francesco Fulvio Frugoni (1687), la isla de Jauja está situada en el mar del Calducho, «envuelta en una niebla blanca que parecía cuajada. […] Corren ríos de leche y manan fuentes de moscatel, malvasía, vino dulce y garganico. Los montes son de queso y los valles de mascarpone. De los árboles cuelgan marzolinos y mortadelas. Cuando hay tormenta, granizan confites y, cuando llueve, diluvian salsas».

John William Waterhouse, Decamerón , 1916, Liverpool, National Museums.

La tradición es imprecisa respecto a la ubicación de Jauja. La tierra de Bengodi, cuyas maravillas cuenta Maso a Calandrino en el ***Decamerón***, tierra donde se atan los perros con longanizas, está situada en el país de los vascos, y dista de Florencia más de milenta millas.

En un drama religioso alemán, el *Schlaraffenland* (que es el nombre alemán de este país feliz) se encuentra entre Viena y Praga. En la *Historia nueva de la ciudad de Cucaña*,[20] de Alejandro de Siena, se dice que para ir a Cucaña hay que viajar veintiocho meses por mar y tres por tierra; y Teofilo Folengo sitúa el feliz país «en algún remoto rincón de la

Tierra». En un poemilla inglés, compuesto entre los siglos XIII y XIV, el País de Jauja aparece en medio del mar, al oeste de España, y en ese poema se dice además que Jauja es mejor que el Paraíso, donde para comer solo hay fruta y para beber solo agua. Se trata de una observación que no hay que desdeñar; si bien en las almas devotas la idea del Paraíso terrenal suscitaba un deseo de felicidad e inocencia, para los pobres y hambrientos de todas las épocas la imagen de las delicias de Jauja siempre ha suscitado el deseo más terrenal de salir de la pobreza y saciar los apetitos más animales e imperiosos. Los variados relatos se dirigen a menudo a los desheredados, anunciándoles que también para ellos ha llegado por fin la hora de vivir regaladamente. La leyenda de Jauja no nace en ambientes imbuidos de misticismo, sino entre las masas populares que padecen un hambre secular.

La libertad de que se disfruta en Jauja es tal que, como en el carnaval, las cosas pueden ir felizmente al revés, y un rústico puede burlarse de un obispo. En efecto, asociado al de Jauja está el tema del mundo al revés, con hombres que arrastran un arado guiado por el buey, el molinero de un molino invertido que lleva la albarda en lugar de su asno, un pez que pesca al pescador o animales que admiran a dos seres humanos enjaulados. La idea de un país al revés aparece en las miniaturas marginales de códices medievales que tratan de temas muy serios, donde se ven, por ejemplo, liebres que dan caza al cazador; uno de los temas que ha dado lugar a muchos dibujos es el del castillo de los gatos cercado por los ratones.

El castillo de los gatos asaltado por los ratones , grabado popular, siglo XIX, Londres, British Museum.

En la literatura rabínica se dice «he visto un mundo al revés. Los poderosos estaban abajo, los humildes en lo alto*» (Talmud de Babilonia, Baba Bathra)*, y en un cuento de los hermanos **Grimm** (1812) encontramos una fusión entre fantasías sobre Jauja y visiones de un mundo al revés.

Por otra parte, las garantías evangélicas de que a los pobres les estará reservado un lugar en lo más alto del Paraíso tienden a la descripción de un mundo al revés. Aunque Lázaro, mientras el rico Epulón padece en el infierno, no come ricos manjares en su mesa, sino que se limita a sentarse, bienaventurado, junto a Abraham. Las fantasías de Jauja traducen respecto al vientre sueños de justicia que otros han cultivado respecto al espíritu.

Finalmente, que los sueños de Jauja pueden alejarnos de la realidad y que perseguir un placer desmedido puede llevar a embrutecernos nos lo recuerda en tono moralista **Collodi**, con la imagen del Edén degradado del país de Jauja, donde Pinocho en poco tiempo consuma el delito y cumple el castigo.

La historia de Pinocho es la negación del Paraíso terrenal, y con las últimas desventuras del gran muñeco puede acabar nuestra búsqueda de un Edén perdido y nunca más recuperado.

La locura de los hombres o El mundo al revés, grabado popular, siglo XVIII, Marsella, Musée des Civilisations de l'Europe et de la Méditerranée.

LA ISLA DE LOS SUEÑOS

LUCIANO

Relatos verídicos, II

Poco después dábamos vista a muchas islas. Cerca de nosotros, a babor, estaba Corcho, a la que aquellos se dirigían, ciudad edificada sobre un gran corcho redondo: lejos, y más a estribor, había cinco islas, muy grandes y elevadas, en las que ardían numerosas hogueras. Frente a proa había una, plana y baja, a una distancia no inferior a quinientos estadios.

Ya estábamos cerca, y una brisa encantadora soplaba en nuestro entorno, dulce y fragante cual aquella que, al decir del historiador Heródoto, exhala la Arabia feliz. La dulzura que llegaba hasta nosotros asemejábase a la de las rosas, narcisos, jacintos, azucenas y lirios, e incluso al mirto, el laurel y la flor de la vid. Deleitados por el aroma y con buenas esperanzas tras nuestras largas penalidades, arribamos poco después junto a la isla. En ella divisábamos muchos puertos en todo su derredor, amplios y al abrigo de las olas, y ríos cristalinos que vertían suavemente en el mar, y también praderas, bosques y pájaros canoros, cantando unos desde el litoral y muchos desde las ramas. Una atmósfera suave y agradable de respirar se extendía por la región, y dulces brisas de soplo suave agitaban el bosque, de suerte que el movimiento de las ramas silbaba una música deleitosa e incesante, cual las tonadas de flautas pastoriles en la soledad. Al tiempo, percibíase un rumor

de voces confusas e incesantes, no perturbador, sino parecido al de una fiesta, en que unos tocan la flauta, otros cantan, y algunos marcan el compás de la flauta o la lira. […]

La ciudad propiamente dicha es toda de oro, y el muro que la circunda de esmeralda. Hay siete puertas, todas de una sola pieza de madera de cinamomo. Los cimientos de la ciudad y el suelo de intramuros son de marfil. Hay templos de todos los dioses, edificados con berilo, y enormes altares en ellos, de una sola piedra de amatista, sobre los cuales realizan sus hecatombes. En torno a la ciudad corre un río de la mirra más excelente, de cien codos regios de ancho y cinco de profundidad, de suerte que puede nadarse en él cómodamente. Por baños tienen grandes casas de cristal, caldeadas con brasas de cinamomo; en vez de agua hay rocío caliente en las bañeras. Por traje usan tejidos de araña suaves y purpúreos: en realidad, no tienen cuerpos, sino que son intangibles y carentes de carne, y solo muestran forma y aspecto. Pese a carecer de cuerpo, tienen, sin embargo, consistencia, se mueven, piensan y hablan: en una palabra, parece que sus almas desnudas vagan envueltas en la semejanza de sus cuerpos; por eso, de no tocarlos, nadie afirmaría no ser un cuerpo lo que ve, pues son cual sombras erguidas, no negras. Nadie envejece, sino que permanece en la edad en que llega. Además, no existe la noche entre ellos, ni tampoco el día muy brillante: como la penumbra que precede a la aurora cuando aún no ha salido el sol, así es la luz que se extiende sobre el país. Asimismo, solo conocen una estación del año, ya que siempre es primavera, y un único viento sopla allí, el céfiro. El país posee toda especie de flores y plantas cultivadas y silvestres. Las vides dan doce cosechas al año y vendimian cada mes; en cuanto a los granados, manzanos y otros árboles frutales, decían que producían trece cosechas, ya que durante un mes —el «minoico» de su calendario— dan fruto dos veces. En vez de granos de trigo, las espigas producen pan apto para el consumo en sus ápices, como setas. En los alrededores de la ciudad hay trescientas sesenta y cinco fuentes de agua y otras tantas de miel, quinientas de mirra —si bien estas son más pequeñas—, siete ríos de leche y ocho de vino. El festín lo celebran fuera de la ciudad, en la llanura llamada Elisio, un prado bellísimo, rodeado de un espeso bosque de variadas especies, que brinda

su sombra a quienes en él se recuestan. Sus lechos están formados de flores, y les sirven y asisten en todo los vientos, excepto en escanciar vino: ello no es necesario, ya que hay en torno a las mesas grandes árboles del más transparente cristal, cuyo fruto son copas de todas las formas y dimensiones; cuando uno llega al festín, arranca una o dos copas y las pone a su lado, y estas se llenan al punto de vino. Así beben y, en vez de coronas, los ruiseñores y demás pájaros canoros recogen en sus picos flores de los prados vecinos, que expanden cual una nevada sobre ellos mientras revolotean cantando. Y este es su modo de perfumarse: espesas nubes extraen mirra de las fuentes y el río, se posan sobre el festín bajo una suave presión de los vientos, y desprenden lluvia suave como rocío.

Durante la comida se deleitan con poesía y cantos. Suelen cantar los versos épicos de Homero, que asiste en persona y se suma con ellos a la fiesta, reclinado en lugar superior al de Ulises. […]

Cuando estos cesan de cantar, aparece un segundo coro de cisnes, golondrinas y ruiseñores, y cuando canta todo el bosque lo acompaña, dirigido por los vientos.

Pero el mayor goce lo obtienen de las dos fuentes que hay junto a las mesas, la de la risa y la del placer. De ambas beben todos al comienzo de la fiesta, y a partir de ese momento permanecen gozosos y risueños. […]

En cuanto a la práctica del amor, mantienen el criterio de unirse abiertamente a la vista de todos, tanto con mujeres como con hombres, y en modo alguno ello les parece vergonzoso. Tan solo Sócrates se deshacía en juramentos, asegurando que sus relaciones con los jóvenes eran puras, más todos le acusaban de perjurio, ya que con frecuencia el propio Jacinto o Narciso habían confesado, mientras él lo negaba. Las mujeres son todas de la comunidad y nadie siente celos de su vecino: en eso son superplatónicos. En cuanto a los jóvenes, se ofrecen a quienes los solicitan sin oponer resistencia.

Pieter Brueghel el Viejo, El País de Jauja , 1567, Munich, Alte Pinakothek.

EL PAÍS DE JAUJA

Li Fabliaus de Coquaigne (siglo XIII)
En cierta ocasión fui a ver al Papa de Roma
a pedir la absolución de mis pecados,
y él me envió a hacer penitencia a un país
donde vi muchas cosas maravillosas:
escuchad ahora cómo vive la gente,
que habita en aquella región.
Creo que Dios y todos sus santos
la bendijeron y consagraron
más que a cualquier otro lugar.
El país se llama Cucaña,
donde más se duerme más se gana. […]
De lubinas, salmones y arenques
están hechas las paredes de las casas;

los cabrios son de esturiones, los
techos de tocino y las tablas
del suelo de salchichas.
El país tiene muchos atractivos,
porque de carne asada y espaldas de cordero
están rodeados todos los campos de trigo;
por las calles se doran
gruesas ocas que giran sobre sí mismas,
acompañadas de blancos ajetes,
y os digo que por todas partes,
por caminos y calzadas,
hay mesas con manteles blancos:
y cualquiera puede comer y beber libremente;
sin impedimento ni oposición
toman todos lo que desean,
pescado o carne,
y quien quisiera llevarse un carro
podría hacerlo según su deseo;
carne de ciervo o de pájaros
hay quien lo prefiere asado y quien hervido,
sin pagar ninguna factura,
y sin echar las cuentas de lo que se ha comido
según la costumbre de este país:
y es sacrosanta verdad
que en aquella bendita región
corre un río de vino. […]
La gente no es allí cobarde,
sino valiente y amable.

Un mes tiene seis semanas
y hay cuatro Pascuas en un año,
y cuatro fiestas de San Juan,
y cuatro vendimias,
todos los días son fiesta o domingo,
cuatro Todos los Santos y cuatro navidades,
y cuatro Candelarias al año,
y cuatro carnavales,
y solo una Cuaresma cada veinte años,
y es tan placentero ayunar,
que todos lo hacen de buen grado;
desde la mañana hasta la hora nona
comen lo que Dios manda,
carne o pescado u otra cosa
que a prohibir nadie se atreve.
No creáis que diga como en broma,
que de alto o bajo linaje no hay
persona que tenga que penar para ganarse la vida:
tres veces por semana
llueven flanes calientes
y esa lluvia cae tanto sobre pilosos
como sobre calvos, lo sé de cierto,
y todos los cogen a placer;
y el país es tan rico
que en cada esquina
hay bolsas repletas de dinero;
maravedís y bezantes
pueden todos cogerlos para nada,

porque nadie compra ni nadie vende.
Las mujeres son además bellísimas,
damas y damiselas
las toma quien lo desea,
sin que nadie se lo tome a mal,
y el placer se colma
como se quiere y con quien se elige;
y no por esto las mujeres son censuradas
sino más bien honradas por ello,
y si por casualidad una mujer
pone los ojos en un hombre que desea
puede tomarlo públicamente
y hacer con él lo que quiera. […]
Hay aún otra maravilla
de la que nunca oíste nada igual,
es la fuente de la eterna juventud
que hace rejuvenecer a la gente,
y ya os lo he dicho todo.

El Bosco, Los siete pecados capitales , finales del siglo XV, Madrid, Museo del Prado.

CALANDRINO Y EL HELIOTROPO

BOCCACCIO

Decamerón, octava jornada, tercera novela (1349-1353)

En nuestra ciudad, que siempre ha sido abundante de usanzas diversas y de gentes extrañas, no hace aún mucho tiempo, hubo un pintor llamado Calandrino, hombre simple y de hábitos extraños. Este pasaba la mayor parte del tiempo con otros dos pintores, llamados el uno Bruno y el otro Buffalmacco, hombres muy bromistas pero además astutos y sagaces, que trataban a Calandrino porque a menudo se divertían mucho con sus modales y su simpleza. Había también entonces en Florencia un joven de extraordinario agrado en todo lo que se proponía, astuto y hábil, llamado Maso del Saggio; el cual, oyendo algo de la simpleza de Calandrino, se propuso divertirse con sus cosas gastándole alguna broma o haciéndole creer algo extraño.

Y al encontrarle por caso un día en la iglesia de San Giovanni, y viéndole que estaba atento mirando las pinturas y los bajorrelieves del tabernáculo que está sobre el altar de la mencionada iglesia, puesto allí no hacía mucho tiempo, pensó que se le ofrecía el momento y la ocasión para su plan. E informando a un compañero suyo de lo que pretendía hacer, juntos se aproximaron a Calandrino donde estaba sentado solo, y fingiendo no verlo comenzaron a comentar entre ellos las propiedades de las distintas piedras, de las que Maso hablaba con tanta seguridad como si hubiese sido un experto y gran lapidario. Y Calandrino, poniendo la oreja a tales comentarios, y después de un rato, al ver que no era un secreto, levantándose se unió a ellos, lo que agradó muchísimo a Maso; y Calandrino le preguntó a este, siguiendo su conversación,

dónde se encontraban esas piedras tan prodigiosas. Maso respondió que la mayoría se encontraban en Berlinzón, tierra de los vascos, en un país que se llama Jauja, en donde se atan los perros con longaniza, y se consigue una oca por un dinar, y además un ganso; y había allí una montaña toda de queso parmesano rallado, sobre la que había gentes que no hacían más que ñoquis y raviolis y los cocían en caldo de capones, y luego los echaban monte abajo, y quien más cogía más tenía; y cerca de allí corría un riachuelo de garnacha de la mejor que pueda beberse, sin gota de agua.

—¡Oh! —dijo Calandrino—, ese es un buen país; pero dime, ¿qué hacen con los capones que cuecen?

Respondió Maso:

—Se los comen todos los vascos.

Dijo entonces Calandrino:

—¿Has estado allí alguna vez?

A lo que Maso repuso:

—¿Dices que si he estado alguna vez? Sí que he estado, una vez como mil.

Dijo entonces Calandrino:

—¿Y a cuántas millas está?

Maso respondió:

—Hay de aquí más de milenta, que toda la noche cuenta.

Dijo Calandrino:

—Luego debe estar más allá de los Abrazos.

—Bastante —respondió Maso—, o sea una nonada.

El simple Calandrino, al ver que Maso decía estas palabras con un rostro impasible y sin reírse, se las creía como podía creerse la verdad más evidente, y por ello las tenía por ciertas; y dijo:

—Está demasiado lejos para mí; pero si estuviera más cerca, bien te digo que iría allí contigo una vez para ver hacer el trompo a esos ñoquis y traerme para un atracón. Pero dime,

y ojalá que seas feliz, ¿en esos parajes no se encuentra ninguna de esas piedras tan prodigiosas?

A lo que Maso respondió:

—Sí se encuentran dos tipos de piedras de enorme poder. Una son los pedernales de Settignano y de Montisci, por cuyo poder, cuando se los convierte en muelas de molino, se hace la harina, y por eso se dice en los países de allá que de Dios vienen los favores y de Montisci las muelas de molino; pero de esos pedernales hay tan gran cantidad que entre nosotros es poco apreciada, como entre ellos las esmeraldas, de las que tienen montañas más grandes que el monte Morello, que reluce a medianoche, y vete con Dios; y has de saber que quien hiciese pulir y ensartar en anillo las muelas de molino antes de hacerles el agujero, y se las llevase al sultán, obtendría lo que quisiera. La otra es una piedra a la que nosotros los lapidarios llamamos heliotropo, piedra de muy gran poder, porque a cualquiera que la lleve encima, mientras la tenga, nadie le verá dónde no está.

Entonces Calandrino dijo:

—Grandes propiedades son estas; pero esta segunda ¿dónde se encuentra?

A lo que Maso respondió que se solía encontrar en el Mugnone.

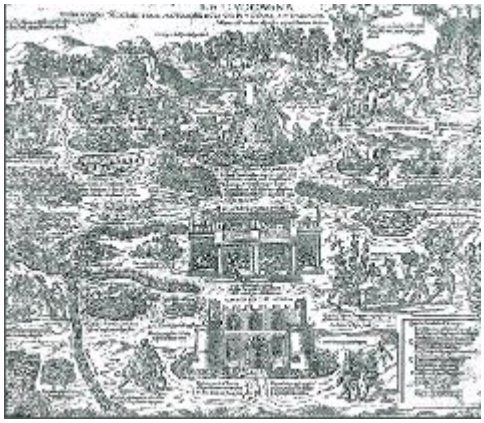
Dijo Calandrino:

—¿De qué grosor es esa piedra? ¿O qué color tiene?

Respondió Maso:

—Es de varios grosores, porque unas son más, otras menos, pero todas son de color casi como negro.

Calandrino, habiendo tomado buena nota de todas estas cosas, fingiendo que tenía otras cosas que hacer, se alejó de Maso y decidió buscar esa piedra.



Cucaña, el país donde quien más duerme más gana , grabado popular, 1871, Londres, British Museum.

UNA JAUJA AL REVÉS

JAKOB Y WILHELM GRIMM

Cuentos (1812-1822)

En los tiempos de Jauja iba yo andando y vi que en un pequeño hilo de seda estaban colgadas Roma y Letrán, y un hombre cojo, con un caballo rápido y una espada afilada atravesaba un puente. Vi también a un joven asno con una nariz de plata, que iba persiguiendo a dos liebres veloces, y un tilo muy ancho en el que crecían tortas calientes. Luego vi una cabra vieja y flaca que llevaba encima cien carretadas de manteca y sesenta de sal. ¿No son ya suficientes mentiras? Luego vi arar un arado sin caballo ni bueyes, y un niño de un año que lanzaba cuatro piedras de molino desde Ratisbona hasta Tréveris y desde Tréveris hasta Estrasburgo, y un azor

nadando en el Rin con mucha desenvoltura. Luego oí que los peces empezaban a hacer tal ruido que llegó hasta el cielo, mientras una miel dulce fluía desde un valle profundo hasta un elevado monte: son extrañas historias. Luego había dos cornejas segando una pradera y vi dos moscas construyendo un puente, dos palomas despedazando a un lobo y dos niños lanzando dos cabritas, mientras dos ranas trillaban trigo una contra otra. Lugo vi dos ratones entronizar a un obispo y dos gatos rascándole la lengua a un oso. Luego vi venir corriendo un caracol mientras se engullía dos leones salvajes. Había allí un barbero que afeitaba a una mujer la barba y dos niños de pecho intentando callar a sus madres. Luego vi dos galgos, que traían un molino de agua, y una vieja desolladora decía que estaba bien hecho. Y en la corte había cuatro caballeros, que trillaban grano con todas sus fuerzas, y dos cabras que calentaban la estufa y una vaca roja que metía el pan en el horno. Entonces gritó un gallo: Quiquiriquí, el cuento se ha acabado aquiiií.

Attilio Mussino, ilustración para Pinocho , el País de los Juguetes, 1911.

EL PAÍS DE LOS JUGUETES

CARLO COLLODI

Pinocho, cap. 30-32 (1883)

Mecha era el niño más perezoso y travieso de toda la escuela, pero Pinocho lo quería mucho. Fue enseguida a buscarlo a su casa, para invitarlo al desayuno, pero no lo encontró; volvió por segunda vez y Mecha tampoco estaba; volvió por tercera vez e hizo el viaje en vano.

¿Dónde dar con él? Busca por aquí, busca por allá, por último lo vio escondido bajo el pórtico de una casa campesina.

—¿Qué haces ahí? —le preguntó Pinocho, acercándose. […]

—Voy a vivir a un sitio… que es el mejor país de este mundo: ¡una auténtica Jauja…!

—¿Cómo se llama?

—Se llama el País de los Juguetes. ¿Por qué no vienes tú también?

—¿Yo? ¡No, desde luego que no!

—¡Te equivocas, Pinocho! Créeme, te arrepentirás si no vienes. ¿Dónde vas a encontrar un país más saludable para nosotros, los niños? Allí no hay escuelas, ni maestros, allí no hay libros. En ese bendito país no se estudia nunca. El jueves no se va a la escuela; y las semanas se componen de seis jueves y un domingo. Figúrate que las vacaciones de verano empiezan el primero de enero y acaban en diciembre. ¡Al fin he encontrado un país que me gusta realmente! ¡Así deberían ser todas las naciones civilizadas! […]

—¿Y cómo se pasan los días en el País de los Juguetes?

—Se pasan jugando y divirtiéndose de la mañana a la noche. Por la noche uno se va a la cama y a la mañana siguiente, vuelta a empezar. ¿Qué te parece?

—¡Hum…! —dijo Pinocho; y meneó levemente la cabeza, como diciendo: «Llevaría de buen grado esa vida». […]

Por la mañana, al despuntar el alba, llegaron al País de los Juguetes. Este país no se parecía a ningún otro país del mundo. Su población estaba compuesta exclusivamente por niños. Los mayores tenían catorce años, los más jóvenes apenas llegaban a los ocho. En las calles había una alegría, un estrépito y un vocerío para volverse loco. Bandas de chicuelos por todas partes; unos jugaban a los dados, otros al tejo, otros a la pelota, unos montaban en velocípedos y otros en caballitos de madera; unos jugaban a la gallina ciega, otros al escondite; otros, vestidos de payasos, comían estopa encendida; unos recitaban, otros cantaban, otros daban saltos mortales, otros caminaban con las manos en el suelo y las piernas por el aire, unos rodaban el aro, otros paseaban vestidos de generales con un gorro de papel y un sable de cartón; reían, chillaban, llamaban, aplaudían, silbaban, imitaban el cacareo de la gallina cuando pone un huevo… En suma, un verdadero pandemónium, una algarabía, un endiablado alboroto, como para ponerse algodones en los oídos, so pena de quedarse sordos. En todas las plazas se veían teatrillos de lona, atestados de niños de la mañana a la noche, y en todas las paredes de las casas se leían inscripciones al carbón de cosas tan pintorescas como estas: ¡Vivan los *jugetes*! (en vez de juguetes), no queremos más *hescuelas* (en vez de no queremos más escuelas), abajo *Larin Mética* (en vez de la aritmética), y otras maravillas por el estilo.

Pinocho, Mecha y todos los otros niños que habían hecho el viaje con el hombrecillo, en cuanto pusieron los pies en la ciudad se adentraron en aquella barahúnda y en pocos minutos, como puede imaginarse, se hicieron amigos de todos. ¿Cabe mayor felicidad? En medio de tanto jolgorio y tan

variada diversión, pasaban como rayos las horas, los días y las semanas.

—¡Ah! ¡Qué hermosa vida! —decía Pinocho cada vez que, por azar, topaba con Mecha.

Contraportada de Tomás Moro, Utopía , 1516.

11

LAS ISLAS DE LA UTOPÍA

Utopía significa etimológicamente «no lugar», aunque algunos prefieren interpretar la U inicial como una *eu* griega y, por tanto, leen «buen u óptimo lugar»; otros incluso consideran que al acuñar este neologismo **Tomás Moro** (en su *Libellus vere aureus, nec minus salutaris quam festivus de optimo rei publicae statu, deque nova insula Utopia*, de 1516, donde se describe un estado ideal) precisamente lo que quería era jugar con esa ambigüedad, puesto que se toma como modelo positivo un país inexistente.

Contraportada de Tomás Moro, Utopía , 1518.

Arthur Rackham, Gulliver, ilustración de Los viajes de Gulliver, de Jonathan Swift, 1904.

El anhelo de otras sociedades ideales había aparecido ya en *La República* y *Leyes* de Platón, pero Moro fue el primero que describió este no lugar, la isla, sus ciudades y sus edificios. Otros lugares utópicos se describirían tiempo después por ejemplo en *La ciudad del sol*, de **Tomás Campanella** (1602), o en la *Nueva Atlántida*, de **Francis Bacon** (1627).

Gulliver en el país de los liliputienses, ilustración de Los viajes de Gulliver , de Jonathan Swift, 1876, Estocolmo, Landskrona Museum Collection.

La literatura política, así como la denominada de ciencia ficción, abunda en descripciones de civilizaciones ideales. Destacan la *Historia cómica de los estados e imperios de la Luna y del Sol*, de Cyrano de Bergerac (1649, 1662); *La república de Océana*, de James Harrington (1656); *L'Histoire des Sévarambes*, de Denis Vairasse (1675); *La terre australe connue*, de Foigny (1676); *République des philosophes ou Histoire des Ajaoiens*, de Fontenelle (1768); *El descubrimiento austral por un hombre volador, o el Dédalo francés*, de Restif de la Bretonne (1781);[21] La tranquila y racional sociedad de los Houyhnhnm en *Los viajes de Gulliver*, de Jonathan Swift (1726); las obras de Henri de Saint-Simon y Charles Fourier que, en oposición a la sociedad capitalista de su época, propugnan un socialismo utópico, y al menos en el caso de Fourier no puede hablarse solo de utopía, porque más tarde, a lo largo del siglo XIX, hubo algunos intentos de hacer realidad la idea de sus falansterios. Y citaremos asimismo el *Viaje por Icaria*, de Étienne Cabet (1840), que concibe una sociedad de tipo comunista; *Erewhon*, de Samuel Butler (1872), cuyo nombre es un anagrama *nowhere* («en ningún lugar»); y *News from Nowhere*, de William Morris (1891).

Charles Verschuuren, cartel para el Federal Theatre Project, presentación de RUR, de Karel apek, en el Marionette Theatre, Nueva York, 1936-1939.

Algunas veces la utopía adquiere forma de distopía, obra en la que se habla de sociedades negativas, como ocurría con *Mundus alter*, de Hall (1607); y en el siglo pasado con *1984*, de Orwell; *RUR*, de Karel apek; *Un mundo feliz*, de Aldous Huxley; *La séptima víctima*, de Robert Sheckley; *Fahrenheit 451*, de Ray Bradbury; *¿Sueñan los androides con ovejas eléctricas?*, de Philip K. Dick (obra en la que se inspira la famosa película *Blade Runner*, de Ridley Scott), por no hablar de otras películas famosas como *Metrópolis*, de Fritz Lang, o *El planeta de los simios*.

Para ser coherentes con el propósito de este libro, que pretende hablar de lugares y tierras «legendarias», esto es, de tierras en torno a las cuales han surgido leyendas que durante siglos las han presentado como realmente existentes, no se debería hablar de las ciudades, de las islas, de los países de la Utopía, porque por definición han sido presentados como no lugares (aunque sus autores pretendían presentar situaciones

que podrían o deberían convertirse en realidad algún día). Algunos de estos lugares imaginarios, como por ejemplo los de Swift, son el resultado de una invención novelesca y no han dado pie a que cohortes de exploradores crédulos hayan ido en su busca. En cambio, otros (como la isla de *Utopía*, la población de *La ciudad del sol*, la tierra de Bensalem de la *Nueva Atlántida*) han llegado a ser casi reales, si no creídos, al menos deseados o deseables; su descripción en latín iría precedida de un *utinam*, adverbio que podríamos traducir por «quisiera el cielo que… cómo me gustaría que… ojalá que…» A menudo el objeto de un deseo, cuando este se torna esperanza, se vuelve más real que la realidad misma. Por la esperanza en un futuro posible, muchos hombres pueden llegar a realizar enormes sacrificios, y hasta a morir, arrastrados por profetas, visionarios, predicadores carismáticos y movilizadores de masas, que inflaman las mentes de sus seguidores con la visión de un futuro Paraíso en la Tierra (o en otra parte).

Richard Redgrave, Gulliver y el campesino de Brobdingnag, en Los viajes de Gulliver , de Jonathan Swift, siglo XIX, Londres, Victoria and Albert Museum.

En cuanto a las utopías negativas, se nos han aparecido como verdaderas cada vez que hemos reconocido en nuestra

realidad cotidiana situaciones que parecían dar la razón al oscuro pesimismo de esos relatos.

Pese a lo dicho, no siempre querríamos vivir en las sociedades que nos recomiendan las utopías, semejantes muchas veces a dictaduras que imponen la felicidad al precio de la libertad de sus ciudadanos. Por ejemplo, la *Utopía* de Moro predica la libertad de expresión y de pensamiento y la tolerancia religiosa, pero limitándola a los creyentes y excluyendo a los ateos, a quienes les está vetado acceder a los cargos públicos; o bien avisa de que «si alguno se aventura por su propia cuenta más allá de sus términos y es sorprendido sin el permiso del jefe […] es castigado con dureza y reducido a esclavitud en caso de reincidencia». Además, como obras literarias, las utopías tienen la característica de ser un poco repetitivas porque, como se busca una sociedad perfecta, se acaba siempre copiando el mismo modelo. Ahora bien, aquí no nos interesa el modo de vida que estas obras recomiendan, o la crítica a veces explícita de las sociedades en que viven los autores, sino los lugares que describen.

Estos lugares no son muchos, porque no todas las infinitas utopías que se han escrito describen un lugar concreto, y de esos lugares descritos solo unos pocos han quedado grabados en el imaginario colectivo hasta el punto de crear su propia leyenda.

Ya hemos dicho que las utopías son repetitivas, como repetitivas son también las descripciones de las ciudades utópicas, porque en cierta medida y de una forma más o menos consciente su modelo deriva de la ciudad celestial del Apocalipsis, espléndida y tetragonal, y en algunos casos del sueño del templo de Salomón, del que ya hemos hablado en el capítulo 2 de este libro. En *Christianopolis*, de **Johann Valentin Andreae** (1619), la ciudad ideal se presenta con bastante claridad como una nueva Jerusalén terrenal modelada sobre la celestial del **Apocalipsis**.

Precisamente para demostrar de qué modo las distintas utopías han creado imágenes que luego alguien se ha tomado en serio hasta el punto de querer convertirlas en realidad, hay que pensar en las distintas ciudades ideales proyectadas por los

arquitectos renacentistas. Por ejemplo, Palmanova tiene forma de estrella de nueve puntas, está rodeada de murallas y fosos y dispone de seis calles que convergen hacia el centro, en forma de plaza hexagonal. Nicosia, en Chipre, bajo el dominio veneciano, para resistir a los ataques turcos fue proyectada, al menos desde el exterior, como una ciudad ideal, en la que una estructura circular protegía la vieja ciudad medieval gracias a once bastiones.

Palmanova, de Braun y Hogenberg, Civitates orbis terrarum , 1598, Nuremberg.

Sin embargo, es posible que incluso utopistas como Moro y Campanella se hubieran inspirado en modelos anteriores, puesto que ya en el siglo XV Filarete en su *Tratado de arquitectura* (c. 1464) había proyectado Sforzinda, que debía alzarse sobre una planta de ocho puntas, obtenida superponiendo dos cuadrados a los que se daba un giro de 45°, perfectamente inscrita en un círculo, y desde cada puerta y cada torre partían unas calles rectilíneas en dirección al centro de la ciudad.

Tal vez la utopía más próxima a los intereses modernos sea la de Francis Bacon. En ella rige un sistema de vida pacífico y amable inspirado en la adquisición de todos los conocimientos científicos, y la casa de Salomón, descrita como receptáculo de todos los saberes y de todas las

tecnologías, nos recuerda con su superabundancia el deseo de conocimiento que animaba, en el mismo siglo XVII, a los coleccionistas de los llamados gabinetes de curiosidades y de las *Wunderkammern*, cuartos de maravillas, colecciones increíbles de objetos e instrumentos prodigiosos.

Para acabar, cuando se crea la leyenda de un lugar inhallable, la literatura puede elevar a potencia este no existir, y así lo hace **Jorge Luis Borges** en su relato «Tlön, Uqbar, Orbis Tertius», que no por casualidad afirma que ese lugar inquietante y oculto es obra de «una sociedad secreta de astrónomos, de biólogos, de ingenieros, de metafísicos, de poetas, de químicos, de algebristas, de moralistas, de pintores, de geómetras… dirigidos por un oscuro hombre de genio», la cual, además de recordarnos a la Bensalem de Bacon, evoca asimismo explícitamente a «un teólogo alemán que a principios del siglo XVII describió la imaginaria comunidad de la Rosacruz, que otros luego fundaron, a imitación de lo prefigurado por él». Y el teólogo era, aunque Borges no nos lo dice, aquel Andreae que había concebido el lugar inexistente de Christianopolis.

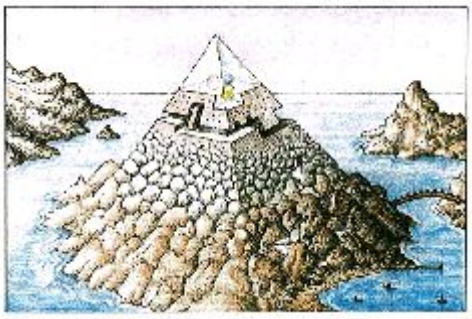


Tabla de Luigi Serafini, Codex Seraphinianus , 1981, Milán, Franco Maria Ricci.

LA ISLA DE UTOPÍA

TOMÁS MORO

Utopía (1516)

La isla de los Utópicos mide doscientas millas en su parte central, que es la más ancha; durante un gran trecho no disminuye su latitud, pero luego se estrecha paulatinamente y por ambos lados hacia los extremos. Estos, como trazados a compás en un perímetro de quinientas millas, dan a la totalidad de la isla el aspecto de una luna en creciente. Un brazo de once millas poco más o menos separa ambos extremos y va a perderse luego en el inmenso vacío. Las montañas que por todos lados rodean la isla la protegen de los vientos, y el mar, lejos de encresparse, se estanca como un gran lago, convierte en un puerto toda aquella concavidad de la tierra y permite que las naves circulen en todas direcciones, con gran provecho para los habitantes. Las entradas son muy peligrosas, de una parte por los bajíos y por los escollos de otra. Casi en la mitad del brazo se yergue una roca inofensiva, donde tienen edificada una torre, a modo de atalaya. Las demás están ocultas y son peligrosas. Solo los naturales conocen los pasos y por esto, y no sin motivo, ningún extranjero se atreve a penetrar en el golfo, a no ser con guías utópicos. Su entrada, en efecto, sería muy poco segura, incluso para estos, si desde la orilla no les mostrasen el camino ciertas señales que, con solo cambiarse de lugar, atraerían fácilmente a la ruina a cualquier escuadra enemiga, por numerosa que fuese.

Los puertos son abundantes a un extremo de la isla y sus desembarcaderos están protegidos por doquier con tantos medios ya naturales ya artificiales, que unos cuantos defensores bastarían para rechazar a un ejército poderoso. Cuéntase, y la configuración misma del lugar lo comprueba, que aquella tierra no estuvo antiguamente rodeada por el mar; que Utopo (de quien, triunfante, recibió nombre la isla, antes llamada Abraxa, y que logró elevar a una multitud ignorante y agreste a un grado tal de civilización y cultura que sobrepasa actualmente a la de casi todos los mortales), apenas alcanzó la victoria en su primer desembarco, mandó cortar el istmo de

quince millas que la unía al continente, dejando que el mar la circundase. Ocupó en este trabajo a los habitantes todos de la isla, para que nadie lo considerase afrenta, así como a la totalidad de sus soldados, con lo cual, distribuida entre tanta gente, la obra llevose a cabo con increíble rapidez y la admiración y el terror por el éxito obtenido sobrecogió a los pueblos colindantes, que al principio se mofaban del intento.

Tiene la isla 54 ciudades, grandes, magníficas y absolutamente idénticas en lengua, costumbres, instituciones y leyes; la situación es la misma para todas e igual también, en cuanto lo permite la naturaleza del lugar, su aspecto exterior.

Bartolomeo Del Bene, Ilustración de Civitas veri , 1609.

LA CIUDAD DEL SOL

TOMÁS CAMPANELLA

La ciudad del sol (1602)

Ya te expuse cómo di la vuelta al mundo entero y cómo finalmente llegué a Taprobana. Aquí me vi obligado a saltar a

tierra y me escondí en un bosque por miedo a sus habitantes. Al salir de allí, pasado mucho tiempo, me detuve en una vasta llanura situada exactamente en el Ecuador. […] De repente me encontré con una gran muchedumbre de hombres y mujeres armados, muchos de los cuales conocían nuestro idioma y me acompañaron a la Ciudad del Sol. […]

La ciudad se halla dividida en siete grandes círculos o recintos, cada uno de los cuales lleva el nombre de uno de los siete planetas. Se pasa de uno a otro recinto por cuatro corredores y por cuatro puertas, orientadas respectivamente en dirección de los cuatro puntos cardinales. La ciudad está construida de tal manera que, si alguien lograre ganar el primer recinto, necesitaría redoblar su esfuerzo para conquistar el segundo; mayor aún para el tercero. Y así sucesivamente tendría que ir multiplicando sus esfuerzos y empeños. Por consiguiente, el que quisiera conquistarla, tendría que atacarla siete veces. Mas yo opino que ni siquiera podría ocupar el primero de ellos: tal es su anchura, tan lleno está de terraplenes y tan defendido con fortalezas, torres, máquinas de guerra y fosos.

Cuando traspasé la puerta que mira al Septentrión (la cual está revestida de hierro y construida en forma tal que puede levantarse, bajarse y cerrarse cómoda y seguramente, corriendo para ello, con maravilloso arte, resortes que penetran hasta el fondo de resistentes jambas), vi un espacio llano, de sesenta pasos de extensión, entre la primera y la segunda pared. Desde allí se contemplan inmensos palacios, unidos tan estrechamente entre sí a lo largo del muro del segundo círculo que puede decirse que forman un solo edificio. A la mitad de la altura de dichos palacios surge una serie de arcadas que se prolongan a lo largo de todo el círculo, sobre las cuales hay galerías y se apoyan en hermosas columnas de amplia base que rodean casi totalmente el subpórtico, como los peristilos o los claustros de los monjes. Por abajo, únicamente son accesibles por la parte cóncava del muro interior. Por ella se penetra a pie llano en las habitaciones inferiores, mientras que para llegar a las superiores hay que subir por escaleras de mármol que conducen a unas galerías interiores. Desde estas se llega a las partes más altas de los edificios, que son

hermosas, poseen ventanas en la parte cóncava y en la parte convexa de los muros y se distinguen por sus livianas paredes. El muro convexo, es decir, el exterior, tiene ocho palmos de espesor; el cóncavo, tres; el intermedio, uno o casi uno y medio. Se llega después a la segunda llanura, que es unos tres pasos más estrecha que la primera. Entonces se divisa el primer muro del segundo círculo, adornado en su parte interior y superior con galerías análogas a las del primero. En la parte interna hay otro muro que rodea los palacios y posee unos segundos balcones y peristilos semejantes, sostenidos por columnas. […] Y así, a través de parecidos círculos y dobles muros que rodean los palacios, adornados de galerías situadas en la parte exterior y sostenidas por columnas, se llega, caminando siempre por terreno llano, a la parte última de la Ciudad. Sin embargo, cuando se entra por las puertas de cada uno de los círculos (las cuales son dos, a saber, una del muro exterior y otra del interior), hay que subir escalones, pero construidos de tal manera que apenas es perceptible la subida, porque se camina en sentido transversal y además los escalones distan muy poco unos de otros. En la cima del monte hay una llanura muy extensa, en cuyo centro surge un templo admirablemente construido. […] El templo es completamente redondo y no está rodeado de muros, sino que se apoya en gruesas columnas, bellamente decoradas. La bóveda principal, admirablemente construida y situada en el centro o polo del templo, posee una segunda bóveda, más alta y de menor dimensión, dotada de un respiradero, próximo al altar que es único y se encuentra rodeado de columnas en el centro del templo. Este último tiene más de trescientos cincuenta pasos de extensión. En la parte externa de los capiteles de las columnas se apoyan unas arcadas que presentan un saliente de unos ocho pasos, cuyo exterior descansa a su vez en otras columnas adheridas a un grueso y resistente muro de tres pasos de altura. […] Sobre el altar se ve únicamente un globo grande en el que está dibujado todo el cielo, y otro que representa la tierra. Además, en el techo de la bóveda principal están pintadas y designadas con sus propios nombres todas las estrellas celestes, desde la primera hasta la sexta magnitud. Tres versículos explican la influencia que cada una de ellas ejerce en los sucesos de la tierra. Los polos y

los círculos mayores y menores hállanse indicados en el templo según su propio horizonte, pero inacabados porque falta muro en la parte de abajo. […]

Siete lámparas de oro, designadas con el nombre de los siete planetas, permanecen constantemente encendidas. La bóveda menor del templo está rodeada de algunas celdas, pequeñas y pulcras; y, después del espacio llano que hay sobre los claustros o arcadas de las columnas interiores y exteriores, encuéntranse otras muchas celdas, amplias y bien decoradas, donde habitan unos cuarenta y nueve sacerdotes y religiosos. En el punto más alto de la bóveda menor se destaca una bandera flotante que señala la dirección de los vientos (de los cuales conocen hasta treinta y seis). Según el viento reinante, saben las condiciones atmosféricas y los cambios que en el mar y en la tierra sobrevendrán, dentro de su propio clima. En el mismo lugar, y debajo de la bandera, se advierte un cuaderno escrito con letras de oro. […]

El jefe supremo es un sacerdote, al que en su idioma designan con el nombre de *Hoh*; en el nuestro, le llamaríamos *Metafisico*. Se halla al frente de todas las cosas temporales y espirituales. Y en todos los asuntos y causas su decisión es inapelable.

Le asisten tres jefes adjuntos, llamados *Pon, Sin* y *Mor*, palabras que en nuestra lengua significan respectivamente Poder, Sabiduría y Amor.

Mapa de Nicosia de Giacomo Franco, 1597.

El Poder tiene a su cargo lo relativo a la guerra y a la paz, así como también al arte militar. Después de Hoh, él es la autoridad suprema en los asuntos bélicos. Dirige a los magistrados militares y a los soldados, y vigila las municiones, las fortificaciones, las construcciones, las máquinas de guerra, las fábricas y a cuantas personas intervienen en todos estos menesteres.

A la Sabiduría compete lo concerniente a las artes liberales y mecánicas, las ciencias y sus magistrados, los doctores y las escuelas de las correspondientes disciplinas. A sus órdenes se encuentran tantos magistrados como ciencias. Hay un magistrado que se llama Astrólogo y además un Cosmógrafo, un Aritmético, un Geómetra, un Historiador, un Poeta, un Lógico, un Retórico, un Gramático, un Médico, un Filósofo, un Político y un Moralista. Todos ellos se atienen a un único libro, llamado Sabiduría, en el que con claridad y concisión extraordinarias están escritas todas las ciencias. Este libro es leído por ellos al pueblo, a la manera de los Pitagóricos. […]

En los muros exteriores del templo y en las cortinas que se bajan cuando el sacerdote habla, a fin de que su voz no se pierda, están dibujadas todas las estrellas. Sus virtudes, magnitudes y movimientos aparecen expresados en tres versículos.

En la parte interna del muro del primer círculo se hallan representadas todas las figuras matemáticas. Su número es mucho mayor que el de las inventadas por Arquímedes y Euclides. Su magnitud está en proporción con la de las paredes.

En la parte externa de la pared del mismo círculo encuéntrase en primer término una descripción, íntegra y al mismo tiempo detallada, de toda la tierra. Esta descripción va seguida de las pinturas correspondientes a cada provincia, en las cuales se indican brevemente los ritos, las leyes, las costumbres, los orígenes y las posibilidades de sus habitantes. […]

En el interior del segundo círculo, o sea, de las segundas habitaciones, están pintadas todas las clases de piedras preciosas y vulgares, de minerales y de metales, incluyendo también algunos trozos de metales auténticos. Cada uno de estos objetos va acompañado de dos versículos que contienen la adecuada explicación. En el exterior del mismo círculo están dibujados todos los mares, ríos, lagos y fuentes que hay en el mundo, así como también los vinos, aceites y todos los licores con indicación de su procedencia, cualidades y propiedades. Sobre las arcadas se encuentran ánforas adosadas al muro y llenas de diversos licores, que datan de cien o trescientos años y se usan como remedio de diversas enfermedades. […]

En la parte interna del tercer círculo se hallan representadas todas las especies de árboles y hierbas, algunas de las cuales se conservan vivas dentro de vasos colocados sobre las arcadas de la pared exterior y van acompañadas de explicaciones indicando el lugar en que fueron encontradas, sus propiedades, aplicaciones y semejanzas con las cosas celestes, con los metales, con las partes del cuerpo humano y con los objetos del mar, sus diferentes usos en medicina, etc. En la parte externa se ven todas las especies de peces, así de río como de lago o de mar, sus costumbres, cualidades, modo de reproducirse, de vivir y de criarse; sus aplicaciones en la naturaleza y en la vida; y, finalmente, sus relaciones con las cosas celestes y terrestres, producidas natural o artificialmente. […]

En el interior del cuarto círculo están pintadas todas las especies de aves, sus cualidades, tamaños, costumbres, colores, vida, etc., incluso el ave Fénix, que ellos consideran absolutamente real. En la parte externa del mismo círculo se muestran todas las clases de reptiles, serpientes, dragones, gusanos, insectos, moscas, mosquitos, tábanos, escarabajos, etc., con sus especiales propiedades, virtudes, venenos, usos, etc., y todos ellos en número mucho mayor del que podemos imaginar.

En el interior del quinto círculo se encuentran los animales más perfectos de la tierra en cantidad tal que produce asombro y de los cuales nosotros no conocemos ni la milésima

parte. Por ser muy numerosos y de gran tamaño, están pintados también en la parte exterior del círculo. ¡Oh! ¡Cuántas especies de caballos podría describirte ahora! Mas quédese para los doctos el explicar la belleza de las figuras.

En la parte interna del sexto círculo están representadas todas las artes mecánicas, sus instrumentos y el diferente uso que de ellas se hace en las diversas naciones. […] A su lado figura el nombre del inventor. En la parte externa están todos los inventores de ciencias y de armas, así como también los legisladores.

LA CASA DE SALOMÓN

FRANCIS BACON

Nueva Atlántida (1624)

Hará unos mil novecientos años reinaba en esta isla un rey, cuya memoria entre la de todos los otros adoramos, no supersticiosamente, sino como a un instrumento divino aunque hombre mortal. Era su nombre Salomón, y está considerado como legislador de nuestra nación. Este rey, que tenía un corazón de incomparable bondad, se entregó en cuerpo y alma a la tarea de hacer feliz a su pueblo y reino. Así que, comprendiendo lo muy abundante de recursos que era el país para mantenerse por sí solo sin recibir ayuda del extranjero, pues tiene un circuito de cinco mil leguas de rara fertilidad en su mayor parte, y calculando también que se podía encontrar la suficiente aplicación para la marina del país empleándola así en la pesca como en el transporte de puerto a puerto y también navegando hasta algunas islas cercanas que están bajo la corona y leyes de este reino; considerando el feliz y floreciente estado en que entonces se encontraba esta isla, tanto que si en

verdad podía sufrir mil cambios que lo empeorara era difícil inventar uno capaz de mejorarlo, pensó que a nada más útil podía dedicar sus nobles y heroicas intenciones que a perpetuar [hasta donde la previsión humana puede llegar] la felicidad que reinaba en su tiempo. Para lo cual, entre otras fundamentales leyes de este reino, dictó los vetos y prohibiciones que tenemos respecto a los extranjeros que en aquel entonces [si bien esto era después de la catástrofe de América] eran muy frecuentes; evitando así innovaciones y mezclas de costumbres. […]

Habéis de saber, mis buenos amigos, que entre los excelentes actos de este rey, uno sobre todo gana la palma. Fue este la creación e institución de una orden o sociedad, que llamamos la Casa de Salomón; a nuestro juicio la más noble de las funciones que han existido en la tierra y el faro de este reino. Está dedicada al estudio de las obras y criaturas de Dios. […] Cuando el rey hubo prohibido a todo su pueblo la navegación hacia aquellos lugares que no estaban bajo su corona, dictó sin embargo esta disposición: que cada doce años se habían de enviar fuera de este reino dos naves designadas para varios viajes, y que en cada una partiría una comisión de tres individuos de la hermandad de la Casa de Salomón, cuya misión consistiría únicamente en traernos informes del estado y asuntos de los países que se les señalaba, sobre todo de las ciencias, artes, fabricaciones, invenciones y descubrimientos de todo el mundo. […]

El objeto de nuestra fundación es el conocimiento de las causas y secretas nociones de las cosas y el engrandecimiento de los límites de la mente humana para la realización de todas las cosas posibles. […] Tenemos grandes cuevas de distintas profundidades; las más hondas de seiscientas brazas y como algunas han sido excavadas bajo grandes colinas y montañas, si se suma la profundidad de la colina y la profundidad de la cueva, el total de algunas pasa de los tres mil, pues a nuestro juicio la profundidad de una colina y la de una cueva con relación a la llanura es la misma, pues ambas se encuentran igual de remotas del sol, del fulgor de los cielos y del aire libre. Llamamos a estas cuevas región subterránea y las utilizamos para coagulaciones, endurecimientos, refrigeración

y observación de cuerpos. También para la imitación de minas naturales y producción de nuevos metales artificiales que hacemos combinando materias que luego dejamos allí enterradas varios años. […] Algunos ermitaños que decidieron vivir en ellas, bien provistos de todo lo necesario, prolongaron largo tiempo sus días y nos enseñaron muchas cosas.

Tenemos también, en distintas tierras, hoyos, donde depositamos, como hacen los chinos con sus porcelanas, diversos cementos. Y también gran variedad de compuestos y abonos, para hacer la tierra más fértil.

Tenemos altas torres, las mayores de más de media legua de altura, algunas instaladas también sobre elevadas montañas, de modo que la ventaja de la colina sumada con la de la torre, llega en las más altas a tres leguas por lo menos. A estos lugares los llamamos región alta, considerando el aire entre la región alta y la subterránea como una media región. Estas torres las utilizamos de acuerdo con sus distintas alturas y situaciones, para aislamientos, refrigeración y conservación, y para el estudio de diversos meteoros —como vientos, lluvias, nieve, granizo— y algunos meteoros ardientes. En algunas hay también sobre ellas moradas para ermitaños a los cuales visitamos algunas veces y nos instruyen sobre sus observaciones.

Tenemos grandes lagos así de agua salada como dulce, que nos proporcionan peces y aves y que también utilizamos para enterrar algunos cuerpos, pues entre las cosas enterradas en tierra, o en el aire bajo las cuevas, y las sumergidas en el agua, se observan varias diferencias. También tenemos estanques, de algunos de los cuales se extrae agua pura de la salada, y otros en que el agua se convierte en salada.

Tenemos rocas en medio del océano, y en las costas bahías para aquellos trabajos en que es necesario el aire y vapor de mar. Tenemos fuertes corrientes de aire y cataratas que nos sirven para varios fines y máquinas para multiplicar y reforzar los vientos, útiles igualmente para distintos propósitos.

Tenemos una porción de fuentes y manantiales artificiales, hechos a imitación de los naturales y baños con

soluciones de vitriolo, sulfuro, acero, bronce, plomo, nitro y otros minerales, además pequeños manantiales de infusiones de muchas cosas, donde las aguas adquieren virtudes particulares más rápidamente y mejor que en vasijas o depósitos. Y entre estos tenemos uno de agua a la cual llamamos del Paraíso, porque es un medio soberano para la salud y prolongación de la vida.

Tenemos grandes y espaciosos edificios, donde imitamos y demostramos meteoros —como nieve, granizo, lluvia, y hasta lluvias artificiales de cuerpos, truenos, relámpagos y también reproducimos en el aire cuerpos como ranas, moscas y otros varios.

Tenemos ciertas cámaras a las que llamamos cámaras de salud, donde modificamos el aire según creemos bueno y conveniente para la cura de diversas dolencias y para la conservación de la salud.

Tenemos amplios y hermosos baños de varias mezclas; unos para curar enfermedades y restablecer el cuerpo del hombre de arefacción, y otros para el fortalecimiento de los nervios, partes vitales y el propio jugo y sustancia del cuerpo.

Tenemos grandes y variados huertos y jardines, donde más que de la belleza nos preocupamos de la variedad de la tierra y de los abonos apropiados para los diversos árboles y yerbas. En algunos muy espaciosos plantamos árboles frutales y fresas, de los que hacemos diversas clases de bebidas, a más de vino de las viñas. En ellos ensayamos también todo género de injertos y fertilizaciones, así de árboles salvajes como de árboles frutales, consiguiendo gran variedad de efectos. […]

Conocemos los medios para hacer crecer a distintas plantas con mezclas de tierra sin semilla y también para crear diversas plantas nuevas diferentes de lo vulgar, y transformar un árbol o planta en otro.

Tenemos parques y corrales con toda suerte de bestias y pájaros, que no conservamos solo por recrearnos en su apariencia o rareza, sino también para disecciones y experimentos que esclarezcan ocultas dolencias del cuerpo humano; logrando así varios y extraños resultados como el de

prolongarles la vida, paralizar y hacer morir diversos órganos que vosotros consideráis fundamentales, resucitar otros en apariencia muertos y cosas por el estilo. Hacemos también experimentos con los peces ensayando otros remedios, para el bien de la medicina y cirugía. Por artificio los hacemos más grandes o más pequeños de lo que corresponde a su especie, podemos impedir su crecimiento o hacerlos más fecundos y robustos o estériles e infecundos. […]

No quiero cansaros con la enumeración de nuestras fábricas de cerveza, de pan y cocinas donde se hacen diversas bebidas, panes y carnes raras de especiales efectos. Vinos los tenemos de uva y otros jugos de frutas, de granos, de raíces y de mezclas de miel, azúcar, maná y frutas secas cocidas; también de la resina de los árboles y de la pulpa de las cañas. […] También las tenemos elaboradas con varias yerbas, raíces y especias y hasta con varias pulpas y carnes blancas, algunas tan sustanciosas que hay quienes prefieren vivir de ellas sin apenas probar carne ni pan, sobre todo los viejos. Nos esmeramos especialmente en obtener bebidas compuestas de elementos en extremo sutiles para que se filtren en el cuerpo sin que se produzcan resquemor, acidez o ardor. […] También tenemos aguas que sazonamos de la misma manera, haciéndolas nutritivas hasta el punto de que son desde luego excelentes bebidas y hay quienes no toman otra cosa. […]

Tenemos naturalmente dispensarios y farmacias, pues, como supondréis, con tal variedad de plantas y criaturas vivientes que sobrepasan con mucho las que tenéis en Europa [estamos bien enterados de lo que tenéis], los elementos simples, drogas e ingredientes medicinales son también de una gran variedad. Los tenemos de diversas edades y elaborada fermentación. Con respecto a sus preparaciones, no solo realizamos todo género de destilaciones y exquisitas separaciones, principalmente mediante suaves calores y filtraciones a través de diversos coladores y sustancias, sino que tenemos también fórmulas exactas de composición por medio de las cuales se unen como si fueran simples y naturales.

Conocemos diversas artes mecánicas ignoradas por vosotros, que nos producen materiales tales como papel,

lienzos, sedas, tisúes delicados y trabajos de pluma de brillo maravilloso, tintes excelentes y otras muchas cosas, y también tenemos tiendas así para aquellos artículos de uso corriente como para los que no lo son. Porque habéis de saber que de las cosas antes enumeradas muchas se han divulgado por todo el reino y, aunque fruto de nuestra imaginación, las tenemos al mismo tiempo por modelos y principios.

Tenemos gran diversidad de hornos con distintos grados de calor: violentos y rápidos, fuertes y constantes, suaves y tibios, arrebatados, tranquilos, secos, húmedos, etc. Pero sobre todo, calores que imitan al del sol y al de los cuerpos celestes, que admiten diversas desigualdades y que, como si fueran orbes, aumentan y vuelven a disminuir. Además, calores de estiércol y de vientres y buches de criaturas vivientes y de su sangre y cuerpos, y de hierbas y paja puestas sobre la humedad, de cal incandescente y otras cosas semejantes. También instrumentos que engendran calor por medio de rotaciones. Y nuevos lugares para realizar aislamientos absolutos, y otros, también bajo tierra, que por naturaleza o artificio producen calor. […]

Domenico Remps, Vitrina , siglo XVII, Florencia, Museo dell'Opificio delle Pietre Dure.

Tenemos salas perspectivas, donde hacemos demostraciones de luces e irradiaciones de todos los colores. A

las cosas incoloras y transparentes, las podemos presentar ante vuestros ojos de todos los colores, no en forma de arco iris, como sucede con las gemas y prismas, sino emanando de ellas mismas. Multiplicamos las luces, que podemos llevar a grandes distancias y las hacemos tan penetrantes que se pueden distinguir las líneas y puntos más pequeños. Combinamos todas las coloraciones de la luz logrando infinidad de ilusiones y engaños de la vista, en figuras, magnitudes y colores; hacemos demostraciones de juegos de sombras. Encontramos también diversos medios, desconocidos todavía para vosotros, de producir luz originalmente de diversos cuerpos. Nos procuramos los medios de ver objetos a gran distancia, como en el cielo o lugares remotos. Podemos presentar las cosas cercanas como distantes y las lejanas como próximas. Tenemos auxiliares para la vista muy superiores a las gafas y anteojos en uso; y lentes e instrumentos para ver cuerpos pequeños y diminutos como la forma y color de pequeñas moscas y gusanos, granos y las imperfecciones de las gemas, que de otro modo no sería posible ver; indispensables también para hacer exámenes de la sangre y orina. Hacemos arco iris artificiales, halos y círculos alrededor de la luz. Presentamos todo género de reflejos, refracciones y multiplicaciones de objetos por medio de los rayos visuales.

Tenemos piedras preciosas de todas clases, muchas de gran belleza y desconocidas para vosotros, así como cristales y espejos de diversos géneros; algunos de metales y otros de materiales vitrificados. Un gran número de fósiles y materiales en bruto, que vosotros no tenéis, como piedra imán de prodigiosas virtudes; y otras raras, tanto naturales como artificiales.

Tenemos cámaras sonoras, donde practicamos y demostramos toda clase de sonidos y sus derivados. Armonías de cuarto de sonido y aun de menos, que vosotros desconocéis. Diversos instrumentos originales de música, algunos de los cuales producen sonidos más suaves que ninguno de los vuestros, tañidos de campanas y campanillas de exquisita delicadeza. Podemos producir sonidos casi imperceptibles y amplios y profundos, prolongados, atenuados y agudos. […] Imitamos las voces de las bestias y pájaros y toda clase de

sonidos articulados. Tenemos ciertos aparatos que aplicados a la oreja aumentan notablemente el alcance del oído. También diversos y singulares ecos artificiales que repiten la voz varias veces como si rebotara, y otros que la devuelven más alta que la reciben. Instrumentos especiales para transferir sonidos por conductos y tuberías en las más singulares direcciones y distancias.

Fábricas de perfumes, con los cuales hacemos a la vez ensayos de sabores. Podemos, aunque parezca extraño, multiplicar los olores; imitamos olores que extraemos de otras mezclas distintas de aquellas de las que están compuestos. Hacemos imitaciones de sabores que son capaces de engañar el paladar de cualquier hombre. En estas fábricas incluimos también una confitería, donde se elabora toda clase de dulces secos y jugosos, diversos vinos muy agradables, leches, caldos y ensaladas de mucha más variedad que las que tenéis vosotros.

También talleres donde se fabrican máquinas e instrumentos para toda clase de fines. En ellos nos ejercitamos en acelerar y perfeccionar el funcionamiento de nuestras maquinarias y en hacerlas y multiplicarlas más fácilmente y con menos esfuerzo por medio de ruedas y otros recursos, logrando construirlas más fuertes y violentas que vosotros, aventajando a vuestros más grandes cañones y basiliscos. Presentamos sistemas e instrumentos de guerra y máquinas de todas clases, así como nuevas mezclas y composiciones de pólvora; como fuegos fatuos inextinguibles que arden en el agua y toda variedad de fuegos artificiales, lo mismo para empleos útiles como de recreo. Imitamos el vuelo de los pájaros, podemos sostenernos unos grados en el aire. Buques y barcos para ir debajo del agua que aguantan las violencias de los mares, cinturones natatorios y soportes. Diversos y curiosos relojes, unos con movimientos de retroceso y otros de movimientos perpetuos. Imitamos los movimientos de las criaturas vivientes con imágenes de hombres, bestias, pájaros, peces y serpientes; tenemos también gran número de otros varios movimientos raros tanto por su uniformidad como por su fineza y sutileza.

Casas-matemáticas, donde están expuestos todos los instrumentos así de geometría como de astronomía, exquisitamente hechos.

Teatros de magia, donde se ejecutan los más complicados juegos de manos, apariciones falsas, imposturas e ilusiones con sus falacias. Y, como seguramente comprenderéis, ya que tenemos tantas cosas naturales que mueven admiración, podemos en un mundo de singularidades engañar los sentidos desfigurando las cosas y esforzándonos en hacerlas más milagrosas. Pero detestamos tanto toda impostura y mentira que bajo pena de ignominia y multas, hemos prohibido estas prácticas a todos nuestros compañeros, para que no se muestre ninguna obra o cosa falseada ni aumentada, sino solo en su natural pureza y sin ninguna afectación de maravilla.

Estas son, hijo mío, las riquezas de la Casa de Salomón.

Contraportada de Johannes Valentin Andreae, Rei publicae christiapolitanae descriptio , 1619.

CHRISTIANOPOLIS

JOHANN VALENTIN ANDREAE

Christianopolis, 7 (1619)

Si os describo antes que nada el aspecto de la ciudad, no cometeré sin duda un error. Es de planta tetragonal y uno de sus lados mide 700 pies. Está fuertemente fortificada por cuatro contrafuertes y por murallas. Tiene apariencia regular en los cuatro puntos cardinales. También es defendible desde ocho grandes torres que se hallan repartidas por la ciudad, amén de otras dieciséis más pequeñas, pero no despreciables, y la casi invencible ciudadela en el centro. […]

El aspecto de las cosas es igual en todas partes, ni lujoso ni miserable, y tan planificado que se disfruta de aire libre y fresco. Viven aquí unos 400 ciudadanos, perfectos en la religión, perfectos en su carácter pacífico.

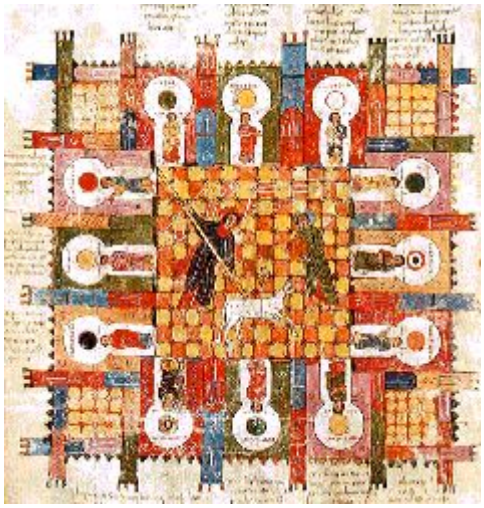
LA JERUSALÉN CELESTIAL

Apocalipsis, 21,12-23

Tenía una muralla grande y elevada, en la que había doce puertas; y sobre las puertas, doce ángeles; y nombres escritos encima, que son los de las doce tribus de los hijos de Israel. Al oriente, tres puertas; al norte, tres puertas; al sur, tres puertas; y al occidente, tres puertas. La muralla de la ciudad tenía doce bases; y sobre ellas, doce nombres, los de los doce apóstoles del Cordero.

El que hablaba conmigo usaba como medida una caña de oro para medir la ciudad, sus puertas y su muralla. La ciudad está asentada en forma cuadrangular; y su longitud es tanta como su anchura. Y midió la ciudad con la caña, y tenía doce mil estadios. Su longitud, su anchura y su altura son iguales. Y midió la muralla y tenía ciento cuarenta y cuatro codos, según

la medida humana, que era la del ángel. El material de su muralla es jaspe, y la ciudad es oro puro, semejante al cristal puro. Las bases de la muralla de la ciudad están adornadas con toda clase de piedras preciosas. La primera base es de jaspe; la segunda, zafiro; la tercera, calcedonia; la cuarta, esmeralda; la quinta, sardónice; la sexta, cornalina; la séptima, crisólito; la octava, berilo; la novena, topacio; la décima, ágata; la undécima, Jacinto, y la duodécima, amatista. Las doce puertas eran doce perlas; cada una de las puertas era de una sola perla. Y la plaza de la ciudad, oro puro, como cristal brillante.



La Jerusalén celeste, en Comentario al Apocalipsis del Beato de Liébana , c. 950, León ms. 644, fol. 222v, Nueva York, The Pierpont Morgan Library.

LUGARES INHALLABLES

JORGE LUIS BORGES

Tlön, Uqbar, Orbis Tertius (1940)

Debo a la conjunción de un espejo y de una enciclopedia el descubrimiento de Uqbar. El espejo inquietaba el fondo de un corredor en una quinta de la calle Gaona […]. El hecho se produjo hará unos cinco años. Bioy Casares había cenado conmigo esa noche y nos demoró una vasta polémica sobre la ejecución de una novela en primera persona, cuyo narrador omitiera o desfigurara los hechos e incurriera en diversas contradicciones que permitieran a unos pocos lectores —a muy pocos lectores— la adivinación de una realidad atroz o banal. Desde el fondo remoto del corredor, el espejo nos acechaba. Descubrimos (en la alta noche ese descubrimiento es inevitable) que los espejos tienen algo de monstruoso. Entonces Bioy Casares recordó que uno de los heresiarcas de Uqbar había declarado que los espejos y la cópula son abominables, porque multiplican el número de los hombres. Le pregunté el origen de esa memorable sentencia y me contestó que *The Anglo-American Cyclopaedia Britannica* la registraba, en su artículo sobre Uqbar. La quinta (que habíamos alquilado amueblada) poseía un ejemplar de esa obra. En las últimas páginas del volumen XLVI dimos con un artículo sobre Upsala; en las primeras del XLVII, con uno sobre *Ural-Altaic Languages*, pero ni una palabra sobre Uqbar. Bioy, un poco azorado, interrogó los tomos del índice. Agotó en vano todas las lecciones imaginables: Ukbar, Ucbar, Ooqbar, Oukbahr… Antes de irse, me dijo que era una región del Irak o del Asia Menor. Confieso que asentí con alguna incomodidad. […]

Al día siguiente, Bioy me llamó desde Buenos Aires. Me dijo que tenía a la vista el artículo sobre Uqbar, en el volumen XLVI de la Enciclopedia. No constaba el nombre del heresiarca, pero sí la noticia de su doctrina, formulada en palabras casi idénticas a las repetidas por él, aunque —tal vez — literariamente inferiores. Él había recordado: *Copulation and mirrors are abominable*. El texto de la Enciclopedia decía: *Para uno de esos gnósticos, el visible universo era una ilusión o (más precisamente) un sofisma. Los espejos y la paternidad*

son abominables (mirrors and fatherhood are hateful) *porque lo multiplican y lo divulgan*.

Leímos con algún cuidado el artículo. […] Releyéndolo, descubrimos bajo su rigurosa escritura una fundamental vaguedad. De los catorce nombres que figuraban en la parte geográfica, solo reconocimos tres —Jorasán, Armenia, Erzerum—, interpolados en el texto de un modo ambiguo. De los nombres históricos, uno solo: el impostor Esmerdis el mago, invocado más bien como una metáfora. La nota parecía precisar las fronteras de Uqbar, pero sus nebulosos puntos de referencias eran ríos y cráteres y cadenas de esa misma región. […]

Hacía dos años que yo había descubierto en un tomo de cierta enciclopedia pirática una somera descripción de un falso país; ahora me deparaba el azar algo más preciso y más arduo. Ahora tenía en las manos un vasto fragmento metódico de la historia total de un planeta desconocido, con sus arquitecturas y sus barajas, con el pavor de sus mitologías y el rumor de sus lenguas, con sus emperadores y sus mares, con sus minerales y sus pájaros y sus peces, con su álgebra y su fuego, con su controversia teológica y metafísica. […]

Henry Roberts, El velero «Resolution» , c. 1775, acuarela, Sidney, Mitchell Library, State Library of New South Wales.

12

LA ISLA DE SALOMÓN

Y LA TIERRA AUSTRAL

Siempre ha habido tierras largo tiempo soñadas, descritas, buscadas, registradas en los mapas, que luego desaparecieron de ellos y que ahora todo el mundo sabe que nunca existieron. Sin embargo, esas tierras tuvieron para el desarrollo de la civilización la misma función utópica que el reino del Preste Juan, cuyo hallazgo sirvió de aliciente a los europeos para explorar Asia y África, y descubrir evidentemente otras cosas.

Una de esas tierras es la Tierra Austral. La idea de Tierra Austral se remonta a los griegos, de Aristóteles (*Los meteorológicos*, II, 5) a Ptolomeo, y se confunde a menudo con la teoría de las antípodas (de la que hemos hablado en el capítulo sobre la tierra plana), y de la tradición pitagórica procedía la idea de una Antictone o «Tierra opuesta», un continente simétrico al mundo conocido (ecúmene), indispensable para equilibrar el planeta e impedir que volcara. Para Pomponio Mela incluso la isla de Taprobana era como un promontorio extremo del continente austral.

En la época moderna, Magallanes (que creía haberla identificado) la llamaría *Terra Australis recenter inventa sed nondum plene cognita* (esto es, «tierra recientemente hallada pero todavía no conocida del todo»).

Mapa del océano Pacífico, en Theatrum orbis terrarum, de Ortelius, 1606, Londres, Royal Geographical Society.

Para entender mejor qué era basta mirar dos mapas antiguos: si el clásico mapa de Macrobio no podía prever la existencia de América, el de Ortelius lo sabía casi todo sobre Asia, África y América, pero ambos desconocían el continente que hoy llamamos Oceanía. Todavía no se había descubierto Australia y se creía que aquella parte del mundo estaba cubierta por una especie de casquete de tierra, un enorme continente desconocido, algo así como un gigantesco pañal con el que la tierra cubría su parte meridional, completamente inhabitable o solo poblada por animales feroces.

Magallanes, al recorrer el estrecho homónimo en el extremo de América del Sur, vio a su izquierda una serie de islas ricas en bosques y montes cubiertos de nieve. Era la Tierra del Fuego, pero él creía que se trataba de las estribaciones de la Terra Incognita. Después de él, muchos otros buscarían la Terra Incognita en el Atlántico Sur, en el océano Índico meridional y en el Pacífico austral.

Cornelis de Jode, Mapa de Nueva Guinea y las islas Salomón , [Amberes, 1593], Canberra, National Gallery of Australia.

En concreto, los españoles fueron los primeros en surcar el Pacífico, empujados por los alisios, que soplan desde la costa americana hacia el oeste. Álvaro de Saavedra llegó a Nueva Guinea (pensando que ya era parte de la Terra Incognita), y en 1542 Ruy López de Villalobos llegó a las Carolinas y luego a las Filipinas. También los españoles descubrieron el archipiélago de las Marianas y, en 1563, Juan Fernández, partiendo de Perú, arribó a las islas que todavía hoy llevan su nombre, Más Afuera y Más a Tierra (conocidas en la actualidad como las islas de Alexander Selkirk y de Robinson Crusoe). Pero la Tierra Austral permanecía *incognita*.

William Hodges, James Cook arriba a Tanna en las Nuevas Hébridas, siglo XVIII, Londres-Greenwich, National Maritime Museum.

De hecho, por las razones que veremos, resultaba difícil navegar por aquellos mares sin fin y en este sentido es ilustrativa la historia de las islas Salomón, otra tierra legendaria vinculada a la de la Tierra Austral; la diferencia era que la Tierra Austral no existía y las islas Salomón sí, aunque, una vez halladas, enseguida se perdieron de nuevo.

En 1567, el navegante español Álvaro Mendaña de Neira llegó a ciertas islas a las que de inmediato llamó Salomón, pues creía que albergaban fabulosas riquezas, ya que quizá eran las tierras bíblicas vinculadas al mito de Ophir y a la creencia de que desde allí se habían enviado a Jerusalén las columnas de oro del templo.[22]

A pesar de que no halló ni rastro de esas riquezas, Mendaña volvió a su patria con la noticia de que había descubierto tierras extraordinarias y a finales de 1595 convenció al gobierno español para que le dejara partir en un segundo viaje; además, entretanto España había sufrido el desastre de la Armada Invencible destruida por los ingleses, y tanto los ingleses como los holandeses y franceses empezaban a penetrar en el Pacífico. Había que ser los primeros en apropiarse de las riquezas, si es que existían, de esa isla de memoria bíblica.

Sin embargo, en su segundo viaje Mendaña descubrió el archipiélago de las Marquesas, si bien no encontraría las islas

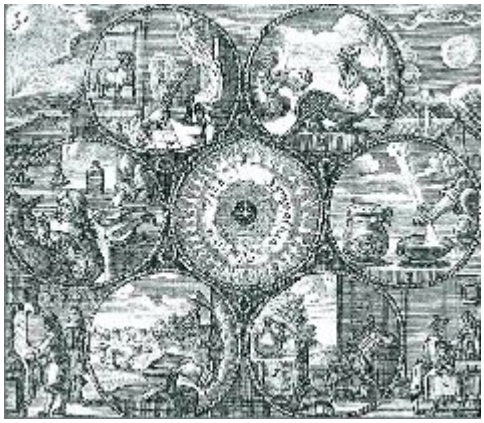
Salomón (de hecho, no se llegaría a Bougainville hasta un siglo y medio después).

No dio con ellas porque para encontrarlas era necesario disponer de las coordenadas exactas (esto es, latitud y longitud); en su época, y durante casi dos siglos más, aunque con los instrumentos náuticos adecuados era fácil fijar la posición del Sol y de las estrellas y, por tanto, conocer la latitud (así como la hora del día), no había medios para determinar en qué meridiano se hallaban. Si tenemos en cuenta que Nueva York y Nápoles están en la misma latitud, si no se conocieran las longitudes no se podría establecer siquiera la distancia entre ambas ciudades.

Para solucionar este problema, que ya Cervantes llamaba del «punto fijo» (y no postulaba, como comúnmente se cree, la búsqueda de una posición determinada, sino la capacidad de «establecer la posición» dondequiera que se hallase), en el siglo XVI Felipe II de España ofreció una fortuna; más tarde Felipe III prometería seis mil ducados de renta perpetua y dos mil de renta vitalicia, y los Estados Generales de Holanda treinta mil florines.

El único modo de establecer el meridiano habría sido averiguar la hora local y saber qué hora era en aquel momento en el meridiano de partida; puesto que cada hora de diferencia correspondía a quince grados de longitud, se podía identificar el meridiano en que se hallaban. Pero para conocer la hora de casa era preciso disponer a bordo de un reloj que, a pesar del balanceo del barco, funcionase con exactitud, y esto no fue posible hasta el siglo XVIII.

A falta de este reloj prodigioso y con el fin de fijar el punto con exactitud, se idearon los medios más fantasiosos, basados en las mareas, en los eclipses lunares, en las variaciones de la aguja imantada o en la observación de los satélites de Júpiter (propuesto por Galileo a los holandeses), pero ninguno de estos métodos realmente funcionó nunca.



Las fases de aplicación del polvo de la simpatía, en Kenelm Digby, Theatrum sympatheticum , Nuremberg, 1660.

Ya que nos interesamos por las leyendas, el método más atroz estaba basado en el polvo de la simpatía. En el siglo XVII existía la convicción de que el polvo de la simpatía o ungüento armario era una sustancia que había que esparcir sobre el arma que había causado una herida, cubierta aún de sangre, o sobre un paño empapado con la sangre del herido. El aire atraería entonces los átomos de la sangre y con ellos los átomos del polvo. A su vez, los átomos que se escapaban de la herida serían atraídos por el aire circundante. De este modo los átomos de la sangre, tanto los que procedían del paño o del arma como los que procedían de la herida, se encontraban y eran atraídos por la herida; el polvo penetraba en la carne y aceleraba la curación. Y esto era posible incluso cuando el herido se hallaba lejos (véase, por ejemplo, Digby, 1658 y 1660[*]).

Apelando al mismo principio, si sobre el arma que había producido la herida, en vez de polvo, se pusiera una sustancia fuertemente irritante, el herido experimentaría un dolor agudo.

Sidney Parkinson, Retrato maorí, 1770, Londres, British Library. Una copia de Curious Enquiries , The Library Company of Philadelphia.

Para resolver el problema de la longitud (pensó, por tanto, alguien) bastaba coger un perro, causarle una profunda herida y subirlo a bordo de un barco rumbo a los océanos, procurando siempre que la llaga se mantuviera abierta. Si todos los días a una hora acordada, en el lugar de partida alguien pusiera una sustancia irritante sobre el arma que había herido al perro, este sentiría de inmediato el efecto y aullaría de dolor. De este modo, en el barco se podía saber qué hora era en aquel momento en el meridiano de partida y, conociendo la hora local, era posible deducir la longitud. No se sabe si el método se puso en práctica alguna vez, pero la propuesta aparece por ejemplo en un panfleto anónimo, *Curious Enquiries* (1688), que tal vez pretendía burlarse de las distintas teorías sobre el polvo de la simpatía.

Puesto que todos estos métodos no servían para nada, no se pudo establecer la longitud hasta que Harrison inventó el cronómetro marino, que permitía mantener la hora del meridiano de partida. Harrison construyó el primer modelo en 1735; el aparato fue perfeccionado posteriormente y en 1772 lo utilizó el capitán Cook para su segundo viaje. En su primer viaje Cook había alcanzado las costas australianas, pero el Almirantazgo británico seguía insistiendo en la búsqueda de la Tierra Austral. Por supuesto, en su segundo viaje Cook no

encontró la tierra soñada, pero descubrió Nueva Caledonia y las islas Sandwich australes, llegó muy cerca de la Antártida y desembarcó en Tonga y en la isla de Pascua. Como disponía del cronómetro marino, fijó definitivamente las coordenadas de todas estas tierras, y con esas exploraciones se acabó en la práctica el mito de la Tierra Austral.

George Carter, Muerte del capitán Cook en la bahía de Kealakekua , 1783, Honolulú, Bernice Pauhai Bishop Museum.

Perdida o nunca hallada por los exploradores, la Tierra Austral había alimentando la fantasía de muchos autores de utopías, que situaron en aquellas tierras lejanas su civilización ideal. Basta citar *L'histoire des Sévarambes*, de **Vairasse**.[23] *La Terre australe connue* de **Foigny**; *El descubrimiento austral por un hombre volador: o, El Dédalo francés*, de Restif de la Bretonne; o los *Viajes de Enrique Wanton a las tierras incógnitas australes*, de **Seriman**.

Las suyas eran tierras australes soñadas o completamente inventadas, que no obstante dan fe de la fascinación que ejerció ese mito. Aunque, como ocurre a menudo, la utopía podía tomar la forma de la distopía, como sucedió con el *Mundus alter* de Joseph Hall.

La nostalgia de una tierra soñada y nunca hallada la expresó **Guido Gozzano** en una encantadora y melancólica

poesía. Tal como describe el poeta la desaparición en una especie de brumosa lejanía de la isla nunca alcanzada, da la impresión de que tuviera presente algunos mapas que se encuentran en los libros de navegación del siglo XVIII; esta idea de la isla que se desvanece como apariencia vana nos obliga a pensar en la manera en que, antes de haber resuelto el problema de las longitudes, para reconocer las islas se procedía a dibujar sus siluetas como se habían visto la primera vez. Llegando de lejos, la isla (de la que no existía mapa alguno) se reconocía, como diríamos hoy de una ciudad americana, por el *skyline*. ¿Y si había dos islas de perfil muy similar, como dos ciudades que tuvieran ambas el Empire State Building y (antes) las Torres Gemelas? Se llegaba a la isla equivocada, y quién sabe cuántas veces sucedió eso.

Perfiles de islas, de Fleurieu, Découvertes des françois en 1768 et 1769 dans le sud-est de la Nouvelle Guinée , París, 1790.

Entre otras cosas porque el perfil de una isla cambia con el color del cielo, la bruma, la hora del día e incluso con la dulce estación, que altera la consistencia de las masas arbóreas. A veces la isla se tiñe del color azul de la lejanía, puede desaparecer en la noche o entre la bruma, las nubes bajas pueden ocultar el perfil de las montañas. Nada hay más huidizo que una isla de la que solo se conoce la silueta; llegar a una de la que no se posee ni el mapa ni las coordenadas es moverse como un personaje de Abbot en una Planilandia de la que solo se conoce una dimensión y las cosas se ven de frente, como líneas sin espesor, es decir, sin altura ni profundidad, por

no decir que solo un ser de fuera de Planilandia podría verlas desde arriba.

Y lo cierto es que se decía que los habitantes de las islas de Madeira, de Palma, de Gomera y del Hierro, engañados por las nubes, o por los espectros del hada Morgana, a veces creían divisar la *insula perdita* hacia occidente, huidiza entre el mar y el cielo.

Del mismo modo que se podía divisar entre los reflejos del mar una isla que no existía, también era posible confundir dos islas que existían y no encontrar nunca aquella a la que se quería llegar.

De hecho, Plinio decía (II, 96) que algunas islas fluctúan siempre.

De vez en cuando, incluso en nuestro siglo y hasta en los atlas más serios, han aparecido islas fantasma, por supuesto siempre en la zona de la Tierra Austral. A finales de 2012, investigadores de la Universidad de Sidney revelaron que Sandy Island, una isla del Pacífico Sur, registrada por varios mapas entre Nueva Caledonia y Australia, en realidad no existe; cualquier examen de aquella zona demostraría que no solo la isla no existe, sino que tampoco podría haber sido cubierta por las aguas, ya que en los alrededores de aquella zona el mar tiene una profundidad de 1.400 metros. Ya se habían detectado casos análogos en relación con las pretendidas islas Maria-Theresa y Ernest-Legouvé (descubiertas entre las islas Tuamotu y la Polinesia francesa entre mediados del siglo XIX y principios del XX), Jupiter Reef, Wachusett y Rangitiki, cuya existencia nadie ha conseguido probar y que sin embargo todavía aparecen en algunos mapas (por ejemplo, Wachusett Reef aún estaba en la edición de 2005 del *National Geographic Atlas of the World*).

De modo que, aunque Plinio no lo podía prever, también los mapas fluctúan siempre.

Lo que queda para una crónica de las tierras legendarias es que, una vez desaparecida la Tierra Austral, ahora ya frente a la Antártida, tierra alcanzada pero no totalmente explorada, los cazadores de misterios dirigieron su atención a la leyenda

del agujero en el Polo Sur,[24] buscando en el interior del globo lo que habían perdido en la superficie.

Oronzio Fineo, la Tierra Austral, en Recens e integra orbis descriptio , 1534, París, Bibliothèque Nationale de France.

LA TIERRA AUSTRAL

DENIS VAIRASSE

L'Historie des Sévarambes (1677-1678)

Muchos han navegado a lo largo de las costas del Tercer Continente, que es llamado comúnmente las Tierras Australes Desconocidas, si bien nadie se ha tomado el trabajo de ir a visitarlas para describirlas. Es cierto que sus contornos aparecen dibujados en los mapas, aunque están representados de forma tan imperfecta que solo se pueden sacar ideas confusas.

Nadie duda de la existencia de este continente, porque muchos lo han visto e incluso han desembarcado en él; pero como no osaron penetrar en su interior, dado que casi siempre llegaron a estas tierras contra su voluntad, no han podido dar más que descripciones superficiales.

Esta historia que ahora ofrecemos al público llenará este vacío. Está escrita con tal sencillez que nadie dudará de las verdades que contiene, y los lectores podrán observar fácilmente que tiene todas las características de una Historia verídica. No obstante, he pensado que debo añadir algunas razones para proporcionarle una mayor autoridad.

LA LENGUA AUSTRAL

GABRIEL DE FOIGNY

La Terre australe connue (1676)

Para expresar sus pensamientos se sirven de tres procedimientos, todos ellos utilizados en Europa, o sea, signos, palabra y escritura. Los signos les resultan muy familiares y he observado que pasan bastantes horas juntos sin hablarse de otro modo, porque se basan en este gran principio, «que no hace falta recurrir a muchos medios de acción, cuando se puede actuar con pocos».

Así que hablan solamente cuando es necesario ligar un discurso y añadir una larga serie de proposiciones.

Todas sus palabras son monosílabas y sus conjugaciones siguen el mismo criterio. Por ejemplo: *af* significa «amar»; el presente es *la, pa, ma*, «yo amo, tú amas, él ama»; *lla, ppa, mma*, «nosotros amamos, vosotros amáis, ellos aman». Solo tienen un pasado que nosotros llamamos perfecto: *lga, pga,*

mga, «yo amé, tú amaste, él amó», etc.; *llga, ppga, mmga*, «nosotros amamos», etc. El futuro *lda, pda, mda*, «amaré», etc.; *llda, ppda, mmda*, «amaremos», etc. En la lengua australiana, trabajar se dice *uf*: *lu, pu, mu*, «yo trabajo, tú trabajas», etc.; *lgu, pgu, mgu*, «trabajé», etc.

No tienen declinaciones ni artículos y muy pocas palabras. Expresan las cosas simples con una sola vocal y las compuestas por medio de las vocales que indican los principales cuerpos simples de los que están compuestas. Únicamente conocen cinco cuerpos simples, de los que el primero y el más noble es el fuego, que expresan con *a*; luego viene el aire, representado por *e*; el tercero es la sal, llamada *o*; la cuarta el agua, a la que llaman *i*; la quinta es la tierra, denominada *u*.

Como principio diferenciador utilizan las consonantes, que son mucho más numerosas que las de los europeos. Cada consonante indica una cualidad que es propia de las cosas expresadas por las vocales; así *b* significa «claro», *c* «caliente», *d* «desagradable», *f* «seco», etc.; siguiendo estas reglas construyen tan bien las palabras que simplemente escuchándoles se entiende de inmediato la naturaleza y el contenido de lo que nombran. A las estrellas las llaman *Aeb*, palabra que indica su composición de fuego y de aire, unida a la luminosidad. Llaman al Sol *Aab*; a los pájaros *Oef* signo de su solidez y de su materia aeriforme y seca. El hombre se llama *Uel*, que indica su sustancia en parte etérea, en parte terrenal, acompañada de humedad, y así para las otras cosas. La ventaja de esta forma de hablar es que uno se torna filósofo aprendiendo los primeros elementos y que, en este país, no se puede nombrar cosa alguna sin explicar al mismo tiempo su naturaleza, lo que parecería milagroso a quienes no conocieran el secreto del que se sirven para ello.

Petrus Bertius, P. Bertii tabularum geographicarum contractarum, descriptio terrae subaustralis , Amsterdam, 1616, Universidad de Princeton, Historic Maps Collection.

LA ISLA DE LOS CINOCÉFALOS

ZACCARIA SERIMAN

Viajes de Enrique Wanton a las tierras incógnitas australes, caps. V y VII (1764)

Aunque no supiéramos cuál era el paraje donde nos hallábamos, juzgamos por la dirección del viento que había movido la tempestad que estábamos en tierras australes, como después, tras la observación de las estrellas, nos aseguramos.

Roberto sabía muy bien que antes de nosotros ningún europeo había visitado aquellas tierras, pero no quiso que yo recelara. Además de esto, a causa de la altura del polo antártico, estaba muy seguro, aunque lo calló para que yo siguiera manteniendo la esperanza de que alguna embarcación, poniendo la proa a aquellas playas, algún día pudiese sacarnos de aquel desierto. […]

Nos encaminamos hacia ella, y al llegar cerca de la puerta advertimos delante de nosotros dos grises y deformes monazos, uno macho y el otro hembra, sentados sobre un banquillo próximo a la entrada de la casa.

¡Oh Dios, qué sorpresa fue esta para nosotros! La hembra tenía alrededor de los lomos una falda de cierta tela tosca y el cuerpo igualmente cubierto con un vestido de lo mismo, y sobre la cabeza llevaba una especie de sombrero hecho de hojas de palma.

El macho llevaba un vestido que caía del cuello a los pies y tenía la cabeza descubierta. Cuando nos vieron, se quedaron suspensos un rato, se pusieron en pie y nos examinaron atentamente; y cuando yo creía que había de salir alguna cosa de una atención tan seria, prorrumpieron las bestiazas en una feroz carcajada, que ofendió no poco mi delicada vanidad. Sobre todo la hembra no podía parar de burlarse, y yo sin duda me habría sentido ofendido si Roberto no me hubiera advertido en voz baja que aquella no era ocasión ni tiempo de mantener un decoro, que habríamos perdido con más vergüenza, e incluso con peligro de la vida, si el resentimiento nos hubiese sugerido una delicadeza nada oportuna.

Me tranquilicé, pues, esperando el fin de tener que servir de bufón a aquellos dos inmundos animalotes.

Dio entonces la hembra un grito articulado, a cuyo sonido acudió corriendo a la puerta del patio, que servía de estancia a nuestras bestias, una caterva de monitos, entre los que había de todas las edades. Entonces sí que la comedia se volvió universal. Uno nos miraba y se echaba a reír, otro examinaba nuestras rubias pelucas creyéndolas nuestro pelo natural, otro nos agarraba el extremo de la ropa, y después hablaban entre sí balbuceando, pero acompañando siempre su estupor con esas burlas que son propias de los espíritus débiles cuando se les presentan cosas nunca vistas. Uno de esos pequeños tenía una caña en la mano, y siguiendo el acostumbrado instinto de esa edad, nos daba golpes con ella bien en los brazos, bien en las piernas, como suelen hacerlo los nuestros con las monas.

Ilustración de Zaccaria Seriman, Viaggi di Enrico Wanton alle terre incognite australi ed ai regni delle scimmie e dei cinocefali , Milán, 1749-1764.

LA ISLA NO ENCONTRADA

GUIDO GOZZANO (1883-1916)

¡La más bella!
Bella más que ninguna es la Isla No-Encontrada:
la que el rey de España recibió de su primo
el rey de Portugal con firma sellada
y bula del Pontífice en gótico latín.
El infante se hizo a la vela hacia el reino fabuloso,
vio las afortunadas: Junonia, Gorgona, Hera
y el Mar de Sargazo y el Mar Tenebroso
esa isla buscando. Pero la isla no estaba.

En vano las galeras panzudas con abultadas velas,
las carabelas en vano armaron su proa:
que se resigne el pontífice, la isla se esconde,
Portugal y España la siguen buscando.
La isla existe. Aparece a veces de lejos
entre Tenerife y Palma, teñida de misterio:
«¡… la Isla No-Encontrada!». El buen canariense
desde el Pico alto de Teide la señala al forastero.
La indican los mapas antiguos de los corsarios.
… Ínsula ¿encuéntrase?… Ínsula ¿peregrina?…
Es la isla encantada que se desliza por los mares;
a veces los navegantes la ven cercana.
Acarician con las proas esa beata orilla:
entre flores nunca vistas cimbrean palmeras encumbradas,
perfuma la divina foresta espesa y viva,
lagrimea el cardamomo, rezuman las gomas.
Se anuncia con el perfume, como una cortesana,
la Isla No-Encontrada. Pero, si el piloto avanza,
rauda se desvanece como apariencia vana,
se tiñe del azul color de lejanía.

Nicolò dell'Abate, Eneas desciende a los infiernos, siglo XVI, Módena, Galleria Estense.

13

EL INTERIOR DE LA TIERRA,

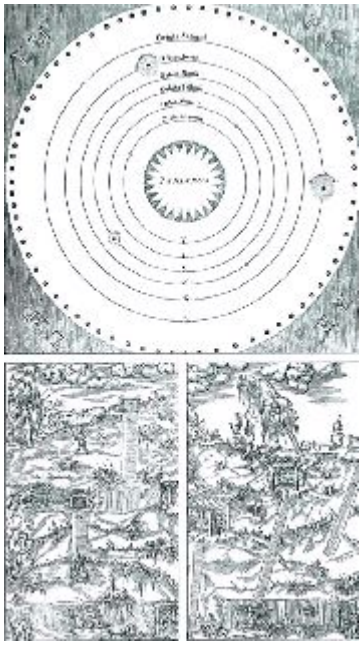
EL MITO POLAR Y AGARTHA

Tintoretto, Descenso de Jesucristo al Limbo, 1568, Venecia, iglesia de San Cassiano.

¿Qué ocurre en el corazón de la Tierra? Toda la tradición antigua imagina que, si se penetra en las entrañas de la Tierra, se entra en el reino de los muertos. Así era el Hades en Homero o Virgilio, así era el infierno de Dante y el de muchas visiones del más allá anteriores a su obra capital, como el *Libro de la escala* y otros textos árabes que narraban la visita de Mahoma al infierno.

Así eran los Campos Elíseos donde moraban las almas de los justos, y también aquella sección del Hades donde Zeus había encerrado a los Titanes, el Tártaro, descrito como una sima tan profunda que si se dejara caer un yunque tardaría nueve días y nueve noches en tocar el fondo. Solo ha habido un autor que haya planteado la hipótesis de que el infierno no estaba bajo tierra sino en los cielos, y fue Tobias Swinden (1714) que, en sus investigaciones sobre la naturaleza y la ubicación del infierno, demostraba que este no podía estar en el centro de la Tierra sino en el punto más caliente del universo, esto es, en el centro del Sol.

Descenso de Mahoma al infierno acompañado del arcángel Gabriel , miniatura del manuscrito árabe Libro de la Ascensión , Turquía, siglo XV, París, Bibliothèque Nationale de France.

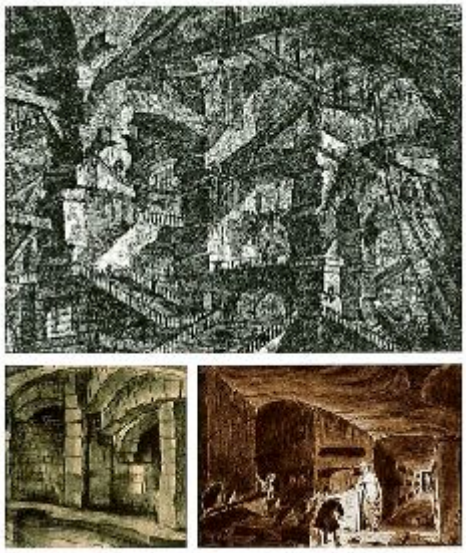


Tobias Swinden, An Enquiry into the Nature and Place of Hell, 1714. Minas, en Georg Agricola, De re metallica, 1556.

Guardián , detalle de la tumba de Jhaemuaset, hijo de Ramsés III, 1184-1153 a. C., Tebas.

Las entrañas de la Tierra también han atraído a los vivos. El cielo era difícil de explorar; en cambio, la Tierra se podía excavar, y las minas eran antiquísimas.

Penetrar en el corazón del planeta, bajo la corteza terrestre, es algo que siempre ha atraído a los seres humanos, y hay quien ha querido ver en esta pasión por las grutas, cavidades y galerías subterráneas un deseo de regresar al útero materno; probablemente todos recordamos que de pequeños, antes de dormirnos, nos gustaba refugiarnos bajo las mantas para imaginar algún viaje submarino, aislados del resto del mundo; la caverna podía ser un lugar donde vivían los monstruos de los abismos, pero también el refugio contra los enemigos humanos u otros monstruos de la superficie; se ha fantaseado acerca de tesoros escondidos en antros y se han imaginado seres nacidos del subsuelo, como los gnomos; el Jesús de muchas tradiciones no nació en un cobertizo sino en una cueva… Y algunos artistas y novelistas han dado rienda suelta a su fantasía en torno a lugares tenebrosos como las cárceles de Piranesi, la celda del castillo de If donde sobrevivió durante catorce años el futuro conde de Montecristo y los conductos de las alcantarillas celebrados por *Los miserables* de Víctor Hugo y por las peripecias de Fantomas.



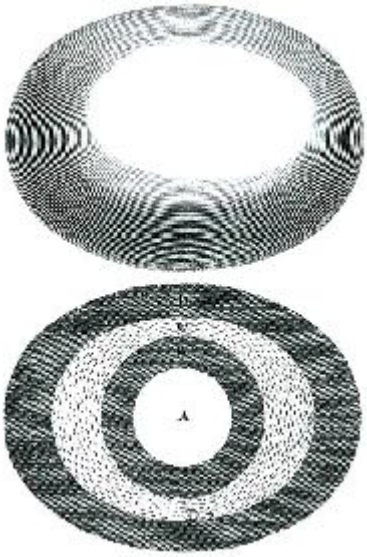
Giovanni Battista Piranesi, Cárceles, c. 1761, Los Ángeles, Los Angeles County Museum of Art.

Alcantarillas de París , boceto de Jean-Paul Chanois para Les Misérables, 1957, París, Collections Cinémathèque française.

Agostino Tofanelli, Catacumbas de San Calixto, grabado a la acuarela, 1833, colección particular.

Thomas Burnet, en *Telluris theoria sacra* (1681), calculaba que, para que el Diluvio universal inundara todo el planeta, debería haber caído una cantidad de agua equivalente a la que podían contener entre seis y ocho mares. Por consiguiente, creía que la Tierra anterior al Diluvio, recubierta de una sutil corteza, estaba llena de agua, con un núcleo central de materia incandescente. Además, al ser distinta la

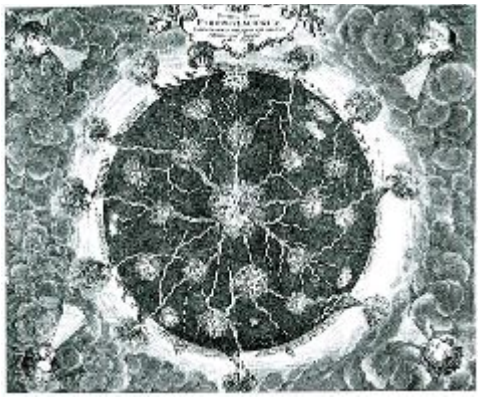
inclinación de su eje, la Tierra podía gozar de una eterna primavera. Luego la corteza se rompió y las aguas subterráneas salieron a la superficie causando justamente el Diluvio. Más tarde, las aguas se retiraron y la Tierra adoptó el aspecto que hoy conocemos.



Thomas Burnet, Telluris theoria sacra , 1681.

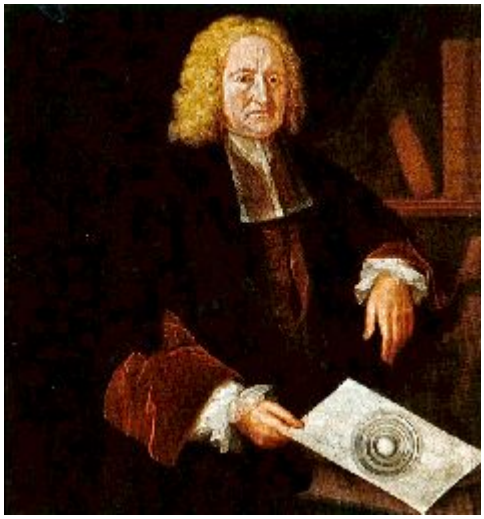
No obstante, en general dominaba la idea de una Tierra surcada tal vez por cavernas y conductos subterráneos, aunque básicamente sólida en su interior. Incluso Dante imaginaba el inmenso embudo del infierno, pero fuera de este la Tierra seguía siendo sólida y pétrea, como una bola en la que se hubiese excavado un cono.

Athanasius Kircher, en *Mundus subterraneus* (1665), trató de describir el interior del planeta teniendo también muy en cuenta las primeras exploraciones de los volcanes. Y así, en una extraña mezcla de ciencia y ciencia ficción, se podía imaginar un centro de la Tierra recorrido por ríos de lava incandescente y habitado al mismo tiempo por criaturas como los dragones.



De Athanasius Kircher, Mundus subterraneus, 1665.

LA TIERRA HUECA. La primera hipótesis del planeta Tierra completamente hueco la formuló un científico como Edmund Halley, el que da nombre al cometa. Hay quien sostiene que formuló una hipótesis análoga el gran matemático Leonhard Euler, pero esta información la cuestionan otros estudiosos que citan textos de Euler que no dejan lugar a dudas al respecto. En cambio, Halley publicó un artículo en *Philosophical Transactions*, de la Royal Society de Londres (1692), en el que afirmaba que nuestro globo estaba constituido por tres esferas huecas concéntricas, que no se comunicaban entre sí, y por un núcleo caliente, también esférico, situado en el centro del sistema. La esfera exterior tenía una velocidad de rotación menor que la de las esferas interiores, y esta diferencia explicaba el desplazamiento de los polos magnéticos. La atmósfera interior era luminiscente, los continentes interiores estaban habitados y los gases que escapaban por los pasajes a los polos eran los causantes de la aurora boreal.



Michael Dahl, Edmund Halley , 1736, Londres, The Royal Society.

Los científicos de la época no se tomaron demasiado en serio la hipótesis de Halley, pero un célebre teólogo y científico puritano, Cotton Mather, más conocido por haber influido en la caza de brujas en Nueva Inglaterra, se apropió de ella en su obra *The Christian Philosopher*, de 1721. En cualquier caso, Halley no creía que se pudiera penetrar en el interior del planeta.

De Marshall B. Gardner, A Journey to Earth's Interior, 1913.

El objetivo de este libro no es ocuparse de las tierras novelescas, pero en el caso de las teorías sobre la Tierra hueca hay que hacer una excepción porque, si bien algunas novelas de las que hablaremos han sufrido la influencia de las teorías de Halley o, como veremos, de Symmes, muchas teorías que pretendieron luego ser científicas estuvieron influidas por invenciones novelescas. Algunas de esas invenciones se limitan a describir un mundo subterráneo constituido por galerías y pasajes habitados por monstruos o criaturas primitivas, pero otros describen civilizaciones que viven bajo una capa celeste formada por la superficie convexa del planeta.

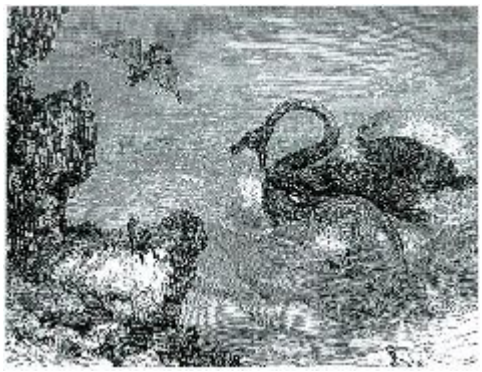


Ilustración para Viaje al centro de la Tierra , de Jules Verne, 1864.

La primera novela fue probablemente la anónima *Relación de un viaje del polo ártico al polo antártico a través del centro del mundo* (1721), seguida de *Lamekis*, de Charles de Fieux (1734), obra en ocho volúmenes, en la que el interior de la Tierra se convierte en el refugio de algunos sabios de origen egipcio, entre templos subterráneos y monstruos del subsuelo. A la misma tradición pertenece también, aunque más tardía, la célebre novela de Jules Verne *Viaje al centro de la Tierra* (1864), hasta llegar, de 1945 a 1949, a la revista de ciencia ficción *Amazing Stories*, donde Richard Sharpe Shaver

contaba historias de una raza superior prehistórica que había sobrevivido en la cavidad del planeta y utilizaba máquinas fantásticas abandonadas por razas antiguas para atormentar a los habitantes de la superficie. Al parecer, después de la publicación de estas historias, miles de personas escribieron a la revista afirmando oír «voces infernales» procedentes del subsuelo.

Descenso de Niels Klim, de Ludvig Holberg, Viaje al mundo subterráneo de Niels Klim, ed. 1767.

El primer relato importante de ciencia ficción que extrapoló la tesis de Halley fue la novela de **Ludvig Holberg** *Viaje al mundo subterráneo* (1741). Holberg no solo describe una sociedad utópica con hallazgos y ocurrencias a menudo más atractivas que las de Swift (parodias fantásticas sobre la moral, la ciencia, la igualdad entre sexos, la religión, el gobierno y la filosofía), sino que nos explica asimismo de qué modo en el interior de nuestro planeta está estructurado todo un sistema solar.

Seres del mundo subterráneo, de Ludvig Holberg, Viaje al mundo subterráneo de Niels Klim , ed. 1767.

Inspirada en la novela de Holberg tenemos la más decepcionante *Icosameron* (1788), de Giacomo Casanova. El aventurero veneciano, ya viejo y limitado a la labor de bibliotecario para el conde de Waldstein en Bohemia, depositó muchas ilusiones, en cuanto a gloria literaria y éxito económico, en esta penosa novela que no le proporcionó celebridad alguna y le hizo perder el poco dinero que le quedaba en gastos de impresión.

Relata Casanova una serie de aventuras un tanto extravagantes, cuyo elemento más excitante es el hecho de que los dos hermanos Edouard y Elisabeth, una vez en ese mundo, fundan una dinastía de terrestres mediante la práctica del incesto, extendida también a sus descendientes, como creía Casanova que habían hecho Adán y Eva. Por lo demás, ni en el relato del descenso de los dos jóvenes al centro de la Tierra ni en el de la salida se preocupa Casanova de justificar desde el punto de vista geoastronómico esa situación, que constituía sin embargo el núcleo innovador de su aventura.

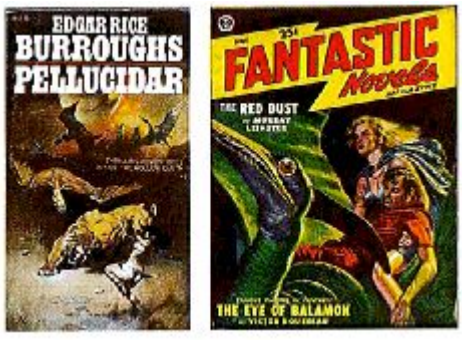
Carl Gustav Carus, La cueva de Fingal, pluma y acuarela, siglo XIX, colección particular.

Del siglo siguiente destacan el *Voyage au centre de la Terre* (1821), obra probablemente del conocido demonólogo **Collin de Plancy**, y (como veremos más adelante) *La raza futura*, de **Edward Bulwer-Lytton**.

Pasando al siglo XX, en 1908, en *El Dios humeante*, de Willis George Emerson, un pescador noruego llamado Olaf Jansen llega con su padre y su barca a un continente interior, donde durante dos años visita las ciudades de un reino subterráneo y finalmente sale por el Polo Sur.

Joachim Patinir, El paso de la laguna Estigia , c. 1520-1524, Madrid, Museo del Prado.

Ilustración de Alan Lee para J.R.R. Tolkien, El Hobbit, 2003.



Cubierta de Edgar Rice Burroughs, Pellucidar , ilustraciones de Frank Frazetta, 1978.

Cubierta de The Eye of Balamok, de Victor Rousseau, 1920.

Una de las epopeyas más populares sobre este tema fue la serie de *Pellucidar*, creada por Edgar Rice Burroughs, que del libro al cómic pobló las historias de Tarzán con los dinosaurios subterráneos de Verne, animales prehistóricos y razas inteligentes que habitan en el interior del globo, iluminado por un pequeño sol y por sus pequeños planetas. La serie empezó con *En el corazón de la Tierra* (1914) y se prolongó en varios volúmenes, entre los que se encuentra precisamente *Pellucidar* (1915).

El geólogo ruso Vladímir Afanasévich Obruev se inspiró tal vez en Burroughs o en Verne para contarnos en *Plutoniia* (1924) la historia de una Tierra hueca llena de animales prehistóricos; siguiendo las huellas de Burroughs, Victor Rousseau había publicado en 1920 *El ojo de Balamok*, que se desarrolla en un centro de la Tierra iluminado por un Sol central que los habitantes no pueden mirar sin riesgo de morir.

Resulta imposible enumerar todas las obras narrativas inspiradas en ese mito, pues solo en la narrativa inglesa Cynthia Ward (2008) enumera unos ochenta títulos, y Guy Costes y Joseph Altairac (2006) registran y comentan más de dos mil doscientos títulos en varias lenguas. Sin embargo, muchas obras no son fruto de la fantasía novelesca, sino que se inspiraron en hipótesis formuladas seriamente. En 1818, el capitán **J. Cleves Symmes** escribió a varias sociedades de estudiosos y a todos los miembros del Congreso de Estados Unidos afirmando que estaba dispuesto a demostrar que la Tierra estaba vacía y que su interior era habitable. Sostenía que en la naturaleza todo está vacío —los cabellos, los huesos, los tallos de las plantas— y por tanto también debía estar vacío nuestro planeta, que estaba compuesto de cinco esferas, todas ellas habitables tanto por fuera como por dentro. En los dos polos aparecen unas aberturas circulares, una especie de

bordes rodeados de un círculo de hielo y, una vez superado el hielo, encontramos un clima templado.

Symmes no dejó nada escrito, pero recorrió Estados Unidos dando conferencias, y a él se atribuye el modelo de su universo, hecho de madera, que todavía se encuentra en la Academy of Natural Sciences de Filadelfia.

Aunque la teoría de Symmes era absolutamente insostenible, no se abandonó con facilidad. El personaje tenía fama de ser un héroe de la guerra de 1812 contra los ingleses y consiguió muchos seguidores, además de inspirar un buen número de ensayos y artículos, gracias también a la mediación de su hijo Américo Vespucio.[25]

El bosque de las setas gigantes, ilustración de Édouard Riou para Viaje al centro de la Tierra , de Jules Verne, 1864.

J. Augustus Knapp, ilustración de las setas gigantes de la novela Etidorhpa, de John Uri Lloyd, 1897.

En 1892, e inspirada en las ideas de Symmes, apareció la novela de William Bradshaw *La diosa de Atvatabar*; y en 1895 la curiosa *Etidorhpa* («Aphrodite» escrito al revés), de John Uri Lloyd, en la que entre otras cosas aparece en las entrañas del planeta un bosque de hongos altísimos semejantes a los que aparecían en el *Viaje al centro de la Tierra* de Verne. Y para corroborar la persistencia de estas creencias, véase una reciente reedición de *Etidorhpa* que se anuncia así en internet: «¿Ficción? ¡En absoluto, como querrían creer los ignorantes! El autor era un riguroso estudioso de ocultismo, y en su sensacional libro pretendió poner ante los ojos de sus lectores la terrible realidad que había descubierto, que afecta a nuestra Tierra y a la vida sobre ella, dentro de ella y más allá de ella».

Con ideas análogas a las de Symmes especuló William Reed, que en *The Phantom of the Poles* (1906) sostenía que los polos en realidad nunca fueron descubiertos porque no existen, y en su lugar aparece una enorme abertura que conduce al continente interior. Marshall Gardner, en *A Journey to the Earth's Interior* (1913), hablaba de un Sol en el interior de la Tierra; cuando se descubrieron en los estratos glaciares

los restos de mamut perfectamente conservados, sacó la conclusión de que no era posible que un resto se conservase íntegro durante tanto tiempo y que lo que se había encontrado eran restos de criaturas muertas recientemente tras haber huido del continente interior. Tanto Reed como Gardner argumentaban que, puesto que los icebergs están hechos de agua dulce y no de agua salada, era evidente que esto sucedía porque estaban formados por las aguas de los ríos del continente interior (por supuesto, es bien sabido que son de agua dulce porque proceden de glaciares terrestres).

Las ideas de Reed y Gardner volvieron a aparecer en 1969 en *El gran misterio de la Tierra hueca*, de un supuesto **doctor Raymond W. Bernard**, que sostenía que los ovnis provienen del continente interior, y que las nebulosas anulares probarían la existencia de mundos huecos. El libro de Bernard, aunque repite lo que ya se había escrito en los decenios anteriores, gozó de enorme popularidad y todavía hoy se sigue reimprimiendo. Al parecer, Bernard murió de una pulmonía mientras buscaba un túnel que le condujera al interior de la Tierra en América del Sur.

También se inspiró en las ideas de Symmes una novela de un tal capitán Seaborn (que algunos creen que era el propio Symmes), *Symzonia* (1820), en la que aparecen diagramas precisos sobre el interior del planeta. Aunque Symmes formuló la hipótesis de una Tierra hueca, no se atrevió a imaginar que nosotros (incluido él) en vez de vivir sobre la corteza exterior, convexa, viviéramos sobre la interior y cóncava. A esta teoría llegó **Cyrus Reed Teed** (1899), quien especificaba que lo que nosotros creemos que es el cielo (según «la gigantesca y grotesca falacia del ignorante Copérnico» y la pseudociencia anglo-israelí) es una masa de gas, que llena el interior del planeta, con zonas de luz brillante. El Sol, la Luna y las estrellas no son globos celestes, sino efectos visuales provocados por varios fenómenos.

Teed fundó una secta, la Koreshan Unity, y los koreshanos afirmaban que habían comprobado experimentalmente la concavidad de la curvatura terrestre utilizando en las costas de Florida un instrumento llamado «rectilineador».

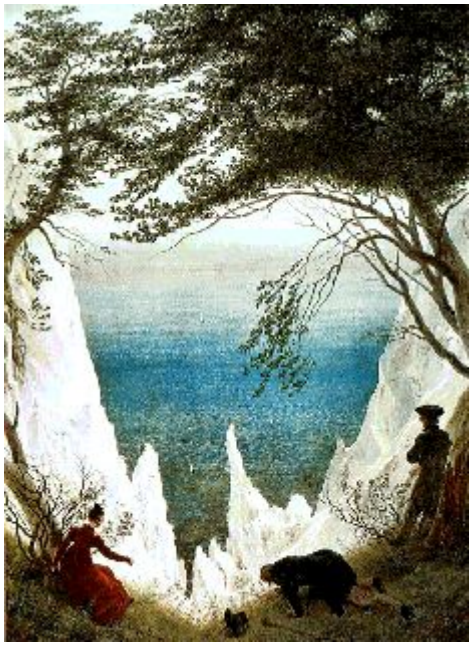
Como observaron Ley y De Camp (1952), ni el concepto de una Tierra llena de agujeros como una manzana podrida ni el de una Tierra hueca se sostienen. En efecto, unos pocos kilómetros por debajo de la superficie terrestre se entra en una zona donde el calor y la presión hacen que la roca sea moldeable, de modo que cualquier agujero o cavidad se cerraría como se cierran los agujeros en un bloque de masilla cuando lo aplastas. Además, ya Isaac Newton demostró que en el interior de una esfera hueca la fuerza de la gravedad es equivalente en todas las direcciones, de modo que cualquier objeto libre —agua, tierra, rocas, hombres— se tambalearía sin peso en una caótica confusión, mientras que la fuerza centrífuga o las mareas provocarían el colapso de la esfera. Pero cuando individuos o grupos enteros aceptan ciegamente cualquier idea insostenible, ni siquiera el fracaso evidente de su hipótesis les hace cambiar de idea, del mismo modo que una persona creyente que implora un milagro en realidad no pierde la fe por el hecho de que el milagro no se produzca.

Por ejemplo, tras haber conseguido un gran número de adeptos, Teed murió en 1908 afirmando que su cadáver no entraría en descomposición. El cadáver permaneció expuesto un tiempo pero luego hubo que eliminarlo; sin embargo, en 1967 todavía se fundó un Koreshan State Park (hoy día Koreshan State Historic Site).

Después de la Primera Guerra Mundial, la teoría de la Tierra hueca *(Hohlweltlehre)* apareció en Alemania de la mano de Peter Bender y Karl Neupert, y se tomó muy en serio en las altas esferas de la marina y de la aviación alemanas, que evidentemente en cierto modo eran sensibles al ambiente ocultista que se había instaurado en torno a algunos representantes del régimen. Las noticias sobre Bender son imprecisas y, según se dice, él y Neupert eran la misma persona.[26]

En cambio, según Goodrick-Clarke (1985), Ley (1956) y Gardner (1957), Bender, influido por las teorías de Teed y luego de Marshall Gardner, intentó en 1933 construir un cohete para lanzarlo por los aires; si su teoría hubiese sido cierta, el cohete debería haber caído sobre la superficie opuesta del planeta. De hecho, el cohete cayó a pocos

centenares de metros del punto de lanzamiento. Además, Bender propuso a la marina alemana realizar una expedición a la isla Rügen (en el Báltico) para tratar de identificar barcos británicos gracias a unos potentes telescopios apuntando al cielo, hacia la supuesta concavidad terrestre, y utilizando rayos infrarrojos.[27] El destino parece corresponderse con la sensibilidad romántica alemana, porque en el verano de 1801 Caspar Friedrich se había inspirado en la isla de Rügen, famosa por sus bellezas naturales y en especial por sus blancos acantilados.



Caspar David Friedrich, Acantilados blancos en Rügen , 1818, colección Oskar Reinhart, Winterthur.

De la obra de Friedrich conservamos vistas extraordinariamente hermosas, mientras que la obra de la marina alemana no ha dejado huella alguna. Es más, parece que los nazis, irritados porque Bender les había hecho perder el tiempo, lo internaron en un campo de concentración, donde murió.

Más segura fue en cambio la influencia de Neupert, autor de numerosísimas publicaciones, que vivió hasta 1949, y un colaborador suyo, Lang, siguió publicando una revista, *Geocosmos*, hasta 1960.

Neupert afirmaba asimismo que la Tierra es una burbuja esférica, que nosotros vivimos en la superficie interior cóncava de esta burbuja y que por encima de nosotros se mueven el Sol, la Luna y un «universo fantasma», una esfera azul oscuro salpicada de pequeñas luces que confundimos con las estrellas. El error de Copérnico fue creer que la luz se propagaba en línea recta, cuando en realidad realiza una curva.

También según Bergier y Pauwels, algunos tiros de las V1 erraron el objetivo precisamente porque se calculaba la trayectoria partiendo de la hipótesis de una superficie cóncava, no convexa. Si estos fantasiosos autores nos hubieran explicado una historia verdadera, se vería la utilidad histórica y providencial de las astronomías delirantes. En los ambientes nazis se tomó asimismo muy en serio la novela de Bulwer-Lytton *La raza futura* (1870-1871), en la que una extensa comunidad de supervivientes de la disolución de la Atlántida vive en las entrañas de la Tierra, dotada de poderes extraordinarios gracias a que poseen el Vril, una especie de energía cósmica. Bulwer-Lytton (que, dicho sea de paso, en su relato *Paul Clifford* escribió el íncipit que hizo famoso Snoopy, «era una noche oscura y tormentosa», *It was a dark and stormy night*) probablemente quiso escribir un relato de ciencia ficción, pero como había pertenecido a la sociedad ocultista británica de la Golden Dawn, influyó en el ambiente de los ocultistas en Alemania e inspiró, diez años antes de la llegada del nazismo, una Vril Gesellschaft, Sociedad del Vril o Logia Luminosa, en la que también figuraba Rudolf von Sebottendorff, personaje que ya se ha mencionado como fundador de la Thule-Gesellschaft. De las profundidades de la Tierra descrita por Bulwer-Lytton se esperaba el resurgimiento de la raza futura, formada por seres superiores de extraordinaria potencia y belleza.

La idea de una Tierra hueca reapareció más recientemente en la obra de un matemático, Mostafa Abdelkader (1983), que con cálculos en extremo complejos trató de conciliar la

geometría de un mundo cóncavo con los fenómenos de la salida y la puesta del Sol. Para ello bastaría abandonar la idea de que los rayos luminosos viajan en línea recta y admitir que siguen un arco circular. Y bastaría proyectar el cosmos copernicano exterior sobre el geocosmos interior, mediante una especial manipulación matemática, que permite intercambiar cualquier punto exterior a una esfera por un punto interior de esta.

No entraremos en las discusiones y críticas que la propuesta suscitó en el mundo de los especialistas; para algunos la hipótesis conduciría a una nueva forma de geocentrismo. Si viviésemos en una Tierra hueca con el Sol en el centro, no existiría un universo infinito fuera de nuestro planeta, y que la Tierra girara alrededor del Sol o viceversa no tendría ninguna importancia, puesto que careceríamos de parámetros a los que referirnos. O bien, como escribió Abdelkader, «todo el espacio exterior queda encerrado dentro de la Tierra vacía» y «objetos como las galaxias y los quásares que distan muchos miles de millones de años luz quedarían reducidos a dimensiones microscópicas».

Además, según Abdelkader, si viviésemos en una Tierra convexa, todas nuestras mediciones funcionarían como funcionan en una Tierra hueca: «Toda observación y valoración del tamaño, dirección y distancia de cualquier objeto celeste daría los mismos resultados para un observador tanto si estuviera situado en el exterior de la tierra como en su interior», de modo que la hipótesis de una Tierra cóncava nunca podría ser rechazada sobre la base de observaciones empíricas.[28]

Por fortuna, Abdelkader señala que, si bien sus suposiciones son aceptables en un sistema matemático, no lo serían en un sistema físico. De modo que lo que hizo Abdelkader era un ejercicio teórico que servía para demostrar lo que otros habían sostenido: que la métrica que utilizamos para una Tierra convexa también serviría para una tierra cóncava. Esto no cambia nada respecto al modo como vivimos sobre la corteza terrestre, y los astrónomos observan que, aun aceptando su idea, no cambiaría nada en nuestra forma de exploración del cosmos.

Mapa del círculo ártico, de Septentrionalium terrarum descriptio , de Gerardo Mercator, Duisburgo, 1595.

EL MITO POLAR. En el ambiente de las distintas fantasías ocultistas que circulaban en la Alemania nazi adquirió mayor credibilidad el mito polar del que se ha hablado en el capítulo sobre Thule e Hiperbórea. El modelo «polar» no solo destacaba que Occidente proviene del polo, sino que ha de retornar al polo. Puesto que las regiones polares son hoy extraordinariamente frías, los irreductibles adeptos al polo adoptaron otra hipótesis: si se llegara al polo a través de un enorme agujero central se podrían descubrir nuevas tierras de clima templado y vegetación exuberante.

La idea no era nueva. En un mapa geográfico de Mercator (siglo XVI), encontramos el Polo Norte representado como una inmensa cavidad a la que fluyen las aguas de los mares circundantes para descender a las cavidades de la Tierra. Idea que, por otra parte, se remontaba a descripciones de algunas enciclopedias medievales, según las cuales en el centro del Polo Norte había una montaña de 33 leguas de circunferencia (que Mercator todavía reproducía en su mapa) y un vórtice vertiginoso en el que se precipitaban las aguas del océano.

En el siglo XVII, Athanasius Kircher sostenía en *Mundus subterraneus*, incluso con sugestivos grabados, que las aguas de los mares a través del estrecho de Bering penetraban en el vórtice del Polo Norte y, «entre desconocidos recesos y canales tortuosos», atravesaban el corazón de la Tierra para ir a salir al Polo Sur. Según Kircher, esta circulación de las aguas en el cuerpo terrestre presentaba una analogía con la circulación de la sangre en el cuerpo humano, que había sido descubierta unos cuarenta años antes por Harvey.

Sin embargo, contra la teoría del «agujero» polar se empezó a insinuar también, en el siglo XX, la hipótesis de una tierra desconocida más allá del Polo Norte. En 1904, el doctor Harris del US Coast and Geodetic Survey publicó un artículo en el que decía que debía haber una gran parte de tierra no descubierta aún en la cuenca polar al noreste de Groenlandia, que algunas tradiciones esquimales hablaban de que habría existido una gran masa en el norte (no se sabe por qué hay que considerar científicamente creíble una leyenda esquimal) y que solo la existencia de esa masa podía explicar una alteración de las mareas al norte de Alaska.

Iglús, mediados del siglo XIX, Toronto, Royal Ontario Museum.

Pese a que las posteriores exploraciones modernas de los polos no alentarían la creencia en el «agujero» ni en la masa de tierra desconocida, la leyenda del almirante norteamericano Byrd obtuvo una gran difusión.

Richard Byrd fue un gran explorador polar norteamericano, que en 1926 alcanzó en avión el Polo Norte (aunque sus declaraciones fueron cuestionadas), en 1929 sobrevoló el Polo Sur, y entre 1946 y 1956 realizó exploraciones antárticas decisivas, que le proporcionaron honores y el reconocimiento del gobierno norteamericano. Pero en torno a ese personaje han surgido varias leyendas y, según se cuenta, habría dejado un diario en el que narra con tono dramático que más allá del Polo Norte había encontrado tierras verdes y llanuras fértiles, casi como una demostración de las antiguas leyendas sobre los polos templados. Las informaciones del supuesto diario permitían incluso entrever la existencia de una gran cavidad polar, y se fueron complicando gradualmente con la creencia de que en el interior vivían otras gentes, o que de aquella fosa surgían los platillos volantes. Si nadie tiene noticia de tales hechos, cuenta la leyenda, es porque el gobierno norteamericano ha censurado severamente esas informaciones, por distintas y complejas razones de seguridad militar.

Es cierto que en una transmisión por radio sobre su exploración antártica de 1947, Byrd afirmó que «el área más allá del polo es el centro de una gran tierra desconocida», y que al regreso de una de sus expediciones dijo: «Esta expedición ha descubierto una extensa tierra nueva»; ahora bien, todo esto podría entenderse solo en el sentido más razonable posible: el término utilizado era *beyond the pole*, que podía interpretarse como «más allá del polo, allende el polo», o —con un poco de buena voluntad— «en el interior del Polo». La expresión siempre se interpretó en el sentido más prometedor para los amantes de lo desconocido, y se empezó a fantasear con la existencia de monstruosos animales que los compañeros de Byrd habrían visto más allá del polo.

El almirante Byrd, grabados para papel de cigarrillos, Arendts Collection, New York Public Library.

Quizá el desencadenante de la leyenda de Byrd fue el libro de Francis Amadeo Giannini, *Worlds beyond the Poles* (1959). Giannini era un fantasioso personaje que desde hacía años sostenía una teoría más osada aún que la de la Tierra hueca: creía que la Tierra no era un planeta, sino que las partes de la Tierra que conocemos no eran más que una porción reducida de una masa infinita que se extendía más allá de los polos en un espacio celeste. En cualquier caso, se contentaba con el hecho de que en 1947 Byrd hubiese descubierto algo «más allá» del polo.

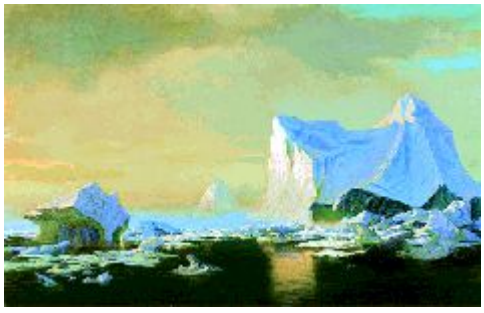
Entre quienes interpretaron alegremente las pocas cosas que dijo Byrd se encuentra **Raymond W. Bernard**, del que ya se ha hablado. Más interesante resulta leer el presunto **diario de Byrd**.

¿Es auténtico dicho diario? La cuestión ha generado una cantidad asombrosa de libros y artículos, y si se consulta internet prácticamente solo aparecen páginas de adeptos a la Tierra hueca que lo consideran auténtico; en cambio, en las biografías oficiales (véase la *Enciclopedia Britannica* o Wikipedia) ni siquiera se menciona. Naturalmente, los «polares» objetan que no hay ninguna fuente oficial que hable del diario porque había que censurar a toda costa el descubrimiento. Pero incluso encontramos textos que niegan que Byrd realizara la exploración de 1947; otros precisan que en 1947 Byrd se hallaba en la Antártida, mientras que sus intérpretes «polares» asumen que en aquella fecha había

estado asimismo en el Polo Norte, por supuesto de forma clandestina.

La conclusión más prudente es que el diario es una falsificación, como los falsos diarios de Hitler o de Mussolini, si bien cabría también pensar que Byrd se hubiera entregado a fantasías personales en algún escrito privado. Tampoco hay que olvidar que era miembro de una logia masónica y, por tanto, propenso (quizá) a tomar en serio algunas creencias ocultistas. Por último, algunos recuerdan que Byrd fue acusado de haber falsificado los datos de su primera exploración polar de 1926 y, por consiguiente, no encuentran extraño que falsificara igualmente los datos de las exploraciones sucesivas.

Las habladurías han dejado ya de hacer sombra a las informaciones sobre los documentos reales. Byrd fue considerado un héroe por el gobierno norteamericano y fue sin duda un valiente explorador; es posible que sobre ese irreprochable personaje que sobrevoló el Polo Norte pesen las mitologías construidas sobre él por sus insensatos seguidores. Lo cierto es que su leyenda sigue presentándonos una tierra polar que no tiene más existencia que la isla de San Brandán o el país de Nunca Jamás de Peter Pan, cuando ya nuestros conocimientos geográficos sobre los polos excluyen tales fantasías.



William Bradford, En los mares polares , 1882, colección particular.

AGARTHA Y SHAMBHALA. Para soñar con un mundo subterráneo no es indispensable plantear la hipótesis de una Tierra hueca sobre cuya superficie interior vivimos nosotros. Basta pensar en una inmensa ciudad subterránea que todavía exista bajo nuestros pies. La ventaja de esta hipótesis es que siempre han existido ciudades subterráneas. Ya Jenofonte escribía en la *Anábasis* que en Anatolia se habían excavado ciudades subterráneas para vivir en ellas con las familias, los animales domésticos y las vituallas necesarias para sobrevivir. Los turistas que acuden hoy a la Capadocia pueden visitar, aunque sea en parte, Derinkuyu, que no es más que un antiguo asentamiento excavado en el subsuelo. En Capadocia existen muchas otras ciudades subterráneas en dos o tres niveles, pero Derinkuyu tiene once niveles, aunque muchos planos todavía no han sido excavados. La profundidad de la ciudad originaria era de unos ochenta y cinco metros aproximadamente, estaba conectada con otras ciudades subterráneas por medio de miles de largos túneles y podía albergar entre tres mil y cincuenta mil personas. Derinkuyu fue, por ejemplo, uno de los lugares donde se escondieron los primeros cristianos huyendo de las persecuciones religiosas o de las incursiones de los musulmanes.

A partir de este tipo de experiencias reales, de la pluma de algunos autores fantasiosos nació en el siglo XIX el mito de la ciudad de Agartha.

Aunque sus divulgadores se remiten a tradiciones orientales o a revelaciones de santones indios, este mito está inspirado en distintas teorías ocultistas anteriores, como las de Hiperbórea, Lemuria o la Atlántida. En resumen, Agartha (según los textos se llama Agarttha, Agarthi, Agardhi o Asgartha) es una inmensa extensión que se despliega debajo de la superficie terrestre, un auténtico país construido a base de ciudades conectadas entre ellas, un mundo depositario de conocimientos extraordinarios, que alberga al poseedor de un poder supremo, esto es el Rey del Mundo, que influye con su inmenso poder en todos los acontecimientos del planeta. Agartha se extendería en el subsuelo de Asia, algunos dicen que debajo del Himalaya, pero se han mencionado muchas

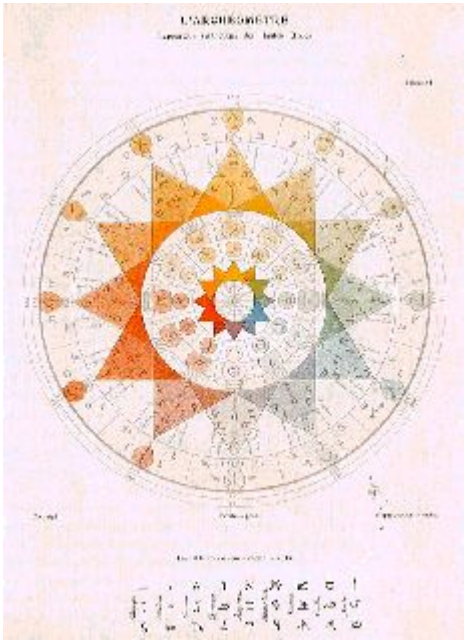
entradas secretas para acceder a ese reino, desde la cueva de los Tayos en Ecuador, hasta el desierto de Gobi, la gruta de la sibila de Cólquida, la de la sibila de Cumas en Nápoles, y otros lugares en Kentucky, en el Mato Grosso, en el Polo Norte o en el Polo Sur, en los alrededores de la pirámide de Keops e incluso cerca de la inmensa mole de Ayers Rock en Australia.

El nombre de Agartha apareció por primera vez en la obra de un curioso personaje, **Louis Jacolliot**, autor de libros de aventuras del estilo de Verne o Salgari, pero más famoso en su época por su extensa obra sobre la civilización india. En *Le spiritisme dans le monde* (1875) buscaba las raíces indias del ocultismo occidental, y no debió de costarle mucho porque la mayoría de los ocultistas de su época se remitía en gran medida a auténticos o falsos mitos orientales. Jacolliot hacía referencia a un texto sánscrito desconocido para los expertos, *Agrouchada-Parikchai*, una especie de cóctel que quizá él mismo había reunido a base de pasajes tomados de las *Upanishad* y de otros textos sagrados, a los que añadió algunos elementos de la tradición masónica occidental. Afirmaba que en unas tablillas sánscritas (nunca especificadas) se hablaba de una tierra llamada Rutas, que había sido tragada por las aguas del océano Índico; aunque luego hablaba del Pacífico y la identificaba con la Atlántida, que debería haber estado en el océano Atlántico, pero como ya hemos visto la Atlántida había sido imaginada un poco en todas partes. Por último, en *Les fils de Dieu* (1873 o 1871) Jacolliot describía «Asgartha» como un inmenso subterráneo en el subcontinente indio, ciudad del gran sacerdote de los brahmanes.

A decir verdad, fueron pocos los que dieron crédito a sus revelaciones, y solo lo tomó en serio madame Blavatsky, dispuesta como siempre a creer en todo. En cambio, el que tuvo una notable e inmediata influencia fue el marqués **Joseph-Alexandre Saint-Yves d'Alveydre**, con su obra *Mission de l'Inde* (1886). En 1877 Saint-Yves se casó con la condesa Marie-Victoire de Riznitch-Keller, que frecuentaba varios cenáculos ocultistas. Cuando conoció a Saint-Yves, la condesa tenía ya más de cincuenta años, mientras que él apenas sobrepasaba los treinta. Con objeto de darle un título,

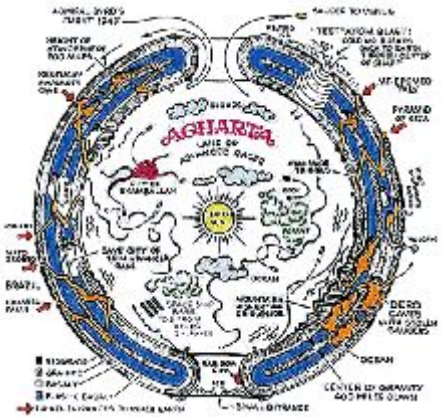
la condesa compró unas tierras que habían pertenecido a ciertos marqueses de Alveydre. Saint-Yves, como ya podía vivir de rentas, se dedicó a su sueño: quería encontrar una fórmula política capaz de lograr una sociedad más armónica, una forma de sinarquía en oposición a la anarquía, una sociedad europea, gobernada por tres consejos que representaran el poder económico, los magistrados y el poder espiritual, esto es, las iglesias y los científicos, una oligarquía ilustrada que acabara con la lucha de clases uniendo a los hombres de izquierdas y de derechas, a los jesuitas y los masones, el capital y el trabajo. El proyecto atrajo la atención de grupos de extrema derecha como la Acción Francesa, de modo que la izquierda vería en Vichy un complot sinárquico; en cambio, la derecha vería la sinarquía como la expresión de un complot judeoleninista; para unos, la sinarquía había sido un complot jesuita para derribar la Tercera República, para otros un complot nazi, y no podía faltar la hipótesis del complot judeomasónico.

En cualquier caso, tanto en la derecha como en la izquierda surgió a menudo la idea de que existía una sociedad secreta que estaba tramando un complot universal.



De L'Archéomètre, de Saint-Yves d'Alveydre, 1903.

A la muerte de su mujer, en 1895, Saint-Yves empezó su última obra, *El arqueómetro* (1911). El arqueómetro era un instrumento compuesto por círculos concéntricos y móviles capaces de formar infinitas combinaciones entre los signos que los cubren: signos zodiacales, planetarios, colores, notas musicales, letras de alfabetos sagrados, hebreo, sirio, arameo, árabe, sánscrito y el misterioso vattan, lengua primigenia de los indoeuropeos.



Representación de Agartha en las obras de Raymond W. Bernard.

Pero ocupémonos de Agartha. Cuando Saint-Yves escribe *Mission de l'Inde*, cuenta que ha recibido la visita de un misterioso afgano, Hadji Scharipf, que no podía ser afgano porque el nombre es típicamente albanés (y la única fotografía que conservamos nos lo muestra vestido con un traje de opereta balcánica); este personaje le habría revelado el secreto de Agartha, la Que no se Puede Encontrar.

Como afirmaba también Jacolliot, que tal vez había inspirado a Saint-Yves, en Agartha hay ciudades subterráneas, y gobiernan el reino cinco mil sabios o *pundit*. La cúpula

central de Agartha está iluminada desde lo alto por una suerte de «espejos que permiten el paso de la luz solo a través de la gama enarmónica de los colores, de la que el espectro solar de nuestros tratados de física apenas representa la diatónica». Los sabios de Agartha estudian todas las lenguas sagradas del mundo para llegar a la lengua universal, el vattan. Cuando abordan misterios demasiado profundos se separan del suelo y levitan hacia lo alto, y se fracturarían el cráneo contra la bóveda de la cúpula si sus hermanos no los retuviesen. Esos sabios fabrican los «rayos, orientan las corrientes cíclicas de los fluidos interpolares e intertropicales, las derivaciones de las interferencias en las distintas zonas de latitud y longitud de la Tierra», seleccionan las especies y crean animales pequeños pero con capacidades psíquicas extraordinarias, que tienen espalda de tortuga y una cruz amarilla sobre ella, y un ojo y una boca en cada extremidad. Aparece por primera vez la idea de una mente dirigente, y sin duda Saint-Yves recibió la influencia de las doctrinas masónicas que reconocían la existencia de unos superiores desconocidos en la base de todos los hechos históricos pasados y futuros.

Es posible que parte de la inspiración de Saint-Yves proviniera de textos orientales que describen el reino de Shambhala, aunque para muchos ocultistas las relaciones entre Agartha y Shambhala son muy confusas. En muchos mapas que son fruto de la fantasía de los defensores de la Tierra hueca, Shambhala sería una ciudad que surge en el continente subterráneo Agartha.

Entrada de Shangri-La en la película La momia: la tumba del emperador Dragón , 2008.

Al margen de que, según otras versiones, Shambhala es identificada con Mu, que jamás fue definida como continente subterráneo, hay que recordar que en ninguna fuente oriental se dice que Shambhala estuviese bajo tierra; al contrario, aunque inaccesible por hallarse rodeada por una cadenas de montañas, se extendería a lo largo de llanuras, colinas y montañas fértiles y bellísimas, hasta el punto de que esta imagen inspiró el mito de Shangri-La, inventado por James Hilton (1933) en su novela *Horizontes perdidos*, en la que se basó Frank Capra para filmar su famosa película.

Hilton habla de un lugar en el extremo occidental del Himalaya, donde el tiempo prácticamente se había detenido en un clima de paz y tranquilidad. También en este caso una invención novelesca sedujo por un lado al mundo ocultista, mientras que por el otro suscitó especulaciones turísticas que llevaron a la creación de falsas Shangri-La para visitantes contentadizos, desde Asia hasta América; en China la ciudad de Zhongdian fue rebautizada en 2001 con el nombre de Shangri-La, Xianggelila en chino.

El paraíso de Shambhala, seda pintada, siglo XIX, París, Musée Guimet.

Las primeras noticias sobre Shambhala llegaron a Occidente a través de los misioneros portugueses, aunque cuando estos oyeron su nombre, creían que se trataba de Catay, esto es, China. La fuente más segura es un texto sagrado, el *Kalachakra Tantra* (que tiene su origen en la tradición védica de la India) y que inspiró representaciones místicas espléndidas. Según la tradición del budismo tibetano e indio, Shambhala (a veces Shambala, Shambahla o Shamballa) es un reino en cuya realidad física solo creen algunos, que la han ido situando alternativamente en el Punjab, en Siberia, en el Altái y en otros varios lugares. No obstante, en general se la considera un símbolo de carácter espiritual, una tierra pura, la promesa de una derrota definitiva de las fuerzas del mal.

Que Shambhala no puede ser identificada con Agartha (al menos según la tradición budista) lo afirma una declaración hecha por el Dalai Lama Tenzin Gyatso en Baistrocchi (1995), en octubre de 1980: «Con la característica amabilidad de los orientales y la cortesía propia de su elevado nivel espiritual, el Dalai Lama se informó previamente sobre el significado de la palabra Agartha-Agarthi y concluyó de forma tajante, confesando, tras haber intercambiado algunas palabras con su consejero espiritual, que jamás había oído ese nombre y mucho menos referido a un reino espiritual subterráneo. Sin embargo, terminó añadiendo que podría haberse producido cierta confusión y que quizá se trataba más bien "del gran misterio de Shambhala": para el Dalai Lama, Shambhala es "un reino real, aunque suprasensible, entre el mundo de los dioses y de los demonios y de muy difícil acceso", que "el asceta solo puede alcanzar […] a través de complejos ejercicios"».

En el siglo XIX, un estudioso húngaro, Sándor Krösi Csoma, proporcionó las coordenadas geográficas de Shambhala (entre 45° y 50° de latitud norte). Siempre dispuesta a recoger y a apañar noticias imprecisas, trabajando con fuentes de segunda mano y mal traducidas, madame Blavatsky en *La doctrina secreta* (1888) no podía ignorar Shambhala (aunque curiosamente en sus obras ignora Agartha). Al parecer, había recibido de manera telepática noticias al respecto de sus informadores tibetanos y comunicaba que los supervivientes de la Atlántida habían emigrado a la isla sagrada de Shambhala en el desierto de Gobi (tal vez se inspiraba en Krösi Csoma, porque las coordenadas que este había dado también podían aplicarse a Gobi).

Shambhala, tal vez por su probable posición geográfica, interesó a muchos políticos que intentaron sacar un provecho simbólico. Así un monje llamado Agvan Dorjiev, a fin de oponerse a las pretensiones británicas y chinas sobre el Tíbet, convenció al Dalai Lama de que buscara ayuda en Rusia, y a este efecto le demostró que la verdadera Shambhala era Rusia y que el zar era descendiente de sus antiguos reyes. La cosa funcionó en lo que respecta al zar, que abrió un templo budista en San Petersburgo. En Mongolia, el barón Von Ungern-Sternberg —que luchaba a favor de los rusos blancos contra los revolucionarios rojos, convencido de que todos los judíos eran bolcheviques—, para fanatizar a sus tropas les prometía un renacimiento en el ejército de Shambhala. Japón, tras invadir Mongolia, trató de convencer a los mongoles de que la Shambhala originaria era Japón. No está claro cuántos de los altos mandos nazis creyeron en Shambhala, pero en el ambiente de la Thule-Gesellschaft circulaba la idea de que grupos de hiperbóreos, tras varias migraciones a la Atlántida y Lemuria, habían llegado al desierto de Gobi y habían fundado Agartha. Gracias a unas evidentes asonancias, Agartha se relacionó con Asgaard, patria de los dioses en la mitología nórdica. En este punto los hechos resultan confusos porque al parecer y según una corriente de pensamiento, tras la destrucción de Agartha, un grupo de arios «buenos» emigró hacia el sur y fundó otra Agarthi bajo el Himalaya, mientras que otro grupo se dirigió hacia el norte, donde se corrompió, y

allí fundó Shambhala como reino del mal. Como se puede ver, la geografía oculta es muy confusa a este respecto, aunque según algunas fuentes en los años veinte algunos jefes de la policía secreta bolchevique planificaron la búsqueda de Shambhala pensando en unir la idea de paraíso terrenal con la de paraíso soviético. Rumores por el estilo informan de una expedición enviada al Tíbet por Heinrich Himmler y Rudolf Hess en los años treinta, obviamente para encontrar el origen de una raza pura. Entre los años veinte y treinta, Nicholas Roerich, un famoso explorador ruso, seguidor de muchas creencias ocultistas y modesto pintor, visitó varias regiones asiáticas en busca de Shambhala, y publicó *Shambhala* (1928). Roerich afirmaba estar en posesión de una piedra mágica, la piedra Chintamani, que procedía de la estrella Sirio. Para él Shambhala era el lugar santo, y lo relacionó con Agartha, a la que estaba unida en cierto modo por canales subterráneos.

Por desgracia, los testimonios que nos ha dejado Roerich de sus expediciones son casi exclusivamente sus horribles cuadros.

Nicholas Roerich, Shambhala , 1946, colección particular.

Pero volvamos a Agartha. Con bastante retraso respecto a Saint-Yves, **Ferdinand Ossendowski**, un aventurero polaco que había viajado a través de Asia central, publicó un libro que alcanzaría un gran éxito, *Bestias, hombres, dioses* (1923), donde el autor dice que ha sabido por los mongoles que Agarthi, como la llamaba él, debía situarse debajo de

Mongolia, pero el reino se extendía a todos los pasajes subterráneos existentes en el mundo, contaba con millones de súbditos y estaba gobernado por un Rey del Mundo.

En el libro de Ossendowski encontramos muchas páginas que parecen tomadas de Saint-Yves, lo que permitiría al crítico de buen criterio hablar de plagio. Pero los fieles del mito, entre los que se cuenta **René Guénon**, uno de los más notables pensadores contemporáneos de la tradición, creen que Ossendowski era sincero cuando afirmaba no haber leído nunca a Saint-Yves, y la prueba de su sinceridad sería que la primera edición de *Mission de l'Inde* (1886) había sido destruida y solo habían sobrevivido dos ejemplares. Lo que no tiene en cuenta Guénon es que la obra fue reimpresa postumamente por Dorbon en 1910 y, por tanto, Ossendowski habría podido conocerla.

Pero Guénon tendía a considerar a Ossendowski una autoridad indiscutible (en cambio, juzgaba a Jacolliot autor de escasa credibilidad, al contrario de lo que había hecho madame Blavatsky), porque hablaba del Rey del Mundo, al que Guénon proporcionó más fama aún con *El rey del mundo* (1925). En cualquier caso, a Guénon no le preocupaba demasiado que Agartha existiese físicamente o solo fuese un símbolo (como ocurre con la Shambhala budista), porque se remontaba a mitos intemporales, para los que realeza y sacerdocio debían estar estrechamente unidos (y obviamente una de las tragedias de nuestro tiempo, el oscuro Kali Yuga, era haber destruido esta unidad). Para Guénon, el título de Rey del Mundo «entendido en su acepción más elevada […] es atribuido propiamente a Manu, el legislador primitivo y universal cuyo nombre se encuentra, en formas diversas, en muchos pueblos antiguos». Y la idea de una unión de realeza y sacerdocio también había sido típica del mito del Preste Juan.

Si para la tradición cristiana el verdadero Melquisedec era Jesús,[29] realmente es difícil demostrar qué tiene que ver Jesús con Agartha; no obstante, todo el librito de Guénon no hace otra cosa que relacionar en contra de toda lógica elementos de los mitos y religiones de todos los tiempos, como corresponde al defensor de una tradición primitiva anterior incluso a las religiones reveladas.

Hay quien ha observado que resulta difícil asociar, como hace Guénon, el mito de los subterráneos y de las cavernas, que tradicionalmente está vinculado a la imagen de los infiernos, a una realidad sobrenatural positiva, que debería ser de naturaleza celestial. Pero ya hemos visto que la fascinación que ejerce la oquedad de la Tierra es más poderosa que cualquier lógica y así, sepultada en las entrañas del planeta, sobrevive aún hoy Agartha, al menos en la mente alucinada de quien quiere creer en ella.

EL MUNDO SUBTERRÁNEO DE NIELS KLIM

LUDVIG HOLBERG

Viaje al mundo subterráneo (1741)

Seres del interior de la Tierra, en Ludvig Holberg, Viaje al mundo subterráneo de Niels Klim , ed. 1767.

Apenas había bajado diez o doce codos cuando la cuerda se rompió. Por el posterior clamor de mis compañeros y por sus gritos, aunque bien pronto se desvanecieron, comprendí qué desgracia me estaba sucediendo: me precipitaba en el abismo a una velocidad extraordinaria, y como un nuevo Plutón, aunque empuñando un gancho en vez del cetro, caía y la tierra con la que me iba golpeando me abrió el camino hacia el Tártaro. […]

Creo que estuve cayendo durante un cuarto de hora aproximadamente a través de una espesa niebla y de una oscuridad infinita, hasta que vi nacer una tenue luz, casi de crepúsculo, y poco después apareció sobre mí un cielo luminoso y sereno. En mi necedad creía que había sido empujado hacia arriba por el aire subterráneo o por la fuerza de un viento contrario, y pensaba que el respiro de la caverna me había vuelto a arrojar a tierra. Pero el Sol, el cielo y los astros que tenía frente a mí me resultaban desconocidos, ya que eran más pequeños que los de nuestro mundo. Imaginé, pues, que la nueva esfera celeste era tan solo un producto de mi fantasía, un vértigo de mi mente, o quizá me creí muerto y llegado a la morada de los bienaventurados. Sonreí de inmediato ante esta última idea viendo el gancho que sostenía en la mano y la larga cuerda que arrastraba; sabía muy bien que en el camino del Paraíso no se necesitan ganchos ni cuerdas y que los dioses ciertamente no podían aprobar un equipamiento con el que parecía querer atacar las potencias celestiales para apoderarme del Olimpo a la manera de los Titanes. Finalmente, tras una atenta reflexión, comprendí que había llegado al cielo subterráneo y advertí la exactitud de las teorías que dicen que la tierra es cóncava y que bajo la corteza oculta un mundo más pequeño que el nuestro, y otro cielo con un sol, estrellas y planetas también más pequeños. Los hechos me dieron la razón.

Mi impetuosa caída al abismo estaba durando ya mucho tiempo cuando percibí que la velocidad se reducía cuanto más me acercaba al primer planeta, o cuerpo celeste, que había encontrado en el descenso. El planeta aumentaba sensiblemente de tamaño a mis ojos, de modo que a través de la atmósfera más bien densa que lo rodeaba conseguía ya distinguir sin dificultad los montes, los valles y los mares y, como un pájaro que en torno a las orillas, en torno a los escollos ricos en peces vuela bajo a ras de agua, así volaba yo entre la tierra y el cielo.

Entonces advertí que estaba flotando en el aire y que mi rumbo, hasta aquel momento perpendicular, se había vuelto circular. Se me erizó el cabello, temía transformarme en un planeta o en el satélite del planeta más cercano, condenado a girar a su alrededor por toda la eternidad. Pero valoré que semejante metamorfosis no habría supuesto ningún menoscabo a mi dignidad: un cuerpo celeste o su satélite no son menos que un estudioso de filosofía muerto de hambre.

Me armé de valor, porque además advertí que en el aire más puro y limpio en el que flotaba no sentía ni hambre ni sed. No obstante, recordé que llevaba en el bolsillo un bocadillo (uno de esos que los habitantes de Bergen llaman *bolken*, por lo común ovalados o de forma más bien oblonga), y decidí sacarlo para ver si mi paladar lo agradecería a pesar de la situación. Pero ya al primer bocado comprendí que cualquier alimento terrestre me produciría náuseas y lo tiré como algo totalmente inútil. Sin embargo, el bocadillo permaneció suspendido en el aire y, cosa admirable de contar, empezó a girar a mi alrededor siguiendo una órbita más pequeña, haciéndome entender la verdadera ley del movimiento, por la que todos los cuerpos en estado de equilibrio están sometidos a un movimiento circular. […]

Permanecí en aquel estado casi tres días. Girando sin descanso alrededor del planeta, podía distinguir el día de la noche: a veces veía salir el Sol subterráneo, a veces lo veía ponerse y desaparecer de mi vista, aunque nunca descendía una noche como la nuestra, porque tras la puesta del Sol todo el firmamento aparecía luminoso y resplandeciente, con una claridad semejante a la de la Luna. Como no era del todo

ignorante en física celeste, me planteaba la hipótesis de que la bóveda del cielo, esto es, lo que creía que era la superficie interior del planeta, recibía la luz del Sol situado en el centro del mundo subterráneo. Era el colmo de la felicidad, me creía próximo a los dioses y me tenía por una nueva estrella del firmamento, que los astrónomos del planeta más cercano incluirían en la lista de las estrellas junto con el satélite en cuya órbita giraba, cuando vi aparecer un enorme monstruo alado que me amenazaba ora por la derecha, ora por la izquierda, ora por arriba, ora por abajo. En un primer momento creí que se trataba de una de las doce constelaciones subterráneas y, si esta conjetura era exacta, hubiera preferido que fuese la de Virgo, porque de todas las constelaciones habría sido la única capaz de aliviar en cierto modo mi soledad. Pero cuando estuvo más cerca, vi que se trataba de un enorme y amenazador grifo. Fue tal el pánico que me invadió que me olvidé de mí mismo y de la sideral dignidad a la que me había elevado, y en la agitación del momento eché mano del *Testimonium academicum* que casualmente llevaba en el bolsillo, para demostrar al adversario que había superado los primeros exámenes académicos y era estudiante, y hasta bachiller, y por tanto podía disputar con cualquier oponente desconocido que apelara a la ilegitimidad de la sede. Pero cuando el ardor inicial se hubo aplacado, y poco a poco fui volviendo en mí, me reí de mi estupidez. No comprendía aún por qué me seguía ese grifo, si era enemigo o amigo o si, cosa más probable, atraído solo por mi aspecto insólito pretendía satisfacer simplemente la curiosidad aproximándose más. La visión de un hombre suspendido a media altura, con un gancho en la mano derecha y una larga cuerda que aleteaba por detrás como una cola, podía suscitar el interés de cualquier animal. Supe después que aquel insólito fenómeno había dado pie a muchas discusiones y conjeturas entre los habitantes del globo a cuyo alrededor orbitaba. Los filósofos y los matemáticos me creían un cometa, habiendo confundido la cuerda con una cola, y había incluso quien consideraba que aquel extraordinario meteoro anunciaba alguna inminente desgracia, peste, carestía u otra gran catástrofe. Algunos hasta llegaron a dibujar con todo cuidado mi cuerpo tal como lo veían a gran distancia, de modo que aun antes de tocar tierra ya había sido descrito,

definido, pintado y grabado en cobre. Descubrí todo esto, que provocó mi sonrisa y cierta complacencia, al llegar a aquel mundo, después de haber aprendido la lengua subterránea. […]

Seres del interior de la Tierra, en Ludvig Holberg, Viaje al mundo subterráneo de Niels Klim , ed. 1767.

En realidad, el árbol al que intentaba trepar huyendo del toro era la mujer del pretor que administraba justicia en la ciudad más cercana, y la condición de la parte afectada agravaba aún más el delito, puesto que la víctima no era una pueblerina cualquiera, sino una dama de alto rango: aquella agresión pública constituía, por tanto, un espectáculo insólito y horrible para gentes tan modestas y reservadas. […]

En resumen, tenía claro ya que aquellos árboles dotados de razón eran los habitantes del planeta, y admiré la variedad de la naturaleza en la creación de los seres vivos. Estos no alcanzaban la altura de nuestros árboles, puesto que apenas superaban la estatura media de un hombre; es más, los había

incluso más pequeños —arbustos o plantitas— y supuse que eran niños. […]

Cercana a aquella tierra se halla la región de Mardak, cuyos habitantes son cipreses; tienen todos el mismo aspecto, pero se diferencian unos de otros en la forma de los ojos. Unos tienen ojos oblongos, otros cuadrados, algunos muy pequeños, otros tan grandes que ocupan casi toda la frente, hay quienes nacen con dos, otros con tres y otros incluso con cuatro ojos. […]

La tribu más numerosa y, por tanto, más poderosa es la de los nagiros, esto es, la de quienes tienen los ojos oblongos y a quienes todo les parece oblongo. Los jefes, los senadores y los sacerdotes del Estado proceden exclusivamente de esta tribu. Solo ellos empuñan el timón y ningún miembro de las otras tribus es admitido en los cargos públicos, a menos que declare y confirme bajo juramento que cierta tabla consagrada al Sol y situada en el punto más alto del templo también le parece oblonga. Puesto que esta sagrada tabla es el objeto de culto más importante de los mardakanos, los ciudadanos honestos no quieren mancharse de perjurio. De este modo se les mantiene alejados de todo cargo público y están expuestos a continuos ultrajes y persecuciones; además, aunque declaren que no pueden traicionar su propia visión, son conducidos ante un tribunal, de modo que lo que es tan solo un defecto natural se atribuye a su malicia y terquedad. […]

El día después de mi llegada, mientras paseaba ocioso por la plaza, vi cómo arrastraban a un viejo al suplicio, acompañado por una numerosa caterva de cipreses que le gritaban palabras de escarnio. Cuando pregunté qué delito había cometido, me respondieron que era un hereje, porque había declarado que la tabla del Sol le parecía cuadrada, y pese a las repetidas advertencias había persistido obstinadamente en esa desgraciada opinión.

Entonces, exponiéndome a un gran riesgo, entré en el templo del Sol para descubrir si tenía ojos ortodoxos, y puesto que la tabla sagrada también me pareció cuadrada se lo comuniqué ingenuamente a mi huésped, que había sido promocionado hacía poco al cargo de edil de la ciudad. En

respuesta a mis palabras, exhaló un profundo suspiro y declaró que también a él la mesa le parecía cuadrada, pero que jamás se había atrevido a decírselo a nadie por temor a que la tribu dominante le crease problemas y le privasen de su cargo. […]

Tras haber regresado al principado de Potu, y cada vez que se me presentaba la ocasión, vomitaba bilis contra ese bárbaro Estado, pero cuando le revelé mi indignación a un enebro buen amigo mío, me respondió así: «A nosotros las costumbres de los nagiros nos parecen estúpidas e injustas, pero a ti no debería parecerte extraño el uso de tanta severidad frente a un punto de vista distinto. Recuerdo haber oído decir que en la mayor parte de los Estados europeos existen pueblos dominantes que se ensañan con otros a causa de un defecto natural de la vista o una deficiencia de la mente, y tú mismo has afirmado que ese género de violencia es sumamente beneficiosa para el Estado». […]

El Polo Norte, de Athanasius Kircher, Mundus subterraneus , 1665.

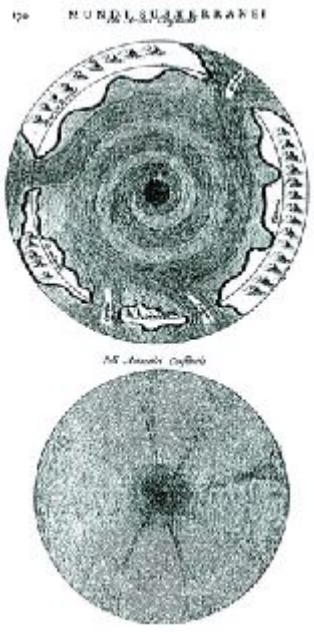
En la región llamada Cocklecu está vigente una costumbre no menos extravagante y absolutamente digna de crítica por parte de los europeos. […] Los habitantes de este

país son todos enebros de ambos sexos, pero solo los hombres están condenados a los trabajos más humildes y a las labores de la casa. Es cierto que en tiempos de guerra se alistan en el ejército, pero por lo general no pasan de soldados rasos y muy pocos alcanzan el grado de alférez. En cambio, a las mujeres se les asignan los más importantes cargos civiles, militares y religiosos. Si en el pasado me mofé de los potuanos, que a la hora de asignar cargos no admiten ninguna discriminación de sexo, me parecía ahora que esta gente desvariaba e iba contra natura. Realmente, no lograba comprender la indolencia de los hombres que, aun estando dotados de una fuerza física muy superior, se habían dejado imponer este indigno yugo y habían soportado la vergüenza durante siglos. Habría sido fácil liberarse de las cadenas, si lo hubieran querido y si hubieran osado cortar los lazos de esta tiranía femenina. Pero la inveterada costumbre ha cegado las mentes hasta tal punto que a nadie se le ocurriría correr riesgos para acabar con esta vergüenza, e incluso creen todos que la propia naturaleza ha asignado a las mujeres el predominio, mientras que a los hombres les corresponde tejer, moler, hilar, barrer los suelos y además ser apaleados. Las mujeres defienden tal costumbre con estos argumentos: puesto que la naturaleza ha dado a los hombres fuerza física y miembros más adaptados a los esfuerzos, hay que creer que ha querido relegar solo al género masculino a los trabajos humildes y pesados. […]

Mientras que en otras tierras existen mujeres petulantes y lascivas que por dinero prostituyen su cuerpo y son descaradamente impúdicas, aquí son los muchachos y hombres maduros los que venden sus noches, y con este fin gestionan burdeles con las puertas marcadas con letreros y palabras inconvenientes. Cuando realizan estos descarados comercios con excesiva impudicia y abiertamente, son encarcelados o azotados en público, como nuestras meretrices. En cambio, las muchachas y las mujeres casadas caminan por la calle y, sin que nadie las critique, miran a los hombres, les hacen gestos con la cabeza, les guiñan un ojo, silban, les pellizcan, les molestan, cubren las puertas con juicios escritos con carbón, hablan impunemente de sus conquistas y se jactan de las victorias, como entre nosotros los jóvenes insolentes recitan con arrogancia la lista de vírgenes y mujeres cuya pureza han

doblegado. Y nadie critica a las mujeres casadas y a las muchachas si ofrecen a los muchachitos canciones de amor y pequeños obsequios, y estos últimos fingen indiferencia y modestia, porque no es decoroso que el joven ceda de inmediato a los requerimientos y deseos de una mujer. […]

Dije a algunos que se actuaba allí contra natura, porque el derecho universal y las opiniones de todos los pueblos enseñan que el sexo masculino está destinado a empresas arduas e importantes. Me respondieron que confundía la naturaleza con la tradición, porque las debilidades del sexo femenino derivan únicamente de la educación, como demuestra precisamente la estructura de este país, donde las mujeres brillan por las virtudes y las dotes espirituales que en otras partes los hombres reivindican para sí. En efecto, las mujeres de Cocklecu son modestas, serias, sabias, constantes y taciturnas, mientras que los hombres son frívolos, inmaduros y parlanchines. Cuando los habitantes de este país oyen hablar de una cosa absurda, dicen que es «cosa de hombres», y cuando algo se hace de manera precipitada y tonta dicen que «hay que excusar la debilidad masculina».



Los polos, de Athanasius Kircher, Mundus subterraneus , 1665.

ENTRANDO POR LOS POLOS

JACQUES COLLIN DE PLANCY

Voyage au centre de la Terre, I, 21-22 (1821)

Tras un cuarto de hora de camino nos topamos efectivamente con esta gran barrera negra. No eran todavía las montañas del polo; era un bosque inmenso que se extendía hasta perderse de vista, hecho de arbustos y de grandes árboles de rara naturaleza, verdes como pinos. […] El polo ya no era el reino del invierno y de la muerte. […]

Antes de tocarla, Clairancy quiso ante todo conocer aquella materia (como nos explicó luego); sacó su cuchillo de caza y golpeó la piedra; la punta del cuchillo se rompió y la piedra produjo un sonido metálico; trazó otras rayas en otros puntos, y en todas partes apareció el color del hierro, mezclado ligeramente con un terreno negro y duro en extremo. «No hay ninguna duda —le dijo a Edouard—, son las montañas de hierro de las que tanto han hablado los verdaderos físicos.» […]

Debimos de caminar una hora y media hasta llegar a la cima de aquellas montañas, y durante todo aquel recorrido no vimos nada. Pero al llegar a la plataforma de la corona que rodea el polo, precisamente mientras nos alegrábamos de encontrarnos sobre un suelo amplio, inmenso, iluminado por una luz más pura que la del día, experimentamos todos una sensación que nunca olvidaremos. Sentimos que la respiración se tornaba más ligera y los movimientos más ágiles; nos parecía estar planeando sin rozar la tierra. Estábamos a poca distancia de la otra orilla de donde brotaban torrentes de luz que de lejos habíamos tomado por una columna de

dimensiones reducidas y que formaban una masa inconmensurable. Tristán creía como yo que el polo era un centro de luz y de calor, como el sol; William y Martinet temían caer en el fuego y todos queríamos detenernos. Pero una sacudida violenta que nos estaba arrastrando rápidamente nos indicó que ya no podíamos detenernos y que éramos atraídos hacia el polo por una fuerza invisible, desde el mismo momento en que pusimos los pies en la cima de la montaña. […] Temblamos de terror al vernos al borde de un precipicio sin fondo donde el día brillaba con todo su esplendor, pero no tuvimos tiempo de pensar y nuestro pequeño grupo fue arrastrado por un torbellino de ráfagas de viento. […]

Descendíamos por el remolino con la rapidez de una gran caída. […] Y con indefinible sorpresa nos encontramos con una vaga luminosidad de inmensa extensión. […]

«Escuchad —dijo finalmente Clairancy—. A principios del siglo dieciocho hubo un físico que sostenía que la Tierra no podía ser compacta porque, teniendo tres mil leguas de diámetro, al menos dos mil novecientas serían inútiles. De modo que suponía que en el interior del globo había un núcleo metálico que regula sus movimientos. El sistema fue rechazado por considerarlo una paradoja, pero nuestra aventura demuestra que es una realidad. Esto es lo que pienso: la Tierra, en cuya superficie viven los hombres y que tiene nueve mil leguas de circunferencia, tiene un grosor de apenas cincuenta o cien, y contiene en su interior, que está vacío, una especie de globo. En el centro de este globo hay otro núcleo u otro planeta más pequeño, y este núcleo es magnético. […] Ahora bien, los abundantes vapores producidos por las rocas magnéticas a las que hemos sido arrojados, salen directamente por la abertura del polo, donde el autor de la naturaleza ha situado una cadena de montañas de hierro para formar una corona. Hay que creer que el polo meridional está rodeado del mismo modo. Así, dado que las grandes masas de hierro que rodean ambos polos atraen por cada lado los vapores magnéticos de este planeta central, la Tierra se mantiene en perfecto equilibrio. Lo que nos desconcierta es ver el cielo, cuando sabemos que por encima de nosotros tenemos la corteza terrestre. Pero es posible que nuestro globo, opaco y

oscuro en la superficie, sea luminoso en sus partes inferiores, donde el aire que nos rodea oculta el verdadero aspecto de este medio globo que se eleva sobre nosotros. Y en cuanto a la luz que recibimos, creo que es producida por los vapores magnéticos que, atravesando los dos polos, se elevan a una altura infinita, reflejando los rayos solares y produciendo las auroras boreales.»

UNA VISIÓN EN EL SUBSUELO

E. BULWER-LYTTON

La raza futura, caps. II y IV (1871)

El camino era semejante a un gran paso alpino: bordeaba paredes rocosas, de las que formaba parte aquella por la que yo había descendido. Abajo, a la izquierda, se extendía un ancho valle, que ofrecía a mi mirada perpleja el testimonio inequívoco de la presencia del trabajo y de la cultura. Aparecían campos cubiertos de una extraña vegetación, diferente a la de la superficie; el color no era verde, sino plomizo y opaco, o bien rojo dorado.

Había lagos y riachuelos que parecían deslizarse entre orillas curvilíneas artificiales; algunos eran de agua pura, otros brillaban como si fueran de nafta. A mi derecha, barrancos y desfiladeros se abrían entre las rocas; y en medio surgían pasos que parecían creados artificialmente, bordeados de árboles semejantes a helechos gigantes, con un delicado follaje plumado y troncos como palmeras. Unas plantas eran parecidas a las cañas, pero más altas y cargadas de grandes manojos de flores. Otras tenían forma de enormes hongos, con tallos cortos y robustos que sostenían anchos sombreros, de los que crecían o se replegaban largas ramas delgadas. Todo el

escenario que me rodeaba, hasta perderse de vista, estaba iluminado por innumerables lámparas. Aquel mundo sin sol era resplandeciente y cálido como un paisaje italiano a mediodía, pero el aire era menos opresivo y el calor más suave. Y en aquel panorama aparecían asentamientos. Podía distinguir en lontananza, a orillas de los lagos y de los riachuelos, o a media ladera de las montañas, incrustados en la vegetación, edificios que sin duda debían ser viviendas humanas. Hasta descubrí, aunque a distancia, figuras que me parecían humanas y que se movían en aquel paisaje. […] Por encima de mí no había cielo, sino tan solo la bóveda de una inmensa caverna. La bóveda se elevaba cada vez más en la lejanía, hasta resultar imperceptible, oculta por la bruma. […]

Por fin llegué ante el edificio. Sí, había sido construido artificialmente y estaba excavado en parte en una gran roca. A primera vista habría jurado que pertenecía a la arquitectura egipcia más antigua. La fachada estaba adornada con enormes columnas, que se erguían gráciles sobre gruesos basamentos; cuando estuve más cerca, los capiteles me parecieron más adornados, más espléndidos y elegantes que los egipcios. Así como el capitel corintio imita las hojas de acanto, los capiteles de aquellas columnas se inspiraban en la vegetación del lugar: unos tenían forma de áloe, otros de helecho. Del edificio salió luego una figura humana […] ¿era realmente humana? Se detuvo sobre la amplia calle y miró a su alrededor, me vio y se acercó. Se detuvo a pocos metros de donde yo estaba, y ante aquella visión me invadió un temor indescriptible que me retuvo clavado en el suelo. Me recordaba las imágenes simbólicas de los genios o de los demonios que pueden verse en los vasos etruscos o en las paredes de los sepulcros orientales […] imágenes que adoptan formas humanas y que sin embargo pertenecen a otra raza. Era alto, no gigantesco, sino alto como los hombres más altos, pero por debajo de la estatura de los gigantes.

Su indumentaria básica parecía compuesta por grandes alas replegadas sobre el pecho, que descendían hasta las rodillas; el resto de la vestimenta lo formaban un sayo y unas polainas de una fina tela fibrosa. Sobre la cabeza llevaba una especie de tiara que resplandecía de gemas, y en la diestra

sostenía un cetro delgado de metal brillante, como de acero bruñido. ¡Y el rostro! Era esta parte la que me inspiraba reverencia y terror. Era un rostro humano, pero de un tipo de hombre que no pertenecía a nuestras razas. Lo que más se le parecía, en las líneas y en la expresión, era el rostro de la esfinge, […] tan regular en su belleza tranquila, intelectual y misteriosa. Tenía un extraño color, más parecido al de los pieles rojas que a cualquier otra variedad de nuestra especie, y sin embargo era distinto […] un matiz más fuerte y apagado, y los ojos eran negros, grandes, profundos y brillantes, con las cejas arqueadas en semicírculo. El rostro era lampiño; pero aunque la expresión era serena y los rasgos sumamente bellos, había algo que me producía la misma sensación de peligro que provoca la visión de un tigre o de una serpiente. Sentía que aquella imagen antropomorfa estaba cargada de fuerzas hostiles al hombre. Mientras se acercaba, un escalofrío me recorrió todo el cuerpo. Caí de rodillas y me cubrí el rostro con las manos.

Escena de la película Viaje al centro de la Tierra , 2008.

J. CLEVES SYMMES

(1772-1829)

Una carta

St. Louis, Territorio del Missouri,

América del Norte

A 10 de abril de 1818 d. C.

A todo el mundo:

Yo declaro que la Tierra es hueca y que su interior es habitable; que contiene un determinado número de esferas sólidas, concéntricas, esto es, puestas una dentro de la otra, y que está abierta por los dos polos en una extensión de doce o dieciséis grados. Me comprometo a demostrar la verdad de lo que afirmo y estoy dispuesto a explorar el interior de la Tierra si el mundo acepta ayudarme en mi empresa.

J. Cleves Symmes de Ohio,

ex capitán de infantería

NB. Tengo ya listo para imprenta un tratado en el que aclaro los principios del problema, aporto la prueba de la tesis anterior, explico la causa de los distintos fenómenos y revelo el «secreto dorado» del doctor Darwin. Como condición pido al patronato de este y de los Nuevos Mundos: […] Pido un centenar de compañeros valerosos, bien equipados, dispuestos a partir conmigo de Siberia en otoño, con renos y trineos, en el hielo del mar helado; cuento con que encontremos una tierra cálida y rica, repleta de vegetales y animales, y poblada por animales y tal vez por hombres, al llegar un grado más al norte de la latitud 82; volveremos en la primavera siguiente.

JCS

(Se adjuntaba a la carta un certificado de salud mental)

LA HIPÓTESIS DE BERNARD

R.W. BERNARD

El gran misterio de la Tierra hueca (1964)

Esto es lo que este libro pretende probar.

1. La Tierra es hueca y no una esfera sólida como habitualmente se supone, y su interior comunica con la superficie a través de las dos aberturas polares.

2. Las observaciones y los descubrimientos del contraalmirante Richard E. Byrd de la marina norteamericana, que fue el primero en entrar en las aberturas polares, hasta una distancia total de 4.000 millas, tanto en el Ártico como en el Antártico, confirmando la exactitud de nuestra teoría revolucionaria de la estructura terrestre, como han hecho otras observaciones de otros exploradores del Ártico.

3. Según nuestra teoría geográfica de una Tierra hueca y no convexa, que se abre en los polos hacia su interior vacío, el Polo Norte y el Polo Sur no han sido nunca alcanzados porque no existen.

4. La exploración del Nuevo Mundo desconocido que existe en el interior de la Tierra es mucho más importante que la exploración del espacio, y las expediciones aéreas de Byrd muestran cómo deberían realizarse estas expediciones.

5. La nación cuyos exploradores sean los primeros en alcanzar este Nuevo Mundo en el interior hueco de la Tierra, con una extensión mayor que la de la superficie terrestre, retomando los vuelos del almirante Byrd al Polo Norte y al Polo Sur, a través de las aberturas árticas y antárticas, se convertirá en la nación más grande del mundo.

6. No hay razón que impida que el interior hueco de la Tierra, que tiene un clima más suave que el de la superficie, albergue plantas, animales y vidas humanas; y si es así, es posible que los misteriosos platillos volantes procedan de una

civilización más desarrollada que vive en el interior hueco de la Tierra.

7. En el caso de una guerra nuclear, el interior hueco de la Tierra permitiría la continuación de la vida humana después de que el *fallout* hubiese exterminado todo signo de vida en la superficie, proporcionando así un refugio ideal a los supervivientes de la catástrofe, de modo que la raza humana no sea destruida por completo.

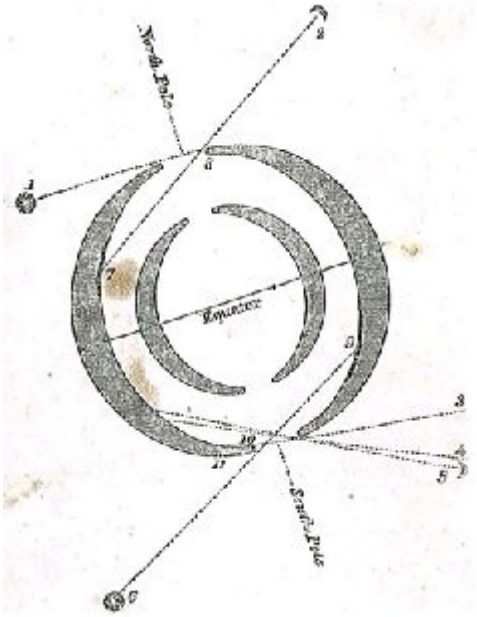


Ilustración de Adam Seaborn, Symzonia. Voyage of Discovery , Nueva York, 1820.

EN EL CENTRO DEL HUEVO

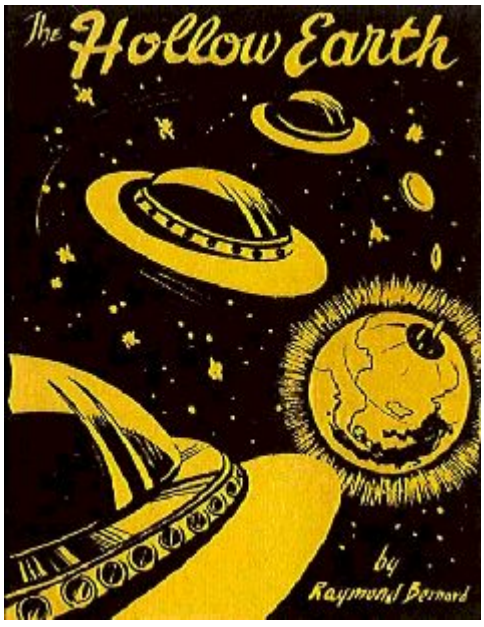
CYRUS REED TEED

Koresh, Fundamentals of Koreshan Universology (1899)

El Sol, la Luna, los planetas y las estrellas no son grandes cuerpos celestes, como se cree, sino puntos focales de una fuerza que, siendo sustancial pero no material, es susceptible de transmutación de la materialización a la desmaterialización; esta capacidad de metamorfosis mantiene una combustión constante, y por consiguiente una radiación de las esencias etéreas generada incesantemente por la propia combustión. […]

La luna y los planetas son reflejos de la visión: la Luna, de la superficie terrestre; los planetas, de los discos mercuriales que fluctúan entre las láminas de los planetas metálicos. […]

Justo en el centro del huevo [el universo] existe un momento excéntrico que comprende un núcleo astral electromagnéticamente negativo y positivo, que constituye la estrella física central. […] Este se mueve en torno a un cono etéreo que tiene el ápice dirigido al norte y la base orientada al sur.



Cubierta de El gran misterio de la Tierra hueca, de Raymond Bernard, 1964.

ORIGEN DE LOS ESQUIMALES

R.W. BERNARD

El gran misterio de la Tierra hueca (1964)

Muchos de los que han escrito sobre este tema asumen que el interior de la Tierra está habitado por una raza de seres de pequeño tamaño y color oscuro, y dicen también que los esquimales, cuyos orígenes étnicos difieren de los de las otras razas, proceden de esa raza subterránea. […] Algunas leyendas esquimales hablan de una tierra paradisíaca de gran belleza que estaba situada al norte. Estas leyendas hablan de una tierra de luz perpetua, donde nunca hay tinieblas ni un sol demasiado brillante.

Gardner escribe: «Es perfectamente posible que los esquimales no desciendan de ninguna tribu procedente de China, sino que los propios chinos y los esquimales provengan originariamente del interior de la Tierra».

DEL PRETENDIDO DIARIO DE BYRD

RICHARD EVELYN BYRD

Diario (1947)

He de escribir este diario a escondidas y en el más absoluto secreto. Contiene mis anotaciones sobre el vuelo antártico que realicé el 19 de febrero de 1947. Llegará el día en que toda la racionalidad del hombre se disipará para convertirse en nada y se tendrá que reconocer la irrefutabilidad de la Verdad. Se me ha denegado la libertad de publicar estas anotaciones y quizá nunca lleguen a ver la luz, pero yo tengo que cumplir con mi deber, y reproducirlas aquí, con la esperanza de que un día todos puedan leerlas, en un mundo en el que el egoísmo y la ambición de un grupo de personas no puedan ya ocultar la verdad. […]

«Tanto la brújula giroscópica como la brújula magnética empiezan a girar y a vibrar, ya no podemos mantener el rumbo con nuestros instrumentos. Solo nos queda la brújula solar, con ella podemos mantener la dirección. Todos los instrumentos funcionan titubeante y extremadamente lentos, pero no hay indicios de congelación. […]

»Hace 29 minutos que hemos visto las montañas por primera vez. No nos hemos equivocado. Es una pequeña cadena montañosa, que nunca habíamos visto. […]

»Tras la cadena montañosa asoma lo que parece ser un pequeño valle, con un río o riachuelo que corre hacia la parte central. ¡Aquí abajo no puede haber un valle verde! ¡Aquí hay cosas extrañas y anormales! ¡Bajo nosotros solamente debería haber masas de hielo y nieve! A la izquierda, vemos las pendientes de las montañas cubiertas de espesos bosques. Nuestros instrumentos de navegación siguen girando enloquecidos. […]

»Desciendo ahora a 1.400 pies y hago girar acusadamente al avión hacia la izquierda para examinar mejor el valle bajo nosotros. Es verde y está cubierto de musgo y espesa hierba. La luz parece aquí distinta. No consigo ver el Sol. Hacemos de nuevo un giro a la izquierda y divisamos lo que parece ser un gran animal. Podría ser un elefante. ¡No! ¡Parece un mamut! ¡Es increíble! Pero es así. […]

»Sobrevolamos entretanto otras colinas verdes. El indicador de temperatura exterior marca 24 grados centígrados. Mantenemos nuestro curso. Todos los instrumentos vuelven a funcionar. Estoy perplejo ante sus reacciones. Intento contactar con el campamento base. La radio ha dejado de funcionar. […]

»El terreno a nuestros pies se vuelve cada vez más plano. ¡Ante nosotros se levanta lo que parece ser una ciudad! ¡Es imposible! ¡El avión empieza a tambalearse extrañamente! ¡Los controles se niegan a responder! ¡Dios mío! A nuestra derecha y a nuestra izquierda aparecen extraños objetos voladores. Se aproximan y algo irradia de ellos. Están tan cerca que puedo ver claramente su distintivo. Es un extraño símbolo. ¿Dónde estamos? ¿Qué nos ha pasado? […]

»Nuestra radio emite unos chasquidos y nos llega una voz que habla en inglés con acento que parece decididamente nórdico o alemán. El mensaje es: "Bienvenido a nuestro territorio, almirante. En exactamente siete minutos les haremos aterrizar. Relájese, almirante, está usted en buenas manos". Me doy cuenta de que nuestros motores han dejado de funcionar. El aparato está bajo control ajeno y ahora gira por sí mismo. […]

»Se acercan unos hombres hasta el pie del avión. Son altos y tienen el cabello rubio. A lo lejos veo una ciudad iluminada, resplandeciente con los colores del arco iris. No sé qué va a suceder, pero los hombres que se aproximan aparentemente están desarmados. Oigo una voz que me llama por mi nombre y me ordena abrir. Obedezco. […]

»Todo lo que sigue lo escribo de memoria. Parece producto de la imaginación y podría calificarse de locura si no hubiese sucedido de verdad. El técnico y yo fuimos conducidos fuera del avión y saludados con cordialidad. Nos embarcaron en un pequeño medio de transporte parecido a una plataforma, pero sin ruedas. Con enorme rapidez llegamos a la ciudad brillante. A medida que nos acercábamos, la ciudad parecía hecha de cristal. Pronto nos detuvimos ante un gran edificio, de una arquitectura que no había visto nunca antes. Era como si proviniera de los diseños de un Frank Lloyd

Wright, o bien podría estar sacado de una película de Buck Rogers. […]

»“Sí —replicó el maestro con una sonrisa—, usted está ahora en el imperio de los arios, el mundo en el interior de la Tierra. No interrumpiremos su misión mucho tiempo y serán escoltados hasta la superficie sin peligro alguno. Pero antes le voy a decir por qué lo he hecho venir, almirante. Nosotros seguimos los acontecimientos que se producen arriba sobre la Tierra. Nuestro interés comenzó cuando ustedes lanzaron las primeras bombas atómicas sobre Hiroshima y Nagasaki, en Japón. En aquella mala hora fuimos a vuestro mundo con nuestros platillos volantes, los Flugelrads, para investigar lo que había hecho vuestra raza. Evidentemente, es historia pasada, almirante, pero déjeme continuar. Nosotros nunca nos hemos inmiscuido en las guerras y barbaries de vuestra raza, pero ahora tenemos que hacerlo porque habéis empezado a experimentar con un tipo de energía, la atómica, que en realidad no estaba pensada para los hombres. Hemos hecho llegar mensajes a las potencias de vuestro mundo pero no nos hacen ningún caso. Por este motivo fue usted elegido para ser testigo de que nuestro mundo existe.” […]

»El maestro continuó: “Desde 1945 hemos intentado una y otra vez contactar con vuestra raza, pero todos nuestros intentos han sido acogidos con hostilidad: nuestros Flugelrads han sido perseguidos por vuestros aviones de combate, atacados y disparados. Ahora debo decirle, hijo mío, que una poderosa tormenta se levanta en vuestro mundo, una furia negra que arrasará durante mucho tiempo. No habrá defensa en vuestras armas, no habrá seguridad en vuestra ciencia. Esta tormenta se ensañará con todo, de forma que toda cultura será destruida y todas las cosas humanas se hundirán en el caos. La guerra que acaba de terminar es solo un preludio de lo que todavía ha de sobrevenir a vuestra raza. […] Nosotros vemos en un futuro lejano surgir de los escombros de vuestra raza una nueva Tierra, en busca de sus legendarios tesoros perdidos, y estarán aquí con nosotros, hijo mío, nosotros los mantendremos a salvo. Cuando llegue el momento, nos presentaremos de nuevo a vosotros para ayudar a revivificar vuestra, cultura y vuestra raza”. […]

»11 de marzo de 1947. He estado en una reunión del Estado Mayor en el Pentágono. He informado detalladamente sobre mis descubrimientos y sobre el mensaje del maestro. Todo ha sido convenientemente registrado. El presidente también ha sido informado. He sido retenido aquí durante varias horas (exactamente seis horas y treinta y nueve minutos). He sido interrogado minuciosamente por un equipo de seguridad y por un equipo médico. ¡Ha sido un infierno! Me han puesto bajo la estricta supervisión de la Previsión Nacional de Seguridad de los Estados Unidos de América. Se me recuerda que soy un oficial y que por tanto debo obedecer sus órdenes. […]

Para acabar, debo afirmar que he mantenido en secreto este asunto durante todos estos años, tal y como se me ordenó. Pero lo he hecho en contra de mis principios de integridad moral. Ahora siento que pronto llegará mi hora y este secreto no morirá conmigo, sino que triunfará, como toda verdad. Solo así puede existir esperanza para el género humano. ¡Yo he visto la verdad, y la verdad ha fortalecido mi espíritu y me ha liberado! […] Porque he visto el país más allá del polo, el centro del gran desconocido.»

William Bradshaw, La diosa de Atvatabar , Nueva York, J. F. Douthitt, 1892.

ASGARTHA

LOUIS JACOLLIOT

Les fils de Dieu, VIII (1873)

El brahmatma vivía invisible entre sus mujeres y sus favoritos en su inmenso palacio. Sus órdenes a los sacerdotes y a los gobernadores de provincia, a los *brahmanes* y a los *aryas* de todos los órdenes, eran transmitidas por medio de mensajeros que llevaban brazaletes de plata grabados con sus armas.

Cuando estos oficiales pasaban por las ciudades y los campos, montados en sus monstruosos elefantes blancos, vestidos de seda adornada con oro, y precedidos de gente corriendo que anunciaba su presencia al grito de «¡ahovata!, ¡ahovata!», el pueblo se arrodillaba al borde de los caminos y no alzaba la cabeza hasta que el cortejo había desaparecido […]

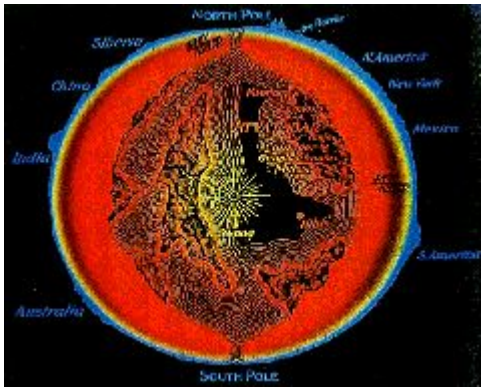
Desfile de elefantes, del maestro de Boucicaut, Livre de merveilles, siglo XV, París, Bibliothèque Nationale de France.

Cuando salía el propio brahmata solo podía hacerlo en un palanquín cerrado por cortinas tejidas en cachemir, seda y oro, sobre el elefante blanco consagrado a su persona, que solo él podía montar, y que casi se doblegaba bajo el peso del oro macizo, las alfombras del Nepal, las joyas y las piedras finas. La trompa del animal estaba adornada con muchos brazaletes, auténticas joyas de paciente orfebrería, y de sus grandes orejas pendían enormes diamantes de valor incalculable. El palanquín era de madera de sándalo con incrustaciones de oro.

Los servicios de palacio de este representante de dios en la tierra iban más allá de lo que se podría imaginar, y las descripciones que los *brahmanes* nos han dejado del palacio de Asgharta superan en mucho las maravillas de Tebas, de Menfis, de Nínive y de Babilonia, que por otra parte no eran más que un débil eco de las de sus antepasados hindús.

Por último, los fundadores del cristianismo, tras haber copiado del brahmanismo la Trinidad y sus misterios, los nombres y las aventuras de sus encarnaciones, la Virgen madre y, como veremos, el óleo santo y el fuego del altar, el agua bendita y otras ceremonias, quisieron subrayar todavía más su filiación llevando hasta el extremo el servilismo de su copia.

Después de haber convertido a Ieseus Christma en su Jesucristo y a la virgen Dvanaguy en la virgen María, se inspiraron en el brahmanismo para la figura de su Papa.



William Bradshaw, Mapa del mundo inferior, de La diosa de Atvatabar , Nueva York, J. F. Douthitt, 1892.

¿DÓNDE ESTÁ AGARTHA?

ALEXANDRE SAINT-YVES D'ALVEYDRE

Mission de l'Inde, I y II (1886)

¿Dónde está Agartha? ¿En qué lugar preciso se encuentra? ¿Por qué caminos hay que andar, y qué pueblos hay que atravesar para llegar hasta allí? […]

Pero como sé que en sus mutuas competencias por toda Asia, algunas potencias rozan sin darse cuenta, este territorio sagrado, como sé, que en caso de un posible conflicto, sus ejércitos pasarán por él, junto a él, por humanidad para con estos pueblos y la propia Agartha, no dudo en proseguir la divulgación que he comenzado.

En la superficie y en las entrañas de la Tierra la extensión real de Agartha desafía la opresión y la coacción de la profanación y de la violencia.

Sin hablar de América, cuyo subsuelo ignorado le ha pertenecido desde la más remota antigüedad, tan solo en Asia, cerca de quinientos millones de hombres conocen más o menos su existencia y su extensión.

Pero no se hallará ni un solo traidor entre ellos que indique la situación precisa en que se encuentran su Consejo de Dios y su Consejo de los Dioses, su cabeza pontificial y su corazón jurídico. […]

Baste saber a mis lectores que, en algunas regiones del Himalaya, entre los veintidós templos que representan los veintidós Arcanos de Hermes y las veintidós letras de ciertos alfabetos sagrados, Agartha forma el zero místico, el que no puede ser encontrado. […]

El territorio sagrado de Agartha es independiente, organizado sinárquicamente y compuesto por una población que se eleva a una cifra de casi veinte millones de almas. […]

Las bibliotecas de los Ciclos anteriores se encuentran también bajo los mares que devoraron el antiguo continente austral, y en las construcciones subterráneas de la antigua América antediluviana.

Lo que voy a contar aquí y más adelante parecerá un cuento de *Las mil y una noches*, y, sin embargo, nada hay más real.

Los verdaderos archivos universitarios de la Paradesa ocupan miles de kilómetros. Desde ciclos de siglos, cada año, tan solo algunos de los iniciados de alto grado y que solo poseen el secreto de algunas de las regiones, saben el auténtico objetivo de ciertos trabajos, y están obligados a pasar tres años grabando en tablillas de piedra, con caracteres desconocidos, todos los hechos que interesan a las cuatro jerarquías de las ciencias que constituyen el cuerpo total del conocimiento.

Cada uno de estos sabios realiza su trabajo en la soledad, lejos de toda luz visible, bajo las ciudades, bajo los desiertos, bajo las llanuras y bajo las montañas.

Que el lector intente imaginar un colosal tablero de ajedrez extendiéndose bajo tierra a casi todas las regiones del

planeta. En cada una de las casillas se encuentran los acontecimientos importantes de los años terrestres de la humanidad, en algunas casillas las enciclopedias seculares y las milenarias, en otras por último, las de los yougs menores y mayores. […]

Y en las horas solemnes de la oración, durante la celebración de los misterios cósmicos, pese a que los hierogramas sagrados son murmurados en voz baja en la inmensa cúpula subterránea, se produce en la superficie de la Tierra y en los cielos un extraño fenómeno acústico.

Los viajeros y las caravanas que vagan a lo lejos, bajo la luz del Sol o a la claridad nocturna, se detienen, y hombres y animales escuchan con ansiedad. […]

Estas ciencias, estas artes, y muchas más, siguen siendo enseñadas, comprobadas y practicadas en los talleres, en los laboratorios y en los observatorios de Agartha. La química y la física han llegado a tal grado de desarrollo, que si yo las expusiera aquí nadie podría comprenderlas. Nosotros solo conocemos las fuerzas del planeta, ¡y ni siquiera muy bien! […]

Cada año, en una época cósmica determinada, bajo la dirección del maharshi, del gran príncipe del Sagrado Colegio Mágico, los laureados de las altas secciones, bajan aún para visitar una de las metrópolis de Plutón. Primero deben introducirse en el suelo por una cavidad que apenas permite el paso del cuerpo. El yoghi detiene su respiración, y con las manos sobre la cabeza, se deja caer, y tiene la sensación de que transcurre un siglo. Caen por fin, uno tras otro en una interminable galería cuesta abajo, en la que empieza su auténtico viaje. A medida que van descendiendo, el aire se hace más y más irrespirable, y bajo la tenue luz de allí abajo, se ve cómo la fuerza de los iniciados se va graduando a lo largo de las inmensas bóvedas inclinadas, en cuyo fondo muy pronto observarán los infiernos. La mayoría de ellos se ven obligados a detenerse en el camino, sofocados y agotados pese a las provisiones de aire respirable, alimentos y sustancias capaces de aliviar el calor que llevan consigo. Solo continúan aquellos a quienes la práctica de las artes y de las ciencias

secretas han permitido respirar lo mínimo posible con los pulmones, y sacar del aire, en cualquier sitio, y con otros órganos, los elementos divinos y vitales que se conservan en todas partes.

Por fin, después de un viaje muy largo, los que han perseverado ven arder a lo lejos algo semejante a un inmenso incendio que se produce por debajo del planeta. […]

La metrópolis ciclópea se abre, iluminada desde abajo por un océano fluido, rojo, lejano reflejo del fuego central, retraído en sí mismo durante esta época del año.

Se repiten hasta el infinito las más extrañas formas de arquitectura, donde todos los minerales entremezclados realizan lo que la fantasía y la quimera de los artistas góticos, corintios, jonios y dorios, nunca habrían osado soñar.

Y por todas partes, furioso de ser penetrado e invadido por los hombres, un pueblo con forma humana, de cuerpo ígneo, se retira ante los iniciados, y se lanza en todas direcciones gracias a las alas, para agarrarse por fin con sus uñas en las murallas plutonianas de su ciudad.

Con el maharshi a la cabeza, la teoría sagrada sigue un estrecho camino de basalto y de lava solidificada. A lo lejos se oye un ruido sordo que parece llegar hasta el infinito, parecido al estruendo de las olas de una gran marea equinoccial.

Mientras tanto, a la vez que andan, los yoghis observan y estudian a estos extraños pueblos, sus costumbres, su espantosa actividad, su utilidad para nosotros.

Mediante los trabajos que ellos realizan, por orden de las potencias cósmicas, el subsuelo nos ofrece ríos subterráneos de metaloides y de metales que nos son necesarios, los volcanes protegen nuestro planeta de las explosiones y cataclismos, y se regula el régimen de nuestros ríos en valles y montañas.

Son también ellos quienes preparan los rayos, retienen bajo tierra las corrientes cíclicas de los fluidos interpolares e intertropicales, así como sus derivaciones interferenciales en las zonas de latitudes y longitudes diferentes a las de la Tierra.

Son ellos también quienes devoran todo germen vivo mientras se pudre para dar luego fruto.

Estos pueblos son los autóctonos del fuego central; son los mismos que visitó Nuestro Señor Jesucristo antes de subir al Sol, para que la redención lo purificase todo, incluso los instintos ígneos de los que se eleva aquí abajo la jerarquía visible de los seres y de las cosas. […]

Penetremos en este tabernáculo, vayamos a ver al brahatmah, prototipo de los abramidas de Caldea, de los Melquisedec de Salem y de los Hierofantes de Tebas y de Menfis, de Sais y de Amón.

Excepto los más altos iniciados, nadie ha visto jamás cara a cara al soberano pontífice de Agartha. […]

Es un anciano, descendiente de la bella raza etíope, de tipo caucásico, que después de la roja, y antes de la blanca, sostuvo tiempo atrás el cetro del gobierno general de la Tierra, y talló en todas las montañas esas ciudades y los prodigiosos edificios que encontramos en todas partes, desde Etiopía hasta Egipto, desde las Indias hasta el Cáucaso.

John Martin, Pandemonium (en Milton, El Paraíso perdido), 1841, París, Louvre.

EL REY DEL MUNDO

FERDINAND OSSENDOWSKI

Bestias, hombres, dioses (1923)

Fue durante mi viaje a Asia central cuando oí hablar por primera vez del misterio de los misterios. No sabría definirlo de otro modo. Al principio no le presté mucha atención ni le atribuí la importancia que luego comprendí que tenía, cuando hube analizado y comparado muchos testimonios esporádicos, confusos y a menudo contradictorios.

Los ancianos que viven a orillas del río Amyl me contaron una antigua leyenda según la cual una tribu mongol, tratando de eludir las exigencias de Gengis Kan, se escondió y halló refugio en un mundo subterráneo. Más tarde, un soyoto de los alrededores del lago Nogan Kul me mostró, envuelta en una nube de humo, la entrada de una caverna por la que se accede al reino de Agartha. Hace tiempo, un cazador penetró por esa caverna en el reino subterráneo, y a su vuelta empezó a contar lo que había visto. Los lamas le cortaron la lengua para impedirle hablar del misterio de los misterios. Al llegar a la vejez, regresó a la caverna y desapareció en el reino subterráneo, cuyo recuerdo había encantado y regocijado su corazón de nómada.

Obtuve informes más detallados de labios del *Hukutuktu* Jelyb Djamsrap de Narabanchi Kure. Este me narró la historia de la llegada del poderoso rey del mundo desde su reino subterráneo, de su aparición, de sus milagros y profecías, y solo entonces empecé a comprender que esta leyenda, sugestión hipnótica, visión colectiva, o cualquier cosa que sea, encierra, además de un misterio, una fuerza real y poderosa, capaz de influir en el curso de la vida política de Asia. A partir de este momento profundicé más en mis investigaciones. El Lama Gelong, favorito del príncipe Chultun Beyli, y el príncipe mismo, me proporcionaron una descripción del reino subterráneo. […]

«Este reino se llama Agartha y se desarrolla a través de una red de galerías subterráneas que se extiende por el mundo entero. He oído a un sabio lama decir en China al Bogdo Kan que todas las cavernas subterráneas de América están habitadas por el pueblo antiguo que desapareció en el subsuelo. Aún se encuentran huellas suyas en la superficie del país. Estos pueblos y tierras subterráneas están gobernados por soberanos que deben obediencia al Rey del Mundo. En todo esto no hay nada sorprendente. Sabéis que en los dos océanos mayores del este y el oeste había antiguamente dos continentes. Desaparecieron bajo las aguas, pero sus habitantes pasaron al reino subterráneo. Las cavernas del subsuelo están iluminadas por un resplandor especial que permite el crecimiento de cereales y otros vegetales y da a las gentes una larga vida sin enfermedades. Existen allí numerosos pueblos y muchas tribus diferentes. Un viejo brahmán budista de Nepal, obedeciendo la voluntad de los dioses, hizo una visita al antiguo reino de Gengis, Siam, y allí encontró a un pescador, quien le ordenó que saltase a su barca y se hiciera a la mar con él. Al tercer día llegaron a una isla cuyos habitantes poseían dos lenguas, con las que podían hablar separadamente idiomas distintos. Les enseñaron animales curiosos, insólitos, tortugas de dieciséis patas y un solo ojo, enormes serpientes de sabrosa carne y pájaros con dientes que cogían peces en el mar para sus amos. Estos isleños les dijeron que procedían del reino subterráneo y les describieron ciertas regiones del mundo del subsuelo.»

Lorenzo Lotto, El sacrificio de Melquisedec , c. 1545, Museo-Antico Tesoro della santa casa di Loreto.

LOS HECHOS GEOGRÁFICOS Y LOS HISTÓRICOS TIENEN UN VALOR SIMBÓLICO

RENÉ GUÉNON

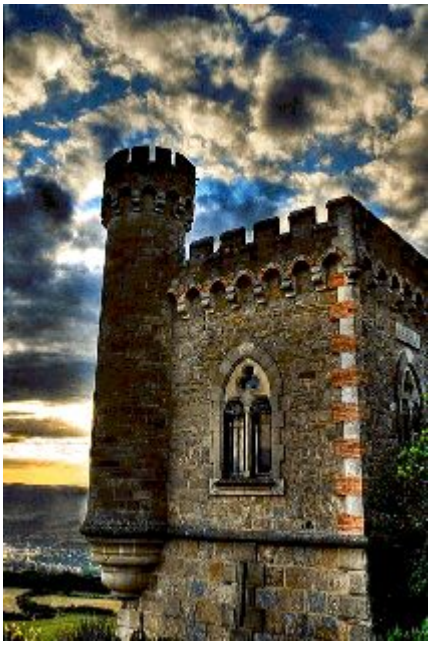
El rey del mundo, «Conclusiones» (1925)

Del testimonio concordante de todas las tradiciones se desprende claramente la siguiente conclusión: existe una «Tierra Santa» por excelencia, prototipo de todas las demás «Tierras Santas», centro espiritual al que todos los demás centros están subordinados. La «Tierra Santa» es también la «Tierra de los Santos», la «Tierra de los Bienaventurados», la «Tierra de los Vivos», la «Tierra de la Inmortalidad»; todas estas expresiones son equivalentes, y es necesario agregar además la de «Tierra Pura», que Platón aplica a la «morada de los Bienaventurados».

Esta morada se sitúa habitualmente en un «mundo invisible»; pero, si se quiere comprender de qué se trata, no hay que olvidar que ocurre lo mismo con las «jerarquías espirituales» de que hablan todas las tradiciones, y que representan en realidad grados de iniciación.

En el período actual de nuestro ciclo terrestre, es decir, en el Kali-Yuga, esta «Tierra Santa» defendida por «guardianes» que la ocultan a las miradas profanas asegurando no obstante algunas relaciones exteriores, es en efecto invisible, inaccesible, pero solo para aquellos que no poseen las cualificaciones requeridas para penetrar en ella. Ahora bien, su localización en una región determinada, ¿debe considerarse literalmente efectiva, o solo simbólica, o es a la vez lo uno y lo otro? A esta cuestión, responderemos que, para nosotros, los hechos geográficos mismos y también los hechos históricos tienen, como todos los demás, un valor simbólico, que por lo demás, evidentemente, no les quita nada de su realidad propia

en tanto que hechos, sino que les confiere, además de esta realidad inmediata, una significación superior.



Torre Magdala en Rennes-le-Château.

14

LA INVENCIÓN

DE RENNES-LE-CHÂTEAU

En el capítulo sobre el Grial hemos visto cómo la sagrada reliquia recorrió tortuosos caminos ubicándose ora en un lugar ora en otro, y una de las leyendas más recientes, surgida a raíz de los libros de Otto Rahn, la situaba en Montségur, en el sur de Francia y casi en la frontera con España, una zona donde ya florecían confraternidades más o menos esotéricas dedicadas al culto de la fabulosa copa. De modo que el terreno era propicio a una reavivación de la leyenda; bastaba hallar un pretexto. Y el pretexto lo proporcionó la historia del abad Bérenger Saunière del que, para no dejarnos llevar por la imaginación, conviene ante todo proporcionar los datos históricamente probados.

Entre 1885 y 1909, François Bérenger Saunière fue párroco de Rennes-le-Château, un pequeño pueblo que se encuentra a unos cuarenta kilómetros de Carcasona. En su tiempo se hablaba de una posible relación con su ama de llaves, Marie Dénarnaud, pero nunca pudo probarse. Lo que se sabe es que Saunière restauró el exterior y el interior de la iglesia local, construyó una Villa Bethania en la que vivió, y una torre sobre la colina, la torre Magdala, que evocaba la torre de David en Jerusalén.

Todas estas obras eran muy caras (se ha calculado que el coste fue de doscientos mil francos de la época, equivalentes al sueldo de un sacerdote de provincias durante doscientos años),

y por supuesto se empezó a murmurar, hasta el punto de que el obispo de Carcasona inició una investigación. Saunière se negó a cooperar con la investigación y el obispo lo asignó a otra parroquia. Pero Saunière no quiso trasladarse y se retiró, viviendo pobremente el resto de su vida hasta su muerte en 1917.

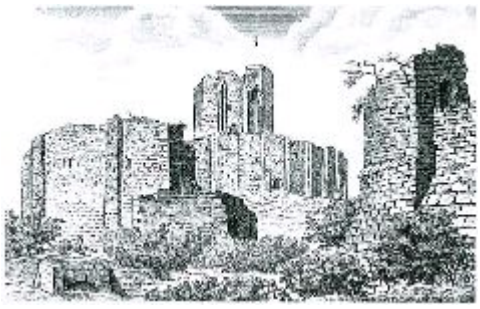
Los datos ciertos se detienen aquí, y todo lo que sigue forma parte del cúmulo de hipótesis sobre la extraña vida de ese excéntrico sacerdote. Se dijo que durante los trabajos de reconstrucción de la parroquia, Saunière se había topado con una serie de hallazgos de incierta naturaleza; uno de sus diarios alude al descubrimiento de un sepulcro encontrado bajo el suelo de la iglesia, tal vez el antiguo sepulcro de los señores del pueblo. Otros hablaron del hallazgo de una caja que contenía objetos «preciosos», pero probablemente se trataba de algún objeto de modesto valor abandonado allí por el párroco de Rennes durante la Revolución francesa antes de refugiarse en España; o tal vez eran pequeños pergaminos depositados durante la ceremonia de la consagración de la iglesia. No obstante, a partir de esos débiles indicios se empezó a fabular sobre la posibilidad de que, en el transcurso de los trabajos de restauración de la iglesia, Saunière hubiese encontrado un fabuloso tesoro. En realidad, el astuto párroco, a través de anuncios publicitarios en periódicos y revistas de carácter religioso, solicitaba el envío de dinero a cambio de la promesa de celebrar misas por los difuntos de los donantes, acumulando así dinero por centenares de misas que nunca celebró, y precisamente por esta razón fue sometido a proceso por el obispo de Carcasona.

Un último detalle malicioso: a su muerte, Saunière dejó en herencia todo lo que había construido al ama de llaves, Marie Dénarnaud, quien, tal vez para otorgar cierto valor a las propiedades heredadas, siguió alimentando la leyenda de los tesoros de Rennes-le-Château. Una vez heredadas las propiedades por Marie, un personaje llamado Noël Corbu abrió en el pueblo un restaurante, y difundió a través de la prensa local noticias sobre el «cura de los millones», estimulando así la llegada de algunos cazadores de tesoros que hicieron excavaciones en el territorio.[30]

En ese momento entró en escena Pierre Plantard. Este singular personaje había participado en la actividad política de grupos de extrema derecha inspirados en la sinarquía de Yves d'Alveydre,[31] había fundado grupos antisemitas, y a los diecisiete años había creado Alpha Galates, un movimiento alineado con el régimen colaboracionista de Vichy. Esto no le impidió, después de la liberación, presentar sus organizaciones como grupos de resistencia partisana.

En diciembre de 1953, tras pasar seis meses en la cárcel por abuso de confianza (más tarde sería condenado a un año por corrupción de menores), Plantard presentó su Priorato de Sion, y registró oficialmente la asociación en la subprefectura de Saint-Julien-en-Genevois el 7 de mayo de 1956. Nada extraordinario si no fuese porque Plantard se jactaba de que su priorato tenía casi dos mil años de antigüedad, basándose en documentos (que luego resultaron ser falsos) que Saunière había descubierto durante la reconstrucción de la iglesia. Tales documentos demostraban la supervivencia de la línea de los soberanos merovingios, y Plantard afirmaba que descendía de Dagoberto II.

Además, Plantard depositó en La Biblioteca Nacional de París unos manuscritos sobre presuntos dossieres secretos (evidentemente también falsos), que relacionaban el priorato con Rennes-le-Château.



Castillo de Gisors , Normandía, principios del siglo XIX, grabado, París, Bibliothèque des Arts Decoratifs.

El engaño de Plantard coincidió con la publicación de un libro de Gérard de Sède, periodista allegado a los cenáculos surrealistas, lo que tal vez podría explicar su afición a la tabulación extravagante. De Sède (1962) ya había escrito un libro sobre los misterios del castillo de Gisors, en Normandía, al que se había retirado a criar cerdos tras algunos desengaños literarios y donde conoció a Roger Lhomoy, un personaje medio vagabundo y medio iluminado. Lhomoy había trabajado durante un tiempo como jardinero y guarda del castillo y luego se había dedicado durante dos años a excavar de noche en sus subterráneos (clandestina y peligrosamente) para encontrar las antiguas galerías; decía que había penetrado en una sala donde, según su declaración reproducida por De Sède, «Lo que vi entonces no lo olvidaré jamás, porque era un espectáculo fantástico. Me encuentro en una bóveda romana de piedra de Louveciennes, de treinta metros de longitud, nueve de anchura, y unos cuatro metros y medio de altura hasta la piedra angular. Justo a mi izquierda, junto al hueco por donde he pasado, hay un altar, de piedra, lo mismo que su tabernáculo. A mi derecha, el resto del edificio. En los muros, a media altura, sostenidas por cuervos de piedra, las imágenes de Jesús y de los doce apóstoles, de tamaño natural. A lo largo de los muros, colocados en el suelo, sarcófagos de piedra de dos metros de largo y sesenta centímetros de ancho; hay diecinueve. Lo que veo es increíble: treinta cofres en metal precioso, colocados en columnas de diez. De hecho, la palabra cofre resulta insuficiente: habría que hablar más bien de armarios recostados, que miden dos metros veinte de largo, uno ochenta de alto y uno sesenta de ancho cada uno».

El detalle interesante es que todos los trabajos de búsqueda que se llevaron a cabo a continuación, impulsados por De Sède, aunque consiguieron identificar alguna galería, no condujeron a la sala fabulosa. Pero entretanto el que se acercó a De Sède fue Plantard, que afirmaba poseer no solo documentos secretos que por desgracia no podía mostrar, sino incluso un mapa de la misteriosa sala. Ese mapa lo había dibujado él mismo siguiendo las declaraciones del propio Lhomoy, y este había animado a De Sède a escribir el libro y a

lanzar la hipótesis, como ocurre siempre en estos casos, de que en el asunto estaban involucrados los templarios. En 1967 De Sède publicó *L'Or de Rennes* (que, al parecer, originariamente era un manuscrito del propio Plantard, reescrito luego por De Sède). Con este libro el mito del Priorato de Sion acaparó definitivamente la atención de los medios, incluida la reproducción de los falsos pergaminos que mientras tanto Plantard había conseguido colocar en varias bibliotecas y que en realidad, como confesó luego el propio Plantard, habían sido dibujados por Philippe De Cherisey, un humorista de la radio francesa y actor, que en 1979 declaró que era el autor de las falsificaciones y que había copiado la escritura uncial de documentos hallados en la Biblioteca Nacional de París. Además, parece que Cherisey se inspiró en las novelas de Maurice Leblanc sobre **Arsène Lupin**.

Gustave Courbet, Las rocas de Étretat , 1869, Berlín, Nationalgalerie.

En efecto, como ha demostrado Iannaccone (2005), en la novela *La aguja hueca* Lupin descubre el misterio de los reyes de Francia: «En sus novelas, que hay que leer en clave anticatólica, Leblanc prefigura muchos elementos del mito de Rennes-le-Château y corona a Lupin nada menos que como gran monarca mesiánico. El escritor normando conocía a la perfección la tradición del profetismo católico, porque además

había nacido cerca de Gisors, lugar fundamental de la mística nacionalista. Esta ideología nacionalista y religiosa atribuía a Francia un valor mesiánico similar al que se le atribuyó durante la revolución, pero con signo contrarrevolucionario».

De Sède consideraba que los documentos que según Plantard habían sido hallados por Saunière estaban llenos de signos que había que descifrar, entre otros una inquietante referencia a un conocidísimo cuadro de Poussin, en el que (como ocurría también en una obra de Guercino) unos pastores descubrían una tumba con la leyenda *Et in Arcadia ego* (en Guercino sobre la tumba aparecía incluso una calavera). Se trata de un clásico *memento mori* (lo había utilizado asimismo Goethe como epígrafe a *Viaje a Italia*), en el que la muerte anuncia que está presente incluso en la feliz Arcadia. No obstante, Plantard sostuvo que la frase aparecía en el escudo de su familia desde el siglo XIII (algo poco probable teniendo en cuenta que Plantard era hijo de un sirviente), que el paisaje que aparece en el cuadro evoca el de Rennes-le-Château (Poussin había nacido en Normandía y Guercino no había estado nunca en Francia), y que las tumbas de los cuadros de Poussin y de Guercino se parecían a un sepulcro que podía verse hasta los años ochenta en una carretera que va de Rennes-le-Château a Rennes-Les-Bains. Desgraciadamente, se ha probado que la tumba fue construida en el siglo XX.

Guercino, Et in Arcadia ego , 1618, Roma, Museo Nazionale d'Arte Antica.

En cualquier caso, se consideraba una prueba de que los cuadros habían sido encargados a Guercino y a Poussin por el Priorato de Sion, hasta el punto de que se decía que Plantard había adquirido (sin duda como prueba de algo que solo él sabía) una reproducción de la obra de Poussin. Pero la interpretación del cuadro de Poussin no acababa aquí: si trasponemos las letras de *Et in Arcadia ego*, nos encontramos con la exhortación *I! Tego arcana Dei*, esto es, «¡Vete! Yo guardo los misterios de Dios», de ahí la demostración de que la tumba era la de Jesucristo.

Nicolas Poussin, Et in Arcadia ego, siglo XVII, París, Louvre.

De Sède también planteó otras hipótesis inquietantes sobre algunos aspectos de la iglesia restaurada por Saunière. Por ejemplo, en ella aparece la inscripción *Terribilis est locus iste*, que hizo temblar a los apasionados de los misterios. Se trata (y desde luego Saunière lo sabía perfectamente) de una cita del Génesis 28,17 que aparece en muchísimas iglesias (incluso en el *introito* de las misas para la consagración de una iglesia)[32] y que se refiere a la visión de Jacob que sueña con subir al cielo, encontrarse con los ángeles, hablar con Dios, y que al despertar dice, según la versión latina de la Vulgata: «¡Cuán terrible es este lugar! No es otra cosa que casa de Dios, y puerta del cielo». Pero en latín *terribilis* también significa

digno de admiración, capaz de inspirar un temor reverencial y, por tanto, la expresión no tiene nada de amenazador.

Además, la pila del agua bendita está sostenida por un demonio arrodillado, interpretado como Asmodeo, que se dice fue obligado por Salomón a ayudarlo en la construcción del Templo de Jerusalén. Ahora bien, podríamos citar muchas iglesias románicas con representaciones de diablos.

Detalle de Asmodeo, pila de agua bendita a la entrada de la iglesia de Rennes-le-Château.

Por último, Asmodeo aparece coronado por la representación de cuatro ángeles, bajo los que está grabada la frase: «Par ce signe tu le vincrais», que podría remitir al *In hoc signo vinces* de Constantino; pero la adición de ese «le» ha llevado a los cazadores de misterios a contar las letras de la frase, que son veintidós, como los dientes de la calavera colocada a la entrada del cementerio, veintidós como las almenas de la torre Magdala, veintidós como los escalones de las dos escalinatas que conducen a la torre. Además, las letras

de «le» son la decimotercera y la decimocuarta de la frase, 13 más 14 nos da 1314, que es la fecha de la ejecución en la hoguera de Jacques de Molay, el gran maestro de los templarios.

Como ya hemos visto a propósito de la Gran Pirámide, con los números se puede hacer todo lo que uno quiera. Si observamos las otras estatuas y cogemos las iniciales de los santos que representan (Germana, Roque, Antonio el Ermitaño, Antonio de Padua y Lucas) se obtiene la palabra Graal. Podríamos seguir citando otras coincidencias misteriosas, o que así se lo parecen a un buen ocultista que quiera ignorar que las abadías románicas estaban llenas de criaturas monstruosas (es famosa una invectiva de san Bernardo contra estos inútiles «portentos»), de modo que el abad Saunière quiso restaurar su iglesia pensando en estas tradiciones iconográficas. Además, también se ha hablado de las relaciones esotéricas del abad, incluso con ciertos ambientes de la Rosacruz de su época, sin que sus aficiones herméticas prueben nada ni acerca del priorato ni acerca de un Jesús exiliado a Francia. Otra interpretación fantasiosa tiene que ver con una inscripción que aparece en la base de una estatua y que dice «Christus AOMPS defendit», y que se ha leído como «Christus Antiquus Ordo Mysticus Prioratus Sionis Defendit», esto es, como si afirmase que Cristo defiende el antiguo orden místico del Priorato de Sion. En realidad, esa misma inscripción se encuentra en la base del obelisco del papa Sixto V en Roma y hay que leerla como «Christus Ab Omni Malo Populum Suum Defendit», de modo que significa simplemente que Jesucristo defiende a su pueblo de todo mal (véase Tomatis, 2011[*]).

La leyenda de Rennes-le-Château tal vez se habría desmontado poco a poco si el libro de **De Sède** no hubiese impresionado a un periodista, Henry Lincoln, que dedicó a Rennes-le-Château tres documentales para la BBC. En este trabajo colaboró con Richard Leigh, otro apasionado de los misterios ocultos, y con el periodista Michael Baigent, y se les ocurrió la idea de publicar un libro, *El enigma sagrado* (1982), que en poco tiempo se convirtió en un éxito de ventas. El libro retomaba de forma sintética todas las informaciones

difundidas por De Sède y por Plantard, luego las novelaba y, presentándolo todo como una indiscutible verdad histórica, hacía descender a los fundadores del Priorato de Sion de Jesucristo, que no murió en la cruz sino que se casó con María Magdalena, huyó a Francia y dio origen a la dinastía merovingia. Lo que Saunière había encontrado no era un tesoro, sino una serie de documentos que probaban cuál había sido la descendencia de Jesús, sangre real, y por tanto *Sang Real*, deformado luego en Santo Grial. Las riquezas de Saunière habrían procedido del oro pagado por el Vaticano para mantener en secreto este terrible descubrimiento. Naturalmente, para elaborar una historia en la que aparecieran juntos Jesús, María Magdalena, el Priorato de Sion y el oro de Rennes-le-Château, había que incluir en el cuadro a los templarios y a los cátaros. Además, Plantard ya había afirmado que el priorato no solo había tenido un origen ilustre, sino que habían formado parte de él a lo largo de los siglos Sandro Botticelli, Leonardo da Vinci, Robert Boyle, Robert Fludd, Isaac Newton, Victor Hugo, Claude Debussy y Jean Cocteau. Solo faltaba Astérix.

Giotto, capilla de la Magdalena: El viaje de María Magdalena a Marsella , 1307-1308, Asís, basílica de San Francesco.

Pero estos no son los únicos ejemplos de reconstrucciones fantasiosas. Véase, por ejemplo, con qué descaro Baigent y sus colegas hablan del olmo de Gisors. Atraídos por el hecho de que aquel lugar también tenía relación con los templarios (que en realidad solo permanecieron en aquel castillo dos o tres años, y por otra parte era normal que tuvieran sedes en toda Francia), querían obtener de ello la prueba de que la cripta que nunca se había encontrado contenía el Grial. A tal objeto destacaban que, según algunas leyendas o crónicas medievales, había ocurrido en torno al castillo de Gisors un suceso (sobre el que, admiten los autores, «los relatos son oscuros y embrollados») que tenía que ver con el derribo de un olmo en una disputa entre el rey de Francia y el rey de Inglaterra en el siglo XIII. En un momento determinado los ingleses se refugiaron en el castillo de Gisors y los franceses derribaron el olmo. Eso es todo. Pero nuestros autores afirman que la historia «permite leer entre líneas alguna cosa más importante». Ni ellos mismos saben de qué se trata, pero dejan que nos asalte la sospecha, totalmente estrafalaria, de que el asunto está relacionado con el Priorato de Sion. Comentario: «Teniendo en cuenta la extrañeza de los relatos que han llegado hasta nosotros, no sería sorprendente que se tratara de alguna otra cosa, algo que se prefirió ignorar, o que tal vez nunca llegó a ser de dominio público». De este modo Gisors se asoció al priorato y obviamente también al Grial, y se convirtió en un nuevo lugar de peregrinaje para los cazadores de misterios (o, como se dice hoy en los cómics, de «mysteri»).

Ya hemos seguido los frenéticos desplazamientos del Grial, desde Galicia hasta Asia. El hecho de que Gisors esté en Normandía, es decir, en el lado opuesto de Montségur y Rennes-le-Château, que se encuentran en el sur de Francia, no parece inquietar a nuestros autores. En lugar de dos, se crean tres itinerarios turísticos.

Sigue siendo un misterio cómo es posible que semejante cúmulo de necedades haya podido tomarse en serio (y su libro no se haya tomado como una novela de ciencia ficción), pero lo cierto es que el mito de Rennes-le-Château quedó reforzado con su publicación y el lugar se convirtió en meta de muchas

peregrinaciones. Los únicos que en el fondo no creían en esta historia eran los autores de la invención. Cuando el asunto ya había sido inflado novelescamente por Baigent y sus colegas, De Sède en cierto modo renegó de todo en un libro de 1988, en el que denunciaba varios engaños e imposturas forjados en torno al pueblo de Saunière. Y en 1989 Pierre Plantard también renegó de cuanto había afirmado anteriormente y propuso una segunda versión de la leyenda, según la cual el priorato no nació hasta 1781 en Rennes-le-Château, y además revisó algunos de sus falsos documentos, añadiendo a la lista de los grandes maestros del priorato a Roger-Patrice Pelat, amigo de François Miterrand. Pelat fue procesado luego por *insider trading*, esto es, por operaciones de bolsa ilícitas. Plantard, citado como testigo, admitió bajo juramento que había inventado toda la historia del priorato, y en un registro efectuado en su domicilio se hallaron otros documentos falsos. [33]

A partir de entonces ya nadie le tomó en serio. Este presunto descendiente de Jesús y de María Magdalena murió en 2000 ignorado por todos.

Pero en 2003 aparecía el famoso libro *El código Da Vinci*, de Dan Brown, quien se inspiró claramente en De Sède, Baigent, Leigh y Lincoln, y en muchas otras obras de literatura ocultista que se encuentran en las librerías especializadas en la materia, pero afirmó que todas las informaciones que proporciona son históricamente verdaderas (véase **Iannaccone**[*]).

Es un artificio narrativo frecuente, desde los *Relatos verídicos de Luciano* hasta Swift y Manzoni, empezar una novela diciendo que se basa en documentos auténticos. El único detalle embarazoso es que, fuera de la novela, es decir, en la vida diaria, Brown siempre ha sostenido que todo lo que explica es históricamente verdadero. En una entrevista concedida a la CNN el 25 de mayo de 2003, Brown afirmaba que en su novela: «El noventa y nueve por ciento es verdadero. Todo cuanto se refiere a la arquitectura, el arte, los rituales secretos, la historia, los evangelios gnósticos, todo es verdadero. Lo que es ficción, obviamente es la existencia de

un profesor de simbología religiosa de Harvard llamado Robert Langdon, y todas sus acciones son inventadas. Pero el background es verdadero».

Si se tratase en realidad de una reconstrucción histórica, no se explicarían los infinitos errores con que Brown salpica alegremente su narración, como cuando dice que el Priorato de Sion fue fundado en Jerusalén por «un rey francés llamado Godofredo de Bouillon», cuando es bien sabido que Godofredo nunca aceptó el título de rey; o que el papa Clemente V, para eliminar a los templarios «envió órdenes secretas selladas que debían ser abiertas al mismo tiempo por sus soldados en toda Europa el viernes 13 de octubre de 1307», cuando está atestiguado históricamente que los mensajes a los gobernadores y a los senescales del reino de Francia fueron enviados no por el Papa sino por Felipe el Hermoso (ni está claro que el Papa tuviese «soldados en toda Europa»); o confunde los manuscritos encontrados en Qumran en 1947 (que no dicen nada en absoluto ni de la «verdadera historia del Grial» ni «del ministerio de Cristo») con los manuscritos de Nag Hammadi, que contienen algunos evangelios gnósticos. O como cuando, por último, habla de un reloj de sol de la iglesia de Saint-Sulpice en París, diciendo que se trata de «un resto del templo pagano que tiempo atrás se levantaba en este punto exacto», cuando el reloj fue construido en 1743. En la novela se indica que Saint-Sulpice es el lugar de paso de la llamada Línea Rosa, que debería corresponder al meridiano de París, línea que seguiría bajo tierra hasta los sótanos del Louvre, por debajo de la llamada pirámide invertida, donde estaría la última morada del Santo Grial. Y todavía hoy son muchos los cazadores de misterios que acuden en peregrinación a Saint-Sulpice en busca de la Línea Rosa, hasta el punto de que los responsables de la iglesia se han visto obligados a poner un rótulo que dice: «El gnomon constituido por la línea de latón incrustada en el pavimento de la iglesia forma parte de un instrumento científico construido en el siglo XVIII. Fue construido con el consentimiento pleno de las autoridades eclesiásticas por los astrónomos del recién creado Observatorio de París. Estos científicos utilizaron la línea para definir varios parámetros de la órbita terrestre. Encontramos aparatos similares en otras

grandes iglesias, como la catedral de Bolonia, donde el papa Gregorio XIII realizó los estudios preparatorios para el desarrollo del actual calendario gregoriano. Contrariamente a las fantasías que se exponen en una reciente novela de éxito, no se trata de los restos de un templo pagano, que nunca existió en este lugar. Nunca se ha llamado Línea Rosa. No coincide con el meridiano que atraviesa el centro del Observatorio de París, que sirve de referencia para los mapas en los que las longitudes están medidas en grados al este y al oeste de París. No se puede concluir ninguna noción mística de este instrumento astronómico, salvo la conciencia de que Dios el Creador es el Señor del tiempo. Nótese también que las letras *P* y *S* que se encuentran en las pequeñas ventanas circulares a ambos extremos del transepto se refieren a Pedro y Sulpicio, los santos patronos de la iglesia, y no al imaginario Priorato de Sion».

John Scarlett Davis, Interior de Saint-Sulpice , 1834, Cardiff, National Museum Wales.

Sin embargo, lo más interesante es que Lincoln, Baigent y Leigh pusieron una demanda a Brown por plagio. Ahora bien, el prólogo de *El enigma sagrado* presenta todo el contenido del libro como verdad histórica, y ni siquiera intenta decir que esta verdad histórica sea fruto de descubrimientos exclusivos de los autores, porque admite su deuda con algunas

obras anteriores que (en su opinión) ya contenían el germen de esa verdad pero no habían sido objeto de suficiente consideración, afirmación totalmente falsa porque —repetimos — ese tipo de literatura circulaba desde hacía decenios entre los apasionados de los misterios.

Ahora bien, si alguien establece la verdad de un hecho histórico (que a César lo mataron en los Idus de marzo, que Napoleón murió en Santa Elena, que Lincoln fue asesinado en el teatro por John Wilkes Booth), desde el momento en que la verdad histórica se hace pública pasa a ser propiedad colectiva, y no puede ser acusado de plagio quien cuente la historia de las veintitrés puñaladas asestadas a César en el Senado. En cambio, Baigent, Leigh y Lincoln, al demandar a Brown por plagio, admitieron en público que todo lo que habían vendido como verdad histórica era fruto de su fantasía y, por tanto, de su exclusiva propiedad literaria. Es cierto que para meter mano en parte del botín millonario de Brown hay quienes estarían dispuestos a poner por escrito que no es hijo legítimo de su padre sino de cualquiera de las decenas de marineros que tenían trato habitual con su propia madre, y Baigent, Leigh y Lincoln deberían ser objeto de nuestra más profunda comprensión. Y lo que es más curioso todavía es que, durante el proceso, Brown sostuvo que no había leído el libro de Lincoln y sus colegas, defensa contradictoria para un autor que afirmaba haber obtenido su información de fuentes fidedignas (que decían exactamente lo mismo que habían dicho los autores de *El enigma sagrado*).

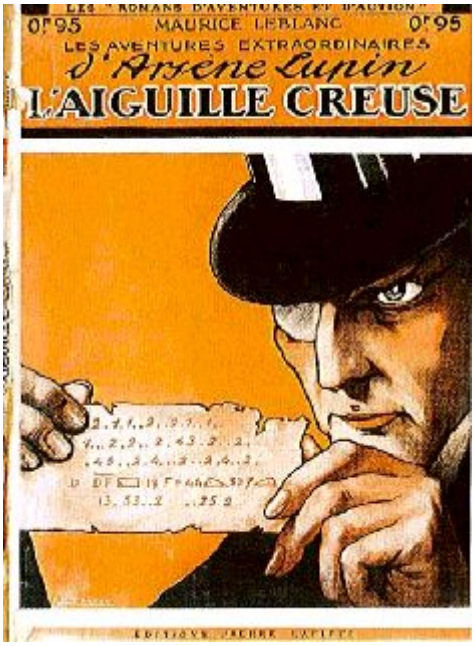
Podríamos terminar aquí la historia de Rennes-le-Château, de no ser porque todavía hoy es meta de peregrinaciones. Si los otros lugares legendarios de los que nos hemos ocupado en este libro adquirieron tal fama en épocas remotísimas, y no podemos remontarnos más allá de Platón para saber cómo nació el mito de la Atlántida, ni para ubicar con seguridad la Ítaca de Ulises, y la edad venerable hace respetables si no creíbles las leyendas que los envuelven, el caso de Rennes-le-Château no solo nos enseña lo fácil que resulta crear *ex novo* una leyenda, sino cómo esta se impone incluso cuando historiadores, tribunales y otras instituciones han reconocido su carácter mendaz. Hasta el punto de

hacernos pensar en un aforisma atribuido a Chesterton: «Cuando los hombres ya no creen en Dios, no es que no crean en nada; creen en todo».

ARSÈNE LUPIN ANTICIPA RENNES-LE-CHÂTEAU

MAURICE LEBLANC

La aguja hueca, VIII-IX (1909)



Cubierta de Maurice Leblanc, L'aiguille creuse , iustración de Marc Berthier, 1909.

Entonces, con menudos movimientos imperceptibles, boca abajo, deslizándose, arrastrándose, avanzó sobre una de

las puntas del promontorio hasta el extremo del acantilado. Una vez llegado, con las puntas de sus manos extendidas, apartó las matas de hierba y asomó su cabeza por encima del abismo.

Frente a él, casi al nivel del acantilado, en pleno mar, se alzaba una roca enorme, con más de ochenta metros de altura, formando un colosal obelisco erguido a plomo sobre su amplia base de granito que se divisaba al ras del agua y que ascendía enseguida hasta la cumbre como un diente de un gigantesco monstruo marino. Blanco como el acantilado, de un blanco gris y sucio, el espantoso monolito estaba estriado por líneas horizontales marcadas por el sílex y en las cuales se percibía el lento trabajo de los siglos acumulando unas sobre otras las capas calcáreas y las capas de guijarros. A trechos, una fisura, una anfractuosidad, y luego, enseguida, un poco de tierra, hierba, unas hojas.

Y todo aquello era poderoso, sólido, formidable, con un aire de cosa indestructible contra la cual los asaltos furiosos de las olas y de las tempestades no podían prevalecer. Todo ello era definitivo, inmanente, grandioso, a pesar de la grandeza de la muralla de acantilados que lo dominaba; inmenso, a pesar de la inmensidad del espacio donde se erguía. […]

Y Beautrelet, de pronto, cerró los ojos y apretó convulsivamente contra su frente sus brazos plegados. Allá abajo… —¡oh!, creía morir de gozo, la emoción era a tal punto cruel, que estrujaba su corazón—, allá abajo, casi en lo alto de la aguja de Étretat, por debajo de la punta extrema en torno a la cual revoloteaban las gaviotas, un ligero humo que rezumaba de una grieta, un ligero hilo de humo, subía en lentas espirales en el aire quieto del crepúsculo.

¡La aguja de Étretat es hueca! ¿Un fenómeno natural? ¿Una excavación producida por cataclismos internos o por el esfuerzo insensible del mar que hierve, de la lluvia que se filtra? ¿O bien una obra sobrehumana, ejecutada por humanos, celtas, galos, hombres prehistóricos? Preguntas insolubles, sin duda. Pero ¿qué importaba? Lo esencial residía en esto: la aguja era hueca. A cuarenta o cincuenta metros de aquel imponente arco llamado la Puerta de Aval y que se lanza desde

lo alto del acantilado como una colosal rama de árbol, para criar raíces en las rocas submarinas, se yergue un cono calcáreo desmesurado, y ese cono no es más que un gorro de corteza puntiaguda colocado sobre el vacío. ¡Prodigiosa revelación! Después de Lupin, he aquí que Beautrelet descubría la clave del gran enigma, que se ha cernido sobre más de veinte siglos. Clave de una importancia suprema para quien la poseyera antaño, en las lejanas épocas en que las hordas de bárbaros cabalgaban por el viejo mundo. Clave mágica que abre la caverna ciclópea a las tribus en fuga. Clave misteriosa que otorga el poder y asegura la preponderancia.

Por haber conocido esa clave, César pudo dominar la Galia. Por haberla conocido, los normandos se impusieron al país y desde allí, más tarde, pegados a ese punto de apoyo, conquistaron Sicilia, conquistaron el Oriente, conquistaron el Nuevo Mundo.

Dueños del secreto, los reyes de Inglaterra dominaron a Francia, la humillaron, la desmembraron, se hicieron coronar reyes en París. Perdieron esa clave, y fue la derrota.

Dueños del secreto, los reyes de Francia engrandecieron el país, desbordaron los límites de sus dominios, fundaron la gran nación y resplandecieron de gloria y de poder…, pero la olvidan o no saben emplearla, y entonces es la muerte, el exilio, la decadencia.

Un reino invisible, en el seno de las aguas y a diez brazas de la tierra… Una fortaleza ignorada, más alta que las torres de Notre-Dame y construida sobre una base de granito más amplia que una plaza pública… ¡Qué fuerza y qué seguridad! De París al mar por el Sena. Allí, El Havre, ciudad nueva, ciudad necesaria. Y a siete leguas de allí, la aguja hueca, ¿no es acaso el asilo inexpugnable?

Es el asilo y es también el formidable escondrijo. Todos los tesoros de los reyes, engrosados de siglo en siglo, todo el oro de Francia, todo lo que se extrae del pueblo, todo lo que se arranca al clero, todo el botín recogido sobre los campos de batalla de Europa, está en la caverna real donde se amontona. Viejas monedas de oro, escudos relucientes, doblones, florines y guineas, y las piedras, los diamantes y todas las joyas…,

todo está allí. ¿Quién lo descubrirá? ¿Quién sabrá jamás el impenetrable secreto de la aguja? Nadie.

—Sí…, alguien…, Lupin.

EL TESORO DE GISORS

GERARD DE SÈDE

Los templarios están entre nosotros o *El enigma de Gisors* (1962)

Lo que vi entonces no lo olvidaré jamás, porque era un espectáculo fantástico. Me encuentro en una bóveda romana de piedra de Louveciennes, de treinta metros de longitud, nueve de anchura, y unos cuatro metros y medio de altura hasta la piedra angular. Justo a mi izquierda, junto al hueco por donde he pasado, hay un altar, de piedra, lo mismo que su tabernáculo. A mi derecha, el resto del edificio. En los muros, a media altura, sostenidas por cuervos de piedra, las imágenes de Jesús y de los doce apóstoles, de tamaño natural. A lo largo de los muros, colocados en el suelo, sarcófagos de piedra de dos metros de largo y sesenta centímetros de ancho; hay diecinueve. Lo que veo es increíble: treinta cofres en metal precioso, colocados en columnas de diez. La palabra cofre resulta insuficiente: habría que hablar más bien de armarios recostados, que miden dos metros veinte de largo, uno ochenta de alto y uno sesenta de ancho cada uno.

Joseph Michael Gandy, La capilla Rosslyn , 1810, litografía, colección particular. La capilla se ha convertido en uno de los lugares de El código Da Vinci .

JESÚS Y MAGDALENA, ESPOSOS HOY

MICHAEL BAIGENT, RICHARD LEIGH, HENRY LINCOLN

El enigma sagrado (1982)

Si nuestra hipótesis es correcta, la esposa y los hijos de Jesús (y pudo engendrar varios hijos entre los dieciséis o diecisiete años y su supuesta muerte), después de huir de Tierra Santa, hallaron refugio en el sur de Francia, y allí preservaron su linaje en el seno de una comunidad judía. Parece ser que durante el siglo V este linaje se alió matrimonialmente con el linaje real de los francos, engendrando así la dinastía merovingia. En 496 d. C. la Iglesia selló un pacto con esta dinastía, comprometiéndose a perpetuidad con la estirpe merovingia, es de suponer que conociendo a la perfección la verdadera identidad de dicha estirpe. […]

A pesar de todos los esfuerzos por erradicarla, la estirpe de Jesús —o, en todo caso, la estirpe merovingia— sobrevivió. En parte sobrevivió a través de los carolingios, que evidentemente se sentían más culpables por su usurpación de lo que se sentía Roma, y trataron de legitimarse mediante alianzas dinásticas con princesas merovingias. Pero, más significativamente, sobrevivió a través del hijo de Dagoberto, Sigisberto, entre cuyos descendientes estaba Guillem de Gellone, soberano del reino judío de Septimania, y Godofredo de Bouillon. Con la conquista de Jerusalén por Godofredo en 1099, el linaje de Jesús recuperaría su patrimonio legítimo que le había sido conferido en tiempos del Antiguo Testamento. Es dudoso que, durante la época de las cruzadas, la genealogía verdadera de Godofredo fuese tan secreta como Roma hubiera deseado. Dada la hegemonía de la Iglesia, obviamente no pudo haber una revelación abierta. Pero es probable que abundasen los rumores, las tradiciones y las leyendas, que parecen haber hallado su expresión más prominente en cuentos como el de Lohengrin, el antepasado mítico de Godofredo y, naturalmente, en los romances sobre el Santo Grial.

Si nuestra hipótesis es correcta, el Santo Grial sería cuando menos dos cosas a la vez. Por un lado, sería la estirpe y los descendientes de Jesús, la «Sang Raal», la sangre real cuya custodia fue encomendada a los templarios, orden creada por el Priorato de Sion. Al mismo tiempo, el Santo Grial sería, literalmente, el receptáculo que recibió y contuvo la sangre de Jesús. Dicho de otro modo, sería el vientre de la Magdalena y, por extensión, la propia Magdalena. De esto nacería el culto a la Magdalena, tal como se difundió en la Edad Media, confundido con el culto a la Virgen. Puede demostrarse, por ejemplo, que muchas de las famosas «vírgenes negras» de principios de la era cristiana no representan a la Virgen, sino a la Magdalena, y muestran una madre y un hijo. También se ha sostenido que las catedrales góticas, esas majestuosas copias de piedra del vientre materno dedicadas a «Notre Dame», eran también, como afirma *Le serpent rouge*, santuarios erigidos a la consorte de Jesús, en lugar de a su madre. El Santo Grial, pues, simbolizaría tanto la estirpe de Jesús como la Magdalena, de cuyo seno salió dicha estirpe. Pero cabe que fuese también algo más.

En el año 70 d. C., durante la gran revuelta que hubo en Judea, las legiones romanas comandadas por Tito saquearon el templo de Jerusalén. Se dice que el tesoro robado fue a parar finalmente a los Pirineos y el señor Plantard, durante la conversación que sostuvo con nosotros, afirmó que dicho tesoro estaba hoy día en manos del Priorato de Sion. Pero es posible que el templo de Jerusalén contuviese algo más que el tesoro robado por los soldados de Tito. […]

Si Jesús era en verdad el «rey de los judíos», es casi seguro que el templo contenía abundante información sobre él. Incluso es posible que contuviera su cuerpo o por lo menos su sepulcro, una vez que su cuerpo fue sacado de la sepultura temporal de la que hablan los Evangelios.

Basándonos en los datos que habíamos examinado, no cabía duda de que los caballeros templarios fueron enviados a Tierra Santa con el propósito expreso de encontrar u obtener algo. Y, basándonos siempre en los mismos datos, parece ser que cumplieron su misión. Al parecer encontraron lo que tenían que buscar y lo trajeron a Europa. Qué se hizo de ello sigue siendo un misterio. Pero es sin duda cierto que, bajo los auspicios de Bertrand de Blanchefort, Gran maestre de la Orden del Temple, algo fue ocultado en las proximidades de Rennes-le-Château, para lo cual se importó, con el máximo secreto, un contingente de mineros alemanes, que excavaron y construyeron un escondrijo. Sobre lo que se escondió en él solo pueden hacerse especulaciones. Tal vez era el cuerpo momificado de Jesús. Tal vez era el equivalente, por así decirlo, del certificado de matrimonio de Jesús o de los certificados de nacimiento de sus hijos. Puede que fuera algo asimismo importante y potencialmente explosivo. A todos estos objetos se les podía aplicar el nombre de «Santo Grial». Y algunos o todos estos objetos podían haber pasado, por casualidad o de manera intencionada, a manos de los herejes cátaros y formar parte del misterioso tesoro de Montségur. […]

En cuanto a los pergaminos descubiertos por Saunière, dos de ellos —o al menos sus facsímiles— han sido reproducidos y publicados. Pero los otros dos se han mantenido escrupulosamente secretos. En la conversación que

sostuvimos, Pierre Plantard nos dijo que hoy día se encuentran en una caja de seguridad, en el banco Lloyds de Londres. No hemos logrado saber más.

Dante Gabriel Rossetti, María Magdalena , 1877, Wilmington (Estados Unidos), Delaware Art Museum.

LOS PROTOCOLOS DE RENNES-LE-CHÂTEAU

MARIO ARTURO IANNACCONE

«La truffa di Rennes-le-Château», en *Scienza e Paranormale*, 59, 2005

Consciente de que el mito de Rennes-le-Château, tal como es presentado, es un montaje, Dan Brown afirma en la

obra que su trabajo está basado en «hechos históricos» y ha defendido sus contenidos también «en el ámbito de la realidad». Tanto el novelista Brown como el polemista Brown recurren a la «prueba» de la existencia «verificable» del Priorato de Sion. Su maquinaria literaria, teniendo en cuenta que se trata de temas delicados, no se mueve impulsada por el juego literario (ambiguo, por definición) sino por la mentira. *El código Da Vinci* es una novela de tesis, un panfleto encubierto. Son muchos los comentaristas que lo han advertido, pero la mayoría ha sonreído y se ha encogido de hombros justificando erróneamente el artificio como un «recurso literario». Muchas novelas (piénsese en el «manuscrito anónimo» de *Los novios* o en el *Manuscrito encontrado en Zaragoza*) utilizan recursos similares para poner en marcha sus máquinas narrativas. Pero el caso de Brown es distinto: su formulación no es velada por ninguna ambigüedad, su diégesis está construida para parecer verídica y hasta verdadera. Los dossieres secretos, apócrifos depositados en la Biblioteca Nacional de París, que probarían la existencia del Priorato de Sion y de su cofre de fulgurantes secretos, se presentan como auténticos en el libro de Brown, igual que en centenares de libros escasamente honestos. La operación de Brown —no ilícita en sí misma dado su carácter literario— deforma presuntas verdades documentales con fines de propaganda ideológico-religiosa. Por este motivo la operación de Brown (y de quienes están detrás de él) no es inocua ni inocente, sino que utiliza con cinismo falsedades para reforzar la tesis extradiegética del «autor». No es casual que Mariano Tomatis, *mutatis mutandis*, haya recordado, por este uso poco escrupuloso de la verdad y de la falsedad, los *Protocolos de los sabios de Sión*. La prudencia de los tiempos y la experiencia del pasado aconsejarían velar de ambigüedad panfletos sobre temas tan delicados.

Últimamente, el mito de Rennes-le-Château parecía agotado por la continua erosión de su pretensión de veracidad. Las últimas propuestas literarias sobre el tema daban muestras de una extraordinaria debilidad imaginativa. Había que «relanzar» la oferta renovando el producto. Había que volver a la novela de la que habían partido (*Les Templiers sont parmi nous*, escrita por De Sède en 1962).

Una agencia editorial eligió para esta tarea a Dan Brown, autor aficionado a los complots, que ya había escrito *Ángeles y demonios* (obra en la que se alude a una conspiración universal cuyos hilos son movidos por el Vaticano), y que es muy explícito sobre sus fines (una visita a su página web puede resultar muy instructiva). Próximamente, una superproducción de Hollywood potenciará más aún el *Kulturkampf* implícito en estas operaciones: reescribir la historia con la despreocupación propia de las revistas ilustradas, plegarla a la facilidad de los *talk-show*. Con el permiso de los muchos ingenuos y apasionados de la novela que, reunidos en un fórum, saludaron la llegada por fin a la historia de la era «de la verdad», de la «radical truth».

El castillo de Celos , del Roman de la rose, siglo XV, ms. Harley 4425, fol. 39, Londres, British Library.

15

LOS LUGARES NOVELESCOS

Y SU VERDAD

Como hemos dicho en la introducción, son infinitos los lugares que en realidad nunca han existido y en los que se desarrollan numerosas acciones novelescas. Muchos de estos lugares forman parte ya de nuestro imaginario, de modo que fantaseamos sobre el País de los Juguetes de Pinocho, la isla donde Simbad encuentra al **pájaro Roc** o la isla Sonante de **Rabelais**, por no hablar de la cabaña de los siete enanitos, el castillo de la Bella Durmiente, la casa de la abuela de Caperucita Roja o la montaña del Imán que aparece (véase la síntesis de **Arturo Graf**[*]) en muchos relatos orientales y occidentales.

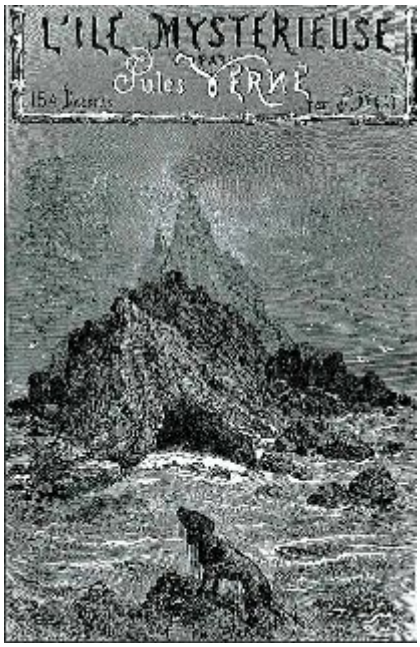
Vlad III de Valaquia, siglo XVI, Innsbruck, castillo de Ambras.

Algunos se convirtieron en materia novelesca pese a haber existido en la realidad, como la isla de Robinson, donde naufragó un personaje real, Alexander Selkirk, en el que se inspiró Defoe, y que se encuentra en el archipiélago de las islas Juan Fernández, en el océano Pacífico, frente a las costas de Chile. También fue un personaje real del siglo XV, novelado luego por **Bram Stoker**, el voivoda Vlad Tepes (conocido por el patronímico Drácula), que desde luego no fue un vampiro, pero que se hizo famoso por su afición a empalar a los enemigos.

Y todavía hoy los devotos de Arsène Lupin, el ladrón creado por Maurice Leblanc, acuden a visitar la aguja de Étretat en Normandía, imaginando que está hueca y que en su interior, que contiene todos los tesoros de los reyes de Francia, el ladrón caballero, con una energía frenética, planificaba el dominio del mundo. Por otra parte, ya hemos visto en el capítulo anterior que la historia de Lupin, considerada absolutamente verídica, pasó a formar parte de ese cúmulo de fantasías que es el mito de Rennes-le-Château. Y, por último, existen las alcantarillas de París (que hoy en día incluso se pueden visitar, al menos en parte) y las alcantarillas de Viena; las primeras se convirtieron en un mito gracias a las atormentadas andanzas de Jean Valjan en *Los miserables*, y a las peripecias de Fantômas, y las segundas alcanzaron notoriedad por la huida final de Harry Lime en *El tercer hombre*.

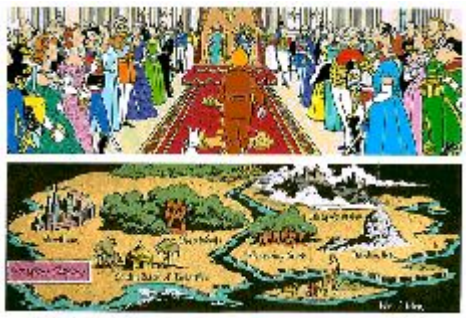
Algunos de estos lugares, pese a no haber existido, a menudo han sido reconstruidos por razones de interés comercial. Por ejemplo, la celda del conde de Montecristo (supuesta) en el castillo de If (real) visitada por los devotos de Dumas, la casa de Sherlock Holmes en Baker Street en Londres, o la casa de Nero Wolfe en Nueva York. Esta última

de difícil localización, porque Rex Stout siempre habló de una casa de piedra arenisca rojiza *(brownstone)* situada en un número determinado de la calle Treinta y cinco Oeste, pero a lo largo de sus novelas mencionó al menos diez números distintos, y además en la calle Treinta y cinco Oeste no hay casas de piedra arenisca. Sin embargo, los fieles seguidores del gran (y gordo) detective, en su búsqueda de un punto de referencia para sus peregrinaciones, decidieron elegir como casa «auténtica» la del número 454; así que el 22 de junio de 1996, la ciudad de Nueva York y el Wolfe Pack colocaron en ese número una placa de bronce, y desde entonces los fieles seguidores, si así lo desean, pueden acudir allí en peregrinación. De modo que la Vandenberg, Inc., The Townhouse Experts, anuncia todavía hoy en internet: «¿Quiere vivir en una Brownstone como la de Nero Wolfe? La Vandenberg Real State tiene muchas casas en venta en el Upper West Side».



Portada de L'Île Mystérieuse , de Jules Verne, ilustración de Jules-Descartes Férat, 1874.

No sabemos dónde estaban los jardines de Armida de Tasso o la isla de Calibán, ni tampoco Lilliput, Brobdingnag, Laputa, Balnibarbi, Glubbdubdrib, Luggnagg y el país de los Houyhnhnms de los *Viajes de Gulliver*, la isla misteriosa de Verne, el Xanadú de **Coleridge** (aunque Orson Wells reconstruyó un Xanadú ficticio en *Ciudadano Kane*), las minas del rey Salomón, en qué punto naufragó Gordon Pym, dónde estaba la isla de los monstruos del doctor Moreau, el País de las Maravillas de Alicia, y todos los principados de opereta, de Ruritania a Parador, Freedonia, Sylvania, Vulgaria, Tomania, Bacteria, Osterlich, Slovetzia y Euphrania, al ducado de Strackenz y los reinos de Taronia, Carpania, Lugash, Klopstokia, Moronica, Syldavia, Valeska, Zamunda, Marsovia y las repúblicas de Valverde, Hatay, Zangaro, Hidalgo, Borduria, Estrovia, Pottsylvania, Genovia y Krakozhia, hasta el reino de Ottokar en los cómics de Tintín.



Hergé, Las aventuras de Tintín. El cetro de Ottokar, 1939.

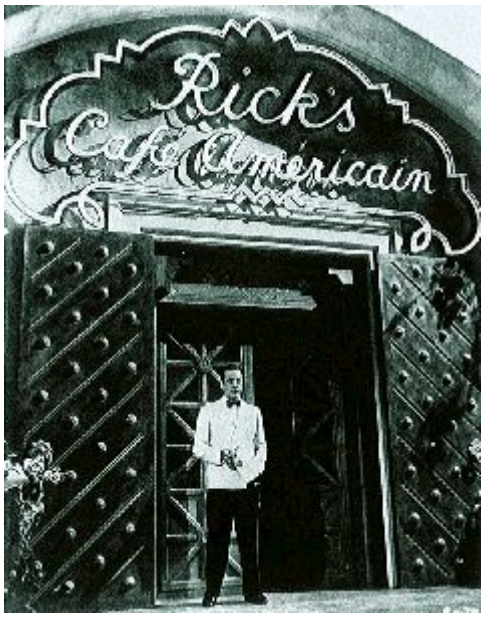
El país de Phantom, en una tira de cómic de Phantom (El Hombre Enmascarado) , 30 de enero de 1973.

No sabemos dónde están la isla de King Kong o la Tierra Media de Tolkien, la cueva de la calavera de los cómics de Phantom (el Hombre Enmascarado) en la improbable selva de Bengali, el planeta Mongo y el mundo submarino donde Flash

Gordon es capturado por la reina Undina, la ciudad donde vivían y viven todavía Mickey Mouse y el Pato Donald, Narnia, Brigadoon, el Hogwarts de Harry Potter, la fortaleza Bastiani de *El desierto de los tártaros* de Buzzati, el Parque Jurásico y la Escondida de Corto Maltés.

Si bien se presume que la Gotham City de Batman es una Nueva York tenebrosamente transfigurada, siguen siendo ilocalizables Smallville, Metrópolis y Kandor, que en las historias de Superman el malvado Brainiac ha capturado y miniaturizado en recipiente de cristal.

Y por supuesto no existen las espléndidas ciudades invisibles de **Calvino** y, ¡ay!, aunque se ha intentado hacer una reconstrucción comercial tremendamente decepcionante, nunca más veremos el Café Americain de Rick, en Casablanca.



De la película Casablanca, de Michael Curtiz, 1942.

Por otra parte, nadie ha imaginado jamás que existieran realmente los lugares representados en la *Carte du Tendre*,

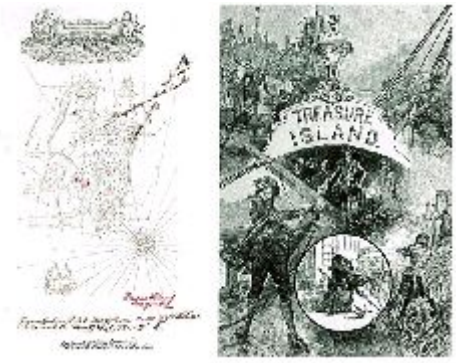
mapa de un país imaginario del que habló en el siglo XVII Madeleine de Scudéry en *Clélie*.

Igual que solo podemos soñar el lugar más vasto e innombrable de todos, aquel que **Borges** cuenta haber visto a través de una rendija situada en los peldaños de una escalera. El Aleph, el punto desde el que contempló e intentó describir el universo infinito.

Entre los lugares novelescos podemos enumerar también los que aún no existen, esto es, todos los lugares de la ciencia ficción, partiendo de los clásicos, como el París del Dos mil imaginado por Robida en el siglo XIX. Pero tal vez esas fantasías deben ser clasificadas entre las utopías, positivas o negativas, que pretendieran o pretendan ser.

Albert Robida, Salida de la Ópera de París, c. 1900.

En cualquier caso, todos estos lugares de los que tratamos en este capítulo (sin pretender agotar la infinita lista),[34] no son los lugares de la ilusión legendaria sino de la verdad novelesca. ¿Cuál es la diferencia? La diferencia estriba en que (incluso en el caso de Robinson) estamos convencidos de que no existen y de que nunca han existido, como el País de Nunca Jamás de Peter Pan o la isla del tesoro de Stevenson.



Mapa e ilustración de Robert Louis Stevenson, La isla del tesoro, 1886.

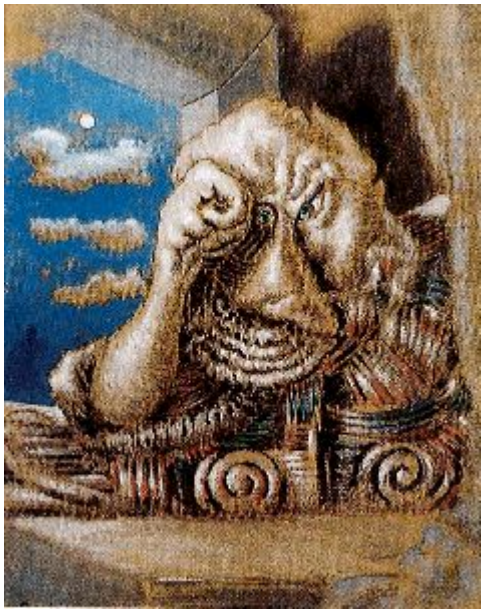
Y nadie intenta ir a descubrirlos, como sí han hecho muchos con la isla de San Brandán, en cuya existencia se creyó realmente durante siglos.

Estos lugares no suscitan nuestra credulidad porque, gracias al acuerdo ficticio que nos une a las palabras del autor, aun sabiendo que no existen, aparentamos que han existido y participamos como cómplices en el juego que se nos propone.

Sabemos muy bien que existe un mundo real en el que se produjo la Segunda Guerra Mundial y los hombres fueron a la Luna, y que existen además los mundos posibles de nuestra imaginación, en los que han existido y existen Blancanieves y Harry Potter, el comisario Maigret y madame Bovary. Una vez que, fieles al acuerdo ficticio, hemos decidido tomar en serio un mundo narrativo posible, debemos admitir que Blancanieves fue despertada de su letargo por un príncipe azul, que Maigret vive en París en el boulevard Richard-Lenoir, que Harry Potter estudió magia en Hogwarts y que madame Bovary se envenenó. Y el que afirmase que Blancanieves no se despertó nunca de su sueño, que Maigret vive en el boulevard de la Poissonnière, Harry Potter estudió en Cambridge y madame Bovary fue salvada *in extremis* por su marido con un antídoto, suscitaría nuestro desacuerdo (y tal vez le suspenderían en un examen de literatura comparada).

Naturalmente, la ficción narrativa exige que se emitan signos de ficcionalidad, que van de la palabra «novela» en la cubierta, a principios como «Érase una vez…». Aunque a menudo se empieza con un falso signo de verosimilitud. Veamos un ejemplo: «Hace aproximadamente tres años, el señor Lemuel Gulliver, que se estaba hartando de la muchedumbre de curiosos que le visitaba en su casa de Redriff, compró un pequeño terreno cerca de Newark… Antes de abandonar Redriff, me entregó en forma manuscrita la obra que aquí publicamos… La he examinado con detención tres veces. El conjunto rezuma grandes dosis de veracidad. Realmente es esta una cualidad tan notable en este autor que, para afirmar algo, se convirtió en una especie de proverbio entre los vecinos de Redriff declarar: Tan verdadero como si el señor Gulliver lo hubiese dicho».

En la portada de la primera edición de *Los viajes de Gulliver* no aparece el nombre de Swift como autor de ficción sino el de Gulliver como autobiógrafo verdadero. Sin embargo, los lectores no se dejan engañar porque, desde los *Relatos verídicos* de Luciano en adelante, las exageradas afirmaciones de veracidad suenan como signo de ficción.



Alberto Savinio, El nocturno , 1950, colección particular. Cubierta para Historia verdadera , de Luciano, Bompiani, 1994.

A veces, un lector de novelas confunde la fantasía con la realidad, escribe cartas a un personaje ficticio, e incluso —como ocurrió al publicarse el *Werther* de Goethe— hay almas cándidas que se suicidan para imitar a su héroe. Pero se trata de casos enfermizos, o bien de personas que leen pero que no han elaborado el hábito del buen lector. El buen lector puede derramar abundantes lágrimas (mientras lee) por la muerte de la protagonista de *Love Story*, pero una vez pasada la emoción del momento sabe que la Jenny de la novela nunca ha existido.

La verdad de la ficción novelesca supera la creencia en la verdad o falsedad de los hechos narrados. En la vida real no sabemos con seguridad si Anastasia Romanov fue asesinada junto con su familia en Ekaterimburgo o si Hitler murió en realidad en el búnker de Berlín. Pero si leemos las historias de Arthur Conan Doyle, estamos seguros de que el doctor Watson es la persona a quien Stamford llama por primera vez por este nombre en *Estudio en escarlata*, y a partir de ese momento tanto Holmes como los lectores, cuando piensan en Watson, se refieren a ese hecho bautismal. El lector confía en que en Londres no existan dos personas con el mismo nombre y el mismo currículum militar, a menos que el texto nos lo diga porque pretende contar la historia de un simulador o de un personaje con una doble identidad, como sucede en *El doctor Jekyll y Mister Hyde*.

Philippe Doumenc publicó en 2007 una *Contre-enquête sur la mort d'Emma Bovary*, donde explicaba que madame Bovary no había muerto envenenada sino que había sido asesinada. Esta historia tiene cierta gracia justamente porque sus lectores están seguros de que en la realidad (es decir, en la realidad del mundo posible de la ficción) madame Bovary murió suicidándose y muere por suicidio cada vez que acabamos de leer el libro. Se puede leer la historia de Doumenc como si fuese una ucronía, esto es, el relato de lo

que habría ocurrido si la historia se hubiera desarrollado de un modo distinto, del mismo modo que se puede escribir una novela explicando cómo habría sido el mundo si Napoleón hubiera ganado en Waterloo, o si Hitler hubiera ganado la guerra, como en la novela de Philip Dick, *El hombre en el castillo*. Ahora bien, una ucronía solo se lee con placer si se sabe que en realidad las cosas sucedieron de otra manera.

Todo esto significa que el mundo posible de la narrativa es el único universo en el que podemos estar absolutamente seguros de algo, y que nos proporciona una idea muy profunda de verdad.

Los crédulos creen que existen o han existido en algún sitio El Dorado y Lemuria, y los escépticos están convencidos de que nunca han existido, pero todos sabemos que es innegablemente cierto que Superman es Clark Kent y que es falso que la mano derecha de Nero Wolfe sea el doctor Watson; que es indiscutiblemente cierto que Ana Karenina murió bajo las ruedas de un tren, y falso que se casara con el príncipe azul.

En nuestro mundo lleno de errores y de leyendas, de datos históricos y de falsas noticias, una cosa absolutamente verdadera lo es tanto como el hecho de que Superman es Clark Kent. Todo lo demás siempre puede ser discutido.

Los exaltados siguen confiando en encontrar un día al señor del mundo o en que las criaturas de una raza venidera puedan surgir de un subsuelo vacío. Los alucinados han creído (y algunos lo siguen creyendo) que la Tierra es hueca. Pero cualquier persona normal sabe que, en el mundo del que nos habla la *Odisea*, la Tierra era plana y albergaba la isla de los feacios.

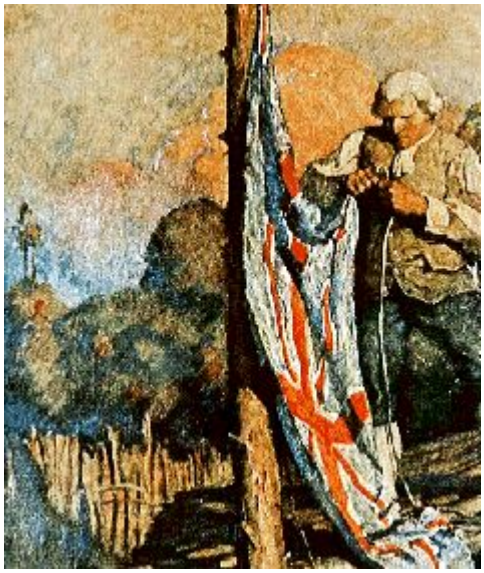


Ilustración de N. C. Wyeth para La isla del tesoro , de Robert Louis Stevenson, 1911.

Todo esto nos proporciona un último consuelo. Las tierras legendarias, en el momento en que pasan de ser objeto de creencia a objeto de ficción, también se convierten en verdaderas. La isla del tesoro es más verdadera que Mu y, al margen del valor artístico, la Atlántida de Pierre Benoît es más indiscutible que aquella en cuya búsqueda partieron tantos exploradores de tierras desaparecidas, y asimismo indiscutible, en el mundo de Platón, cuando lo leemos en clave narrativa (como hay que hacer con los relatos mitológicos), es la Atlántida con la que el filósofo nos fascinó, y su tierra no puede ser cuestionada, como conviene hacer en cambio con la de Donnelly.

Acuden también en nuestro auxilio las narraciones figurativas que acompañan los capítulos de este libro, que fijan a quienes eran personajes de leyenda en una realidad imborrable, parte del museo de nuestra memoria. Esos héroes o esas tierras desaparecieron (o nunca existieron), pero su imagen no puede ser cuestionada.

E incluso el que no cree en la existencia del Paraíso, ya sea el terrenal o el celestial, si mira la imagen de la «cándida rosa» de Doré, y lee el texto de Dante que la ilustra, comprende que esta visión forma parte verdaderamente de la realidad de nuestro imaginario.

Gustave Doré, Simbad y el pájaro Roc, en Las mil y una noches, 1865.

SIMBAD Y EL PÁJARO ROC

SIMBAD EL MARINO (siglo X)

Finalmente trepé a un árbol altísimo y empecé a escrutar el horizonte, pero no pude ver otra cosa que cielo y mar, árboles y pájaros, islas y arena. No obstante, al poco rato, al fijarme más atentamente, pude distinguir en lontananza, hacia el extremo de la isla, una forma blanquecina. Entonces me bajé del árbol y me dirigí hacia aquel lugar y, cuando estuve más cerca, advertí que aquella masa blanca era una inmensa cúpula que se elevaba hacia el cielo. Empecé a dar la vuelta a su alrededor, pero no descubrí ni puertas ni orificio alguno. Entonces quise encaramarme a lo alto, aunque me fue imposible porque la cúpula era extraordinariamente lisa y no

ofrecía ningún asidero. […] Mientras me devanaba los sesos buscando el mejor medio de penetrar en aquella cúpula, advertí que de pronto el Sol se oscurecía como si una nube inmensa pasase por delante. Me extrañó muchísimo, dado que estábamos en verano y el cielo aparecía límpido y terso. Alcé, pues, la cabeza y vi un pájaro enorme, de alas anchísimas que, volando por los aires, había ocultado por completo el Sol a la isla. […] Inmediatamente recordé lo que me habían contado viajeros y peregrinos acerca de un pájaro de tamaño extraordinario, llamado Roc, que vivía en cierta isla y que alimentaba a sus polluelos con elefantes. Ya no me cupo ninguna duda de que la cúpula blanca que había atraído mi atención era un huevo de aquel Roc. Mientras seguía maravillándome de las obras del Omnipotente, el pájaro se posó sobre la cúpula y empezó a empollarla, agachándose con las patas tendidas hacia atrás. En esta postura se durmió, ¡bendito sea El que no duerme!

Cuando me aseguré de que el pájaro dormía, me aproximé, desenrollé la tela de mi turbante y la retorcí haciendo de ella una soga robusta y muy resistente. Até sólidamente un cabo a mi cintura y el otro lo aseguré a una pata del pájaro, diciendo para mí: «Tal vez este pájaro enorme me transportará a una tierra donde haya hombres y ciudades; y esto será preferible a quedarme en esta isla desierta». […] Aquella noche no pude pegar ojo por temor a que el pájaro echase a volar de improviso. En cuanto apareció en el cielo la primera claridad del alba, Roc se levantó de su huevo, desplegó sus enormes alas y, lanzando un grito ensordecedor, alzó el vuelo llevándome consigo. Subió y subió tan alto, que creí tocar la bóveda del cielo; luego, poco a poco empezó a descender hasta tomar tierra en la cima de una alta colina.

Gustave Doré, Pantagruel en la isla Sonante , en François Rabelais, Gargantúa y Pantagruel , 1873.

PANTAGRUEL EN LA ISLA SONANTE

FRANÇOIS RABELAIS

Gargantúa y Pantagruel, V, 1 y V, 2 (1532)

Navegamos tres días siguiendo nuestro rumbo sin descubrir nada; al cuarto día divisamos tierra, y el piloto nos dijo que era la isla Sonante. Oímos un ruido que venía de lejos, repetido y estruendoso, y al oído nos parecía de campanas grandes, pequeñas y medianas que sonaran todas a la vez como hacen en París, en Tours, Gergeau, Nantes y en otros lugares los días de fiesta mayor. Cuanto más nos acercábamos, más fuerte oíamos sonar aquel repiqueteo. […]

Al aproximarnos más, nos pareció oír, mezclado con el incesante repiqueteo, un canto incansable de los hombres que allí vivían, o cuanto menos así nos lo parecía. De modo que, antes de atracar en la isla Sonante, Pantagruel fue de la opinión de que nos arrimáramos con nuestro esquife a un pequeño escollo desde el que descubrimos una ermita y un huertecillo. […]

Acabado nuestro ayuno, el ermitaño nos entregó una carta dirigida a uno al que llamaba Albian Calmar, maestro sacristán de la isla Sonante, pero Panurgo, al saludarlo, lo llamó maestro Antitus. Era un alma de Dios, anciano, calvo, de rostro reluciente y bermejo.

Nos acogió amablemente gracias a la recomendación del ermitaño, sospechando que habíamos ayunado, como se ha declarado. Tras haber comido a placer, nos expuso la singularidad de la isla, afirmando que en un principio había estado habitada por los siticinos; pero estos, por ley de la naturaleza (puesto que todo cambia) se habían convertido en pájaros. […]

A partir de entonces no se habló de otra cosa que de jaulas y de pájaros. Las jaulas eran grandes, ricas, suntuosas y hechas con maravilloso arte.

Los pájaros eran grandes, hermosos y limpios como Dios manda, y muy parecidos a los hombres de mi patria: bebían y comían como hombres, cagaban como hombres, digerían como hombres, pedorreaban como hombres, dormían y montaban como hombres: en resumen, a primera vista habríase dicho que eran hombres, aunque no eran tales, según la información del maestro sacristán, quien nos aseguraba que no eran ni seculares ni mundanos. En cuanto a sus plumajes, eran pura fantasía: los había completamente blancos, completamente negros, completamente grises, mitad blancos y mitad negros, completamente rojos, mitad blancos y mitad azules.

Era un espectáculo para la vista. A los machos los llamaba clerigallos, monagallos, prestegallos, abadgallos, obisgallos, cardegallos y a uno, único en su especie, papagallo. A las hembras las llamaban cleriquesas, monaquesas, prestiquesas, abadesas, obispesas, cardenalesas y papaquesas. Pero igualmente, nos dijo, como mezclados con las abejas van los abejorros que no hacen otra cosa sino comer y arruinarlo todo, así también desde hacía trescientos años, y no se sabe cómo, entre aquellos alegres pájaros había volado cada quinta luna un gran número de hipócritas que habían arruinado y llenado de mierda toda la isla, y eran tan puercos y monstruosos que todos los evitaban. Puesto que todos tenían el cuello torcido, las patas peludas, las uñas y el vientre de harpía y los culos del Estinfalo y no era posible exterminarlos. Por uno que mataban aparecían veinticuatro.

Moritz Ludwig von Schwind, Concurso de cantores , fresco, 1854-1855, Eisenach, Sammlungen auf der Wartburg.

LA MONTAÑA DEL IMÁN

ARTURO GRAF

Un mito geografico (Il monte della calamita) (1892-1893)

He observado en el cuento de las *Mil y una noches*, brevemente resumido al principio, la superposición de un elemento extraño y heterogéneo al que sin duda debió ser el tema primitivo y genuino. Para ello, la montaña del Imán, perdida prácticamente su virtud natural, se convierte en medio e instrumento de poder mágico. ¿Qué diremos cuando, en los relatos orientales, veamos ese mismo emparejamiento de la montaña del Imán con algún artificio mágico, o bien la montaña convertida en morada de magos y de hadas? En el poema alemán anónimo titulado *Reinfrit von Braunschweig*, compuesto a finales del siglo XIII o principios del siguiente, se cuenta una extraña historia de un gran nigromante llamado Zabulón, quien desde su morada en la montaña del Imán leyó en las estrellas la llegada de Jesucristo mil doscientos años antes de que se produjese, y para impedirla escribió muchos

libros de nigromancia y de astrología, ciencias de las que era inventor. Poco tiempo antes del nacimiento de Cristo, Virgilio, hombre de gran saber y de singular virtud, teniendo noticias de este mago y de sus malas artes, navegó hacia la montaña del Imán y, gracias a la ayuda de un espíritu, consiguió apoderarse de los tesoros y de los libros del mago. Una vez llegado el plazo prescrito, la Virgen pudo dar a luz a Jesús. Heinrich von Müglin narra en un poema cómo Virgilio, en compañía de muchos nobles señores, partió de Venecia en una nave tirada por dos grifos, llegó a la montaña del Imán y allí encontró un demonio encerrado en un frasco, el cual, a cambio de obtener la libertad, le enseñó cómo podía apoderarse de un libro de magia que estaba dentro de una tumba. Una vez que se apoderó del libro y lo abrió, Virgilio vio comparecer ante sí ochenta mil diablos, a los que ordenó de inmediato que construyesen un buen camino, y después se marchó tranquilamente a Venecia con sus compañeros. Estas fantasías aparecen también en el *Wartburgkrieg*. De un magnífico palacio, que se alza sobre la montaña del Imán y habitado por cinco hadas, se habla en la continuación del *Hugo de Burdeos* en prosa, y coincide sin duda con el *chastel d'aimant* descrito en una redacción tardía llamada *Ogier*. En una novela francesa en prosa, compuesta muy probablemente en el siglo XV, la montaña, o más bien la roca del Imán, está encantada y habitada por magos, y para alejarse de ella, tras haber sido atraídos, es necesario, conforme a cuanto se dice en cierta inscripción, arrojar al mar un anillo que se encuentra en la cima de la roca. ¿Acaso no se ajusta perfectamente a lo que se lee en el cuento del tercer saaluk? Adviértase además que en los lapidarios, que abundan en fantasías procedentes de Oriente, el imán está estrechamente relacionado con las artes mágicas. […]

Alberto Magno y otros hablan también de las virtudes mágicas del imán.

Después de lo que hemos visto, no nos parecerá fuera de toda razón que la Montaña del Imán se convirtiera en la morada feliz no solo de las hadas sino también de Arturo, como se dice que sucedió en una antigua novela francesa titulada *Roman de Mabrian* y no nos resultará difícil entender

cómo y por qué, en el poema de *Gudrún*, la montaña del Imán se identificaba con el monte Givers, o Mongibello, donde una leyenda, de la que hablo en este mismo libro, situó precisamente la morada de Arturo, y se convertía en la residencia de un pueblo feliz, que vive en la abundancia y habita en palacios de oro. Para imaginar esa residencia y ese pueblo, hay que creer de alguna manera que las infinitas naves atraídas de todas partes hacia el monte llevaran allí una gran parte de todas las riquezas de la Tierra.

Que la idea de poner en relación con la montaña del Imán a los grifos, haciendo de estos un medio de escape para algunos náufragos más ingeniosos y más atrevidos, sea también oriental, me parece cosa más que probable, como veremos en breve. Benjamín de Tudela habla de ciertas angosturas del mar de la China, como él las llama, de donde ya no podían salir las naves que se perdían, de modo que al faltar las vituallas los navegantes morían de hambre. Por eso los más precavidos llevaban consigo pieles de buey, y cuando no les quedaba otra salida se envolvían en ellas y se dejaban transportar por unas águilas grandes, que los llevaban a tierra; así se salvaron muchos. Entre aquellas angosturas del mar se oculta a buen seguro la montaña, o se ocultan, por lo menos, los escollos, o los bajíos de imán, y esas águilas grandes son los ruc o roe de los cuentos orientales, que en Occidente se convirtieron en grifos.

En algunos cuentos occidentales, la montaña del Imán se sitúa a menudo justo en medio del mar cuajado, como en el *Herzog Ernst*, del que ahora hablaré, o en el *Jüngere Titurel*, etc. El poema de Gudrún lo sitúa en el mar tenebroso. Que estas conexiones se hubieran producido ya antes en Oriente me parece probable; pero por otra parte hay que advertir que la fantasía, tanto aquí como allá, es propensa por naturaleza a reunir todos los peligros del mar; y por eso, en muchos cuentos orientales, tanto el mar cuajado como la montaña del Imán tienen por compañía las sirenas.

En Oriente y en Occidente, la montaña del Imán no debía figurar solo en las relaciones más o menos verídicas de los viajeros y en los tratados de los geógrafos o de los naturalistas, sino que, como cosa que podía servir de tema a descripciones

fantasiosas y poéticas, y de ocasión de extrañas aventuras, también debía figurar, antes o después, en relatos de tipo novelesco y, en especial, en los que narraban lejanas peregrinaciones y fabulosas empresas. Era prácticamente imposible que no apareciera en aquellas novelas que con toda propiedad podríamos llamar novelas del mar: si el poeta antiguo que narró las prolongadas aventuras y sufrimientos de Ulises y de sus compañeros hubiera tenido conocimiento de ella, la montaña del Imán habría aparecido probablemente en la *Odisea*, entre las olas de algún remoto y desconocido mar.

Decir a qué época se remonta la primera redacción del cuento del tercer saaluk en las *Mil y una noches* resulta imposible; pero se puede indicar, en cambio, al menos con suficiente aproximación, la época en que fue compuesto el más antiguo relato novelesco occidental en el que se habla de la montaña del Imán. Se trata del relato épico alemán *Herzog Ernst, El duque Ernesto*. La primitiva redacción latina de esta historia caballeresca no se ha podido hallar, pero de ella derivó, entre 1170 y 1180, un poema bajorenano, del que conservamos tan solo unos fragmentos y cuyo contenido pasó al anónimo poema alemán (entre los siglos XI y XII) del que yo sacaré, resumido, el relato que se refiere a la montaña del Imán; a otro poema, erróneamente atribuido a Heinrich de Weldecke (compuesto entre 1227 y 1285); al poema latino de Odón (antes de 1230); a un relato en prosa latino y a un relato en prosa alemán y popular.

En el poema más antiguo que ha llegado entero hasta nosotros, la historia se explica del modo siguiente. Tras una larga y dura navegación, el duque Ernesto y sus compañeros llegan a la vista de un escarpado monte, a cuyas faldas serpentea un gran bosque de mástiles de nave. Uno de los pilotos, tras reconocer la naturaleza del monte, que se alza por encima de las tranquilas aguas del mar cuajado, anuncia al duque y a los demás la ruina inevitable. No es posible resistir a la fuerza de atracción del imán: todos aquellos mástiles proceden de naves que han naufragado; los náufragos mueren de hambre. Tras haber oído tan triste anuncio, el duque parece anonadado, habla con amor a los suyos, les exhorta a elevar el alma a Dios, a arrepentirse de todos los pecados cometidos y a

prepararse para entrar, con ayuda de la gracia divina, en el reino de los cielos. Todos aceptan resignadamente sus palabras, y mientras tanto la nave, siguiendo su impetuoso curso, se aproxima al monte, y se mete como una cuña entre las otras naves, muchas de las cuales están ya muy deterioradas por el paso del tiempo, y con un ruido espantoso, destrozando flancos y arrastrando restos de naufragio, avanza y va a chocar contra la roca. Las riquezas perdidas que se ofrecen a las miradas de los náufragos son tales y tantas que no se pueden describir. Pero ¿de qué sirven? El monte se alza en medio de un remoto mar y no se ve tierra por ninguna parte. Poco a poco van menguando los víveres; aquellos valientes mueren de hambre uno tras otro; sobreviven los grifos y roban los cadáveres para que sirvan de alimento a sus polluelos. Ya solo quedan vivos el duque y siete compañeros, y de las provisiones apenas resta medio pan. Entonces el conde Wetzel, iluminado por una milagrosa idea, propone a sus camaradas envolverse en pieles de bueyes y dejarse arrebatar por los grifos, ya que no existe ninguna otra esperanza de salvación. El consejo es aceptado con aplausos y júbilo. Provistos de todas sus armas, los primeros que se hacen envolver en pieles de bueyes son el duque y el conde: aparecen volando los grifos, los levantan por los aires y los transportan más allá del mar. Cuando sienten que están en tierra firme, rajan las pieles con las espadas y saltan fuera sanos y salvos. Por el mismo procedimiento se salvan los otros, menos uno, que como es el último no tiene quien le ayude a envolverse en la piel y muere de hambre. Para salir del lugar donde los han depositado los grifos, los supervivientes deben dejarse arrastrar, subidos a una balsa, por el curso impetuoso de un río subterráneo, cuyo lecho está cubierto de valiosísimas gemas.

Hugo de Burdeos, el conocido héroe de la gesta carolingia, corrió los mismos peligros, se salvó del mismo modo; y entre la historia que cuenta de él y la que cuenta del duque Ernesto apenas hay pequeñas diferencias y de poca importancia. Hugo es el único que sobrevive a sus compañeros de desgracia, y por eso necesita dejarse arrebatar por un grifo sin envolverse en una piel de buey, y el grifo lo transporta a una isla paradisíaca, donde brota una fuente y maduran manzanas que tienen la virtud de devolver la juventud, y de

donde el héroe no puede salir si no es dejándose llevar por el curso de un río subterráneo, exactamente igual al descrito en el poema del duque Ernesto. […]

Es imposible no advertir de inmediato la enorme semejanza que estos relatos occidentales tienen, además de con el cuento del tercer saaluk, con el sexto del viaje de Simbad el marino, tal como se lee en *Las mil y una noches*. También la nave de Simbad es atraída irrsistiblemente hacia un monte cuyas raíces están repletas de restos de naufragios y de infinitas riquezas; también Simbad, único superviviente de sus compañeros muertos de hambre, se salva, dejándose arrastrar sobre una balsa por un río caudaloso de gemas, que corre en el subsuelo. Y creo que los relatos occidentales ofrecen, si no una prueba, sí un indicio de que el cuento oriental es en cierto modo imperfecto o alterado, y también ofrecen el modo de restituirlo a la integridad y sinceridad primitivas. Simbad no dice que el monte donde naufragó sea la montaña del Imán; pero creo que se puede argumentar que así era realmente en su origen por los detalles mismos de la descripción y por las conexiones entre los distintos relatos. Por las mismas razones creo que hay que identificar con la montaña del Imán la montaña enorme y brillante como si fuese de acero pulido, hacia la que es arrastrada la nave de Abulfauaris en los *Mil y un días*.

De la película Drácula , de Tod Browning, 1931.

HACIA EL CASTILLO DE DRÁCULA

BRAM STOKER

Drácula (1897)

Algunas veces, allí donde la carretera se abría entre pinares que en la oscuridad parecían abatirse sobre nosotros, grandes bancos de niebla filtrándose aquí y allá entre los árboles producían un efecto singular, lúgubre y solemne, que hacía renacer los pensamientos y las siniestras fantasías evocados por la incipiente noche, mientras el Sol poniente prestaba extrañas formas a las nubes que, en los Cárpatos, parecen desfilar incesantemente por los valles. A veces las pendientes eran tan empinadas que, a pesar de la prisa que mostraba nuestro conductor, los caballos tenían que avanzar muy lentamente. […]

Sobre nosotros se acumulaban nubes negras, y pesaba en el aire la sensación opresiva que precede al trueno. Era como si la cordillera separara dos atmósferas distintas, y que ahora hubiésemos entrado en la tormentosa. Yo mismo comencé a buscar con la vista el carruaje que debía llevarme hasta la residencia del conde. Esperaba percibir de un momento a otro el destello de sus luces en medio de la oscuridad, pero todo eran tinieblas. Apenas un resplandor, el reflejo parpadeante de los faroles de la diligencia, entre el que se elevaba como nube blanca el aliento humeante de nuestros agotados caballos. […]

Entonces, en medio de un coro de alaridos de los campesinos que se persignaban, apareció detrás de nosotros una calesa tirada por cuatro caballos, nos pasó y se detuvo junto a la diligencia. A la luz que despedían nuestros faroles al

caer sobre ellos los rayos, pude ver que los caballos eran unos espléndidos animales, negros como el carbón.

Los conducía un hombre alto, con una larga barba oscura y un gran sombrero negro, que parecía querer ocultar su rostro. Solo pude ver el destello de un par de ojos muy brillantes, que a la luz de los faroles me parecieron rojos. […]

De pronto, todos los lobos comenzaron a aullar de nuevo, como si la luz de la luna surtiese algún efecto especial sobre ellos. Los caballos se encabritaron y retrocedieron, mirando impotentes alrededor con unos ojos que giraban de manera dolorosa; pero el círculo viviente de terror los acompañaba a cada lado, y no tenían más opción que permanecer dentro de él. Le grité al cochero que regresara, pues me pareció que nuestra última alternativa era tratar de abrirnos paso a través del círculo, para facilitar su regreso a la calesa. Grité y golpeé a un lado del vehículo, esperando que el ruido espantara a los lobos de aquel lado y así él tuviese oportunidad de subir al coche. Ignoro cómo llegó, pero sé que escuché su voz alzarse en un tono de mando imperioso, y mirando hacia el lugar de donde provenía, lo vi parado en medio del camino. Mientras agitaba los largos brazos como si tratase de apartar un obstáculo invisible, los lobos iban retrocediendo poco a poco. Y en aquel preciso instante un nubarrón ocultó la Luna, sumiéndonos de nuevo en la oscuridad.

Cuando pude ver otra vez, el conductor estaba subiendo al pescante y los lobos habían desaparecido. Todo resultaba tan extraño y misterioso que me invadió un pánico tal que no me atrevía a hablar ni a moverme. El tiempo parecía interminable mientras continuábamos nuestro camino, ahora en la más completa oscuridad, pues las nubes pasajeras ocultaban la Luna. Seguimos ascendiendo, con ocasionales períodos de bruscos descensos, pero ascendiendo la mayor parte del tiempo. De pronto, me di cuenta de que el conductor guiaba la calesa hacia el patio de un inmenso castillo en ruinas, de cuyas altas ventanas negras no salía ni un rayo de luz, y cuyas viejas almenas se recortaban contra el cielo iluminado por la luz de la Luna.

Los templos subterráneos de Ellora, en Costume antico e moderno , de Giulio Ferrario, siglo XIX.

XANADÚ

SAMUEL T. COLERIDGE

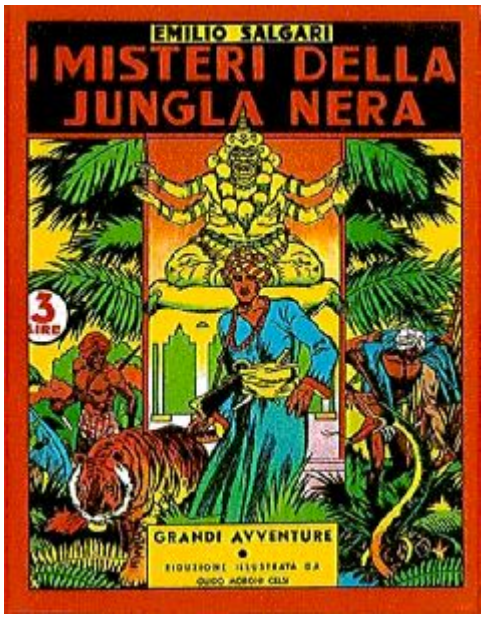
Kubla Khan (1797)
En Xanadú se hizo construir
Kubla Khan un majestuoso palacio:
donde Alfeus, el río sagrado, corría
hacia abajo, hacia un mar sin sol
a través de grutas inconmensurables para el hombre.
Dos veces cinco millas de tierra fértil
fueron cercadas con torres y murallas:
había jardines brillantes con arroyos sinuosos,
árboles de incienso en flor;

y había bosques tan antiguos como las colinas
y espacios verdes iluminados por el sol.
¡Aquel romántico abismo se inclinaba
por la verde colina entre un bosque de cedros!
¡Lugar salvaje! ¡Tan santo y encantado
como el que frecuentara bajo menguante luna
una mujer gimiendo de amor por un espíritu!
y del abismo hirviente en incesante remolino,
como si la tierra respirara en ansiosos jadeos,
una fuente poderosa surgió con fuerza:
y en medio de su intermitente estruendo
saltaban fragmentos enormes como granizo
o mieses que el trillador separa:
y en medio de esta danza de piedras y cristales
surgía de repente el río sagrado.
Serpenteando a lo largo de cinco millas
entre bosques y valles corría el río sagrado,
llegando a las cavernas
inconmensurables para el hombre.

LOS MISTERIOS DE LA JUNGLA NEGRA

EMILIO SALGARI

Los misterios de la jungla negra (1895)



Cubierta de I misteri della jungla nera , 1. er episodio, 1937.

Tremal-Naik se puso en pie sorprendido, desconcertado por el espectáculo que se ofrecía a sus ojos.

Se encontraba en una especie de inmensa cúpula, cuyas paredes estaban curiosamente pintadas. Las primeras diez encarnaciones de Visnú, el dios protector de los indios, que tiene su residencia en el Vaicondu o mar de leche de la serpiente Adissescien, estaban pintadas alrededor, rodeadas por los principales deverkeli o semidioses venerados por los indios, protectores de los ocho ángulos del mundo, habitantes del sorgon, esto es, el paraíso de los que no tienen méritos suficientes para ir al cailasson o paraíso de Siva. Hacia la mitad de la cúpula estaban esculpidos los cateros, gigantescos genios del mal que, divididos en cinco tribus, van errando por el mundo del que no pueden salir ni merecer la beatitud prometida a los hombres sin antes haber recogido gran número de plegarias.

En medio de la pagoda se elevaba una gran estatua de bronce, que representaba una mujer con cuatro brazos, uno de los cuales blandía una larga daga y otro una cabeza.

Un gran collar de calaveras le colgaba hasta los tobillos y un cinturón de manos y brazos cortados le ceñía las caderas. El rostro de aquella horrible mujer estaba tatuado y sus orejas adornadas con aros; la lengua, pintada de un rojo intenso, del color de la sangre, sobresalía más de un palmo de los labios en los que se dibujaba una feroz sonrisa; grandes brazaletes rodeaban sus muñecas y los pies se posaban sobre un gigante cubierto de heridas.

Aquella divinidad —se percibía a primera vista— transportada por la embriaguez de la sangre, danzaba sobre el cuerpo de la víctima.

—¿Estoy soñando? —murmuró Tremal-Naik, frotándose varias veces los ojos—. ¡No comprendo nada!

No había terminado aún cuando un ligero crujido llegó a sus oídos. Se volvió con la carabina en las manos, pero enseguida retrocedió hasta la monstruosa divinidad, conteniendo a duras penas un grito de estupor y alegría.

Ante él, en el umbral de una puerta dorada, estaba una muchacha de maravillosa belleza, con el más angustioso terror reflejado en el rostro. Debía de tener catorce años. Era esbelta y de formas extraordinariamente elegantes. Sus facciones eran de una pureza antigua, animadas por la centelleante expresión de la mujer angloindia. Tenía la piel rosada, de una suavidad incomparable, los ojos grandes, negros y brillantes como diamantes; una nariz recta que nada tenía de india y labios delgados, coralinos, medio abiertos en una melancólica sonrisa que permitía distinguir dos filas de dientes de deslumbrante blancura. Su abundante cabellera, de color castaño oscuro, separada en la frente por un ramillete de gruesas perlas, estaba recogida en nudos y entrelazada con flores de jazmín de suave perfume.

Tremal-Naik, como se ha dicho, había retrocedido hasta la monstruosa estatua de bronce.

—¡Ada! ¡Ada! ¡La aparición de la jungla! —exclamó con voz alterada.

No supo decir nada más y se quedó allí, mudo, extasiado, absorto en la contemplación de aquella soberbia criatura que continuaba observándolo con profundo terror. Inesperadamente, la muchacha dio un paso adelante dejando caer al suelo el amplio sari de seda, ribeteado por una ancha franja de delicados dibujos azules, que la cubría como una gran capa.

La envolvió un haz de luz deslumbrante, que obligó al cazador de serpientes a cerrar los ojos.

Aquella joven estaba literalmente cubierta de oro y de piedras preciosas de inestimable valor. Una coraza de oro, cuajada de los más hermosos diamantes de Golconda y de Guzerate y adornada con la misteriosa serpiente con cabeza de mujer, le cubría todo el pecho y desaparecía bajo un ancho chal de cachemira bordado en plata que le ceñía las caderas. Le colgaban del cuello muchos collares de perlas y diamantes del tamaño de una nuez. Grandes brazaletes cubiertos también de piedras preciosas le adornaban los brazos desnudos, y los anchos calzones de seda blanca iban sujetos a los tobillos de los pies pequeños y descalzos por aros de coral de un hermoso color rojo. Un rayo de sol que había penetrado por una estrecha abertura al iluminar aquella profusión de oro y brillantes sumergió a la jovencita en un mar de luz cegadora.

—¡La visión! ¡La visión! —repitió por segunda vez Tremal-Naik, tendiendo los brazos hacia ella—. ¡Oh! ¡Qué hermosa!… […]

—Oye, muchacha: yo no había visto nunca una cara de mujer en mi jungla poblada solo por los tigres. Cuando te vi por primera vez a los últimos rayos de Sol del atardecer, allí, detrás de aquel matorral de mussenda, me sentí estremecer. Me pareciste una divinidad bajada del cielo y te adoré.

—¡Calla! ¡Calla! —replicó con voz entrecortada la joven, escondiendo la cara entre las manos.

—¡No puedo callar, bella flor de la jungla! —exclamó Tremal-Naik con mayor pasión—. Cuando desapareciste me

pareció que me arrancaban algo del corazón. Me sentía embriagado, tu imagen danzaba ante mis ojos, la sangre corría más rápida por mis venas y lenguas de fuego me abrasaban el rostro y hasta el cerebro. Parecía que me hubieras embrujado.

—¡Tremal-Naik! —murmuró con ansia la muchacha.

—Aquella noche no dormí —prosiguió el cazador de serpientes—, tenía fiebre y un deseo furioso de volver a verte. ¿Por qué? Lo ignoraba, no podía entender lo que me sucedía. Era la primera vez en mi vida que sentía tal emoción. Pasaron quince días. Todas las tardes, al ponerse el Sol, te volvía a ver detrás de la mussenda y me sentía feliz junto a ti; me sentía transportado a otro mundo, parecía otro hombre. Tú no me hablabas, pero me mirabas, y eso me bastaba; tus miradas eran elocuentes y me decían que tú. —Se detuvo jadeante, mirando a la muchacha que tenía el rostro oculto entre las manos—. ¡Ah! —exclamó con dolor—. Entonces no quieres que hable.

La muchacha se estremeció y le miró fijamente, con los ojos húmedos.

—¿Por qué hablar —balbuceó ella— cuando nos separa un abismo? ¿Por qué has venido, desdichado, a reavivar en mi corazón una vana esperanza? ¿No sabes que este lugar es maldito y que está prohibido sobre todo a quien amo?

—¡A quien amo! —exclamó Tremal-Naik con alegría—. ¡Repite, repite estas palabras, bella flor de la jungla! ¿Entonces es cierto que me amas? ¿Es cierto que venías cada tarde detrás de la mussenda porque me amabas?

—No me hagas morir, Tremal-Naik —exclamó la muchacha angustiada.

—¡Morir! ¿Por qué? ¿Qué peligro te amenaza? ¿Acaso no estoy yo aquí para defenderte? ¿Qué importa que este sea un lugar maldito? ¿Qué importa si entre nosotros dos hay un abismo? Yo soy fuerte, tan fuerte que por ti derribaría este templo y destrozaría ese horrible monstruo ante el que derramas perfumes.

—¿Cómo lo sabes? ¿Quién te lo ha dicho?

—Te vi anoche.

—¿Estabas aquí anoche?

—Sí, estaba aquí, o, mejor dicho, allí arriba, agarrado a aquella lámpara, precisamente sobre tu cabeza.

—Pero ¿quién te trajo a este templo?

—La suerte, o, para ser más precisos, el lazo de los hombres que habitan esta tierra maldita.

—¿O sea que te vieron?

—Me persiguieron.

—¡Ah! ¡Estás perdido, desdichado! —exclamó la muchacha desesperada.

Tremal-Naik se lanzó a su encuentro.

—Dime, ¿qué misterio es este? —preguntó con furia apenas refrenada—. ¿Por qué tanto terror? ¿Qué significa esa monstruosa figura que necesita perfumes? ¿Qué es ese pez dorado que nada en la pileta? ¿Qué significa esa serpiente con cabeza de mujer que llevas esculpida en la coraza? ¿Quiénes son esos hombres que estrangulan a sus semejantes y viven bajo tierra? ¡Lo quiero saber, oh Ada, lo quiero saber!

—No me preguntes, Tremal-Naik.

—¿Por qué?

—¡Ah! ¡Si supieras el terrible destino que pesa sobre mí!

—Pero yo soy fuerte.

—¿De qué sirve la fuerza contra esos hombres?

—Lucharé con ellos despiadadamente.

—Te destrozarán como a un joven bambú. ¿No desafían también el poder de Inglaterra? Son fuertes, Tremal-Naik, ¡y terribles! No hay nada que se les resista: ni flotas, ni ejércitos. Todo cae ante su venenoso aliento.

—¿Pero quiénes son?

—No puedo decírtelo.

—¿Y si yo te lo pidiera?

—Me negaría.

—Entonces… ¡desconfías de mí! —exclamó Tremal-Naik con rabia.

—¡Tremal-Naik! ¡Tremal-Naik! —murmuró la infeliz jovencita con acento desconsolado.

El cazador de serpientes se cruzó de brazos.

—Tremal-Naik —prosiguió la muchacha—, pesa sobre mí una condena terrible, espantosa, que cesará solo cuando muera. Yo te amé, valiente hijo de la jungla, te sigo amando, pero…

—¡Ah! ¡Me amas! —exclamó el cazador de serpientes.

—Sí, te amo, Tremal-Naik.

—Júralo ante ese monstruo.

—¡Lo juro! —dijo la jovencita tendiendo la mano hacia la estatua de bronce.

—¡Jura que serás mi esposa…!

Las facciones de la muchacha se contrajeron súbitamente.

—Tremal-Naik —murmuró con voz apagada—, seré tu esposa, ¡si es posible!

—¡Ah! Tal vez tengo un rival.

—No, ni habrá nadie tan audaz que ponga sus ojos en mí. Pertenezco a la muerte.

Tremal-Naik retrocedió dos pasos llevándose las manos a la cabeza.

—¡A la muerte!… —exclamó.

—Sí, Tremal-Naik, pertenezco a la muerte. El día en que un hombre ponga las manos sobre mí el lazo de los vengadores acabará con mi vida.

—¿Acaso estoy soñando?

—No, estás despierto y quien te habla es la mujer que te ama.

—¡Ah! ¡Terrible misterio!

—Sí, terrible misterio, Tremal-Naik. Entre nosotros hay un abismo que nadie será capaz de superar ¡Fatalidad! ¿Qué he hecho yo para merecer esta desgracia? ¿Qué delito he cometido para ser maldita?

El llanto ahogó su voz y su cara se llenó de lágrimas. Tremal-Naik lanzó un sordo rugido y apretó los puños con tal fuerza que hizo crujir los huesos.

—¿Qué puedo hacer por ti? —preguntó, profundamente conmovido—. Tus lágrimas me hacen daño, bella flor de la jungla. Dime lo que he de hacer, manda y yo te obedeceré como un humilde esclavo. Si quieres que te saque de este lugar, lo haré, aunque tenga que perder la vida en el intento.

—¡Oh, no, no! —exclamó la joven con terror—. Significaría la muerte de ambos.

—¿Quieres que me marche? Escucha, yo te amo mucho, pero si tu vida exige que nos separemos para siempre, destruiré el amor que nació en mi corazón. Estaré condenado, será un martirio continuo para mí, pero lo haré. Habla, ¿qué tengo que hacer?

La jovencita callaba, sollozando. Tremal-Naik la atrajo suavemente hacia sí e iba a hablar cuando fuera resonó la aguda nota del ramsinga.

—¡Huye! ¡Huye, Tremal-Naik! —exclamó la muchacha, fuera de sí por el miedo—. ¡Huye o estamos perdidos!

—¡Ah! ¡Maldita trompeta! —bramó Tremal-Naik apretando los dientes.

—Vienen —prosiguió la joven con la voz quebrada—. Si nos encuentran nos inmolarán a su espantosa divinidad. ¡Huye! ¡Huye!

—¡Nunca!

—¿Quieres que muera?

—¡Te defenderé!

—¡Huye, desdichado, huye!

Por toda respuesta, Tremal-Naik recogió la carabina que estaba en el suelo, y la armó.

La muchacha comprendió que aquel hombre era inflexible.

—¡Ten piedad de mí! —dijo con angustia—. Están llegando.

—Muy bien, les esperaré —respondió Tremal-Naik—. Juro ante mi dios que al primer hombre que se atreva a levantarte la mano lo mataré como a un tigre de la jungla.

—Entonces quédate, ya que eres inflexible, valiente hijo de la jungla, yo te salvaré.

Recogió su sari y se dirigió hacia la puerta por la que había entrado. Tremal-Naik se lanzó hacia ella reteniéndola.

—¿Adónde vas? —le preguntó.

—A recibir al hombre que va a llegar e impedirle que entre aquí. Volveré contigo a medianoche. Entonces se cumplirá la voluntad de los dioses y quizá… huyamos.

—¿Cómo te llamas?

—Ada Corishant.

—¡Ada Corishant! ¡Qué hermoso nombre! Vete, noble criatura. ¡Te espero a medianoche!

La jovencita se envolvió en el sari, miró por última vez con ojos húmedos a Tremal-Naik y salió conteniendo un sollozo.

James Paton, Los thugs , s.d., Londres British Museum.

FEDORA

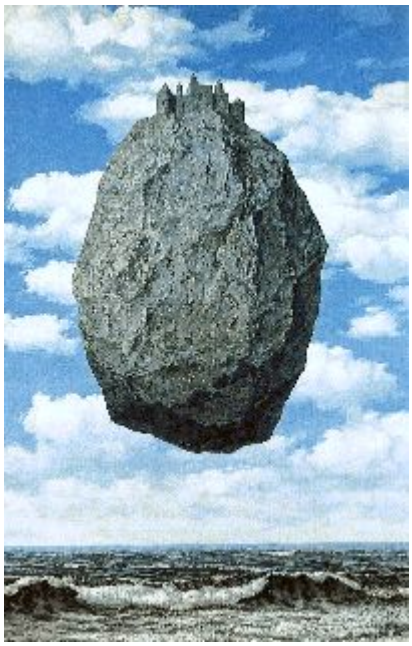
ITALO CALVINO

Las ciudades invisibles (1972)

En el centro de Fedora, metrópoli de piedra gris, hay un palacio de metal con una esfera de vidrio en cada aposento. Mirando dentro de cada esfera se ve una ciudad azul que es el modelo de otra Fedora. Son las formas que la ciudad habría podido adoptar si, por una u otra razón, no hubiese llegado a ser como hoy la vemos. En todas las épocas hubo alguien que, mirando a Fedora tal como era, había imaginado el modo de convertirla en la ciudad ideal, pero mientras construía su modelo en miniatura, Fedora dejaba de ser la misma de antes, y aquello que hasta ayer había sido uno de sus posibles futuros ahora era solo un juguete en una esfera de vidrio.

Fedora tiene hoy en el palacio de las esferas su museo: cada habitante lo visita, elige la ciudad que corresponde a sus deseos, la contempla imaginando que se refleja en el estanque de las medusas donde se recogía el agua del canal (si no hubiese sido desecado), que recorre desde lo alto del baldaquín la avenida reservada a los elefantes (ahora expulsados de la ciudad), que resbala a lo largo de la espiral del minarete de caracol (perdida ya la base sobre la cual debía levantarse).

En el mapa de tu imperio, oh gran Kan, deben ubicarse tanto la gran Fedora de piedra como las pequeñas Fedoras de las esferas de vidrio. No porque todas sean igualmente reales, sino porque todas son solo supuestas. Una encierra aquello que se acepta como necesario mientras todavía no lo es; las otras, aquello que se imagina como posible y un minuto después deja de serlo.



René Magritte, El castillo de los Pirineos 1959, Jerusalén, The Israel Museum.

LA CARTE DU TENDRE (EL MAPA DE LA TERNURA)

MADELEINE DE SCUDÉRY

Clélie, histoire romaine (1654-1660)

La primera ciudad situada al fondo del mapa es Nueva Amistad. Puesto que la ternura puede surgir por tres causas distintas —o por estima, o por reconocimiento o por inclinación—, aparecen tres ciudades de Ternura sobre tres ríos distintos, y tres son los caminos que conducen a ellas. Tenemos pues Ternura-en-Estima, Ternura-en-Inclinación y

Ternura-en-Reconocimiento. Así que, como la ternura que nace por inclinación no necesita de otra cosa para ser lo que es, no hay aldeas en las orillas de este río, que avanza tan rápido que no se necesita hospedaje en sus riberas.

No obstante, la cosa cambia si se trata de llegar a Ternura-en-Estima, porque aparecen tantas aldeas como cosas grandes y pequeñas hay que puedan contribuir a hacer nacer a través de la Estimación esta ternura de la que hablamos. En efecto, podéis ver que de Nueva-Amistad se pasa a una ciudad llamada Gran-Inteligencia, porque es de esta de la que nace por lo general la estima. A continuación se ven las encantadoras villas de Hermosos-Versos, Billetes-Galantes y Billetes-Dulces. Luego, avanzando por este camino, nos encontramos con Sinceridad, Gran-Corazón, Honradez, Respeto, Fidelidad y Bondad, que se halla situada frente a Ternura.

A continuación hay que regresar a Nueva-Amistad para ver qué camino se debe coger para ir desde allí a Ternura-en-Reconocimiento. Fijaos bien, os lo ruego, en que es preciso ir ante todo de Nueva-Amistad a Complacencia, luego a la pequeña aldea que se llama Sumisión, y a aquella otra muy agradable, Pequeños-Detalles. De allí, pasando por Asiduidad, se llega a Solicitud y Grandes-Favores. Para subrayar el hecho de que hay muy pocas personas capaces de hacerlos, Grandes-Favores es más pequeña que las otras aldeas. Si seguimos avanzando, hay que pasar por Sensibilidad, ir luego a Obediencia y finalmente cruzar Constante-Amistad, que es sin duda el camino más seguro para llegar a Ternura-en-Reconocimiento.

Pero atención: si nos desviamos excesivamente a la derecha o a la izquierda, podemos perdernos, porque si a la salida de Gran-Inteligencia nos dirigimos a Negligencia y luego, persistiendo en nuestro error, a Inconstancia, y de allí a Tibieza, a Ligereza y a Olvido, en vez de llegar a Ternura-en-Estima nos encontraríamos en el Lago de la Indiferencia, con sus frías aguas estancadas.

Por otra parte, si a la salida de Nueva-Amistad, tomásemos un camino más a la izquierda y fuésemos a

Indiscreción, a Perfidia, a Maledicencia o a Maldad, en vez de llegar a Ternura-en-Reconocimiento, nos encontraríamos en el mar de la Enemistad, donde naufragan todas las embarcaciones. El río de la Inclinación va a parar a un mar llamado de los Peligros, más allá del cual se halla la Tierra Incógnita, llamada así porque no sabemos qué hay en ella.

Grabado de François Chauveau para Mapa de Ternura , de Madeleine de Scudéry, 1654.

EL ALEPH

JORGE LUIS BORGES

El Aleph (1949)

Arribo ahora al inefable centro de mi relato; empieza, aquí, mi desesperación de escritor. Todo lenguaje es un alfabeto de símbolos cuyo ejercicio presupone un pasado que los interlocutores comparten; ¿cómo transmitir a los otros el infinito Aleph, que mi temerosa memoria apenas abarca? Los

místicos, en análogo trance, prodigan los emblemas: para significar la divinidad, un persa habla de un pájaro que de algún modo es todos los pájaros; Alanus de Insulis, de una esfera cuyo centro está en todas partes y la circunferencia en ninguna; Ezequiel, de un ángel de cuatro caras que a un tiempo se dirige al Oriente y al Occidente, al Norte y al Sur. (No en vano rememoro esas inconcebibles analogías; alguna relación tienen con el Aleph.) Quizá los dioses no me negarían el hallazgo de una imagen equivalente, pero este informe quedaría contaminado de literatura, de falsedad. Por lo demás, el problema central es irresoluble: la enumeración, siquiera parcial, de un conjunto infinito. En ese instante gigantesco, he visto millones de actos deleitables o atroces; ninguno me asombró como el hecho de que todos ocuparan el mismo punto, sin superposición y sin transparencia. Lo que vieron mis ojos fue simultáneo: lo que transcribiré, sucesivo, porque el lenguaje lo es. Algo, sin embargo, recogeré.

En la parte inferior del escalón, hacia la derecha, vi una pequeña esfera tornasolada, de casi intolerable fulgor. Al principio la creí giratoria; luego comprendí que ese movimiento era una ilusión producida por los vertiginosos espectáculos que encerraba. El diámetro del Aleph sería de dos o tres centímetros, pero el espacio cósmico estaba ahí, sin disminución de tamaño. Cada cosa (la luna del espejo, digamos) era infinitas cosas, porque yo claramente la veía desde todos los puntos del universo. Vi el populoso mar, vi el alba y la tarde, vi las muchedumbres de América, vi una plateada telaraña en el centro de una negra pirámide, vi un laberinto roto (era Londres), vi interminables ojos inmediatos escrutándose en mí como en un espejo, vi todos los espejos del planeta y ninguno me reflejó, vi en un traspatio de la calle Soler las mismas baldosas que hace treinta años vi en el zaguán de una casa en Fray Bentos, vi racimos, nieve, tabaco, vetas de metal, vapor de agua, vi convexos desiertos ecuatoriales y cada uno de sus granos de arena, vi en Inverness a una mujer que no olvidaré, vi la violenta cabellera, el altivo cuerpo, vi un cáncer en el pecho, vi un círculo de tierra seca en una vereda, donde antes hubo un árbol, vi una quinta de Adrogué, un ejemplar de la primera versión inglesa de Plinio, la de Philemon Holland, vi a un tiempo cada letra de cada

página (de chico, yo solía maravillarme de que las letras de un volumen cerrado no se mezclaran y se perdieran en el decurso de la noche), vi la noche y el día contemporáneo, vi un poniente en Querétaro que parecía reflejar el color de una rosa en Bengala, vi mi dormitorio sin nadie, vi en un gabinete de Alkmaar un globo terráqueo entre dos espejos que lo multiplican sin fin, vi caballos de crin arremolinada, en una playa del Mar Caspio en el alba, vi la delicada osatura de una mano, vi a los sobrevivientes de una batalla, enviando tarjetas postales, vi en un escaparate de Mirzapur una baraja española, vi las sombras oblicuas de unos helechos en el suelo de un invernáculo, vi tigres, émbolos, bisontes, marejadas y ejércitos, vi todas las hormigas que hay en la tierra, vi un astrolabio persa, vi en un cajón del escritorio (y la letra me hizo temblar) cartas obscenas, increíbles, precisas, que Beatriz había dirigido a Carlos Argentino, vi un adorado monumento en la Chacarita, vi la reliquia atroz de lo que deliciosamente había sido Beatriz Viterbo, vi la circulación de mi oscura sangre, vi el engranaje del amor y de la modificación de la muerte, vi el Aleph, desde todos los puntos, vi en el Aleph la tierra, y en la tierra otra vez el Aleph y en el Aleph la tierra, vi mi cara y mis visceras, vi tu cara, y sentí vértigo y lloré, porque mis ojos habían visto ese objeto secreto y conjetural, cuyo nombre usurpan los hombres, pero que ningún hombre ha mirado: el inconcebible universo.

[…] Dos observaciones quiero agregar: una, sobre la naturaleza del Aleph; otra, sobre su nombre. Este, como es sabido, es el de la primera letra del alfabeto de la lengua sagrada. Su aplicación al círculo de mi historia no parece casual. Para la Cábala, esa letra significa el En Soph, la ilimitada y pura divinidad; también se dijo que tiene la forma de un hombre que señala el cielo y la tierra, para indicar que el mundo inferior es el espejo y es el mapa del superior; para la *Mengenlebre*, es el símbolo de los números transfinitos, en los que el todo no es mayor que alguna de las partes. Yo querría saber: ¿Eligió Carlos Argentino ese nombre, o lo leyó, *aplicado a otro punto donde convergen todos los puntos*, en alguno de los textos innumerables que el Aleph de su casa le reveló? Por increíble que parezca, yo creo que hay (o que

hubo) otro Aleph, yo creo que el Aleph de la calle Garay era un falso Aleph.

Abdul Mati Klarwien, Aleph Sanctuary , instalación inspirada en El Aleph , de Borges, 1963-1970.

LA CÁNDIDA ROSA

DANTE ALIGHIERI (1265-1321)

Paraíso, XXXI

Bajo la forma, pues, de blanca rosa
se me mostraba la milicia santa
que Cristo con su sangre hizo su esposa;
mas la otra, que volando allí ve y canta
la alta gloria de aquel que la enamora

y la bondad que la creó y la encanta,
como enjambre de abejas que se enflora,
libando aquí y allá, y luego regresa
al panal en que mieles elabora,
bajaba a la gran flor que se empavesa
toda de hojas, y alzábase festiva
donde mora el Amor que la embelesa.
Todos tienen la faz de llama viva,
las alas de oro, y lo demás tan blanco
que no hay nieve que tal blancor se adscriba.
Al bajar a la flor, de banco en banco,
reparte cada cual donde se posa
paz y amor, que adquirió batiendo el flanco.

Gustave Doré, La cándida Rosa, Divina Comedia, Paraíso, canto XXXI.

UMBERTO ECO nació en Alessandria en 1923. Filósofo, medievalista, semiólogo y experto en comunicación de masas, se inició en la narrativa en 1980 con *El nombre de la rosa* (Premio Strega 1981), a la que siguieron *El péndulo de Foucault* (1988), *La isla del día de antes* (1994), *Baudolino* (2000), *La misteriosa llama de la reina Loana* (2004) y *El cementerio de Praga* (2010). Entre sus numerosos ensayos (académicos y no académicos) destacan: *Tratado de semiótica general* (1975), *Los límites de la interpretación* (1990), *Kant y el ornitorrinco* (1997), *Del árbol al laberinto* (2007), *Nadie acabará con los libros*, junto con Jean-Claude Carrière (2009), *Construir al enemigo* (2011) y *Scritti sul pensiero medievale* (2012).

En 2004 dirigió la edición de la obra ilustrada *Historia de la belleza*, seguida en 2007 de la *Historia de la fealdad* y, en 2009, de *El vértigo de las listas*.

Notas

[1] Para un tratamiento completo del problema de las Antípodas, véase Moretti (1994). Véase también Broc (1980).

Broc, Numa, 1980

«Dall'Antictone all'Antartico», en *Cartes et figures de la Terre*, París, Centre Pompidou.

Moretti, Gabriella, 1994

Gli antipodi, Parma, Pratiche. ‹

[2] Véase el capítulo 4, «Las maravillas de Oriente, de Alejandro al Preste Juan». ‹

[3] Vinci, F. (1995), *Omero nel Baltico. Le origini nordiche dell'Odissea e dell'Iliade*, Roma, Palombi, 2003. ‹

[4] Sobre los *mirabilia* medievales, véanse Le Goff (1985), Tardiola (1991) y Zaganelli (1990 y 1993).

Le Goff, Jacques, 1985

«Le merveilleux dans l'Occident médiéval», en *L'imginaire médiéval*, París, Gallimard.

Tardiola, Giuseppe, a cargo de, 1991

Le meraviglie dell'India, Roma, Archivio Guido Izzi.

Zaganelli, Gioia, a cargo de 1990

La lettera del Prete Gianni, Parma, Pratiche. ‹

[5] Sobre las distintas versiones de la carta y su fortuna, véase Zaganelli (1997).

Zaganelli, Gioia, a cargo de 1997

L'Oriente incognito medievale, Soveria Mannelli, Rubettino. ‹

[6] Cf. Geiger (2009): cuando nos encontramos en un «ambiente extremo» (como grandes alturas o desiertos) también las personas normales pueden advertir la presencia de seres misteriosos, o sufrir alucinaciones visuales y auditivas. ‹

[7] San Brandán no habla explícitamente de paraíso terrenal, sino de «tierra de promisión de los santos», pero en varias vulgarizaciones medievales las islas son consideradas como el paraíso terrenal (véase Scafi, 2006, pp. 41-42 de la edición italiana).

Scafi, Alessandro, 2006

Mapping Paradise. A History of Heaven on Earth, Chicago, Chicago University Press. ‹

[8] Véase el fragmento en la antología del capítulo 12 sobre la Tierra Austral. ‹

[9] Platón, *Timeo*, 25, b-d, en *Diálogos*, Madrid, Gredos, 1997, vol. VI. ‹

[10] Véase a este respecto Eco (1993).

Eco, Umberto, 1993

La ricerca della lingua perfetta, Roma-Bari, Laterza (hay trad. cast.: *La búsqueda de la lengua perfecta*, Barcelona, Grijalbo, 1996). ‹

[11] Para una documentada presentación de todas las tesis «polares», véase Goodwin (1996).

Goodwin, Joscelyn, 1996

Arktos: The Polar Myth in Science, Symbolism, and Nazi Survival, Kempton, Adventures Unlimited Press. ‹

[12] Véase Eco (1993).

Eco, Umberto, 1993

La ricerca della lingua perfetta, Roma-Bari, Laterza (hay trad. cast.: *La búsqueda de la lengua perfecta*, Barcelona, Grijalbo, 1996). ‹

[13] Fue Schlegel el que forjó el término «arios» en 1819. Sobre el mito de la raza aria, véase el excelente Olender (1989).

Olender, Maurice, 1989

Les langues du Paradis, París (hay trad. cast.: *Las lenguas del Paraíso*, Barcelona, Saix Barral, 2001). ‹

[14] Véanse, por ejemplo, los estudios de Galli (1983) y Goodrick-Clarke (1985).

Galli, Giorgio, 1983

Hitler e il nazismo magico, Milán, BUR (ed. ampliada, 2005).

Goodrick-Clarke, N., 1985

The Occult Roots of Nazism, Wellingborough, Aquarian Press. ‹

[15] Para un texto de Rosenberg, véase la antología en el capítulo sobre la Atlántida. ‹

[16] Sobre la autenticidad de la espada, véase el trabajo de Garlaschelli (2001).

Garlaschelli, Luigi, 2001

«Indagini sulla spada di San Galgano». *Convegno sull mistero della Spada nella Roccia*, San Galgano, septiembre de 2001. luigigarlaschelli.it/spada/resoconto1292001.html ‹

[17] Esta interpretación inspiró *La tierra baldía* de Eliot. ‹

[18] Véase a este respecto *Polidoro* (2003).

Polidoro, Máximo, (2003)

Gli enigmi della storia: un'indagine storica e scientifica da Stonehenge al Santo Graal, Casale Monferrato, Piemme. ‹

[19] Di Carpegna (2011) recuerda que la mística del Grial aparece en muchos movimientos nacionalistas y tradicionalistas de extrema derecha, como en el Frente Nacional de Le Pen o en los ritos del Ku Klux Klan, y hasta en las reivindicaciones neotemplarias del perturbado Sanders Behring Breivik, el autor de la matanza noruega (92 personas) de 2011. ‹

[20] Véase Graf (1892-1893), «Apéndice».

Graf, Arturo, 1892-1893

Miti, leggende e superstizione del Medio Evo, Turín, Loescher. ‹

[21] De Vairasse, Foigny y La Bretonne nos volveremos a ocupar en el capítulo sobre la Tierra Austral. ‹

[22] Sobre Salomón y Ophir, véase el capítulo 2 de este libro. ‹

[23] Denis Vairasse, *The History of the Sevarites or Sevarambi*, Londres, Brome, 1675 (solo el primer volumen, luego en francés). Las afirmaciones de autenticidad con las

que comienza esta historia hicieron que muchos la consideraran una verdadera relación de viaje y así la reseñó el Journal des Sçavants. ‹

[24] Véase el capítulo siguiente. ‹

[25] Algunos piensan que en las fantasías de Symmes se inspiró «Hans Phaall», un cuento de Poe publicado por primera vez en 1835, en el que en un viaje en globo a la Luna se puede ver el Polo Norte desde lo alto. ‹

[26] Del primero solo hablarían Bergier y Pauwels, que en cambio ignoraron a Neupert; Galli (1989) menciona esta hipótesis de Roberto Fondi (s.d.). ‹

[27] El hecho, sin que por otra parte se mencione a Bender, lo confirma el riguroso estudio de Kuiper (1946).

Kuipert, Gerard, 1946

«German astronomy during the war», en *Popular Astronomy*, LIV, 6 de junio. ‹

[28] Tampoco se podría verificar la hipótesis copernicana excavando un túnel de 12.742 kilómetros para ir de un polo al otro de la superficie pasando por el presunto centro del planeta. Si viviésemos sobre la corteza interior, el túnel se volvería cada vez más inconmensurablemente largo y al final saldría a la superficie estrechándose en un punto opuesto de la corteza. ‹

[29] Véase en el capítulo 4 sobre el Preste Juan la cuestión de Melquisedec y de la unión de realeza y sacerdocio en la figura de Cristo. ‹

[30] La guía *Trésors du monde*, de Robert Charroux (1962), incluía Rennes-le-Château entre los lugares que no deben olvidar quienes quieran encontrar riquezas inauditas. ‹

[31] Véase el capítulo sobre Agartha. Para la increíble biografía de Plantard, véase en especial Buonanno (2009).

Buonanno, Errico, 2009

Sarà vero. Falsi, sospetti e bufale che hanno fatto la storia, Turín, Einaudi. ‹

[32] Véase, por ejemplo, el *Missale Romanum* para la *Missa terribilis, de communi dedicationis ecclesiae*: «Terribilis est locus iste: hic domus Dei est et porta caeli: et vocabitur aula Dei». ‹

[33] Sobre los percances judiciales de Plantard, véanse Smith (2011) e Introvigne (2005). Para una bibliografía completa sobre Rennes-le-Château y Dan Brown, véase Smith (2012).

Introvigne, Massimo, 2005

Gli Illuminati e il Priorato di Sion. La verità sulle due società segrete del «Codice da Vinci» e di «Angeli e demoni», Casale Monferrato, Piemme (hay trad. cast.: *Los Illuminati y el Priorato de Sión. La verdad en «Ángeles y demonios» y «El código Da Vinci»*, Madrid, Rialp, 2005).

Smith, Paul, 2011

Pierre Plantard Criminal Convictions 1953 and 1956, http://priory-of-sion.com/psp/ppconvictions.html

Smith, Paul, 2012

Bibliography on the Priory of Sion, Rennes-le-Château, the Da Vinci Code, Rosslyn Chapel, landscape geometry and other modern myths, http://www.rennes-le-chateau-rhedae.com/ric/prioryofsionbibliography.html ‹

[34] Véase la enciclopedia más exhaustiva que existe, Manguel y Guadalupi (1982).

Manguel, Alberto, y Guadalupi, Gianni, 1982

Dizionario dei luoghi fantastici, Milán, Rizzoli (2ª ed. ampliada, Milán Archinto, 2010). ‹

[*] **Blavier, André**, 1982

Les fous littéraires, París, Veyrier.

Justafré, Olivier, s.d.

Grains de folie. Supplement aux fous littéraires, Perros-Guirec, Anagramme. ‹

[*] **Shepard, Odell**, 1930

The Lore of the Unicorn, Londres, Allen & Unwin (hay trad. cast.: *El unicornio*, Palma de Mallorca, Olañeta, 2002). ‹

[*] **Olschki, Leonardo**, 1937

Storia Letteraria delle scoperte geografiche, Florencia, Olschki. ‹

[*] **Blavatsky, Helena**, 1877

Isis Unveiled, Nueva York, Bouton (hay trad. cast.: *Isis sin velo*, Barcelona, Teorema, 1985). ‹

[*] **Digby, Kenelm**, 1658

Discours fait en une célèbre assemblée… Touchant La Guérison des Playes par la Poudre de Sympathie, París, Courbé.

Digby, Kenelm, 1660

Theatrum sympatheticum, Nuremberg, Impresis J.A. & W.J. Endterorum haered. ‹

[*] **Tomatis, Mariano**, 2011

«Il gioco infinito di Rennes-le-Château», en *Query on line* http://www.queryonline.it. ‹

[*] **Iannaccone, Mario Arturo**, 2004-2005

Rennes-le-Château, una decifrazione. La genesi occulta del mito, Milán, Sugarco.

«La truffa di Rennes-le-Château», en *Scienza e Paranormale*, 59. ‹

[*] **Graf, Arturo**, 1892-1893

Miti, leggende e superstizioni del Medio Evo, Turín, Loescher. ‹

This file was created

with BookDesigner program

bookdesigner@the-ebook.org

04/12/2014